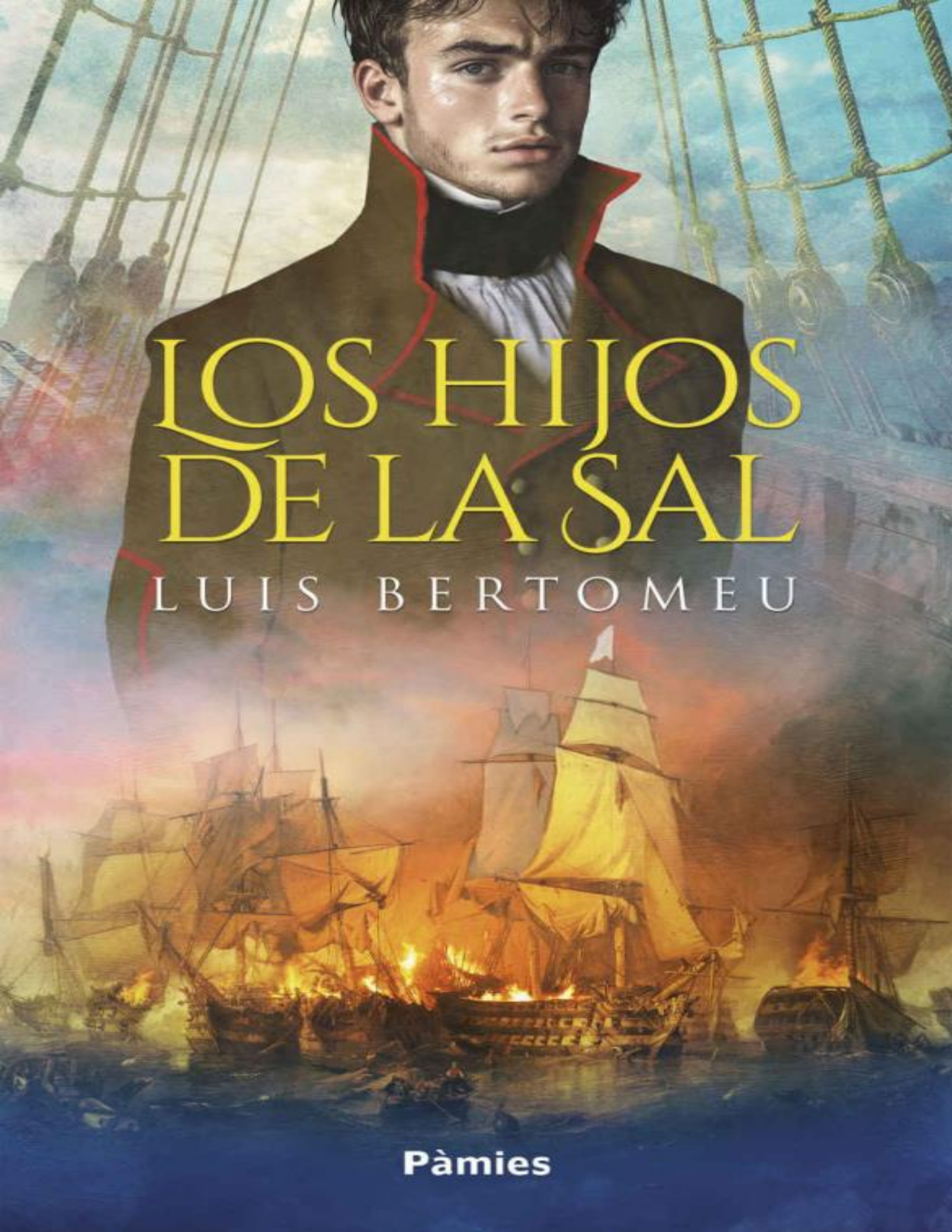

LOS HIJOS DE LA SAL
LUIS BERTOMEU
Pàmies

LUIS BERTOMEU

LOS HIJOS DE LA SAL



Pàmies

Primera edición: enero de 2025

Copyright © 2024 de Luis Bertomeu Contreras

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-10070-74-5
BIC: FV

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Adaptando libremente la obra *La batalla de Trafalgar,* de William Clarkson Stanfield (1836)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Primera parte
Cartagena
1
2
3
4
5
6
Segunda parte
Valencia
7
8
9
10
11
Tercera parte
San Marcial
12
14
15
Epílogo
Glosario de cartagenerismos
Glosario caló
Contenido especial

A mi familia, y a Julia.

Primera parte: Cartagena

1

Cruce de fierros

Mi nombre es Isidro Ginés de Carrascoy, y pronto caerá en el olvido o será mancillado y maldito por el caprichoso devenir del tiempo, salvo para quienquiera que algún día lea estos pliegos.

Nací en la chica villa de Fuente Álamo, que, si bien no alcanza tiro de piedra, es grande como la copa de un pino. De aquel lugar me llevo mi juventud, la más feliz que se haya podido conocer, mi *mare* y los tres zagales que parió, Dios los tenga en su amparo.

De mi niñez poco llego a recordar, y lo que aprendí como hombre lo heredé de mi *pare*. Él me enseñó a laborar la tierra, a arrancar de sus entrañas preciados frutos y a saber afrontar los problemas con la frente alta y los puños prietos. Y a no ambicionar mayor gloria que poseer ciertos terrenicos que saquen las cosechas año tras año.

Pero no es mi humilde historia la que en esta noche de julio empiezo a relatar aquí, sino la de mi muy estimado señor don Ricardo Sancho de Tiñoso. El día que lo conocí él apenas era un chicuelo que levantaba cinco pies del suelo. Del niño que él había sido los ocho o nueve años anteriores a ese día nadie conoce nada, y lo que ocurrió después me lo contó él mismo haciendo guardia una noche oscura como boca de lobo. Dios sabe que callé su secreto hasta que él me cedió su derecho de sacarlo a la luz.

Corría Ricardo como empujado por el lebeche de la tarde. Se avecinaba tormenta, creo recordar. El cielo se tiñó de lino, y las nubes cubrieron en unas pocas horas la techumbre de los mortales, amenazando con arrancar de cuajo las tejas viejas y abatirlas contra la calle. Un viento arremolinado se deslizaba por las calles de Galifa, haciendo temblar los muros enjalbegados y encerrando al vulgo en sus hogares.

Yo salía de la taberna del pueblo más ebrio que sereno, e intentaba dirigir mis pasos hasta la hostería del otro lado de la villa. Había ido a Galifa con un contrato para recoger olivas, pero con la lluvia que se estaba arraigando, opté por invertir parte de mis ingresos de la temporada anterior en buen vino tinto y alguna ramera con la que pasar la noche. Sin embargo, por supuesto, no llegué a conocer más calor que el del culo del vaso.

A pesar de mi embriaguez, reparé en el semblante del zagal. Era un mocico como cualquier otro, calé moreno de los que a veces se veían tejiendo cesticas de mimbre o tratando caballerías. Tenía los ojicos rojos y los dientes apretados, como si quisiera contener algún dolor oculto. Pero apenas pude preguntarle siquiera qué lo afligía, que casi me arrolló en su carrera.

Supe después que el niño volaba a casa de su yaya, a media legua de Galifa, en la ensenada de El Portús. Quería llorar, pero su *pare* le había enseñado que una persona sensata no lloraba, sino que se enfrentaba al dolor con valentía y arrestos. Y, precisamente en aquel momento, los consejos de *pare* eran la única guía que tendría en adelante.

Llamó a la robusta puerta de la *mare* de su *pare,* y, sin esperar ni a que se abriera, rompió en llanto. Su abuela, temiendo lo peor, lo levantó por los sobacos y miró fijamente sus ojicos colorados.

—Dime, chacho. ¿Qué ha sido?

—Han matado al *pare,* yaya. En un cruce de fierros, oí decir al tío —dijo el pequeño, agobiado por

las lágrimas.

—¿Y dónde está el tío, Ricardo?

—Ha ido a por la gentuza que lo ha matado. Son de fuera, creo.

—¡Jesús! ¡Más desgracias para esta familia no, Señor! ¡Te lo ruego! Si matan al José, ¿quién cuidará del zagalico cuando me vaya?

La *mare* del pequeño había muerto parturienta, o eso le había dicho *pare* a Ricardo. Si no era suficiente con las enfermedades y las pestes, las peleas acababan con la humildad de los pocos que habían tenido la suerte o el ingenio de guardar parte de los escasos logros. Eran tiempos difíciles aquellos. Y siguen siéndolo a día de hoy.

Aquella noche el joven Ricardo no pudo pegar ojo. El cielo tormentoso había desencadenado una lluvia feroz, y los herrajes de los postigos no cesaban de golpear los ventanales de la habitación. La rambla de El Portús apenas podía tragar el agua que llovía, y los cultivos de verdura a medio cosechar se anegaban sin remedio, lo que hacía que se perdieran los caminos y sus márgenes en un barrizal intransitable.

Sin embargo, la casona se mantendría en sus cimientos. Había soportado centenares de lluvias como aquella, la vieja lo sabía bien. Aguantaría una más. El recio edificio había servido de vivienda de la familia Sancho durante tres generaciones. Gustaban, como es costumbre en su gente, de vivir apartados de sociedades y multitudes, de las que siempre recelaban por hacer de ellos objeto de las más graves acusaciones y chanzas. El honor era un valor que cabía conservar, y ello ocupaba menor esfuerzo lejos de todo *busnó*. ¡Vaya si lo sabía aquella buena señora!

La anciana instaló a Ricardito en el antiguo dormitorio de su *pare,* para que dispusiera de mayor espacio y se sintiera mejor. No obstante, el niño estaba intranquilo en aquel cuarto lúgubre y solitario, al que *pare* no solía permitirle entrar. El niño se cubrió con las sábanas y trató de conciliar un sueño que no acudió en toda la noche.

Amaneció un celaje plomizo y frío, aunque sin lluvia. Apenas salido el sol, su abuela abrió de par en par la puerta de la cámara, con lo que la estancia se inundó de una luz plateada que sacó a Ricardo de su ensueño. Inmóvil, observó que la mujer llevaba a su tío José asido por el hombro a rastras por la habitación.

—Nene, apártate de ahí, por favor —dijo la yaya, empujando al chacho fuera del camastro.

Ricardo saltó de la cama y se apartó para dejar espacio a su tío. No fue hasta que el hombre estuvo acostado en el lecho que vio la sangre que brotaba lenta como jarabe de la herida de su pecho. El tío José tenía la cara blanquísima, como esculpida en cera, y su frente estaba salpicada de rojo diluido por el sudor. Un hilillo de sangre líquida se escurría por la comisura de sus labios, mientras intentaba articular alguna palabra inteligible.

—Escapen de aquí, *mare*. Usted y el nene. Saben dónde estamos, y vendrán a por nosotros. Cojan lo que puedan y echen hacia el monte. Allí estarán seguros.

Un golpazo fuerte en la otra parte de la casa sobresaltó al zagal, quien aún no sabía del peligro en el que se encontraban allí. Su abuela, por edad conocedora del odio que puede albergar el alma humana, lo asió fuerte del brazo y lo atrajo hacia sí. Ricardito comenzó a llorar en silencio.

—Ya no hay tiempo, *mare* —dijo el tío José con el hilo de voz que se le escapaba con cada palabra —. Salgan por la otra puerta, vamos. Yo los entretendré un rato. ¡Váyanse ya!

Sacó de debajo de la capa una pistola de chispa, y se puso a cargarla con temple. Su *mare* estaba a punto ya de salir por la puerta trasera cuando se detuvo a mirar al único hijo que le quedaba con vida, que iba a perderla en pocos segundos.

—¡Vamos, *mare,* váyanse!

Tres hombres irrumpieron en la habitación. El que llevaba la pistola era un tipo de rostro barbudo y flaco, semejante a una calavera, surcado por los estigmas de cien peleas. Ricardo, que iba detrás de su abuelica, pudo ver el rostro de aquel individuo, el cual ni siquiera había reparado en los fugitivos. Lo que no vio el niño fue el chasquido de la pistola de su tío ni el tumulto que siguió después, y que terminó con un golpe de culata.

Ricardo y la vieja recorrieron el sendero que se adentraba en la rocosa agresividad del monte. La mujer, que a su edad tenía la fuerza de cien mulos, sintió de repente el peso de los años. En otro tiempo el monte le daba calma y seguridad, pero ahora solo veía en él un lugar desolado y sin árboles, que tendría que atravesar durante media hora más hasta dar con un lugar donde apartarse de la vista de aquella gentuza. Conocía lo bastante bien los senderos como para llegar antes del mediodía a la otra parte de la cima, desde donde podría bajar por alguna rambla hasta Canteras. Allí pediría ayuda a alguien. No obstante, se le hundía el mundo solo con pensar en franquear horas de monte con un zagal de la mano en la madrugada.

El camino se cerraba en torno a sus piernas, abrupto como era en su recorrido de garriga y cornical hasta el Roldán. Poco avanzaron vieja y nieto en la hora que hacía desde que habían emprendido la subida cuando cierto griterío los alertó. La abuela, a sabiendas de lo que iba a acontecer y maldiciendo mil veces su achacosa edad, levantó a Ricardo por los hombros y clavó en él sus ojos negros como carbones.

—Escúchame, *acho*. Ahora vas a correr todo lo que puedas en esa dirección. No pares jamás, aunque ardan tus piernas y tus dedos críen callos. Sigue hasta que alcances Canteras o alguien pueda ayudarte. No pares.

—Pero, abuelica, siga un poco más —insistió el pequeño, sollozando.

—No. Yo me quedo aquí. Y tú vas a correr, Ricardo.

El niño dudó, pero al final acabó obedeciendo. Abrazó a su yaya en un mar de lágrimas y emprendió el camino de subida, mientras la mujer aguardaba firme la llegada de los asaltantes. No hubo de esperar mucho hasta que aquella gente la rodeó. ¡Menuda jaquetona debió de ser aquella anciana para conservar los ardiles en tan terrible situación! Eran solo tres, todos hombres. El más joven, un hombretón barbudo y despeinado de ojos grises, tomó el mando de la situación.

—No haga tonterías, mujer. Esto acaba aquí, y no hay nada más que hacer. Dígame dónde está el cabico tripa y todo habrá terminado.

La señora no perdió el tiempo, y desenredó con discreción un cuchillo chico de entre los pliegues de su falda, con el que jugueteó tras la espalda mientras respondía al hombre.

—Dios perdone su pecado, zagal.

Con un fugaz movimiento dirigió el filo de la hoja hacia el cuello del hombre. Este, por instinto o suerte, logró agacharse. Pero no fue tan presto como para evitar que la navaja se clavara en su maxilar izquierdo y le rebanara la carne hasta el ojo opuesto. Unas gotas de sangre caliente se deslizaron por su rostro y reflejaron los albores de la nueva mañana. Chascó una pistola, y un destello más brillante que el ardor del alba acabó con la vida de aquella mujer.

A cuarto de legua de allí, un zagal huérfano oyó el disparo, pero no distinguió a los bandidos, del tamaño de tres pequeños insectos. Su mente aturdida vacilaba en torno al cuerpo inerte de su tío en la cama, al chasquido de la pistola y al recuerdo de su *pare*. Sin embargo, Ricardo continuó, paso tras paso, ascendiendo por aquel monte que se le antojaba el Calvario.

Se detuvo en un calvero donde la vegetación se recogía a ambos lados del camino, guiado por el recuerdo de haber estado antes en aquel lugar. Hacía casi un año de ello, cuando con su abuela y su tío José había ido hasta allí en una inocente búsqueda de setas y caracoles. Nunca había pasado del

lugar, y el camino que se cerraba de nuevo a cinco varas le era tan desconocido como lo que hubiese al otro lado de la bahía azul. Mientras hubiese camino, pensó, no debía detenerse. Volvió a internarse en el mar de espinas, y siguió ascendiendo.

El sol llegaba a su culmen casi al mismo tiempo en el que Ricardo coronaba el cerro. La Muela se alzaba basta y azul al otro lado de la ensenada, cercenando el añil del cielo hacia el oeste, mientras que a levante se extendía una nueva sucesión de montes hasta la cima del Roldán, cuya montera auguraba la lluvia que estaba por caer. Solo había un camino, el que hacia el norte descendía por intrincadas ramblas hasta las afueras de Canteras. El sendero era tan abrupto allí que tuvo que medir bien sus pasos para no caer en aquel inhóspito lugar, solo sembrado de enebro y cardo de roca.

Sus pantalones se acuchillaron con la acritud espinosa del monte, a través de cuyos cortes asomaban heridas sanguinolentas. El niño no se quejó, pese al picor que ardía en sus piernas. No tenía fuerzas ni para llorar, pero le dieron de sí para llegar a las faldas pelonas del monte y salir a campo abierto. Se sentía sucio y magullado, como un andrajo embarrado. Las lágrimas se le secaron y no aparecieron más, mientras deambulaba por las proximidades del cerro.

No tardó mucho en encontrarse frente a un molino harinero, y entró sin dudar en la corraliza porquera, donde se lanzó directamente al abrevadero. Los gorrinos chillaron disconformes mientras el zagalico se hinchaba de agua hasta el punto casi de reventar, con la mala pata de alertar al malhumorado molinero, quien salió al corral con una garrota que doblaba el tamaño de Ricardito. Resulta que el chacho se había dejado la puertezuela abierta, y la mitad de los cochinos habían escapado y corrían monte arriba. Recibió tantos palos y tan fuertes que olvidó el cansancio del monte y huyó a la carrera de allí.

Ricardo merodeó luego por las afueras de Canteras en busca de algo para comer. Como no había nadie a quien pedir ayuda, se metió en un par de huertas y sacó algunas nueces y varios albercoques con los que llenarse las tripas. Después emprendió la carretera hacia Cartagena algo más esperanzado, pero al borde del desfallecimiento.

Caminó durante casi una legua, y cuando el sol se abatió, divisó en el horizonte las murallas de la ciudad. Logró entremezclarse con la multitud que entraba en Cartagena por las puertas de Madrid, justo detrás de una carreta tirada por dos bueyes. El guardia lo miró receloso, pero le permitió pasar. Tal vez lo creyera el hijo del carretero, quien regresaba a casa tras la jornada.

El niño recorrió la amplia calle del Carmen, que desembocaba en la mal llamada Puerta de Murcia, y siguió hasta la plaza de San Sebastián, donde al fin pudo saciar su sed en una fuente. Sin saber muy bien adónde ir, continuó hasta que topó de lleno con las puertas del Muelle. No se preocupó tanto de cruzarlas como por el grupo que entró en la ciudad tirando de un carromato atestado con media decena de cuerpos envueltos en mortajas. Los acompañaba un clérigo que caminaba detrás con el paso apretado mientras vertía agua bendita sobre el carro, aspersorio en mano. Espantado, Ricardo salió al muelle.

El puerto de la Cartagena de 1782 se enclaustraba, como hace hoy, entre el monte de Galeras y el de San Julián. Estos dos promontorios, como gigantes custodios, proveían de protección y defensa al remanso que era la bahía, resguardada por una muralla que presentaba fachada al mar. Los montes pedregosos se desmembraban en infinidad de estribaciones que morían en pequeñas calas o rocosas escolleras.

Encerraba en su orografía occidental un recogimiento donde se había edificado, durante el reinado del Animoso, un arsenal destinado a la construcción y guarnicionamiento de las naves, así como a servir de sede al Departamento de Marina del Mediterráneo.

Resulta que entre la punta de flecha que era el muelle y el murete de acceso al Arsenal había cierto

recodo de playa llamado entonces El Arenal. En aquel lugar los pescadores solían varar sus barcas y los calafates daban pez a los cascos. La arena allí se entremezclaba con la rocalla y los desechos que abocaba el mar, untados permanentemente con la negra brea.

Entre barcas y aparejos había una antigua balandra que en su tiempo sirvió como pontón vigía a la entrada del Arsenal pero que por su aspecto había permanecido tanto tiempo parada que se veía tan entrada en años como en brechas. Esa balandra dormitaba en la arena con la proa hundida en la marea alta. Su estructura silenciosa le recordó a Ricardo al cadáver de una ballena varada cuyo cuerpo comienza a descomponerse bajo su propio peso y el embate del mar.

Ricardo penetró a través de una abertura entre las tracas, y recorrió las estrechas estancias a la luz de la luna que se filtraba entre la tablazón de cubierta. El último camarote, situado en la parte más estanca del barco, parecía que había estado habitado desde hacía un tiempo, ya que el suelo estaba cubierto por varios cojines hechos con amasijos de telica rellenados con paja y borra. Exhausto por el sueño y el cansancio, se dejó caer sobre dos de ellos.

La vieja estructura salvaba de la acometida del viento, pero todo indicaba que no duraría mucho antes de desmoronarse. Perdiendo cuidado, Ricardo se agazapó sobre el raído cojín y trató de conciliar un sueño velado por todo lo sucedido. Los ojos hundidos de una vieja calavera le roían la mente, y se grababan a fuego en lo más profundo de su memoria.

Hacia medianoche cayó dormido, pero poco duró su calma cuando una hora después lo despertaron unos pasos ligeros en cubierta. Al borde del pánico, el niño se acordó de pronto de aquellos que habían matado a su familia. No tuvo tiempo de esconderse, cuando una docena de niños entró en tropel en la estancia.

—¡Pero mira lo que ha traído la marea! —gruñó una zagalica de doce o trece años. Era alta, morena, y miraba a Ricardito con unos ojos tan inteligentes como feroces.

Otro zagal se acercó al *acho* y le arrancó la manta de las manos. El chiquillo debía de tener un par de años menos que Ricardo, pero el doble de fuerza. Su cabello, enmarañado y revuelto, tenía el color de las zanahorias.

—¡Pero si solo es un crío! ¿Quién le habrá dado permiso para meter su culo en tu almohada, Genista?

La niña asió con fuerza a Ricardo por el codo y lo apartó a un lado. Tan fuerte era. Los otros niños lo rodearon y comenzaron a increparlo.

—¡Solo trataba de descansar un poco! —dijo el chacho, a punto de romper a llorar.

—Vaya, ahora resulta que quería descansar. ¡¿Que no tienes casa, agüil pelotero?! —le gritó el pelirrojo a la cara.

—Déjalo ya, Enrique —dijo Genista tranquilamente antes de encararse a Ricardo—. Saca tu culo fuera de nuestra casa, malandrín. Si no, te las verás con todos nosotros. Avisado quedas desde este momento.

Ricardo vio a los zagales que lo rodeaban, y no pudo hacer otra cosa que darse el queo de allí. Su constitución menuda nada podía hacer contra una docena de niños. Algunos llevaban palos, y un par había salido a la playa para recoger pedruscos.

Escapó de la balandra y de El Arenal, y una vez en el muelle, se echó sobre un montón de redes de pesca bajo la luz de la luna. Tenía mucho en que pensar, pero poco que pudiese hacer, así que pronto cayó en un sueño intranquilo hasta que la luna fue vencida por el sol.

Con las primeras luces del alba, los pescadores y marineros empezaron a trajinar alrededor del niño. No tardaron mucho en reparar en él para echarlo de encima de los aparejos. No obstante, necesitaba echar algo a la panza, pues los albercoques eran ya un recuerdo lejano.

Llegó al muelle una barcaza marrajera. El trabajo de los pescadores que tocaban puerto tras varios días en el mar animó a Ricardo a acercarse a ellos en busca de auxilio. Todos, en cambio, parecían estar tan ocupados en apilar cajas de aladroques que no repararon en el pequeño zagal que deambulaba entre los cajones.

Con un acceso de valor, la mano chica de Ricardo se deslizó por encima de la última caja y cogió tres o cuatro pescadicos, tras lo cual desapareció entre los montones de redes. Una voz áspera le desbarató al chico los planes y el almuerzo.

—¡Eh! ¿Qué es eso de robar, chacho? —le gritó un joven y rollizo pescador—. Esos pescados tienen su dueño, y, a menos que te los ganes, no puedes robarlos sin más.

El primer instinto de Ricardo fue echar a correr con los aladroques. Pero, por alguna razón, permaneció allí, tratando de articular una disculpa. El pescador, compasivo, mudó su ánimo a otro más afable.

—Algo podremos hacer, ¿no? Tráeme esos cabos, chico.

Ricardo miró en la dirección que el pescador señalaba. Corrió hacia las amarras enrolladas sobre el pavimento y las llevó como mejor pudo al hombre. Este, satisfecho, hizo un gesto a un anciano que en aquel instante descendía de la barcaza y continuó afianzando un pequeño bote con las sogas. El viejo dejó las cajas de pescado y llenó la atención del niño.

—Ven —dijo el anciano—. No te había visto antes por aquí. Estás muy raquítico. ¿Eres de fuera? ¿Cómo te llamas?

El niño no dijo una palabra mientras el viejo pescador lo observaba de arriba abajo. Su frente cejuda eclipsaba unos ojos amarillentos que causaron espanto en el niño.

—¿Eres calé? —preguntó el anciano con recelo, a lo que Ricardo respondió asintiendo—. Está bien, chacho. Toma estos aladroques y cómelos despacio o te harán daño en las tripas. Supongo que no te importará comerlos así, pero ve con cuidado.

El muchacho cogió los aladroques y se fue hasta el borde del muelle. No tardó mucho en devorar con fruición los pequeños pescados salazoneros. Mientras tanto, desde la playa de El Arenal se acercaron corriendo unos zagales armados con palos y cañas. Resultaron ser los mismos que lo habían echado de la balandra la noche anterior, pero Ricardo no lo supo hasta que le cayeron encima.

—Tú no aprendes, ¿verdad? —dijo uno de los chiquillos, mientras lo amenazaba con una caña—. Nos robas el hogar y ahora el trabajo. ¡Vomita lo que has comido!

—¡Déjame en paz! —respondió Ricardo, harto ya de huir.

Se aproximó Genista, y con una fuerza nada acostumbrada para su edad, lo apaleó con una vara de almendro, tras lo cual introdujo los dedos en la boca de Ricardo. El niño trató de mordérselos, pero las arcadas llegaron antes. En un momento, todo lo que había comido se derramó entre los dedos de la zagala.

—¡Maldito gitano! ¡Me ha vomitado en la mano, el muy bastardo!

Lanzó tal ataque de palos que Ricardo cayó al suelo inconsciente. El pequeño no pudo ver cómo el joven pescador acudía y golpeaba con la mano plana a los niños, que huyeron a la carrera por la playa. Cuando Ricardo despertó estaba siendo arrastrado por las calles hasta una pequeña posada. Allí, el hombre acostó al niño en un jergón y se dispuso a hervir unas patatas y pescado de roca. Al aroma del perol, Ricardo despertó.

—¿Por qué narices te metes con los icues, zagal? —quiso saber el pescador—. Casi te muelen a palos.

—No me he metido con ellos. Se me abalanzaron y me hicieron vomitar los pescados.

—Chacho, tú te lo ganaste —prosiguió el rollizo personaje—. Pero esos mocicos solo comen lo que encuentran por ahí. Y no encuentran mucho. Si lo hubiese sabido, no te habría dado los aladroques. Creía que ibas con ellos. Ahora cómete esto y descansa, chico.

—Me llamo Ricardo.

—Y yo, David. A propósito, ¿dónde están tus *pares*?

—Muertos. Solo quería dormir, cuando vinieron esos chicos y me apalearon. Creo que era su casa o algo así.

—¿Te apalearon? —El pescador lo miró extrañado—. ¿En el barco destartalado ese donde viven? Ve con cuidado con esos zagales, Ricardo. Sobre todo con Genista. Ella te mataría por lo que es suyo. No lo olvides.

Ricardo dejó vacía la escudilla de guiso, y esa vez todo permaneció dentro, donde debía estar. Pudo por fin dormir sin sobresalto toda la noche.

Al día siguiente despertó temprano y escapó del lugar. Caminó sin rumbo por la ciudad, y pasó la tarde sentado en un repecho del castillo de la Concepción, desde donde se veía el trajín que sucedía en el puerto. Los zagales iban y venían por la plaza, ocupados yendo de un pescador a otro, trayendo y amarrando cabos o empujando barcas al agua. En agradecimiento recibían toda clase de víveres, desde crespillos rancios a buenas raciones de carabineras.

Genista también iba con ellos, pero no corría. Ella nunca corría. Pero no por ello dejaba de recibir su ración de pescado y galleta de parte de los icues. Ricardo pensó que algo extraño ocultaba aquella niña. Algo tan profundo como el mar había barrido sus sentimientos y la había echado al mundo con aquel aire de gravedad que la protegía.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad. Ricardo se levantó de las rocas y dirigió sus pasos al lugar donde los chiquillos habían estado friendo un puñado de aladroques unas horas antes. Con buena fortuna dio con tres raspas a medio comer y un chusco de pan. Estaban fríos y la ascua ya estaba apagada, pero sería suficiente para esa noche.

Pronto reparó en una luz que vibraba en la oscuridad hacia poniente, en el puerto. Supuso que los chiquillos habían encendido un fuego dentro de la balandra para protegerse de la fría brisa marina. El sitio les daba la seguridad que necesitaban y los cobijaba del viento de mar, cobijo que él no tenía y se desesperaba por encontrar.

Lo rumió un par de veces, y a la tercera se encaminó hacia el lugar. Si tenían que molerlo a palos otra vez, se dijo, valdría la pena con tal de conseguir un sitio donde pasar la noche. No podía dormir otra noche al raso. Dudó una última vez y atravesó el umbral del casco.

Dentro todo estaba oscuro, así que solo pudo guiarse por la luz de la hoguera que se filtraba a través de las grietas de los mamparos. De pronto, el interior de la balandra retumbó con el estallido de una pistola. Ricardo, con el corazón en un puño, reunió el ánimo para ir a esconderse tras un puntal. Los zagales gritaban encolerizados, pero lo que le heló la sangre fueron dos voces adultas que se superponían a las infantiles en un grito desentonado.

—¡No era él, maldita sea! —gritó un tipo, de aquellos cuya voz se agria con el vino—. Ese crío desgraciado no era él. ¡Pues ahí se pudra!

Se oyó un segundo disparo y luego un golpe seco contra el suelo. Fue suficiente para que el resto de niños se dispersaran como una bandada de pájaros. Muchos pasaron apenas a un paso de Ricardo, pero ninguno lo vio, disuelto entre las sombras como estaba. El silencio inundó el lugar, roto solo por los llantos de una niña.

—¿Tú no te vas, jovencica? —preguntó la voz agria de antes—. ¡Mírate! ¡Pero si ya eres toda una mujer!

—Aquí no, Víctor. Llévatela si quieres, pero no en este lugar —dijo la otra voz, con insistencia—. Sabes que tenemos que hacernos con el *acho* de Julián y no hay tiempo. En cuanto esos críos avisen a alguien lo perderemos.

—¿Y a quién van a avisar estos? —rio el más viejo—. ¿A sus *pares*?

Ricardo reconoció una de las voces. Solo hacía dos noches que había dejado de oírla. Pertenecía al hombre del rostro de calavera barbuda. Escuchó atento hasta que los dos hombres se acercaron donde él estaba. A la luz de la luna pudo ver cómo arrastraban a Genista del pelo por el suelo de la balandra. Al contrario de lo que pudiera haber creído Ricardo, la niña no mostraba ningún tipo de resistencia. Su orgullo se había roto como un plato de loza, y las lágrimas inundaban sus ojos.

El muchacho estaba a punto de salir en pos de los captores cuando oyó un gemido en el lugar donde estos habían disparado. Se aproximó y vio a la luz de la lumbre la silueta de uno de los niños, que se afanaba trabajosamente por respirar a través de la saliva sanguinolenta. El *acho* miró a Ricardo y alzó una mano para pedirle ayuda. Cerró los ojicos por última vez. No era muy diferente a él mismo.

Los criminales eran los hombres que mataron a su tío y a su yaya. Dos de ellos, al menos. Cómo habían hecho para seguirlo hasta allí era algo que no llegaba a comprender, pero sintió la necesidad de saber más, de averiguar quién era aquella gente y cómo podía esconderse de ellos. Salió corriendo de la balandra en ruinas y echó a andar en la dirección que habían tomado los captores.

No tardó en darles alcance, cerca del puente frente a las puertas de Madrid, en el camino que se dirigía al norte por el extremo occidental del Almarjal. Las puertas estaban abiertas de par en par, y antes de que Ricardo se preguntara cómo habrían pasado los hombres con una joven maniatada, vio los cuerpos de los dos soldados de guardia con sendas heridas de navaja en el cuello, tendidos frente a la puerta.

En mitad de la oscuridad y con una luna tan muerta por las nubes no podía distinguir los rostros de aquellos hombres, pero vio cómo montaban el bocado a dos caballos y salían al trote en la tiniebla. Genista, a quien probablemente habían amordazado, no hacía ningún tipo de movimiento.

Ricardo miró en derredor en busca de algún animal que lo pudiera llevar, pero era tarde, y las bestias estaban todas encerradas en las caballerizas. Lo único que pudo hacer fue echar a andar por el camino. No hubo recorrido ni cien pasos cuando oyó un traqueteo herrado a su espalda, seguido del griterío de una caterva de zagales. Cuando el carro pasó junto a él, le gritaron para que se apartase. Fue lo que Ricardo necesitaba para enfrentarse a ellos.

—Sé adónde van los tipos esos. Irán por la carretera de Canteras hasta Galifa —dijo el niño, aparentando el valor que le fallaba.

—¿Qué vas tú a saber? —dijo el zagal de más edad—. Apártate, escoria calé, o te arrollaremos.

—Conozco a esos —respondió Ricardo—. Si sabéis dónde están, seguid adelante. Si no, os perderéis por cualquier campo. El trayecto está plagado de ciecas. Haceos cargo.

El carro era una silueta oscura, de forma que Ricardo solo podía apreciar la forma de las cabezas de los golfillos. El pelirrojo habló al fin.

—Venga, sube y dinos hacia dónde llevaron a Genista.

Había transcurrido media hora de marcha cuando la mula comenzó a corcovear. No era aquel un pavimento llano, y los socavones que inundaban la carretera obligaban al animal a redoblar sus fuerzas para superar los ratos en los que las ruedas se encajaban en los hoyos.

Los niños detuvieron el carro junto a un cartel que rezaba *«Canteras»* escrito en negro. El animal no podía más, así que lo dejaron descansar mientras continuaban a pie. A partir de allí el camino se bifurcaba continuamente. Las huellas de herradura se perdían por los recodos arenosos, pero

Ricardo parecía acordarse del camino. Al fondo de una curva finalmente se escucharon unas voces que retumbaban con ecos extraños.

El caminico serpenteaba entre las paredes de una antigua cantera. La luna había asomado por fin entre las nubes, y el vuelo de los reluzánganos acompañó a los zagales mientras andaban por el estrecho cañón. Siguieron caminando por uno de los pasos, cuyos bloques de tabaire poblaban el fondo como dientes a la luz de la luna. Repentinamente, oyeron el alarido de un hombre y distinguieron una figura que se dirigía corriendo hacia ellos. Todos se escondieron tras la rocalla de los alrededores, justo en el momento en que la sombra se tambaleó con algo afilado en la mano.

Ricardo apenas identificó nada. La figura gemía como ahogada por alguna mano oculta. Cuando los niños la reconocieron, Genista lanzó varios navajazos al aire, retándolos a tocarla. Uno de los icues trató de tranquilizarla, sin conseguirlo. Le arrebató el arma de un manotazo y logró levantar a la niña para llevarla al carro a la fuerza.

Estaban en un sitio peligroso, y aún no sabían qué había sido de los captores. Al sujetar a Genista por el hombro, el niño sintió que algo caliente y espeso corría por la espalda de la muchacha, y tardó un momento en comprender que Genista estaba cubierta de sangre.

—¿Estás herida? —preguntó el *acho,* tan asustado como lo estaban todos. Genista no respondió. Había empezado a temblar, y al niño se le hacía difícil sujetarla contra el hombro.

Un poco después, un tipo viejo con el pelo surcado de canas apareció de detrás de la rocalla con un largo cuchillo en la mano. La camisa que cubría su amplio vientre se había teñido del rojo que brotaba de una profunda herida. El viejo arremetió, empujó a Ricardo, que fue al suelo, y golpeó con una roca la cabeza del pelirrojo, que cayó muerto al instante. De pronto clavó su afilada mirada en Ricardo, que pugnaba por levantarse, y articuló una mueca de triunfo.

—Así que eres tú, ¿eh, pequeño bastardo? —dijo el anciano asesino con agriada voz.

Se echó sobre Ricardo, pero antes de que pudiese hacerle daño, Genista surgió de entre las sombras y se arrojó contra el viejo. Furiosa como estaba, le había arrancado la navaja a Cristóbal y se había ido directamente a por el hombre. La tajadura que le rebanó el cuello fue rápida y definitiva.

—¿Quién es la niña ahora? —fue todo lo que dijo.

En menos de un cuarto de hora recogieron el cuerpo de Enrique y lo subieron como pudieron al carro. Regresaron a Cartagena y fueron a buscar el cuerpo del niño asesinado en la balandra. Levantaron los cuerpos con un par de tablas y los llevaron en la oscuridad de la noche hasta un promontorio cerca de la colina del castillo. Hasta casi la madrugada estuvieron los zagales cavando dos pequeñas zanjas paralelas en el pedregoso terreno.

Ricardo contuvo un escalofrío al contemplar aquel lugar, lejos del amparo de Dios y sembrado con las cruces de la muerte. Bajaron con cuidado los cuerpos de los niños y rellenaron el socavón con tierra y grava. Con un par de maderos arrancados de la balandra que les servía de hogar construyeron dos cruces que colocaron a la cabecera de las tumbas. Fue Genista la que, sin mediar palabra, escribió con pintura negra *«Fernandito y Enrique VIII. Icues».* De todos ellos, era la única que sabía escribir.

2

Pan, pijo y habas

Ricardo y los icues no habían dormido ni un par de horas cuando sonó el avemaría en la capilla de La Guía. Ninguno había querido acostarse en el lugar donde había perdido la vida el niño al que llamaban Fernandito, así que yacían hacinados en el estrecho corredor de la balandra. Los zagales se revolvieron una vez más bajo las mantas que compartían y se fueron desperezando de uno en uno.

La mañana agrisaba, pero como era día de mercado se vistieron con los habituales harapos y salieron a la playa de El Arenal. Cristóbal y Genista ya estaban allí, asando unos cuantos aladroques sobre unas brasas. Ricardo estaba hartándose ya de aquella morralla, pero tomó del zagal un chusco de pan y lo pasó con un trago de agua.

—Hoy iremos a la plaza de las Verduras, chico —le dijo Cristóbal—. Necesitamos algo de carne y hortalizas, y si podemos hacernos con alguna hogaza de pan, tanto mejor. Ese que estás comiendo es el último chusco que nos queda.

Cristóbal era el mayor de los icues. Era un mozuelo rechoncho y rubio, con manos curtidas como el cuero y muslos redondos y fuertes. Según le contó Genista meses después, el chiquillo era el hijo de un viejo carretero valenciano y una franciscana sin dote, de aquellas de San Jorge. *«Fue a vender capachos y se llevó los cueros»,* le dijo la niña. La mujer, humillada, no pudo sino dejar a la criatura en un cesto a la puerta del capellán de El Molinete.

El párroco crio al retoño con la esperanza de que lo ayudase algún día con las labores, y le puso el nombre del santo patrón de la capilla, San Cristóbal. Pero el zagalico, en cuanto comenzó a andar, descubrió que no estaba hecho para los derroteros que le deparaba el párroco. Era pícaro y travieso, aunque no llegaba a taimado, y siempre estaba dispuesto a sacar de quicio al viejo capellán. Para cuando cumplió los siete años, el chiquillo ya se había escapado de El Molinete un par de veces. El párroco, que ya era veterano para aquello, le dio una última oportunidad para encauzarse. Fue como garbillar agua. La tercera vez que el niño huyó de la capilla ni siquiera se preocupó de ir a buscarlo. El chacho estuvo rondando durante semanas a base de pedigüeñerías, hasta que conoció a los icues del puerto de Cartagena.

Creo que no hemos hablado mucho de los icues. Pero, la verdad, tampoco hay mucho más que contar de lo que podamos intuir a la sazón de nuestra historia. Aquel año de 1782 en que Ricardo llegó a Cartagena, no menos de quince icues malvivían en la playa de El Arenal. Tal vez hubiese más, escondidos en la playa de El Batel o en el barrio de Santa Lucía, pero yo nunca los vi. Años atrás, en cambio, se contaban por decenas. Ocupaban las barriadas y los cerros de la Concepción y El Molinete, revoloteando por los montes como gorriones hambrientos. Había icues que vivían en cabañas cerca del Almarjal, otros que correteaban por San Antón y Santa Lucía. Hubo un grupo que se hacían llamar «gaviotas», y que se dedicaban a increpar a los soldados del castillo de Galeras. Vivían en las chozas de la Algameca Chica, y pasaban las mañanas rondando los campos y las tardes fumando sobre las rocas de la cala. Otro grupo de icues, mucho más pendencieros, vivía cerca de Escombreras, y solía asaltar de vez en cuando a los carreteros que tomaban el camino de la rambla de San José. Puede que no conozcan ustedes de miseria, y aplaudo con alegría su suerte. Pero yo, que

ya peino canas, he conocido historias de desdicha que helarían a uno la sangre.

En una ciudad como Cartagena, era habitual que las gentes del mar atrajesen catervas de mozas con falsas promesas de abyectos soldados o marineros con hambre de carne. Con su semilla en los vientres, era en lo más frío del invierno cuando se daban cuenta de la farsa. Culposas y mancilladas, no era extraño que las que llegaban vivas al parto acabaran por abandonar a las criaturas en cualquier descampado, con la esperanza de que el frío pudiese terminar lo que ellas no podían.

Con el tiempo, alguien ideó un mecanismo tan terrible como efectivo: el torno. En las casas de expósitos existía un pequeño hueco en el muro de la fachada, destinado a que los padres pudiesen abandonar allí a sus vástagos sin ser vistos. Hacían sonar una campanilla, y la monja o madre de merced que hacía guardia accionaba el mecanismo para recoger al rorro y arroparlo. Durante las siguientes semanas buscaría un ama de crianza o lo alimentaría con bebedizos de leche animal hasta su destete.

Uno pensará que con este ingenio se evitaba la elevada mortalidad infantil, que tan a gusto se cebaba en la vieja Cartagena. Pero lo cierto era que más de la mitad de los niños moría antes siquiera de alcanzar los tornos, o en las semanas posteriores a su recogida. Quizá gran parte de esas muertes se debiese al descuido o la negligencia de las casas de expósitos, o tal vez a la falta de abrigo de las criaturas. Dirán que no aceptaron a la nodriza, tan desnutrida como los pequeños, y otras veces que no toleraron la leche de oveja o cabra que se les daba. No obstante, la peor maldición que azotaba a la infancia era la enfermedad.

La mayoría de los niños moría de viruela, que comenzaba como una fiebre encendida y terminaba matando a las criaturas cubriéndolas de llagas supurantes. También el vómito negro o fiebre amarilla empezaba con una calentura, acompañada de migraña y escalofríos. Tras tres largos días, los niños escupían sangre, que muchas veces se tornaba negra como la pez. Si sobrevivían a estas enfermedades, siempre podría acabar con ellos el garrotillo, la plaga blanca o las calenturas. Los niños morían en las cunas o en las calles, y parecía que a nadie le importase.

Sin embargo, las inclusas estaban atestadas. Cada vez había más zagales rondando por las calles, pidiendo pan en las plazas y muriendo en los campos. Los tornos no aceptaban más rorros, y los mayores de seis años se veían rechazados en las casas de misericordia. Las autoridades del cabildo trataron por todos los medios de evitar la presencia de los «niños de la calle», pero cada año más y más icues seguían invadiendo el puerto de Cartagena.

En la época en que Cristóbal apareció por el puerto todavía no habían desguazado la balandra, y esta seguía usándose de pontón vigía. La veintena de icues dormía entonces en unas maltrechas cabañas construidas con los restos de los pataches que quedaban varados en la playa. Fue aquella una época de frío y miseria, y el zagal no solía hablar a menudo de ella.

Los icues solían marcharse de la ciudad antes de cumplir los quince años. A menudo se los veía trabajando las huertas, o embarcaban en pesqueros de cabotaje. Algunos incluso llegaban a tener mulo o borrico propio y se malvendían como carreteros. Los que menos suerte tenían tomaban los votos o se ofrecían como oblatos en las parroquias vecinas.

Al año de estar Cristóbal entre los icues se les vino a unir una zagalica a la que llamaron Palma, y que había nacido como Blanca cinco años atrás. Su *mare* había sido Eugenia, una joven sirvienta que atendía en la casa de unos señores de rancio abolengo. Cuando el señorito se encaprichó con la joven Eugenia, la llevó a los establos para depredar su honor.

La joven ocultó como pudo su estado hasta que nació Blanca. Cuando el señorito se enteró, le propinó tal paliza a Eugenia que la dejó una semana en la cama. Todavía no se había recuperado del todo cuando *mare* e hija fueron expulsadas de la casa de los señores. La historia empeoró cuando

años después la fortuna quiso que Eugenia enfermase de viruela. Aterrada y perdida, regresó a la casa para pedir ayuda al señorito. Pero aquel perro arrancó a la pequeña Blanca de sus brazos y cargó con ella hasta el puerto una noche para lanzarla al mar.

El niño Cristóbal por aquel entonces tenía unos ocho años, pero se arrojó al agua en cuanto vio la escena. Cruzó a nado la playa hasta el lugar donde habían arrojado a la criatura. Tardó unos minutos en encontrar su cabello entre las olas, y logró mantenerla a flote gracias a una rama de palmera, de las muchas que arrinconaban las mareas. La niña vivió.

Buscaron luego a su *mare,* pero fue demasiado tarde. Tras varios días de fiebre terrible había muerto en silencio. La suerte a menudo cobra su deuda, y los icues luego se enteraron de que el padre de Palma, que así llamaron a la niña, enfermó de tercianas. Con la fiebre ardiéndole en el pecho y un dolor que le punzaba el cráneo, cayó una tarde del carro en el que iba, y se abrió la cabeza contra el pavimento.

A finales del año 1778 llegó a la balandra Eulalia, una niña valenciana con la piel del color de las olivas maduras. A la niña pronto la llamaron «Ratolina», por su forma de corretear entre los pescadores del puerto. Los niños nunca le preguntaron por su historia, pero supusieron que el tono de su piel habría ofendido a algún mal *pare*. Le dieron una escudella de michirones remojados en aguachirle con pimentón, y desde entonces permaneció con ellos.

El año siguiente acudió Fernandito, el niño al que mataron. El chaval había sido el tercer hijo de una meretriz de Lorca. Las autoridades de la villa conocieron el caso, y la enviaron con sus hijos al convento de Magdalenas de Valencia. Pero en cierta ocasión la mujer fue sorprendida cantándole una nana al niño en caló, y se le sentenció inmediatamente a perder la lengua. Cuando la mujer se rebeló contra los jueces se dispuso para ella la horca, y el niño quedó en la calle. Sus hermanos habían muerto años atrás de fiebres, de manera que él solico se anduvo todo el camino hasta Cartagena.

La plaza de las Verduras era el lugar más fétido de la ciudad, al ser también el más atestado de gentes de todo tipo. Los días de mercado prácticamente no se podía transitar, pues se abarrotaba de tenderetes, carretas y puestos donde se vendía todo lo que uno se pudiese imaginar. Desde la calle Bodegones bajaban los efluvios vínicos de una docena de tabernas y figones, que venían a juntarse con el hedor a pescado procedente de La Reja, el lugar donde se distribuía el género del mar. El suelo estaba untado con la pasta podrida de la fruta que caía de los puestos, y se amalgamaba con las bostas de los caballos y el riachuelo de sangre que descendía desde las carnicerías.

El lugar era repugnante, pero no parecía importarles a los cientos de comerciantes, compradores, trajinantes y tenderos que pululaban como moscas en busca de los mejores negocios. El escándalo de las caballerías se mezclaba con el repique metálico de las pesas de romana y los golpes secos de cuchillo que segaban carne y pescado por igual. Ricardo no estaba acostumbrado a tan ensordecedor ruido, y en un par de ocasiones tuvo que taparse los oídos para pasar por las zonas más transitadas.

El chiquillo desapareció entre las piernas de la multitud en busca de algo que le pudiese servir para comer. La mayor parte del suelo estaba cubierta por mil sustancias que trató de no reconocer, pero tras un rato escudriñando pudo encontrar un par de alcaciles floreados. Los recogió con cuidado para observarlos con atención. Estaban limpios. Contento, siguió buscando hasta que dio con medio centenar de caracolillos que se arrastraban sobre la gravilla, de esos que en Cartagena llamaban serranas. Una caracolera de esparto se había desgarrado, y los animalicos huían sin que el vendedor siquiera se hubiese dado cuenta. Ricardo, sin armar mucha bulla, fue introduciéndolos uno a uno en los faldones de su camisa.

Un par de icues se le acercaron por detrás y lo golpearon afectuosamente en el hombro. Llevaban

sendas hogazas de pan requemado, que una panadera les había regalado sin que se enterasen las autoridades del mercado.

—¡Vaya con la suerte del nuevo! —dijo el más mayor de ellos, con la sonrisa holgada—. Creo que con esas serranas y este limón podremos preparar esos alcaciles en agrura, *acho*. ¡Anda que no vamos a comer bien hoy!

—Algo caliente, por fin —exclamó el otro zagal, algo más retaco y ceñudo—. Creo que hace semanas que no comemos un guiso decente.

—Tranquilo, que hoy echamos algo de condumio al caldo. Dale las gracias al nuevo, anda —dijo el mayor.

—Me llamo Ricardo —señaló el niño—. Ricardo Sancho.

—Algo así nos dijo Cristóbal —respondió el mayor, mientras extendía la mano—. Yo soy Rafael. Y este de aquí es mi hermano, Juanito.

Ricardo no pudo darle la mano al zagal, por miedo a que escapasen de nuevo los caracoles. Inclinó la cabeza.

—Te tengo dicho que no me llames así, imbécil —protestó el pequeño de los hermanos.

Los jóvenes tenían la piel enrojecida por el sol, y unas oscuras cabelleras encrespadas. Su *mare* había sido pescadora en el Mar Menor, de manera que Juanito y Rafael sabían desde críos diferenciar un chirrete, un chucleto y un abichón y cuál de ellos era mejor para capturar anguilas. Sabían echar la tarrafa y tejer la nansa, y también cocinar la palaya de diez formas diferentes. Pero el Mar ya no era lo que solía ser, y tanta ordenanza se fue juntando con varios períodos de flaqueza. Tan arruinados estaban que tuvieron que malvender la mayoría de sus artes y barcas y dedicarse a una pequeña huerta tomatera que sus tíos tenían en La Manga. Su *mare* murió de fiebres tercianas cuando Juanito tenía seis años y Rafael, siete. De eso ya hacía tres años.

—Tú mira lo que he pillado yo, *acho* —dijo Rafael, entusiasmado.

El icue enseñó un manojo de tres cebollas chuchurrías y con moho. Juanito y Ricardo se quedaron mirando lo poco apetecible de su aspecto, y Rafael se dio cuenta.

—Bah, no os agobiéis, que el enrobinado lo quito a cuchillo y aprovechamos lo que haya de bueno dentro.

La mañana fue bastante tranquila, pese a todo. El resto de icues había conseguido un par de libras de carne seca de puerco, otra de mojama de atún y un tonel lleno con verduras de todo tipo: tomates, berenjenas, ajos porros, una coliflor agusanada, pimientos de bolica y un racimo de dátiles todavía verdes. Con los panes requemados, las verduras y las serranas podrían estar satisfechos para toda la semana.

Cuando llegaron a la balandra guardaron todo en cajones o en recipientes con agua de mar, y fueron a saludar a Genista, quien no había salido con ellos. La zagala seguía sin pronunciar palabra desde la noche anterior. Le mostraron lo que habían adquirido en el mercado, pero tras un gesto de indiferencia se apartó a un lado para echarse sobre una almohada.

Rafael y Juanito prepararon el guiso prometido, y Ricardo agradeció por fin comer un alimento que le calentara tanto las tripas como el espíritu. Los niños comieron con igual deleite, remojando el chusco de pan en el caldo. Cristóbal se levantó para llevarle un cuenco también a Genista, que comió apartada del resto. La niña había lavado su vestido en la fuente de San Sebastián, pero seguía roto por varias partes tras el encuentro con los hombres.

La ciudad había despertado con la noticia de los guardias muertos en la puerta de Madrid por unos bandidos desconocidos. El cabildo envió partidas a Santa Lucía, Concepción y San Antonio. Se registraron los montes de Galeras y San Julián hasta Escombreras. Enviaron un patache y varias

tartanas para vigilar la Algameca Chica y la Grande, pero nadie encontró nada. Se establecieron rígidos toques de queda, y las puertas de Madrid, San Antonio y San José cerraron un par de horas antes de lo estipulado. Solo la puerta del murete que daba al puerto permanecía abierta toda la noche, custodiada por tres guardas armados con fusiles y alfanjes.

Ricardo, debido entre otras cosas a este despliegue, se sentía seguro al lado de aquellos icues. No obstante, no dejaba de pensar en los dos niños muertos a manos del tipo de las canteras romanas. Él mismo habría muerto si Genista no hubiese tirado de cuchillo. No sabía dónde se podían haber escondido los otros dos hombres, pues parecía que se hubiesen esfumado de la ciudad. Y rezaba por que así fuera.

Una noche, un par de semanas después, los niños estaban reunidos en torno a un fuego, como tenían por costumbre. Genista, agazapada en el rincón más oscuro, observaba la lumbre sin parpadear. De repente se levantó y salió a través de las tracas del casco. Solo Ricardo se dio cuenta de que tardaba más de lo habitual en regresar, si era que había ido a aliviar su cuerpo. No lo pensó dos veces y corrió en busca de la zagala, a la que halló sumergida en la charca que se formaba entre la popa y el repecho de arena. La niña estaba llorando, desnuda como el día en que nació. Ricardo se volvió rápidamente, y trató de escurrirse sin ser visto al lugar por donde había venido. Pero la voz de la zagalica lo detuvo.

—No te preocupes, chacho. ¿Qué importa ya? Acércate, por favor.

Ricardo se sintió muy incómodo, y no abrió los ojos hasta que la niña salió del agua y cubrió su desnudez con el trapo que le servía de vestido, desgarrado como un ripio. Seguía llorando, pero no por tristeza, sino por algo a caballo entre la resignación y la rabia. El niño encontró entonces el valor que había perdido en esas dos semanas.

—Genista, ¿puedo hacerte una pregunta? —aventuró el zagal.

—Ya has empezado, así que dime.

—¿Esos tipos te tocaron? —preguntó Ricardo, sin saber muy bien cómo explicarse.

La zagala lo miró desafiante, pero sus ojos se humedecieron. No perdió, en cambio, su arisca catadura. Con el cabello descompuesto y sus oscuros ojos, causaba pavor.

—No ellos, ni entonces.

El muchacho no entendió la respuesta, al menos en ese momento. La comprendería con el tiempo.

—Quería darte las gracias por matar a aquel tipo —dijo Ricardo—. Si no hubieses estado allí, ahora estaría muerto y enterrado junto a los otros niños.

—Seguro que lo estarías —aseguró la niña—. Pero no hubiese sabido qué nombre escribir en tu cruz.

—Supongo que Ricardo —respondió el niño.

La niña se acercó a él y lo abrazó como a un hermano. El zagal sintió un beso cálido y húmedo en la mejilla, y se estremeció al recordar a su *pare* y cuánto había perdido. Ahora aquellos golfillos eran todo lo que tenía en el mundo. Aquellos icues y una chiquilla cuyos sentimientos no comprendía. Que quizás no comprendería jamás. Como leyendo sus pensamientos, Genista se levantó, cogió a Ricardo por el cuello y le susurró algo al oído.

—Una palabra a los chicos y te mato. Lo juro por Dios.

Desde esa misma noche, Genista volvió a hablar. Y lideró al grupo de icues con mano más dura que el más estricto general. Daba las órdenes, y los niños la obedecían. Cuando algo no salía como ella esperaba, suministraba una buena ración de capón frío a quien había desbaratado sus planes, aunque los más fuertes siempre caían sobre el testuz de Ricardo. Al chacho, al igual que a los demás, no le importaba recibirlos con tal de tener la panza llena y a la zagala contenta.

Habían pasado ya casi tres semanas desde que el niño rondaba con los icues por el puerto de Cartagena. Se levantaban por la mañana antes que el sol, y acudían ligeros al muelle para tratar de convencer a algún pescador de la falta que le hacía su ayuda. Unas veces traían y llevaban las redes o los aparejos, otras se ocupaban de las jarcias de los bajeles y en contadas ocasiones les tocaba tirar de los cabos de arrastre para botar pequeñas barcas al agua. A cambio, la mayor parte de las veces recibían morralla o alguna moneda con la que comprar pan. Otras veces acababan con las manos tan vacías como antes, aunque un poco más curtidas.

Por las noches los niños dormían juntos en la balandra. Allí se contaban las historias que se sabían, antiguos cuentos de monstruos marinos y romances lejanos que nadie jamás escribiría. Cuando el calor estival lo permitía, las estrellas les servían de techo. En invierno, cuando los vientos se tornaban gélidos y las frías lluvias humedecían la arena de la playa, dormían al calor de una hoguera practicada en la tablazón del interior de la balandra.

Nuevos niños se les unieron, e invadieron el puerto desde Santa Lucía hasta los mismísimos muros del cuartel de presidiarios. Unos eran huérfanos, abandonados de la mano de Dios en las calles de Cartagena, otros repudiados y bastardos, pero la mayoría eran más pobres que las ratas. Y Genista los aceptó a todos y cada uno de ellos. Para cuando ella tuvo catorce años, ya había en el puerto más de veinticinco zagales.

Dos años pasó Ricardo con los icues. Dos años de hambre, de frío y de trabajo, pero también de amistad. La amistad más real que tuvo nunca. Ricardo por entonces contaba con diez años, y sentía aquella ciudad como suya. Había aprendido de los desventurados todo lo que necesitaba aprender del mundo. O eso creía él. Porque su mundo se basaba en saber de nudos para encapillar, cómo hacer una cama con una sábana y algo de borra ovejera y evitar el frío para huir de las enfermedades.

Conocía a qué niños podía persuadir para que sus *pares* le dieran comida, y en qué zonas abocaban con la mano más ancha. La sensación áspera de la arena bajo sus pies le era tan natural que pronto aprendió a prescindir de calzado. Sabía hacerse invisible para corretear entre la gente los días de mercado. Nunca robaba, así como ninguno de sus compañeros. Se ganaba el pan con el sudor de su trabajo, o engrosaba los víveres con aquello que nadie quería, y que de otro modo terminaba en los desperdicios.

A menudo algún capellán o monja se apiadaba de los chiquillos y se ofrecía a cortarles el pelo, cosa que los zagales agradecían enormemente, pues las pulgas y los piojos campaban a sus anchas por la vieja balandra. Tampoco faltaba la misericordia entre marineros y militares, quienes, tal vez arrepentidos de llevar a la deshonra a las *mares,* se redimían ofreciendo trapillos viejos y algo de comida a su progenie.

Genista se convirtió en su mejor compañera. Ella conocía todas las artimañas para conseguir de los pescadores lo que quería. Nunca le preguntó a Ricardo por su pasado, y no parecía importarle. Con todo ello, al *acho* casi se le olvidó en esos dos años su vida anterior, aquella en la que su *pare* y su yaya aún vivían, sembrando la tierra y vendiendo en el carro. Pero todavía llevaba grabado en la memoria el rostro de su asesino. Al menos el de uno de ellos, tan reciente como el del viejo que se estaba pudriendo en Canteras.

Digo que Ricardo casi olvidó todo aquello, hasta una nubla mañana de junio del año 1784. Un monje agustino había acudido a ellos con el encargo de encalar la fachada del convento. Fue un arduo trabajo para los tres icues que se presentaron voluntarios, Palma, Eulalia y él mismo, así que esperaban que la recompensa fuese el cepillo de esa semana o un buen saco con ropa vieja.

Cuando concluyeron, fueron a lavar las brochas en la fuente de Santa Catalina, no lejos de allí. Al final el monje los había obsequiado no con dinero ni con ropa, sino con un puñado de albercoques

secos que se le estaban pudriendo. Los icues, cansados, se sintieron decepcionados con el engaño, pues no era aquel un trato justo para nadie. Tan disgustados estaban que no se dieron cuenta de que el pequeño Martín se acercó corriendo a ellos, resollando como un borrico.

—¿Qué ocurre, *acho*? —preguntó Palma, sosteniéndolo para evitar que cayese exhausto al suelo.

—Creo que han pillado a uno de los tipos esos que andaban buscándote —dijo el chiquillo agobiado mientras señalaba a Ricardo.

Un escalofrío recorrió la espalda del zagal, que se quedó sin habla y más blanco que la cal que manchaba sus manos. Tras aquellos dos años, volvió a tener miedo.

—¿Qué tipo es ese? —preguntó Eulalia—. ¿Dónde lo tienen, Martín?

—Genista lo pilló escudriñando el interior de la balandra —respondió el chiquillo, todavía sin aliento—. Creo que lo ha matado de un golpe. Tenéis que venir, por favor.

Los zagales abandonaron las brochas y los albercoques podridos al lado de la fuente y corrieron hacia El Arenal, con la esperanza de que no hubiese ocurrido alguna desgracia. Entraron en la balandra, y se toparon con Cristóbal.

—Genista dice que no es el mismo que la secuestró cuando ocurrió lo de Canteras. Está segura de eso —dijo el chacho—. Pero quiere que lo veas, por si fuese el otro tipo.

En la oscuridad del camarote de popa, un hombre se retorcía y se quejaba a gritos. Ricardo vio que sus manos estaban atadas con un pedazo de cabo y estaba amordazado con un ripio de tela. El hombre vestía una chaquetilla y pantalón claro. Un hilillo de sangre nacía de una herida abierta en su frente, oculta por una espesa y cenicienta cabellera. Genista estaba agachada a un lado del hombre, y lo increpaba mientras aproximaba una vela a su rostro:

—Te he dicho que me digas qué hacías aquí. Juro por Dios que te mato si me mientes.

El niño examinó al hombre con detenimiento. A la luz de la vela, parecía tener miedo de lo que Genista le pudiese hacer, pero también tenía el ánimo vivo.

—Nunca vi al asesino de mi *pare,* Genista —le dijo a la zagala—. Ni tampoco al que mató a mi yaya. Solo recuerdo al tipo que mató a mi tío, el que huyó de Canteras. Y no es este hombre.

—¡He dicho que no te muevas! —gritó Genista al hombre, ignorando a Ricardo, mientras le propinaba otro golpe en el estómago. El tipo dejó de retorcerse por un momento, pero miró asustado a los chiquillos, en especial a Ricardo.

Ricardo pidió que le quitaran la mordaza. Genista sacó su cuchillo y amenazó con él al hombre, sin decir una palabra. Luego le rasgó la mordaza.

—¿Eres… eres tú Ricardo? —preguntó con un titubeo de voz—. ¿Ricardo Sancho Cruz?

Ricardo enmudeció ante aquello. Aquel hombre sabía su nombre. Se apoyó en el hombro de Genista para no caer al suelo, y trató de recomponerse antes de replicar.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy… —respondió—. Soy Pedro. El hermano de tu *mare*. Pedro Cruz. Tu tío.

Ricardo recordó de pronto que *pare* dijo en una ocasión que alguien de la familia los abandonó para marcharse con los militares. Doña Elena Cruz murió de los dolores del parto, y la marcha de aquel hombre no alivió su dolencia, sino que la envió a la tumba. Era lo que solía decir *pare*. Pero aquello no tenía sentido ahora, y menos después de tanto tiempo.

—Lo lamento mucho, señor —mintió el chico con voz dura—. Yo soy Ricardo Moreno. Hijo de quien nunca conocí, pues fui abandonado en el torno de la plaza de la Merced. Mis *pares* no tuvieron ni la decencia de llamar a la campanilla. Pasé horas bajo el frío, o eso me contaron las monjas. Cuando cumplí seis años, no hubo sitio ni hogar para mí, y cuando me vi en la calle estos icues me recogieron. Ellos han sido y son mi única familia.

—No, no puede ser —se asustó el hombre—. ¡No! ¡Tienes los ojos de Elena!

Ricardo se levantó y se dispuso a marcharse de allí. No quería soportar más mentiras, ni se arriesgaría a que nadie más muriese por su culpa.

—Si lo ves… Si lo veis, decidle a Ricardo que su tío Pedro lo busca. Decidle que estaré en el último ventorrillo de la calle Bodegones. Prometédmelo.

—No vas a ir a ningún lado, malandrín —espetó Genista antes de atarle otra mordaza.

Una vez fuera de la balandra, Genista se abalanzó sobre Ricardo. El chacho pudo ver la desconfianza en sus ojos.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó ella, impasible.

—¿Cómo quieres que lo sepa yo, Genista?

—No deberíamos permitirle marchar —interrumpió Cristóbal—. Ya lo habéis oído todos: conoce el nombre completo de Ricardo. Es mal trigo, os lo digo yo. Nadie nos asegura que no nos perseguirá por esto y no nos lo hará pagar. ¿No os habéis dado cuenta de que es militar?

—¿Militar? ¿Y le asustan cuatro críos? —rio Palma—. ¡Pero si creo que hasta se ha meado encima cuando Genista lo amordazó! ¿De verdad que no conoces a nadie que encaje con la descripción de quien dice ser, Ricardo?

Los icues estaban muy tensos. Rafael y Juanito se quedaron junto a la balandra para vigilar al tipo, mientras que el resto de chiquillos rodearon a Ricardo para abrumarlo a preguntas. Temían especialmente que las autoridades acudieran a la playa y los acusaran por la agresión, o que desmantelasen la balandra y los echasen de la ciudad, para añadir el destierro a su lista de adversidades. Creían que Ricardo sabía más de lo que decía.

Aquel tipo había estado fisgando en la balandra y decía ser su tío. No sabían qué pensar, pero tampoco querían arriesgarse. Ese hombre no era del tipo de gentes que asesinarían a nadie. Al menos, sin cobrar la prima del ejército. El aspecto del hombre del rostro de calavera barbuda era muy diferente, con sus pantalones desgarrados y sucios y su camisa de mezclilla.

—Lo mantendremos aquí hasta mañana —resolvió Ricardo por fin—. Si nadie viene a buscarlo, lo dejaremos ir.

—¿Así, sin más? —inquirió Genista, en desacuerdo—. Con la que le ha caído encima no se marchará así como así. Raro será si no envía a la guardia. Acabaremos en una casa de misericordia, en presidio o en algún otro lugar peor. Y si eso ocurre, mangarrán, juro por todo lo sagrado que te lanzo atado al mar.

La barcaza que tocó puerto por la tarde apenas traía género, y los pocos pescadores se las apañaron sin la ayuda de los icues. Ricardo seguía comiéndose la cabecica pensando en el hombre que tenían maniatado en la balandra. Si era cierto que había abandonado a su familia hacía diez años, ¿qué sentido tenía volver ahora? ¿Podría alguien haberlo avisado de la muerte de su *pare*? Sí, podría ser. Pero ¿quién? No tenía ningún sentido que acudiese a Cartagena dos años después de muerto el *pare* de Ricardo. ¿No era más lógico pensar que fuese el tercer asesino, a quien Ricardo nunca vio el rostro? ¿Y cómo saber la verdad?

Nadie percibió la gravedad del niño, pero a Genista pocas cosas se le escapaban. La chiquilla tenía más tablas en la miseria del mundo que ninguno de ellos. Y odiaba expresamente cualquier incertidumbre, así que propinó a Ricardo tal porrazo en las costillas que lo devolvió al mundo de los mortales.

—Sabes que si no trabajas hoy, no echarás nada al vientre —lo previno Genista, cuando todos se

hubieron marchado al puerto, al toque de otro patache pesquero.

—Me las apañaré por hoy.

—¿Qué es lo que ocurre, Ricardo? —interrogó la zagala, adivinando el temor del chiquillo. También ella se sentía contrariada.

—No sé qué hacer —dijo, con el miedo pintado en los ojos—. No sé cómo sacar la verdad de todo esto.

—Voy a ir contigo —respondió Genista, sin dudar—. Vamos a interrogarlo. Esta vez de verdad, solos tú y yo. Si dice la verdad, lo soltamos hoy mismo. Si no, terminaré con él.

Ricardo dudó. Confiaba en aquella icue más que en ningún otro. Y sabía que también ella confiaba en él, pese a sus ásperos arrestos. Aun sin conocer entera su historia. El niño pensó entonces que era el momento de revelársela.

—Genista, debes saber una cosa —dijo el zagal, despacio—. Esa gente…, los que te secuestraron…, buscaban a alguien. Me buscaban a mí.

—Lo sé —dijo la chiquilla.

—¿Lo sabes? —se extrañó Ricardo.

—¡Claro que lo sé! Todos lo sabemos.

—¿Y aun así me aceptasteis entre vosotros? ¿Aun a pesar del riesgo que contraíais?

Genista tomó afectuosamente el hombro de Ricardo con una mano. Aun hablando con cariño, la zagala le sacaba una cabeza al niño, que a tan corta distancia se sentía cohibido. Era una joven muy fuerte, y no solo físicamente.

—En todo este tiempo todavía no te has dado cuenta. Todos huimos de algo aquí, Ricardo —admitió la niña—. De unos *pares* que no merecemos, de los guardias o de la pobreza. No íbamos a abandonarte por ello. Puede que al principio fuésemos duros contigo, pero solo era una forma de protegernos. Además, si te quedabas, quizás esos tipos volvieran. Y podría acabar mis cuentas en paz.

—Eran tres, Genista. Matamos al viejo, ese al que llamaron Víctor, y escapó el flacucho. Pero aún hay un tercero. Y a ese no lo he visto nunca. Temo que pueda ser él.

—Voy a ir contigo —repitió ella—. Tiene que haber alguna forma de revelar su identidad.

Los dos zagales regresaron a la balandra. La niña ocultaba en la cintura de su refajo el mismo cuchillo con el que segó la vida del tipo que había tratado de violarla hacía dos años en Canteras. Desde entonces lo había guardado siempre muy cerca. Todos los icues habían sido avisados, para que en caso de que las cosas se salieran de madre acudieran en bandada.

Y las cosas se salieron de madre. Cuando entraron en la balandra, el hombre ya no estaba allí. En el suelo solo encontraron los restos de la mordaza y las ataduras. Nada más. Los jóvenes se miraron aterrados, escudriñando cada rincón de la abandonada embarcación. Nada. Registraron la playa y el muelle, pero no había ni rastro del hombre. De repente, Ricardo se acordó de algo.

—Sé dónde estará —expresó.

Atravesaron a la carrera la plaza de las Verduras y se internaron por la cuesta de Bodegones. A aquellas horas de la tarde la pestilencia del matadero era terrible, pero no tanta como el hedor a orines que venía de los callejones adyacentes. Tampoco resultaba ser impedimento para los cuatro borrachines que se tambaleaban en las esquinas, intentando mantenerse de pie. Genista y Ricardo entraron en la última de las tabernas de la calle.

El hombre estaba bebiendo tranquilamente sobre uno de los taburetes del fondo del establecimiento. Tenía el cabello apelmazado por el sudor. Su ropa todavía estaba sucia y sus botas, embarradas, pero conservaba un par de monedas con las que había comprado una jarra de cerveza

turbia. Parecía no importunarle la presencia de aquellos dos jovencicos.

—¿Qué queréis? Tenía sed.

Pedro Cruz encendió una pipa de espuma de mar con una pajuela, que luego apagó en la jarra de cerveza, a medio terminar. Aspiró su humo una y otra vez mientras miraba a través de la ventana en dirección a Galeras.

—¿Y bien? ¿Habéis dado ya con Ricardo? —preguntó el hombre, con el semblante serio. No mostraba buen humor, y los chachos no lo culparon. Todavía tenía en la frente la costra de la herida con la que lo habían tumbado.

—Yo soy Ricardo Sancho, hijo de Julián Sancho y Elena Cruz —dijo por fin Ricardo, delante de la pasmada mirada de Genista. Parecía que la niña hacía esfuerzos por no estrangularlo allí mismo. El hombre, sin embargo, no mostró asombro alguno. Se limitó a expirar un humo blanco y denso por las narinas.

—Sé que en casa se habrá hablado mal de mí, Ricardo. Nunca fui bienvenido, y la obligación me condujo lejos de Elena cuando más me necesitaba. No creo que tu padre me perdonase nunca, y se habrá llevado el odio a la tumba. Tampoco yo me lo perdono, pero ya ha pasado demasiada agua por ese río.

—¿Sabe que está muerto? —inquirió el pequeño.

—Sé que lo mataron, hijo. Pocas cosas escapan si uno pregunta a la gente adecuada. Y te juro por el honor de mi hermana que, si algún día me cruzo con los que lo hicieron, se lo haré pagar.

—Uno de ellos murió hace dos años. Nosotros mismos lo matamos. —El hombre miró a Genista, quien dio un puntapié a Ricardo por debajo de la mesa—. Tuvimos que hacerlo, o nos hubiesen asesinado ellos. Pero otros dos escaparon. Pensábamos que usted era uno de ellos. Por eso tomamos tanto cuidado.

—Menos sangre manchará mis manos —dijo impasiblemente Pedro—. En fin, te preguntarás qué es lo que quiero tras todo este tiempo, por qué acudo a ti después de dos años. Y no daré más rodeos: quiero que vengas conmigo, Ricardo.

Genista levantó la mirada, asombrada. Todavía tenía la mano puesta en el pliego del refajo, y ahora el tipo venía con aquellas. La chiquilla lo miró con recelo.

—¿Ir adónde? —preguntó amargamente la niña.

—Quiero dar a Ricardo la vida que merece. Que me acompañe a Madrid y solicite el ingreso en la Armada dentro de unos años, lejos de las calles y lejos de la ciudad. Quiero aliviar su existencia y redimir lo que no pude hacer cuando nació. Nunca más pasarás hambre, hijo. Es lo que hubiera querido mi hermana.

Ricardo refugió su mirada en Genista, pero al encontrarla ausente de expresión, la dejó caer al suelo. No entendía nada de aquello. El miedo dio paso a la tristeza. Sentía el corazón galopando en su pecho y las palabras que no llegaban a su boca. Un sabor extraño, metálico, invadió su saliva.

—Estarás bien conmigo, Ricardo —dijo el hombre, con una seguridad que enervó a Genista—. Eso te lo puedo prometer.

—Yo ya tengo una vida aquí, señor —terció el chiquillo—. Esta gente es mi familia.

—¿Aquí? ¿Con los malandrines del puerto? —Genista miró iracunda al hombre—. No puedes vivir de esto toda tu vida, Ricardo. Además, prometí a Elena cuidar de ti. Le prometí que, si les ocurría algo, te daría la vida que no pudieron tener ellos. Vendrás conmigo, chacho. Y no se hable más de ello.

—¿Tengo alguna otra opción? —preguntó Ricardo, derrotado.

—Felizmente, no te queda ninguna. Es lo mejor que puedo ofrecerte, Ricardo. Serás un hombre

de honor, como he tratado de serlo yo —dijo Pedro—. Despídete de los icues. Mañana a primera hora partiremos hacia Madrid.

Después de aquella charla, el regente del local echó a los niños de allí. Genista no cabía en sí al permitir que aquel hombre se marchase y, todavía más, se atreviera a querer arrancarle a uno de sus icues. Porque, pensaba, eran suyos. En todo el tiempo que ella había estado con ellos, ninguno había abandonado la balandra. Es su mentalidad de niña no comprendía que no iban a ser zagales para siempre, y que algún día, también ella terminaría abandonando la playa. Aplacó su bilis con el pobre de Ricardo, que tan amargo trago acababa de pasar.

—No vas a irte con ese tipo, *acho*. Lo sabes, ¿no?

—¿Por qué no? —preguntó el zagal.

—Porque no te lo voy a permitir —respondió, segura—. ¿Todavía piensas que ese bribón es tu tío? ¿Un tío que reaparece después de mil años para llevarte a no sé qué sitio? A ti. A un gitano. ¿Sabes qué le hacen a la gente como nosotros en la Marina? Nos enganchan con grilletes, nos cortan las orejas y nos echan a pudrirnos en una cárcel. Lo sé bien, zagal. Créeme.

—Confío en él, Genista. No nos ha hecho daño, y ha tenido infinidad de oportunidades. Ese no es el asesino de mi *pare*. Creo que dice la verdad.

—Bien. Dice la verdad. Es hermano de tu *mare*. Y te pregunto: ¿por qué justo ahora te quiere arrancar de aquí? ¿Por qué después de todos estos años?

—No lo sé, Genista. ¿De acuerdo? —dijo Ricardo, comenzando a enfadarse. Ya bastante tenía él en lo que pensar—. Solo sé que quiero ir. Aquí solo os tengo a vosotros. Y sé que os iréis algún día. Os casaréis y tendréis una familia. Tendréis un futuro. Yo no tengo nada de eso.

El rostro del niño se congestionó con la tristeza, y sus ojicos se enrojecieron. La zagala, comprendiéndolo, no siguió acosándolo. No entendía nada. Pero agarró el cuello de Ricardo, y le susurró algo al oído.

—Tú no vas a irte con ese tipo. Eres un icue. Y lo serás siempre, quieras tú o no.

El zagal no echó párpados en toda la noche. Era un nudo difícil de tragar el arrojar tierra encima de todo cuanto alguien tenía, aun cuando a uno le hubiesen arrebatado todo y escupido al cieno del mundo. Ricardo había echado raíces entre aquella gente. Malandrines y barriobajeros, sí, pero icues, al fin y al cabo. Zagales abandonados, perdidos y borrados del mundo que venían a agolparse con solo su ánimo por bandera. Ricardo había formado parte de aquello. Durante dos años había sido icue. Uno más. Pero ahora algo moría dentro de él y le impedía el sueño, agazapado en una balandra carcomida por la sal.

Dio muchas vueltas a la despedida de aquella gente. No podía sino pensar en lo duro que resultaría no volver a verlos. Pero, sobre todo, no comprendía cómo se sentía tan ligado a la zagalica a la que llamaban Genista. Algo extraño los unía. No amor. En absoluto cariño. Algo más profundo, más arraigado en su pasado.

Antes del alba, en ese momento en el que el ciclo solar mancha de rosa una pequeña porción del cielo ahogado en el mar, Ricardo se levantó. Y tras empacar un hatillico con sus cosas se fue de la balandra para no regresar. No se despidió de nadie, y dio gracias al cielo por que ningún icue se despertase. Caminó por la playa hasta llegar al figón, donde su tío ya lo esperaba con dos monturas dispuestas. Salieron por las puertas de Madrid, dejaron el Almarjal a la derecha y dirigieron los caballos hacia la carretera que los llevaría a la capital. El sol salía cuando dejaron atrás Cartagena en un recodo del camino.

3

Cómo un icue se convirtió en oficial

Ricardo nunca había visto nada como la villa de Madrid a finales de siglo. Ninguna calle se comparaba con las avenidas madrileñas en adoquinado y pompa, que se extendían de este a oeste enramándose en un intrincado laberinto de pasajes y callejas, salpicadas con el encanto de alguna que otra plazuela.

Desde la puerta de Atocha remontaron la calle del mismo nombre, una calzada amplia y agradable a la sombra de las numerosas encinas que competían por pintar con su verdor la capital. Ricardo quedó maravillado con el rumor de las fuentes y el bullicio de la gente que iba y venía. Quedó prendado también de la formidable plaza del Arrabal, donde se cobijaban vendedores y matarifes de diversa calaña. Rápido era el camino, pero el niño vio todo esto y más, sin mostrarse indiferente ante aquel esplendor.

Nunca había montado durante tanto tiempo, y jamás un caballo de silla, sino el viejo borrico que tenía su *pare* para roturar el campo. El trasero le dolía cada vez que tenía que apearse, siempre con la ayuda de su tío. Para postre, sospechaba que el animal le tenía manía, pues de vez en cuando trataba de morderle, y siempre tiraba hacia donde no quería ir, para terminar en un lodazal o en algún arbusto con espinas. Una vez incluso lo lanzó de cabeza a un charco y estuvo empapado durante toda la mañana, hasta que pudo secar su ropa al sol.

El tío Pedro no hablaba. Se limitaba a permanecer sentado en los descansos que hacían o en las postas que frecuentaban, y masticaba en silencio algún pedazo de la hogaza de pan que llevaba en el zurrón. Cuando creía oír algo, se levantaba con un enorme cuchillo en la mano y permanecía muy quieto hasta que descubría que solo era una codorniz, un gallo viejo o su traidora imaginación.

No fue hasta que llegó a Madrid que Pedro logró relajarse un poco. Aun así, recelaba de todo aquel que se acercaba demasiado a los caballos, y espoleaba al animal para alejarse de los grupos de lugareños. Regañó en varias ocasiones a Ricardo por detenerse demasiado tiempo, y otras más por trotar demasiado rápido. Al final, el niño le cogió cierto cariño al animal, y aunque nunca recordaría su nombre, siempre le vendría a la memoria el gracioso lucero claro de su frente.

Descabalgaron en la plaza de la Cebada, donde el tío Pedro desapareció para zanjar el arriendo de una casa con un hombretón gordo y con el rostro hinchado. Esa misma tarde accedieron al lugar, ubicado a la entrada de la Cava Baja de san Francisco. La residencia ocupaba la planta principal de un viejo figón, y se distribuía en dos pequeñas habitaciones anexas a una estancia todavía más reducida.

Una de las paredes de esta salita tenía una puerta que daba a unas escaleras de madera que descendían hasta un estrecho patio de tierra, donde al fondo se encontraba una letrina, y al frente una pequeña bancada con leña y un trébede oxidado. Por jardín tenían una higuera que solo se regaba los días de lluvia. No era aquel un lugar excelso por su esplendor, pero era cómodo. Infinitamente más cómodo que un ajado cojín en una húmeda balandra.

Vivieron arrendados en aquella casa los tres primeros años. Ricardo no tardó mucho en acostumbrarse al jaleo de las gentes en los días de mercado o ejecución, ni a cumplir con todas las

comidas. Algo más le costó dormir en un colchón de lana, y hubo noches en las que tuvo que acostarse en el suelo para poder conciliar el sueño. Tenía siempre a los icues en el recuerdo. A menudo se preguntaba qué estarían haciendo, amontonados en el suelo de aquella embarcación, si habrían conseguido algo de comer ese día o si se acostarían con los estómagos rugiendo de hambre. Una mancha de humedad en la pared de la habitación le recordó el perfil agreste de Genista, así que lijó ese rincón para evitar la tristeza.

A cambio de hogar y pitanza, durante casi seis horas al día debía corresponder con estudio a las enseñanzas de su tío. Ese era el trato. De él aprendió álgebra y literatura, y en ciertos momentos de esparcimiento Pedro le ofrecía ejercicio con el sable, que Ricardo poco supo aprovechar. Odiaba profundamente el tacto frío del acero en su mano. Llegó a sospechar que la causa de tal crispamiento fuese la muerte de su familia. Sin embargo, no desatendió ni un instante de instrucción, y tras esos tres años y con los trece recién cumplidos, marcharon a Cádiz.

Ricardo gustó mucho de los aires gaditanos, que tanto le recordaban a su Cartagena. Arrendaron una casa junto al puerto que al zagal siempre se le antojó más grande de lo que necesitaban. Una bonita logia con columnas de mármol servía de entrada y recibidor al espléndido edificio. Se sentía abrumado cuando pisaba con los pies embarrados el salón de entrada, del que nacían dos grandes escalinatas revestidas con losas de mármol para perderse en los pisos superiores. Hasta tenía una habitación con balcón propio, desde el que un grupillo de gaviotas lo despertaba todas las mañanas. Aquello era tan diferente que le costó adaptarse, y sentía aquella casa como extraña, especialmente en los meses fríos.

El tío Pedro contrató a un par de empleados para llevar adelante la casa, y comenzó a verse con una sesentona de rancio abolengo. Al joven le encantaba aquella señora Tomasa y sus burgueses aires amanerados. Los obligaba a vestirse con propiedad, y a perfumarse con esencias exquisitas que encargaba en el extranjero. En verano, cuando el día se alargaba en la delicia de la tarde, los tres paseaban por el malecón bajo el bosque de palos de los navíos y goletas amarrados en el muelle.

Gracias a las tardes que la mujer destinaba a Ricardo, en este nació también un gusto por la poesía y la música, y no fueron pocas las veces que se dedicaron a bailar desde el mediodía hasta bien entrada la noche. Con ella en casa, había cierto calor que alegraba sus vidas. El chacho luego recordaría aquellos meses como los más felices de su vida, empañados únicamente por la sombra de la melancolía cuando recordaba a cierto grupo de golfillos.

El verano ya estaba llegando a su fin cuando una noche su tío quiso hablar a solas con él. Esa tarde Pedro había estado encerrado en su despacho, y Ricardo apenas lo había visto más que fugazmente cuando le pidió que ayudara al servicio a subir por las escaleras un pesado baúl adornado fastuosamente con herrajes de latón. Tomó a su joven discípulo del brazo y lo condujo a su cámara, cuya puerta cerró tras de él.

—Querido Ricardo… —empezó el tío Pedro sin saber bien qué decir. El niño se asustó ante el nerviosismo de su tío, pero nada dijo. Tras tres años con aquel hombre, sabía que debía dejarle su tiempo para expresarse—. ¿Estás a gusto en Cádiz? —preguntó—. ¿Disfrutas ahora, que ya por fin nos hemos instalado definitivamente?

—Sí, tío —respondió el joven—. Por supuesto que estoy bien aquí. Doña Tomasa es muy agradable conmigo, y sigo mi entrenamiento cada día, como le prometí. Ya he mejorado mucho en la redacción y las cuentas, y cada día tiro mejor con el sable y la pistola de chispa. Ayer cacé dos faisanes casi sin ayuda, y yo mismo los desplumé y los metí en la cazuela.

—Eso es muy buena noticia, chacho, a fe mía que sí —rio el tío Pedro—. Pero debo pedirte algo, que espero que entiendas. Unos asuntos me llevan de nuevo a Madrid. Y debo partir en breve, en

uno o dos días.

—¿A Madrid? —se extrañó Ricardo—. Apenas hace unos meses que llegamos a este lugar. ¿Ya hemos de marcharnos otra vez? ¿Acaso ha ocurrido alguna desgracia que nos obligue a marchar tan pronto?

—No, querido. —Pedro suspiró hondamente—. Yo soy el que se va. Y doña Tomasa va a acompañarme. Sabes que su salud está un poco delicada. Me han recomendado un médico en la capital que tiene manos de santo. Quizás encuentre una solución para su afección.

—Pero… —dudó el zagal, tan sagaz como era—. Pero ¿qué va a ser de mí entonces, tío Pedro? ¿Van a abandonarme?

El hombre tomó a Ricardo, se lo acercó al pecho y lo abrazó con fuerza. Recorrieron su rostro unas lágrimas que enjugó antes de que el niño pudiera verlas.

—Eres el hijo de mi hermana, Ricardo. Jamás te abandonaré. Pero tengo otros planes para ti.

El chiquillo reparó entonces en el baúl que tanto trabajo había costado subir escaleras arriba. El cofre estaba abierto frente a la mesa de mármol del despacho. Dentro, plegados cuidadosamente, se encontraban tres uniformes completos, con casaca, pantalón y sombrero. Se sintió estúpido al creer que había estado tomando lecciones únicamente porque era lo que se aguardaba de todo joven.

—Así que va a alistarme en la Marina, ¿no es eso?

—Eres más sagaz de lo que yo seré jamás, chacho —afirmó el hombre—. Estos son uniformes de gala, pequeño y servicio de guardiamarina. Junto con la ropa que ya tienes empacada tendrás más que suficiente.

El niño miró horrorizado a su tío. Había oído leyendas terribles sobre la importancia que la gente de poder daba a la sangre y a la etnia. La avenida de lágrimas afeó su rostro en una mueca húmeda. Esta vez su tío no lo consoló.

—Pero… Alguien como yo no podrá entrar en el servicio tan fácilmente. Los de nuestro pueblo han sido perseguidos durante siglos… ¡Lo sabrán! ¡Conocerán mi secreto! Y entonces… ¡puede que me corten las orejas!

—¡No digas necedades, zagal! —espetó el tío Pedro—. Tienes la sangre de mi familia y de la de tu padre. Todo lo demás nos lo podremos inventar. Doña Tomasa es la segunda condesa de Tiñoso y cuarta marquesa de Almazán. Está al tanto de esto, y ha accedido a hacerse pasar por tu madre de caridad. Mantendrás el apellido de tu padre, Sancho, que también yo he adoptado en mis últimas misivas. Espero que eso sea suficiente para probar tu sangre noble.

—Pero, tío, yo no podré. No sé manejarme entre esas gentes. Por favor, no me obligue.

—Ricardo, eres el doble de diestro con el fusil y la pistola que la mitad de los guardiamarinas de nuevo ingreso. Sabes escribir, leer y hacer cuentas, y estos últimos meses has aprendido a bailar con doña Tomasa. Te desenvolverás bien, te lo prometo. Aun si no accedes como guardiamarina, siempre podrás formarte como caballero aventurero. Grandes marinos han entrado como aventureros y han prosperado en la vida.

Así fue que una madrugada a principios de septiembre del año 1787 el joven Ricardo Sancho fue alistado en la Academia de Guardias Marinas de San Fernando. Vestido con casaca azulona de encarnado forro, pantalón y camisa blancos con chorreras y puñetas, se despidió de su tío y entró en el edificio. Nunca supo cómo hizo el tío Pedro para conseguir su ingreso, aunque cierto tintineo metálico en el bolsillo izquierdo siempre lo hizo sospechar.

Un centenar de jóvenes aguardaban en el patio del edificio, tan nerviosos como él. Muchos tenían el sueño todavía pintado en los ojos, y otros tantos aguardaban sentados en el suelo, aun a riesgo de mancharse los pantalones de polvo. La mayoría vestía de civil, a excepción de Ricardo y otra docena

que, como él, evitaban el suelo y las paredes para no condecorarse anticipadamente con alguna medallita de yeso blanco.

A través de la puerta del patio apareció el director de la academia, un hombre recio y serio que no debía de sobrepasar la cincuentena, aunque a Ricardo se le antojaba mayor a causa de su grave semblante. Los jóvenes que quedaban en el suelo se levantaron y callaron al instante. El hombre se tomó su tiempo para sopesar con la mirada a cada uno de los zagales que aspiraban a guardiamarinas.

—Buenos días tengan ustedes, caballeros —dijo con la voz áspera maltratada por el mar—. Sepan que el examen de ingreso a la Compañía de Guardias Marinas se realizará el próximo jueves a las ocho de la mañana en el salón de reuniones. Mientras tanto, pueden ustedes disponer de nuestro centro como convengan. Aunque les recomiendo que estudien para su examen, y para ello les brindo el acceso a la biblioteca, y les pido encarecidamente que respeten los libros y documentos con la mayor discreción posible. Asimismo, en breves momentos nuestros maestros los organizarán a ustedes en las diferentes estancias para que puedan acomodarse. Sean bienvenidos.

Más tarde ese día, acostado sobre la litera que le había tocado en suerte, Ricardo no pudo conciliar el sueño. Maldecía en silencio a su tío por no haberlo prevenido de algo así. No creía que estuviese capacitado para afrontar un examen como aquel, fuese el que fuese. Había confiado en él, y lo había engañado vilmente. Esa mañana había acudido a la biblioteca en primera instancia, pero no le habían permitido extraer de ella ningún libro hasta que no fuese aceptado en la academia. Además, prácticamente la mayoría de volúmenes estaba en francés, así que de poco le iban a servir, salvo para contemplar los bellos dibujos de embarcaciones y astilleros.

No conseguía dormirse, embelesado con los maderos de la litera superior. El jergón era duro y áspero, y sospechaba que alguna chinche le estaba acribillando la espalda. Tan abstraído estaba que tuvo un tremendo sobresalto cuando vio el rostro de un zagal asomado a un palmo de su litera. Si no hubiese sido tan rápido, el intruso se habría llevado un buen mamporro.

—¡Vaya! Pensaba que estarías dormido —murmuró el zagal, recuperándose del sobresalto—. Venía a prestarte esto. Esta mañana te he visto preocupado en la biblioteca y he pensado que tal vez te ayudase con el examen.

El chacho dejó caer un libro sobre su almohada y se deslizó a la litera contigua. Ricardo tomó con cuidado el volumen y trató de leer el título en la oscuridad. El libro estaba tan maltratado que apenas se podía leer una hoja de cada tres, la mayoría de ellas tan manchada que ni siquiera eso.

—¡Gracias! —dijo el niño a la oscuridad. En la otra cama, una sombra agitó la mano, como quitándole importancia.

Pasaron los días, y Ricardo no había vuelto a saber nada del zagal que le había prestado el libro. A la mañana siguiente se acercó a su litera, pero esta estaba ocupada por otro niño, cosa que no era extraña, pues los chiquillos habían ido cambiándose de litera a cambio de alguna ración de más en el rancho o de un par de cigarrillos.

Así fue que comenzó a leer aquel libro, que sí estaba en castellano. No tardó ni dos horas en aprenderse de memoria las primeras páginas, y continuó leyendo para empaparse de la cultura marinera, rezando por que alguna de aquellas oraciones fuese parte del examen. Como no le permitían extraer los libros de la biblioteca, el *acho* empezó a acudir cuando rayaba el alba, y permanecía allí hasta que sonaba la campanilla de la cena.

Y el jueves llegó. Los zagales despertaron por primera vez a toque de corneta, y no pensaron ni por un momento que aquel trompeteo iba a acompañarlos el resto de sus vidas, ni que se acostumbrarían a él como a la luz del sol en la mañana. Se vistieron y asearon, y bajaron todos a la

entrada del edificio, con un solo trozo de galleta en los vientres y las legañas soñolientas nublándoles los ojos.

El caos era terrible. Una algarabía de decenas de chavales correteaba sin orden ni concierto por el recibidor, tratando de encontrar la sala donde se verificaría el examen. El estruendo cesó de inmediato cuando el director los mandó callar y los condujo a una sala amplia. Tras disponerlos a lo largo de varias mesas, les dio un par de folios a cada uno.

—El examen comenzará cuando los maestros repartan los manuales. Deberán abrirlos por la página sesenta y dos cuando haga sonar esta campanilla. Luego tendrán una hora y media para responder a las cuestiones que se plantean.

Los maestros repartieron los manuales. Cuando sonó la campana y Ricardo llegó por fin a la página indicada, se le cayó el alma a los pies. Aquellas preguntas versaban todas sobre cálculos y operaciones. Nada de lo que había leído le servía para nada. Y no es que él no supiese nada de aritmética: había aprendido de su tío a hacer sumas y también algunas sustracciones sencillas. Pero aquellos símbolos, aquel galimatías de números arriba y abajo cayó sobre él como un jarro de agua fría.

Solo le tomó quince minutos responder a tres de las veinte preguntas. Tras entregar su escrito al director se marchó al patio, donde se pudo dejar caer en un rincón para observar a los guardiamarinas de tercer año, que estaban alineándose bajo el sol. Se sentía perdido de nuevo. Ya no lloraba, pero un rígido nudo le atenazaba el pecho.

—No creo que este sea lugar para usted, caballero.

Ricardo levantó la cabeza para toparse con el mismísimo director de la academia, que lo contemplaba con el gesto serio que habituaba a vestir.

—Debe serlo, señor.

—Pues yo debo decirle que no hay forma alguna de que acceda al cuerpo de guardiamarinas. He repasado su examen, y creo que deberá enviar una misiva a su padre para que acuda a recogerlo cuanto antes. Pero descuide, que todavía es muy joven como para rendirse.

—¡No! —gritó el zagal, indiferente a los principios de protocolo—. No puedo marcharme. Esta es la vida que se me ha encomendado.

El hombre se sentó a su lado, directamente sobre el suelo. Le costaba inclinarse, así que optó por lo más sencillo.

—¿Y por qué querría el ahijado de la condesa de Tiñoso entrar en la Marina?

Ricardo no supo qué decir. Debía despedirse cortésmente y marcharse de allí. Eso era lo que se esperaba de él. Tal vez su tío estuviese orgulloso todavía y lo intentase al año siguiente, cuando estudiara mejor la forma de realizar aquellas cuentas. Pero Ricardo no era un niño que se rindiese fácilmente. Algo de Genista se le había pegado por el camino. En lugar de irse, se levantó, miró al frente y recitó:

—Artículo uno. La Compañía de Guardias Marinas, o cadetes entretenidos deberá componerse y ser completa de un capitán, de un teniente y un alférez, y del número de brigadieres correspondientes del que formase el todo de la Compañía; y debiendo ser la brigada a lo menos de cincuenta guardias marinas deberán asimismo tener cada una un brigadier y dos subrigadieres.

—¡Vaya! —respondió asombrado el director, sin perder su seriedad—. Continúe, ya que ha seguido su ánimo de espíritu.

—Segundo —dijo Ricardo más serio todavía, aun cuando una lágrima empañó sus ojos—. Los grados que habrán de tener los oficiales de esta compañía que se consideran como tales, hasta el alférez inclusive, serán a lo menos el de capitán de navío el capitán; de fragata el teniente; y teniente

de navío el alférez.

—Y dígame usted —siguió el hombre—. ¿Qué nos dice el artículo setenta y dos de las *Instrucciones de Patiño*?

—Setenta y dos. Si el puerto o plaza de residencia de los guardias marinas fuesen atacados por tropas enemigas…

—Ese es el setenta y uno —interrumpió el director—. Con el setenta y dos comienza el capítulo dedicado a los servicios de los guardias marinas embarcados. ¿Ha leído algún libro más, joven?

—El *Diccionario de arquitectura naval marina,* del marqués de la Victoria.

—¡Hola! Si en lugar de ese libro, por lo demás bello, hubiese echado un ojo usted al *Compendio de la geometría elemental y trigonometría rectilínea para uso de los caballeros guardias marinas,* no estaríamos hablando aquí, y hubiese usted aprobado el examen.

—¿Y me podría usted indicar quién es el autor, señor?

El director extrajo de la cartera un volumen grueso, encuadernado en cartoné. Las hojas parecían muy usadas, pero todavía mantenían su blancura.

—Un servidor, hijo mío. Teniente de navío de la Real Armada y director de esta Academia. Pero puede usted llamarme por el momento don Vicente Tofiño. ¿Ha estado usted a bordo de algún buque?

Al niño le asomó media sonrisa, al recordar de pronto los dos años que había vivido, comido y dormido a bordo de una balandra en el puerto de Cartagena.

—No, señor.

A la mañana siguiente uno de los profesores civiles colgó en un tablón el edicto con la lista de aspirantes que habían sido admitidos como guardiamarinas. Ricardo estaba en ella.

En los años que estuvo en la Academia aprendió todo aquello que se esperaba de él. Como prometió al director, estudió geometría, aritmética y álgebra. Pasaba tardes enteras repasando tercamente las cartas de navegación y los mapas celestes, encerrado en la biblioteca de la Academia, que se convirtió en su segundo hogar. Sobresalió por su conocimiento del mar y pericia, aunque pocas amistades granjeó durante sus años de entrenamiento. Con esfuerzo, al fin dio al callo con la esgrima del sable, y fue uno de los más avanzados en armas de fuego, si bien su nervio contenido poco o mal hacía a sus dotes de tirador.

Al cumplir diecinueve años tuvo su bautizo de mar, al servir como guardiamarina en el sitio de Tolón, durante la guerra del Rosellón. Fue maltrecho en aquella traicionera batalla, y un fogonazo de cañón lo dejó prácticamente ciego durante tres meses. Su brazo fue frito a metralla, lo que lo aquejó el resto de su vida, pero le sirvió como excusa para justificar su poca destreza con la espada.

Los años siguientes ejecutó varias misiones menores, como las operaciones de Rosas a bordo del Terrible o las dos veces que rechazó a los británicos de Cádiz con la escuadra de Mazarredo. En la campaña de Algeciras fue ascendido a alférez de fragata, cuando la Providencia hizo que salvara a un superior del fuego de cuatro o cinco soldados británicos que habían abordado el castillo de popa del cañonero que tripulaba Ricardo. Tiró de sable y bayoneta, y tras una sangrienta refriega logró desembarazarse de aquellos hombres.

Corría el año 1805 cuando, cierta tarde, estando Ricardo en Madrid, fue llamado por el general Federico Gravina. Sorprendido por la intriga, el joven apareció en su despacho de gala. Ricardo contaba ya con treinta y un años, y tenía un físico notablemente curtido. Su cuerpo, más bien enclenque en la infancia, había ganado en hueso y músculo, y sobre la piel morena se veían tatuadas

varias decenas de cicatrices que eran carta de paso en la Armada. El pelo, negro como el carbón, iba recogido en una coleta, y dos prominentes patillas venían a reunirse con una barba recortada a navaja.

Sobre la casaca azul el joven lucía varios emblemas y galones fruto de las misiones que había verificado. Tenía la apariencia de un capitán, pero apretaba el sombrero entre sus manos como cualquier nuevo guardiamarina.

Quiso el general Gravina reclutar a varios soldados de entre los más ejemplares de cada promoción, y a Ricardo le tocó en suerte tripular el Montañés, un navío de línea de casi ciento noventa pies de eslora y dispuesto con una artillería de setenta y seis piezas de fierro. Se uniría este a la segunda división de la escuadra de observación, bajo la comandancia de don Antonio Castaños y don Francisco Alcedo, en Trafalgar.

Aprovechando que estaba en la capital, esa misma noche acudió a ver a su tío. Doña Tomasa, con quien se había casado Pedro, ya anciano, había muerto hacía años a causa de las fiebres, y de todo aquel trajín se resolvió que don Pedro Cruz de Tiñoso acabó siendo el heredero de la fortuna de su esposa, lo que le permitió meter el morro en la burguesía madrileña. Sin embargo, contando ya con sesenta y dos años, una rara enfermedad lo había postrado en la cama, y le provocó una incapacidad en las piernas que lo privó de movimiento durante todo lo que duró la guerra.

—Siéntate a mi lado, chacho —dijo con un áspero hilo de voz—. Sírvete cuanto quieras de esa frasca y acompáñame. Celebro con orgullo todo cuanto has hecho por nuestra nación, Ricardo. Por todos tus años de servicio y por el hombre en que te has convertido. Pero dile a este pobre viejo: ¿qué era lo que quería el general Gravina?

—Me quiere en Trafalgar, tío —dijo Ricardo, sin demorar la cuestión. Seguía tan escueto en sus parlamentos como cuando era un chiquillo.

—Vaya por Dios. Algo se estaba comentando sobre eso por aquí. —Se incorporó para tomar el brazo del joven—. ¿Y en qué navío se te ha destinado?

—En el Montañés.

—Debe de tenerte en alta estima, Ricardo. —Se volvió a acostar Pedro, satisfecho—. Te has ganado el honor con tu mérito. El Montañés es el navío más rápido de la Armada en la persecución, pero en quebranto de una nada desdeñable desviación del rumbo. Es más, el viento a menudo arrastra el navío directamente contra el enemigo. Hazte el favor de estudiar los planos de Retamosa. Ese bribón tenía tanta obsesión por restarle calado al navío de Romero Landa que hizo desmantelar el lastre y constriñó la proa. Sé prudente y acata las órdenes de tus comandantes, hijo mío.

—Lo tendré en cuenta y así lo haré, tío.

El hombre se giró para observar por la ventana, meditando sobre algo que estaba más allá del vidrio. Más allá incluso del monte que se veía en el otro lado, y más allá del azul del cielo.

—Dudo mucho que vuelva a levantarme algún día de esta cama. —Acalló la protesta de Ricardo —. Y aunque lo hiciera, estaré inservible para la guerra. Quiero que tomes algo, y que te sirva tan acertadamente como lo hizo conmigo en Menorca. Abre la vitrina que tienes a tu derecha y desenvuelve la tela. Lo que allí encuentres es tuyo.

Ricardo abrió las puertas del armario y extrajo un pesado paquete. Una tela de lino blanco envolvía un sable, que le devolvió un reflejo deslucido. El filo estaba mellado en una docena de sitios, y a un palmo de la punta el arma se desviaba en un ligero ángulo. Aquel sable había sido usado y maltratado multitud de veces. En el escudete se leía la inscripción *«In hoc signo vinces»,* prácticamente oculta por la herrumbre.

—La sangre de cuatro naciones ha manchado esa espada. Ha visto el honor inglés, el amor de los

portugueses, el orgullo holandés y la fe de los berberiscos. Ahora quiero que sea tuya, si tu rechazo por las cuchillas no te lo impide.

—Cruzo fierro con quien se me pide, aunque en ello me vaya la repulsa —dijo Ricardo—. A propósito, ¿qué significa…?

—*In hoc signo vinces*. «Con esta señal vencerás». Es la divisa de la sangre de tu *mare*. La he llevado siempre conmigo, aun cuando creía que me iba a llevar la muerte. Elena fue mi valor y la razón de mi fe. Siempre.

Ricardo se acercó a Pedro y lo abrazó. El hombre era un saco de huesos, tan diferente de aquel hombre corpulento que fue a buscarlo a Cartagena. Unas lagrimicas brotaron de sus ojos, no por tristeza ni por miedo, sino por algo que se perdió hacía tiempo de este mundo. Por honor.

El viento flojo hacía ondear los trapos de los más magníficos navíos citados aquel día. España había adornado la gallardía de su flota a base de pintura nueva, y su hedor se extendía a lo ancho del golfo de Cádiz. Un olor que acusaría a los españoles de crear falsas expectativas tras unos maderos recompuestos bajo nuevas capas de brea y barniz. Tampoco había que rascar mucho para darse cuenta de que debajo de tanto colorín los hombres rayaban la más modesta catadura, y no eran sino gentes de campo y taller.

Tiempo hacía ya que la Armada Invencible había desmerecido su augusto nombre, pero los capitanes se afanaban por avivar los rescoldos para no mostrarse inferiores ni en honor ni en valentía a La Royale. La flota francesa alineaba sus navíos junto a los españoles, como amparados bajo el mismo manto, aunque sus comandantes poco conocían la mar y las maniobras que para defenderla se necesitaban. Nada pudo hacer Gravina sino situarse bajo el mando francés, de la mano del vicealmirante Villeneuve, y esperar que la llegada de los británicos no los pillase desprevenidos.

Tanto revuelo de mandos y capitanías acabó por derrumbarse en vistas a la táctica naval que dispuso el francés. Nada más avistada la presencia de ingleses en el horizonte, Villeneuve tomó la determinación más nefasta que pudo desgranar en aquel conflicto: virar en redondo hacia Cádiz.

La impresionante estampa que formaba la línea de navíos, símbolo de una guerra y festejo de todo un imperio, se rompió cuando se desordenaron las naves. Con viento flojo, las barcazas más grandiosas se mostraban torponas y lentas, como ballenas a la deriva. Entre ellas asomaba el morro la maquinaria naval más grande del mundo, el Santísima Trinidad, que desplegaba sus lienzos para intentar recuperar un poco del viento con el que no contaban.

El Montañés mantenía la posición en la escuadra de observación, mientras en cubierta Ricardo oteaba nervioso por babor, confiando en ver ondear los paños ingleses en el horizonte. No le traía buenos recuerdos aquella escaramuza, y la apatía entre españoles y franceses no hacía más que crisparle el ánimo. No tuvo que esperar mucho con el nervio contenido, pues hacia las once de la mañana pudo observar la flota de Nelson entre el navío Bahama y el francés Aigle.

Tañeron al momento las campanillas, y los artilleros bajaron a atender a los cañones. La escalada de tensión se hizo palpable. Nelson cubría la distancia rápidamente, y no habría lugar a la huida, pensó Ricardo. El Royal Sovereign avanzaba a todo trapo cuando recibió el primer estallido de prueba del francés Fougueux, a lo que siguieron una serie de fogonazos de la armada aliada. La espuma marina se iluminó intermitentemente.

El buque inglés continuó su rumbo mientras los cañonazos hacían tronar su cubierta y desgarraban sus velas, pero no se detuvo hasta pasar por la popa del Santa Ana. Ricardo se santiguó justo en el instante en que el Royal Sovereign hizo rugir sus casi cincuenta piezas de artillería cargadas con

palanquetas. El estrago dejó al Santa Ana herido de muerte, con lo que quedó de esta forma dividida la escuadra.

La confusión y la rabia se apoderaron de la escuadra francoespañola, que se enfrentó al segundo navío con el que vino a toparse, el Belleisle. Los aliados descargaron tal cantidad de fierro y fuego que en minutos se vio sin arboladura y con las baterías cegadas. Como un animal herido, aguardó flotando a ser rescatado por los siguientes navíos ingleses en la línea.

Me es menester relatar lo que le aconteció a mi muy ilustre señor don Ricardo Sancho mientras sucedía la deleznable acción en el centro de la escuadra. Cuando las esferas de fierro comenzaron a llenar el ambiente de ruido, el Montañés acabó rodeado en cuestión de minutos de una informe masa de humo y fuego.

Apareció entre el humo por babor el británico Bellerophon, al cual se le administró una descarga de cañonería, como estaba previsto. El navío, impasible, pasó entre la popa del Bahama y la proa del Montañés, cañoneando con las baterías de ambas bordas. Logró encajar un par de esferas en el castillo de popa del Bahama, pero la distancia entre él y el Montañés ocasionó solo una mella en el trinquete y varios boquetes en la tablazón. Se le respondió conforme lo convenido, y con ello se marcó la posición del Montañés dentro de la batalla.

El Bellerophon orzó rápidamente a varios cables por delante del Montañés, con la intención de quedar abarloado al Bahama. El ímpetu de ambos navíos hizo que entrechocaran sus cascos, sin que dejaran por ello de intercambiar sucesivas salvas de fierro, mientras los marineros trataban de cortar la arboladura enredada. El humo rodeó la afrenta y oscureció la acción entre los dos buques y aquellos que pugnaban por desembarazar al Bahama del inglés.

No tardó mucho el Montañés en detener el fuego, primero por la falta de visibilidad de los colores enfrentados y luego por la aparición en escena del británico Achille. El formidable navío inglés se igualaba al español en eslora y artillería. Habiendo descubierto en el Montañés una presa potencial, aprovechó el viento que le era favorable para intentar pasar por su popa.

Don Ricardo se encontraba entonces observando la maniobra cerca del alcázar, tanto para oír mejor las órdenes de su comandante como para tener una situación más ventajosa en caso de abordaje. El capitán daba órdenes cauta y velozmente, con la intención de orzar rápidamente para presentar el costado al inglés. Los artilleros estaban dispuestos y los oídos cebados cuando el capitán dio la contraorden de arribar un poco, ya que iban a abordar contra los navíos aliados.

Entre tanto jaleo, el Achille acortó rápidamente la distancia con el Montañés, y comenzó a cañonear contra el navío español. Ricardo vio aproximarse al Achille a la aleta de babor, y no tardó en preparar su fusil y hacer fuego al enemigo, tan cerca como estaba. Cayeron un par de soldados ingleses, pero cuando el fuego se intensificó, tuvo que parapetarse tras un antepecho. Las bolas de cañón empezaron a llover sobre la cubierta, destrozaron la arboladura y se encastraron en el palo de mesana, cuyas astillas volaron contra los tripulantes que trataban de disparar al inglés. La bodega se afanaba en despachar cada una de las descargas con otras tantas, a pesar de que en la primera arremetida el costado de babor había sido herido en varios puntos, y seis piezas de artillería dormían desbaratadas.

Ricardo logró subir por la escalera hasta el alcázar, mientras volvía a cebar el fusil y lo preparaba para enfrentarse al inglés. El Achille maniobró alrededor del Montañés, mientras que don Francisco Alcedo daba las órdenes a gritos.

—¡Capitán! —vociferó Ricardo en mitad del jaleo, mientras señalaba al otro navío.

—Lo sé, oficial —respondió don Francisco, sin mirar en la dirección que Ricardo indicaba—. Prueban a pasar por la popa. ¡He dicho que orcen, que yo quiero arrimarme más a ese navío de tres

puentes, batirme a quemarropa y abordarlo!

Sonó una campana justo en el momento en el que el Achille se posicionó a tiro de enfilada, a lo que sucedió un segundo de silencio exhalado por cada uno de los que se hallaban a bordo. Le siguió el mayor estruendo que Ricardo había conocido nunca, y el miedo más atroz que pudiera haber imaginado invadió su corazón.

El Achille descargó toda su artillería contra la popa del Montañés, lo que destruyó la toldilla y los obenques de mesana. Los palos y lienzos comenzaron a caer sobre Ricardo, el capitán y los demás tripulantes que se encontraban en el alcázar. Don Francisco Alcedo, sin embargo, no mostraba signo alguno de derrota, y completó la maniobra para apartar la maltrecha popa de las bocas de fuego.

El Achille, antes de ponerse en el través de estribor del Montañés, descargó otra vez, y arrasó lo que quedaba del castillo, fatalidad que causó el cambio de mando del navío. Resultó que una bala atravesó el coronamiento y cruzó la cubierta para impactar de lleno en la espalda del capitán. Don Francisco cayó por la borda al mar, bañado en sangre, ante los ojos de Ricardo y los demás oficiales. Sin dudarlo, nuestro oficial se lanzó de inmediato al agua, para ofrecer auxilio a quien ya no lo iba a necesitar. El cuerpo descompuesto del capitán exhaló su último suspiro.

La espuma del mar estaba plagada de pedazos de madera y marineros medio ahogados de ambos contingentes, así que tuvo que abrirse paso a braza para apartarse de varios ingleses que trataban más de mantenerse a flote que de atacar a su enemigo. Desde el Achille, algunos tripulantes hicieron fuego contra Ricardo, intentando unirlo en el destino con su capitán. Afortunadamente, aquel desorden hizo imposible su propósito.

Ricardo vio cómo el Montañés tenía la mitad de los palos y velas de mesana a medio hundir en el océano, de forma que nadó vigorosamente la distancia que lo separaba del navío y se agarró con fuerza a los obenques caídos. Catorce pies arriba, seis soldados españoles se las veían para cortar con un hacha los palos, antes de que estos los hicieran zozobrar. Ricardo escaló con mayor fiereza y pronto llegó a la cubierta, donde sus compañeros tiraron de él. Sentía su cuerpo frío y pesado, pero consiguió mantenerse de pie, mientras un tripulante le prestó un fusil.

Entró a gobernar el navío el segundo al mando, don Antonio Castaños. Continuó por un momento el intercambio de cañonería hasta que, de nuevo, ocurrió la fatalidad. Estando la dotación enardecida por la rabia y el duelo, disparó una crecida granizada de plomo contra los ingleses, con la que cayeron seis o siete soldados más. El Achille, viendo mermadas sus fuerzas en cubierta, hizo lo propio con los cañones, y mandó al español una sucesión de cañonazos con tal puntería que una esfera cayó en la borda cerca del alcázar e hizo volar toda la regala en forma de maderos asesinos.

Ricardo vio entonces al nuevo capitán caer de bruces sobre la cubierta, gruñendo de dolor. El pecho de su camisa estaba teñido de carmesí. El oficial miró alrededor en busca del siguiente en el mando, pero no lo halló. Por la cubierta se desperdigaban los cadáveres ensangrentados de dos docenas de tripulantes, y otros tantos soldados se afanaban por llevárselos en improvisadas camillas a la bodega. Los que permanecían en pie reducían a los enemigos a tiro de fusil. Pero los cañones ya no bramaban, ni de un buque ni del otro.

—¡Ayúdenme a trasladar al capitán al despacho de don Manuel! —gritó Ricardo por encima del bullicio—. ¡Y que alguien avise a don Alejo para que asuma el mando!

—Descuide, don Ricardo —dijo alguien a su espalda—. Ha ido el teniente Pérez abajo a buscarlo.

Subió a cubierta el teniente de navío don Alejo Rubalcava. Mandó inmediatamente orzar, mientras el Achille abandonó la vista del Montañés para ir a enfrentarse contra el Argonauta.

Siguiendo las órdenes del nuevo comandante, los oficiales que quedaban fueron a ocupar todos los cañones, mientras el navío buscaba claros donde presentar batalla. Sin embargo, se veía con poca

maniobrabilidad tras perder el control del palo de mesana y el gobierno del timón. Cuando Ricardo llegó a la cubierta inferior vio el desolador paisaje, con varios cañones completamente destruidos y la tablazón de babor carcomida por los cañonazos.

Eran las cinco y media cuando cesó el fuego en el golfo, y el Montañés fue a reunirse con el navío general, el Príncipe de Asturias, cuya arboladura se veía maltrecha, que estaba siendo remolcado por la fragata Cornelia. Casi diez horas después, el Montañés hacía fondo en el Placer de Rota, junto con otros dos navíos que pudieron salir de tan ignominiosa vergüenza. Descendieron del buque setecientos tripulantes por su propio pie y más de treinta heridos. Allí terminó la batalla.

Ricardo alquiló cerca de la costa con su sueldo una pequeña casa y ocho fanegas de huerta. Dos meses después se le concedieron el galón y la botonadura de alférez de navío por su meritoria acción. Sin embargo, nunca sacó el distintivo de la caja en que le fue dado. La gloria en la derrota es poca gloria. En su caso, casi pecaba de infame. Nunca habló de ello. Durante dos años y medio cuidó de sus tierras sin mayor pena ni gloria. Vivía en paz, y eso le bastaba.

Después de ese tiempo viajó a Madrid por un asunto de Estado, y allí vio y oyó cosas que le hicieron preparar de nuevo sus bagajes y regresar a Cartagena. Antes de eso quiso ver a su tío. Lo encontró con tanto brío que se había levantado de la cama. La enfermedad lo había abandonado y había recuperado cierta movilidad en las piernas.

—¡Tío! Me hace feliz verle gozar de tan buena salud.

—A mí me hace más que feliz verte vivo, Ricardo. Terrible pérdida la de Trafalgar. Horrible destino.

—No hay más que hacer por ello, tío —respondió Ricardo para quitarle importancia—. Marcho a Cartagena.

—¿Cartagena? ¿Quieres volver a tu hogar?

—¿Y cuál es mi hogar? ¿Acaso el lugar en el que murieron mis *pares*? ¿O aquel donde pasé mi niñez? No, tío mío. Tengo órdenes de dar parte a la plaza de ciertas nuevas de Madrid. ¿Vendrá conmigo?

4

Secretos en la oscuridad

Ricardo llegó a Cartagena el veinte de abril de 1808. No vestía casaca, debido al esplendor de la primavera cartagenera, de forma que quedaba al descubierto un chaleco siena de corderoy al uso castellano bajo el cual llevaba una camisa sencilla de hilo. Cubría sus piernas con un calzón encarnado ceñido con fajín grana, e iba tocado con un bicornio costal.

Su montura era un magnífico frisón, enjaezado y ataviado con cincha, mantilla y una banderola con la divisa *«In hoc signo vinces»,* la enseña del apellido de su *mare*. Si se hubiera apeado del caballo, se habría descubierto un andar ligeramente rengo, consecuencia del plomo que perforó su rodilla a bordo del Montañés.

Nada había ya del zagal que abandonó Cartagena hacía veinticuatro años, excepto quizá el cetrino rostro de los de su pueblo, enmarcado por unas hirsutas cejas oscuras y unas patillas ensanchadas en su base, no tanto al uso francés como al estilo británico Brummell. Sus ojos avellana cribaban el paisaje, tratando de determinar los cambios en la Cartagena que lo había visto partir hacía más de dos décadas.

—¿La recordabas así, sobrino? —Tenía por compañeros de viaje a su cansado tío, que se recostaba en la montura para aliviar el hartazgo, y a un joven que dirigía los pasos del aveliñés que cargaba con las alforjas. El mocico había cobrado cincuenta reales de plata por llevar los pocos enseres de mi señor y su tío, así que de esa forma trotaba él, risueño y lozano como era lo propio ante tal fortuna. Ricardo lamentó haber ofrecido semejante suma, y dudaba mucho que la plata llegara a cobrar carbonilla.

Se detuvieron en el arrabal de San Antón, distanciado de Cartagena por media legua de huerta regada por las fuentes de Cubas y de la Perdiz. No obstante, pronto los rodeó un grave hedor que se arremolinaba, espeso, en los rincones que dejaba una planta urbana marchita. La barriada de San Antón mostraba sus muros desencalados y agrietados, revoloteados por nubes de moscardas negras. El firme del suelo acusaba notables irregularidades, hasta el punto de incomodar el paso del caballo, impedido además por cierta rocalla entremezclada con la arena.

Agobiados por semejante escena, Ricardo y sus compañeros abandonaron el barrio para atravesar la Alameda, donde el estancamiento de las aguas y el continuo aporte de sedimento orgánico hacían que hediera aún peor que la urbe. Los chopos estaban secos y retorcidos, y la gente no acudía ya al lugar con ánimo de recreo y esparcimiento, sino a lavar la ropa en un agua hedionda. El soldado no estuvo conforme hasta que no vio en la distancia las puertas de Madrid, cuyos vanos en arco rasgaban el lienzo de la muralla de Carlos III. Atravesaron cabizbajos y sombríos las puertas, sin que los guardias hiciesen amago de detenerlos.

El panorama de la ciudad aguantaba el temple de otrora, pero los aires de la urbe se veían afligidos por algo que se olía aun a pesar de las pestes que emanaban del Almarjal. El camino hacia el puerto decepcionó a Ricardo, quien recordaba aquella ciudad como el culmen de todo aquello en lo que creía, encastrado entre recios muros y poblado de una gentil humanidad. Ni por esto pudo jurar, pues prácticamente nadie se hallaba en las calles cuando cruzó Cartagena. En la plazuela de San

Sebastián unos niños pararon el juego para ver pasar a los desconocidos, saludando graciosamente mientras el aire salitroso inundaba las calles.

Franquearon el dintel de las puertas del Muelle, donde el malecón separaba El Arenal en dos. A su margen izquierdo dejaba una porción escarpada de escollera a los pies de la muralla, y a su derecha, una medialuna que alguna vez albergó una descompuesta balandra de arsenal. Solo pequeñas barcas y laúdes se amontonaban boca abajo en la arena, lo que causó cierta añoranza en el soldado.

Aprovechó entonces para abrevar a las monturas en la fuente de Santa Catalina. No encontró mi señor mejor lugar para despedirse de su tío, así que desmontó, y, mientras los caballos bebían en la fuente sin reparo alguno, se fundió con Pedro en un fraternal abrazo.

—Le veré pronto, tío —dijo el soldado—. Búsquese un hospedaje en la calle Bodegones. Que sea modesto, pero que no peque de miserable. Gracias por su compañía.

—Gracias a ti, chacho —respondió su tío—. Estos caminos no están hechos para ancas tan viejas como las mías. Creo que voy a tumbarme en un camastro y no me levantaré hasta mañana. Veremos si doña Luisa todavía regenta el mejor figón de la calle. Cuídate mucho, Ricardo.

Ricardo observó cómo el tío Pedro se alejaba junto con el mozo y los tres caballos, cruzaba la plaza de las Verduras y giraba hacia Bodegones. Entonces se marchó también él hacia el Arsenal, donde esperó a que el cuerpo de guardia del batiente de entrada le diera acceso. Tras las señas pertinentes, fue conducido por dos soldados al interior del recinto.

En las balsas de curado de los maderos los buzos empujaban con las piernas las maderas al fondo, mientras trataban de mantener la cabeza por encima del agua. Cuando pasó Ricardo algunos se quedaron mirándolo, y mi señor vio la piel de sus rostros enrojecida y quemada por el sol. Cerca de las balsicas, sobre una tarima de madera, un hombre engalanado al uso de los grandes del Ejército contemplaba con atención el trasiego de grúas y cajas alrededor de una zanja encenagada. El hombre no pareció prestar atención al visitante, así que Ricardo se hizo oír.

—Con semejante supervisor, mi capitán, no creo que esas viguetas se desplacen siquiera un par de pulgadas de sus cimientos.

El hombre, sorprendido, acudió al saludo como sobrecogido por la más feliz de las eventualidades, y abrazó a Ricardo efusivamente en recuerdo de la profunda amistad que forjaron tiempo atrás en las inmediaciones del cabo Trafalgar.

—¡Querido don Ricardo! Qué alegría verle tan lozano, amigo mío. Capitán no, sino teniente general. ¿Goza de buena salud tras Trafalgar?

—Quitando cierta cojera que se me acusa más cuando menos debiera, no puedo quejarme. Oí que sobrevivió de puro milagro. Maldito el cañón que se enfrentó a tan magnífico navío.

El teniente general Baltasar Hidalgo continuó mirando el avance de las obras con mohín melancólico. Ricardo conocía la naturaleza de su aflicción, ya que el Escorial de los mares pereció de la peor de las formas: agonizando desarbolado en mitad de la tormenta. Y, con él, el ánimo de toda una nación.

—Ese palo tumbó hacia donde yo estaba, por desgracia. El acuse de mi dolor es prácticamente interior, pero la secuela de la sordera me impide olvidar que ocurrió. Pero cuénteme, amigo: ¿qué le trae por Cartagena?

—Yo nací muy cerca de aquí, en la playa chica de El Portús —dijo Ricardo—. Tras tocar Cádiz hace tres años compré unos terrenicos por allá. El juego salió mal, y perdí más que gané mal arrendando las tierras. Al final tuve que vender y marchar a la capital, con la esperanza de encontrar alguna oportunidad. Todo está patas arriba desde que ese Junot entró en España. ¿Qué le parecen las nuevas desde Aranjuez?

—Me parece que la familia real está nerviosa —dijo el teniente, sin darle demasiada importancia—. Nuevo rey, nuevas tensiones. Fernando VII atiza bien, pero este nuevo régimen me da mala espina. Se está gestando algo y aún no sabemos qué es. ¿Me acompañaría en un paseo alrededor del Arsenal? Sé que no pido gran cosa, pero me place mucho la compañía de un amigo en estos tiempos de incertidumbre.

—Por descontado. A propósito, he pasado en mi venida por San Antón y he sucumbido ante el desarreglo que impera allí. No es el vestíbulo adecuado para esta plaza, teniente Hidalgo.

Pasearon entre la dársena y el edificio de la cordelería, del que emanaba el punzante olor del cáñamo cardado en mezcolanza con el dulce alquitrán. En un determinado momento, el teniente Hidalgo se llevó la mano a la cabeza, afectado por cierta incomodidad o jaqueca.

—San Antón, Santa Lucía, Concepción… Hace cuatro años la plaza perdió doce mil almas de vómito negro, y otras tantas van cayendo desde entonces. Los drenajes fallan, las aguas se estancan y las barriadas caen en la miseria. Estamos en recesión, oficial. Y en el Arsenal los obreros se amotinan continuamente en reclamo de oficio. Siento que esta situación va a estallar pronto.

—¿Y acaso las nuevas obras recuperarán la situación? —inquirió Ricardo.

—Están en proyecto una herrería y un nuevo cobertizo, pero no soy quién para decidir las obras del Arsenal. Cada vez contamos con menos caudales, y los oficiales ya están con el agua al cuello. Como estos pobres diablos de las balsas.

—¿Y quién está al mando en todo este desarreglo? —preguntó Ricardo.

—¿Pues quién va a ser? El capitán general don Francisco de Borja, por supuesto. Hace mucho que no se pone al día en cuestión militar, ¿verdad, amigo mío? De Borja se ampara en hacer trabajar a los obreros en tareas de escasa envergadura a fin de evitar una revuelta.

Ricardo miró con recelo a su compañero, y fue franco en su discurso.

—Una revuelta a estas alturas es inevitable, amigo mío. En la capital no se habla de otra cosa, si se sabe escuchar. La sangre hierve en las tabernas y los burdeles.

Si el teniente oyó, no dio señas de ello. Ricardo notó la maraña de contrariedades que acribillaban el pensamiento de su compañero, pero nada dijo tampoco. Hidalgo penetró entonces los ojos de Ricardo con una mirada oscura y confusa.

—A la sazón de nuestro parlamento, estimado oficial, tengo un favor que transmitirle, si a bien lo tiene. Algo un tanto delicado que puede que sea cosa de Estado.

—Siempre le serviré tan buenamente como pueda, mi teniente —dijo Ricardo.

—No es a mí a quien deberá servir esta vez, mi buen amigo, sino a España y al rey, Dios mediante. Con la acuciante situación en que se encuentra el reino, esa próxima revuelta tiene más de posible que de probable, no sé si me entiende. Y sí, no hace falta frecuentar tabernas o burdeles para darse cuenta. No tengo derecho a pedirle apego a ningún estado, Ricardo. Mas mi deseo, derivado de mi amor por el rey, es que, llegado el momento, esa intentona no quede en conato.

Ricardo reflexionó sobre la gravedad del asunto. No era aquello cosa de comentar en aquel lugar ni en aquella voz, cerca de la vista y el oído de los pocos obreros ocupados en dar alquitrán a los cabos recién trenzados. Ninguno miraba a los oficiales, pero Ricardo presentía que sus oídos estaban menos castigados que los del teniente, aunque más embadurnados de negra brea.

—En Madrid la gente confía poco en la corona, pese a amarla. El emperador ha desplegado casi cien mil hombres por toda España. Hombres capaces y bien entrenados en la guerra. Una revuelta barrería de muerte las calles y ensangrentaría el buen nombre del rey.

—Ese rey ha vendido su nombre a los franceses, igual que el de su padre, airado por las artimañas de Godoy. —Don Baltasar se acaloró—. Mucho me equivocaré si no acaba regalando España.

Ricardo pidió calma y silencio con un gesto a su veterano superior. En su afán, había levantado la voz más de lo conveniente, y dos o tres obreros miraban con curiosidad. Habían dejado de lado los cabos de cáñamo, y hacían como que vaciaban las cubas de alquitrán.

—¿Acaso piensa que esta gente apoya la gracia de los franceses? —Levantó de nuevo la voz y se dirigió a los obreros—: ¿A quién servís vosotros?

Los pocos obreros respondieron a coro: *«¡Al rey Fernando!»*. Ricardo observó aquello preocupado, como ya había visto en Madrid. El pueblo estaba tan descontento que, con el mando adecuado, podría resultar un arma peligrosa. La crisis enardecía el ánimo, instigando al desastre por la tragedia de las epidemias, y minando hasta los cimientos la moral por la falta de esperanza desde las últimas pérdidas.

—¿Qué sabe de esto el capitán de la plaza? —quiso saber Ricardo.

—Sospechas, me temo. Hay quien lo tacha de afrancesado, si bien ningún fundamento ampara semejante acusación. Don Francisco gusta de modos franceses, pero es uno de los favoritos del rey. No solo ostenta los mayores cargos de la Armada, sino que ha servido en palacio, y maneja hilos que ninguno llegará a enhebrar nunca. Aun así, apuesto que no consentiría esta insurrección.

—Debo, pues, reflexionar sobre esa misión que me reclama, señor. No por ánimo flojo, sino porque bajo razonamiento esta clase de cosas se asientan mejor. Haré que se conozca mi respuesta mediante una epístola anónima.

—Confío en su determinación, amigo mío.

Ricardo saludó con aquel aire marcial que le era tan inherente como su forma de andar, y se encaminó hacia la salida del Arsenal. Recordó de pronto algo que lo turbaba desde su llegada, y volvió a girarse sobre sus talones.

—A propósito, ¿sabría usted decirme qué fue de la balandra que se enterraba en El Arenal?

—¿Aquella escoria descompuesta? Me parece que fue desarmada para aprovechamiento del maderamen. De eso hace ya varios años, según me dijeron. ¿Por qué?

Abatido por la incertidumbre, Ricardo intentó una última oportunidad de encontrar a sus antiguos compañeros.

—Si quisiera conocer el paradero de un grupillo de icues que habitaron allí hace veintitantos años…

—… no lo descubriría —terminó Hidalgo—. Las plagas se llevaron a muchísima gente a finales de siglo, buen amigo. Es corriente que los primeros en perecer fuesen los niños sin hogar ni familia. Además, esos golficos no tenían nada excepto un nombre, y a veces ni eso. No quedó nada inscrito en ningún sitio. Podría probar en el Archivo Municipal, pero no hallará mucho.

—Está bien. Adiós, teniente.

—Recuerde esa epístola, oficial.

Ricardo salió de buena hora del Arsenal, de forma que se puso a andar hacia el archivo. Corría buena brisa de mar, que le despejó la mente y le trajo recuerdos que creía olvidados hacía años. Recuerdos de sus correrías como icue por las playas de Cartagena. De los amigos que conoció en su infancia, y de las vicisitudes que conllevaba ser invisible para el mundo.

El archivo era un edificio de dos plantas que albergaba gran parte de los negocios y azares de las almas de la plaza. Cuando don Ricardo entró en el despacho del archivero, hombre de poca determinación para el cúmulo de legajos y pliegos que se amontonaban polvorientos en las estanterías de madera, este estaba dormido. Tosió varias veces para despertarlo, pero el hombre no se movió hasta que Ricardo le tocó el hombro. Con los ojicos desvaídos, le preguntó qué era lo que quería.

El oficial preguntó cómo podría encontrar a ciertos icues que vivieron en el puerto hacía casi dos décadas. Extrañado, y creyéndolo quizás causa oficial, el archivero sacó varios tomos con las defunciones de aquellos años, lo que causó cierta incomodidad en Ricardo. Sin embargo, se sentó en una mesa y comenzó a pasar las páginas, intentando descifrar los caracteres. Pasó una hora en vano, y otras dos tratando de encajar los nuevos arrendamientos y compras de edificios y tierras de labranza.

Decepcionado, se dispuso a salir del archivo cuando se le ocurrió algo. Pidió al taciturno archivero la recopilación de matrimonios de los años 80 y 90. Si alguno quedaba con vida, pensó, podría ser que hubiese casado. Ojeó el documento durante otra hora más, sin ver nombres carentes de apellido que pudiera relacionar con sus compañeros. Sin embargo, ante una entrada le dio un vuelco al corazón. Estaba escrita con prisas, y la tinta se había extendido en un manchurrón que emborronaba los nombres. No obstante, se leía bastante bien:

«Doña Genista García casa a los treinta y dos con don Cristóbal, a 17 de agosto de 1802 en Santa María de Gracia».

Ricardo leyó y releyó la entrada, preguntándose cuántas Genistas había podido haber en Cartagena en veinte años. Preguntó la dirección del matrimonio al archivero, pero este no dio más que con el nombre de un ventorrillo en la calle Bodegones, hacia donde había ido su tío Pedro en busca de alojamiento. Ricardo sonrió para sus adentros, preguntándose si no hubiese sido más sencillo acompañarlo.

—Oiga, esto es oficial, ¿verdad? —preguntó el anciano de mala gana—. Porque sabrá usted que estos datos son privados, y no querría meterme en líos. ¿Tiene una orden o algo así?

Ricardo se azoró, pero respondió con tranquilidad que iba a hacer buen uso de aquellos datos, y que no lo mezclaría en asuntos de ningún tipo. De esta forma, el hombre le cedió las señas de la taberna de la tal Genista García.

La tarde estaba echada cuando Ricardo llegó al ventorrillo. Eran aquellas horas las de proliferación de gentes de la peor calaña de la ciudad, abrigadas por la oscuridad y desatendiendo a cuantas ordenanzas municipales se claveteasen en la puerta del Cabildo. Ricardo evitaba a menudo a fulleros, meretrices y maleantes de todo tipo cuando andaba por Madrid. Sin embargo, todo era más fácil en la plaza de la Cebada cuando solamente se era un zagalico incómodo y pretencioso. En la vieja Cartagena, con el bolsillo chapado en plata y el gesto adusto de quien sabe lo que se hace, no es fácil desembarazarse de ese tipo de personalidades.

El edificio se desgajaba por su propio peso, y aquí y allá aparecían las vigas de madera de la estructura. Si era aquel el mismo figón donde una vez encontró a su tío, el ventorro de doña Luisa, Ricardo no lo reconoció. Para enmascarar el deterioro del local habían encalado la fachada de la manera más artificiosa posible, como si la pasta de cal pudiese ocultar su decrépita vejez. Esa blancura, que en otra plaza como la Mayor o la de la Misericordia hubiese sido un contrapuesto distinguido, allí parecía fuera de lugar.

Tras golpear varias veces la puerta y no obtener respuesta, Ricardo se aventuró a entrar en el ventorrillo. El local estaba completamente a oscuras, aunque el hedor alcohólico revelaba que no hacía mucho que había estado ocupado. Las lámparas aún humeaban, algunas con la mecha todavía candente, mirando al oficial como ojos rojos en la oscuridad. Sin dejar de anunciarse, Ricardo se atrevió por una pequeña puerta tras el mostrador de la que nacía una estrecha escalera que conducía al piso superior.

Se dispuso a asomarse por la escalera, pero tuvo que retroceder espantado cuando una olla fue a estrellarse contra la pared donde, segundos antes, había estado su rostro.

—¡Vete de mi casa! ¡Vete o juro que te lo haré pagar!

Allí estaba ella. Una mujer que había sobrellevado sus treinta y ocho años a base de nervio y garra. Su musculosa complexión de otrora había dado paso a un moreno cuerpo rollizo, y su oscuro pelo se veía incipientemente cano. Vestía blusa y faldas negras al modo de las viudas, y solo destacaba su mano derecha al sostener un cazo de cobre.

No paraba de clavar la mujer sus ojos belicosos en Ricardo, echando pestes de su uniforme militar y de la desvergüenza de un atropello como aquel al entrar en su casa. Su actitud desafiante y el cazo obligaron a la diplomacia al joven soldado.

—Discúlpeme, señora…

—¿Acaso eres tan ciego como para no ver que hace mucho que dejé de estar casada, malandrín? Ya dije todo lo que debía a la guardia cuando tocaba.

—Confunde mis intenciones, buena amiga. No vengo en calidad de ninguna autoridad, sino como amigo. —Aprovechó para descubrirse la cabeza—. ¿Sabrá usted dónde podría hallar a doña Genista?

La mujer, lejos de tranquilizarse, pareció ponerse alerta, como si algo le preocupara. Empuñó el cazo aún con más fuerza, dispuesta a propinar con él buena sarta de golpes a aquel intruso.

—¿Qué quieres de ella, bellaco? No sé ya nada de ese nombre. Ahora soy la viuda de Cristóbal.

—¿Veinticuatro años han borrado de su memoria al niño a quien salvó la vida, Genista?

La mujer destensó los fuertes hombros y entrecerró los ojos para tratar de reconocer aquel rostro. Eran muchos los amigos que había conocido en su vida, muchos los icues que habían vivido y muerto a su lado. Sin embargo, solo a uno recordaba haber salvado de la ira de un hombre dispuesto a matarlo.

—¿Eres aquel *acho* de Canteras? ¿Aquel al que echamos del barco? ¿El que se fue sin despedirse tras dos años con nosotros?

—Soy Ricardo, Genista. Ricardo Sancho.

La mujer sintió la mordedura de la melancolía al recordar aquel nombre. Las imágenes le venían a la mente como impulsadas por un fuerte ciclón, pasando dolorosamente ante ella sin que pudiera suprimirlas. Sin darse cuenta, se abalanzó sobre aquel niño crecido, quien esperaba un fraternal abrazo. Recibió, en cambio, un fuerte puñetazo en el estómago que lo dejó sin respiración varios minutos.

—¿Por qué te fuiste, estúpido? Te largaste sin más, tras contarte lo que más me afligía. ¡Cuando más te necesitábamos! Y ahora te presentas así, vestido de Dios sabe qué, y entras en mi casa como si tal cosa. Parece que no respetas nada, ¿no?

Ricardo recuperó poco a poco el aliento, y su quebrada voz dio con el tono exacto para hacer enfurecer aún más a Genista.

—Fue un tiempo difícil, Genista.

—¡Ya sé cuán difícil era, maldita sea! Mataron a tu *pare,* ¿no? Nosotros nunca tuvimos *pares*. Vivíamos en la calle. Nacimos en la calle y muchos murieron en ella. Fuimos icues. Y, en cierto modo, siempre lo seremos. Pero tú te largaste. Sin más.

—No pude hacer otra cosa. Mi tío vino a por mí y me llevó a Madrid. Tramitó mi entrenamiento en la Marina. No tuve elección.

—¡Pudiste haberte despedido! —insistió la mujer.

—¿Y eso lo hubiese hecho más fácil? También yo lloré, Genista. Mi familia muerta, mis únicos amigos aquí. El irme a la capital con un tío al que no conocía ya fue bastante sufrimiento. No podía

despedirme. Os eché de menos.

—La mayoría murieron —lamentó Genista, indignada.

—¿Los icues?

—¡Nosotros! La mayoría murieron. Al poco de irte tú. Un brote de fiebre amarilla acabó con Alejandro y Martín. Leticia y Lucas los siguieron dos años después.

—Lo siento mucho.

—No, no es cierto. No lo sientes. ¡Maldita sea, han pasado veinte años! ¡No lo siento ni yo! Apenas recuerdo de ellos más que sus nombres.

Una sombra de tristeza templó la frente morena de Genista. Fuera estaba oscureciendo, y, sin luces, poco se veía en el interior del pasillo donde se encontraban. Genista comenzó a subir la escalera para proveerse de algunos candiles cuando Ricardo se apartó, dispuesto a marcharse.

—¿Adónde crees que vas? Entras cuando te viene en gana en mi taberna y piensas que voy a permitirte marchar otra vez al anochecer. Ni hablar. Si tu testarudez no te obliga, hoy cenarás conmigo.

La mujer encendió un quinqué y lo puso sobre una de las mesas del salón de cenas. Tardó veinte minutos en bajar con un par de platos con hervido y un chusco de pan. Ricardo no recordaba una cena tan exigua desde antes de servir en la Marina. Pero no dijo nada, y, aún más, quiso hacer de aquella cena un voto de situación.

Hablaron durante varias horas después del ágape de todo aquello sucedido tras su marcha. Después de la muerte de los niños por las fiebres, el grupo se desintegró. Juanito y Rafael, los hermanos, se fueron al barrio de la Concepción. A Ana María la atropelló un coche de caballos cuando aún no había cumplido los trece años, lo que le dejó una cojera permanente, y Palma se casó con un joven médico valenciano.

Años después se volvieron a juntar los pocos icues que quedaban. Juanito y Rafael ya no tenían oportunidades en la Concepción y regresaron a Cartagena, y otros niños se les unieron al poco tiempo. Juntos hacían lo posible por sobrevivir, y, aunque fue un tiempo muy duro, conseguían siempre más como grupo que solos.

—¿Qué fue del zagalico rubio? Aquel tan grande, no recuerdo su nombre. Era el más mayor de nosotros.

—Cristóbal. Casé con él hará cosa de seis años. Murió el invierno pasado.

Ricardo tejió su rostro con las hebras incandescentes del azoramiento.

—Lo siento, Genista —dijo sinceramente.

—¡Yo sí que lo siento! ¡Que no muriera antes, el muy canalla! Todo el día se lo pasaba en el catre, incapaz de mover un músculo de tan seboso como era. Únicamente tragaba y dormía, el muy cerdo. Por mujer tenía a una sirvienta: la sirvienta de la pensión del cerdo. No sé si murió ahogado en su manteca o en su aberrante orgullo.

—¿Por qué casó con él, pues?

—¿Por qué no morirme en la calle, si no? Necesitaba saber que mi vida iba a alguna parte, casarme, parir. Esas cosas que se supone que toda zagalica buena debía hacer. ¡Qué estúpida fui! Aquel tipo estaba tan seco en aquello como en sentir amor por alguien más allá de su tripa.

—Sin embargo, siento que haya pasado por ello.

—¿Tratas de halagarme, necio? —Su pronto mudó a una mirada desafiante—. ¿Acaso sabes por qué maté al tipo de Canteras? Me importabais una mierda tus *pares* o tú. Me importaba una mierda que me secuestraran o que me mataran. Ese bastardo intentó violarme. Me desnudó e intentó forzarme antes de que vinierais vosotros y con vuestro griterío lo espantarais. Lo maté para verter en

él mi pozo de veneno, y el otro se me escapó. No hagas por consolar a aquella que está más muerta en alma que en cuerpo, y mucho menos a aquella que derrame más lágrimas que sangre.

Ricardo trató de componer una disculpa por tercera o cuarta vez, pero desistió del intento. Había tenido bastante, y no pretendía inflamar más a aquella mujer.

—Cambiando de tercio, Genista. ¿Conoce qué está pasando en España en este momento?

—¿Con todo aquello de los franceses? Soy pobre, no ignorante. Esa gente está encendiendo una mecha ha mucho preparada. El asunto va a explotarles en el orgullo.

—Sí, eso creo yo. Pero no son ellos los que deben encender esa mecha.

—Hablar de revolución en este lugar es lo mismo que lanzar bandos desde el balcón. Muy impropio en tu posición, peligroso en la mía —dijo Genista.

Genista se levantó y cerró los postigos de las ventanas del ventorro. Acto seguido, tomó del brazo a Ricardo y lo acompañó al piso superior. Allí, a la luz de una vela, se contaron ciertas cosas.

—¿Auguras una guerra? —preguntó la mujer.

—No. No, una guerra solo funciona si hay entre las partes una condición de igualdad, una esperanza trivial en la victoria. De lo contrario, solo es una matanza o una muestra cruenta de poder. No. Lo que aquí se está gestando tiene aires de cambio. Presiento que se avecina algo que no se ha visto antes.

—¿El pueblo contra el poder? ¿No ha sido ese el fundamento de la revolución desde el principio de los tiempos?

—Sí, salvo que la revolución ya ha mudado el ánimo de este invasor. La Revolución Francesa iluminó con su luz eterna el espíritu del francés. Ahora, en una extraña paradoja, pretende oprimir a todos los pueblos de Europa enarbolando los colores libertarios. Hay más que pueblo y poder. Más que rey y emperador en esto.

—Implica demasiado, Ricardo —notó Genista, preocupada.

—Sin embargo, ha de acontecer, tarde o pronto. Solo quiero que esté preparada, ocurra lo que ocurra. Por su bien y el de nuestro pueblo.

—¿Crees que voy a esconderme como las ratas que fuimos otrora? No, Ricardo. No me queda nada aquí. Pago este ventorrillo con el sudor de mi frente, y mi marido yace en el camposanto. Si hay una oportunidad de ser libre, la acogeré con ánimo. Esa gente apresó a mi *mare,* Ricardo. La arrancaron de mí, y me echaron al perro de mi *pare,* con quien malviví hasta que escapé.

—Eso que dice se consideraría traición, y pagaría con la muerte. La situación actual es decisión del rey.

—¿Del rey? Nadie mejor que tú sabe las trabas de palacio, Ricardo. Con la soga en el cuello poco o nada se puede pedir. Napoleón juega sus piezas, y los reyes se regocijan en una corona que no merecen, mientras la gente se muere de hambre. El Narizotas no va a arreglar lo que desarregló el Cazador. Además, aquí antes morirías por afrancesado que por fiel al rey.

Ricardo calibró el valor de aquellas palabras. Llegado el momento, no valdrían las medias tintas. Se estaría con la patria o contra ella, y la gente ya tenía su decisión tomada desde hacía tiempo. La muerte y la fiebre no hacían más que aullar en las calles donde reinaba el hambre. La balanza se desequilibraba peligrosamente en favor de la revolución, y, quebrado el rey, solo había un enemigo del que desembarazarse.

Lo sacaron de sus pensamientos tres rítmicos golpes contra la puerta. Genista recogió el candil e invitó a Ricardo a acompañarla abajo.

Contaba yo con cincuenta y ocho años cuando volví a ver a Ricardo, ahora don Ricardo Sancho de Tiñoso. A mi edad, los achaques de los huesos se unían a una incipiente artritis, que daba a mis dedos la geometría de un nudoso alcornoque. Nadie en el barrio se extrañó de la presencia de un anciano en la taberna cerrada de la viuda, con el pelo surcado de canas y el atavío propio de un jornalero, el mismo que había vestido desde hacía cuarenta años. Digo que nadie se extrañaba, aun a pesar de las altas horas de la noche, porque llevaba haciéndolo desde que había muerto el marido de Genista, quien había sido mi más estimado amigo, y mi compañero en la jornada.

La viuda abrió la puerta, que estaba sospechosamente cerrada a cal y canto, y supe que no se encontraba sola. Percibí primero el olor perfumado de las gentes de la ciudad y luego la sombra de un desconocido detrás de la mujer. Sentí por un momento un paternal ataque de celos, fruto de mi amistad con su fallecido esposo, hasta que recordé el tiempo que hacía de su muerte. Ya había pasado un año, y era hora de alzar el velo. Empero, no pude dejar de sospechar de su casaca azulona ni del bicornio que había vuelto a su cabeza. La viuda nos sacó de nuestro apuro.

—Don Ricardo Sancho, te presento a don Isidro Ginés, amigo de mi esposo, cuando aún trabajaba de jornalero. Seguramente venga a traerme algo de género. Por cierto, Isidro, él es el icue del que te hablé.

—¡Ah, mi buen *acho*! —dije yo, más por formalidad que por admiración. Debo decir que no era entonces ni soy ahora aficionado a simpatizar con la gente de fusil. Y aún recelaba que aquel hombre tuviera tanto de icue como yo de general. Genista nunca me había llamado por mi apellido, y mucho menos con el rimbombante «don», que tan impropio me era.

La viuda me invitó a pasar, y subimos al lugar donde ella y Ricardo debatían en la oscuridad. Tomé asiento frente a la candela y, aún con cierto desasosiego, escuché lo que la mujer tenía que decir.

—Creo, sin embargo, que mi difunto esposo merece cierta justicia. No solo fue un vago y grasiento rufián. Algo en él merece cierta reflexión. ¿No lo crees así, Isidro?

Asentí. No sabía adónde quería ir a parar, pero confiaba en Genista.

—El caso es que Cristóbal tenía ciertas ideas, digamos, inflamables. Algunos pensamientos que podrían considerarse como una afrenta al Gobierno francés, no sé si entienden lo que trato de decir.

Ricardo nos miró a Genista y a mí con cierto aire reflexivo, pero le costaba barbaridades articular una palabra.

—¿El germen de una revuelta? —preguntó por fin.

—Digámoslo así: preparaba el camino para que, en caso de revolución, se pudiera arbitrar cierta cantidad de gente.

—¿Fieles a Fernando VII?

—Fieles a España —concluí yo.

—¿Esto lo sabe alguien más? ¿Podrían ser reunidos llegado el momento?

—Ese es el problema, amigo mío. Mi marido murió hace un año. Siento que el ánimo enardece a la gente. Se escucha en las calles, en los mercados. Pero dudo que aquellos que sentían apego hacia mi esposo lo sigan sintiendo hacia mí. Además, muerto él, la revuelta carece de líder.

—En cambio, un oficial sería un excelente mando, ¿no es eso? —proseguí yo, dispuesto a desvelar todo secretismo—. La gente lo aclamaría y vería en él a un mando natural.

Ricardo se recostó en su silla. Era mucho lo que se pedía allí. Terminada la guerra contra el inglés, se afianzaba otra contra el francés, un antiguo aliado. Implicaba no solo arriesgar un pueblo enfermo y hambriento contra una soldadesca iluminada, sino un populacho desorganizado contra todo un imperio. Él había ido a visitar a una antigua amiga y se había topado con una incipiente revolucionaria. Una guerrillera que le exigía no únicamente silencio en su secreto, sino también

determinación para con su causa. Abatido, expuso sus temores.

—Me piden traicionar a Francia, quien por tanto tiempo fue nuestro aliado en contra del inglés. Que supedite mi mando a la causa y que exponga mi rango contra el emperador. ¿A cambio de qué?

—A cambio de la muerte —sentenció Genista—. En el mejor de los casos. De una muerte digna, como hombre libre, o de la ruina del presidio. De todas formas, estás metido ya en esto. Lo mismo que nosotros. Y lo sabes. ¿O no es cierto que ya sospechabas algo en el Arsenal, cuando fuiste a ver a tus mandos? Vamos, Ricardo. Tanto tú como yo sabemos que solo has venido aquí para comprobar si el pueblo seguía siendo fiel a Fernando en caso de guerra. Querías saber si contabas con suficientes cabezas para dar batalla.

Ricardo se levantó del asiento. Aquello había ido tan lejos que no cabía mayor tardanza. Si había de ser aquello, se resolvería esa noche. Desanudó el fajín grana que ceñía su cintura y lo dejó sobre la mesa, alternando su mirada de Genista a mí.

—Les enseñaré qué habremos de hacer. Presten atención, porque reside en nuestra gesta el destino de toda la nación. Es menester, en cambio, que haga jirones de este paño, de a palmo más que menos, y ate en el extremo de cada uno estas estampas de su majestad don Fernando.

Hizo lo pertinente con todo lo que dio de sí tan augusto lienzo, resultando en veintiún jirones, todos con una estampa en uno de los extremos. Repartió los pedazos de tela entre los presentes y guardó unos cuantos en el bolsillo de su calzón.

—Esta noche distribuiremos estos jirones a discreción por la ciudad, cuidando de no ser observados por los guardias o nuestra empresa quebrará antes de empezar. Con buena fortuna, a media tarde de mañana tendremos de nuestro lado veintiún almas dispuestas, fieles a la Corona y al rey que la soporta. Ahora marchen y guarden la voz para ocasiones que la requieran.

5

La ingeniosa Enseña del Paño Grana

La mañana siguiente amaneció con jirones grana en cada esquina. No hubo plaza ni barriada que no contara con sus tres o cuatro retales levantiscos, cuidadosamente escondidos de las miradas de aquellos que pudieran desbaratar la empresa. Muchos vieron los tejidos, y, por temor o falta de arrojo, no les prestaron atención. Pero a las tres de la tarde ya no quedaba ningún jirón en las calles de Cartagena, de forma que don Ricardo, doña Genista y yo hicimos ronda en busca de los adeptos a la causa.

No había pasado ni media hora cuando nos encontramos con un grupillo de un hombre y dos mujeres que deambulaban por la plazuela de San Ginés. Todos ellos vestían a la costumbre masculina, con calzón, chaleco y fajín, sobre el que llevaban arrollados los retazos grana, ocultando en el vuelo la estampa del rey. Mientras que el hombre se mostraba incómodo con la situación, las dos mujeres acudieron a abrazar a mi señora doña Genista.

—Cuánto imaginábamos que estaba detrás de todo esto, buena Genista —dijo una de ellas, de piel oscura y a la que otrora llamábamos «Ratolina» por su habilidad para escabullirse de los problemas, y que ahora solo respondía al nombre de Eulalia. Escondía su rizado cabello bajo una redecilla.

—Ni por un momento lo habíamos dudado —expresó la otra mujer.

—¡Palma! —gritó Genista, con alegre regocijo—. Te hacía en Valencia. ¡Maldigo mil veces los años que hace que no te veo! ¿Cómo has sabido de nuestra causa?

—Nuestra amiga Eulalia me informó hace unos días de lo que estaba ocurriendo en Cartagena, y esos mismos aires llegan a Valencia. En cuanto se lo conté a Gonzalo, no dudamos en empacar cuatro cosas y venirnos de inmediato. Creo que no conoce a mi querido esposo, Genista.

Genista dio la mano al joven del bigotillo rizado, que no dejaba de mirar en todas direcciones. De pronto, Palma y Ratolina, o por mejor decir, Blanca y Eulalia, parecieron darse cuenta de la presencia de Ricardo, y lo observaron con los ojos quedos durante un buen rato.

—¡Vaya! —exclamó Genista de súbito—. Por lo visto, el tiempo ha pasado para todos, mis queridas compañeras. Creo que no recordáis a Ricardo.

Fue Eulalia la que primero vio en aquel hombre la mirada tímida del chiquillo de El Portús. En dos segundos se abalanzaron sobre él para abrazarlo en una fraternal acogida. Al *acho,* tan serio como era, se le escaparon un par de lágrimas. Se contaron muchas cosas, se recriminaron otras tantas y al final se citaron esa misma noche en la taberna de Bodegones. Confiaron a Genista que habían avisado a cuatro conocidos más, estudiantes todos ellos. Y con un *«Viva Fernando»* susurrado a media voz, nos separamos.

No tardaron en aparecer, por la calle de la Maestranza, dos viejas que lucían los jirones prendidos en sus faldas, como si fuesen lazos. Doña Carmen y doña Inés habían sido costureras, y habían creído conveniente apoyar a la causa. Ricardo las citó a la misma hora que a Palma y Ratolina.

Por otro lado, Genista se topó con un distraído hombre meditabundo cerca del Arsenal. Con discreción, lo apartó hasta un lugar lejos de miradas y le dio las señas del ventorrillo. El anciano don Manuel Serrano era barbero, así que regresó rápido a su oficio.

Terminamos la ronda entrada la noche. Conseguimos recomponer, además, una variopinta asociación de dos ancianos abogados, una panadera de la plaza de las Verduras y su marido, un médico y tres oficiales retirados. También se adhirieron los tres maestros de la abandonada escuela pública, y dos curas del convento de San Francisco. Cuando llegamos a la taberna, encontramos allí los tres retales grana que faltaban, bebiendo a la salud del rey sin ninguna discreción. Su físico era el de gente dedicada al trabajo, con la piel curtida por el salitre y la brea. Genista reconoció a los hermanos Rafael y Juanito, y los saludó amistosamente, como compañeros e icues que habían sido.

—*¡Acho!* —dijo Rafael cuando reconoció a don Ricardo—. Anda que no ha echado años usted, ¿eh? Si lo hubiese visto en otro lugar de esa guisa, igual le hubiese caído una piedra, téngalo usted bien seguro. Que aquí mi hermano, Juanito, se preguntaba si alguna vez volvería a casa.

—Pasarán mil años y seguirás llamándome Juanito, maldita sea —replicó Juan, que por cosas de la vida había aumentado tanto en tamaño que ahora le sacaba casi una cabeza a su hermano—. Nos alegra muchísimo que esté aquí, don Ricardo.

El ventorrillo era un lugar sumamente modesto, donde catervas de barrigaverdes y aladroques compartían vasos y caían en el profundo tablón del sueñecico etílico. Efectivamente, aquel había resultado ser el mismo establecimiento donde se había alojado el tío Pedro, como descubrió Ricardo la noche anterior. Tampoco había muchos figones a lo largo de la calle que ofrecieran los precios que se manejaban allí, y aunque sencillo, al menos los jergones no estaban infestados de chinches o pulgas. El salón principal, que Ricardo apenas había podido contemplar en penumbra la noche anterior, era un espacio angosto, poblado por media docena de recias mesas de pino nudoso, mal aceitado y aún peor barnizado. La luz entraba tímidamente a través de unos vidrios empañados por décadas de uso, iluminando una barra atestada de botellas y garrafas con los más infames licores que estaba permitido vender.

Doña Genista, como patrona del local, dio por terminada su jornada y echó a los borrachuzos que se desperdigaban por la taberna. Cerró puertas y ventanas, y fue a juntarse con la grey. También bajó el tío Pedro, quien había arrendado una habitación en la planta superior para un par de meses vista. Su salud estaba delicada, de manera que caminaba apoyado sobre un bastón, lo que le daba una apariencia todavía más recia de la que ya lucía en Madrid.

Con todos los que éramos, sentados alrededor de la mesa grande de comidas e iluminados por una bujía que la mesonera había previsto en disponer, el sofoco era evidente. En ese momento habló Genista, a quien todos conocían de un modo u otro.

—Los hemos citado aquí bajo la Enseña del Paño Grana y en nombre de Fernando VII, pues es a él a quien por fin servimos, y a quien Napoleón ha embaucado y traicionado para hacerse con la España en la que hemos nacido y en la que hemos parido y enterrado a nuestros muertos. Es menester, pues, que hagamos algo en contra del francés y que restituyamos un gobierno fuerte y resistente que despache al traidor y deponga la cabeza de ese Murat.

Un alboroto se expandió por la mesa como se inicia un incendio, que se acalló al instante con buen vino. Habló entonces don Francisco, uno de los abogados.

—Habla de revolución, Genista. ¡De levantamiento armado! ¿Pero qué armas vamos a tomar nosotros, chacha? No somos gente de guerra, sino de pluma. La única sangre que estamos acostumbrados a ver es la de tinta. Quizás sea mejor mantenerse al margen esta vez. Que los reyes se las apañen con sus cosas de reyes, y los emperadores forjen sus imperios. No creo que nuestra muerte cambie el mundo en el que vivimos. Eso opino yo.

—¡Algo tendremos que hacer! —exclamó doña Inés, una de las costureras, apoyada por su compañera—. Están tomando medidas en toda España. Ese cobarde de Murat no tardará en sacar

las tropas en contra del pueblo. Oh, y entonces verán ustedes, los señoritos, cuán pronto corre la sangre. Cartagena no puede ser menos que Madrid.

—¡Por el amor de Dios, señora! —le espetó don Francisco—. ¡Habrase visto! ¿Acaso vamos a enfrentarnos achacosos y viejos contra el ejército imperial? ¿Sabe de lo que estamos hablando? Yo no estoy dispuesto a morir a bayonetazos como un cerdo.

El comentario encendió por igual a todos los miembros de la asamblea. El volumen aumentaba avivado por el alcohol, y Genista temía que fuésemos oídos a través de la puerta. A la disputa se unieron dos de los estudiantes, que hablaron en tropel en la medida de lo que es costumbre a su edad.

—No es cuestión de quien valga más o menos —expresó una joven estudiante, de nombre Alejandra—. Tratemos el tema de las armas. Sin armas no hay levantamiento. Y dudo que el Arsenal nos dé cuartel si nos prenden.

—¿Armas? —censuró el anciano barbero al que encontró Genista cerca del Arsenal—. Nunca he disparado un fusil en mi vida, pero con mi navaja les rebanaría con gusto el cuello a unos cuantos invasores.

—Cuchillos y navajas, por supuesto. ¿Cuán lejos duraremos en una afrenta así, don Manuel? —Habló don Jorge, el oficial de mayor edad—. Lo que debemos hacer es atacar el Arsenal y desproveerlo de fusiles y mosquetes. Y algún cañón, si me permiten opinar. Don José, usted fue artillero, ¿verdad?

Pero el hombre aludido puso una mueca de difícil interpretación. Don Ricardo por fin habló. Y lo hizo con una voz tan calmada, tan sobria que todos pronto callaron.

—Compañeros, no estamos aquí para organizar un derramamiento de sangre. La suya, como la mía propia, me es muy preciada, y no la arriesgaría por rumores sin fundamento, vengan de donde vengan. Solo quiero conocer su parecer para poder disponer de ustedes llegado el momento, como en su día hizo el difunto don Cristóbal. He estado en Madrid. He visto huir al rey. Hay miseria y pobreza allí, pero me niego a añadir la esclavitud a esa cuenta. Dejemos fluir este río por su cauce, al menos hasta que amenace con desbordarse. Aguardemos lo que haya de acontecer, y estemos preparados. Somos el pueblo, y nuestra voz será oída. No hay cobardía en ello, y ustedes lo atestiguan.

Los miembros de la empresa firmamos un pliego, uniendo nuestro deber en caso de levantamiento popular. Cinco fueron los que no rubricaron, bajo juramento de secreto: dos de los oficiales, los abogados y el médico don Íñigo, achacando mala salud aun a pesar de las súplicas de Ricardo. Tras las despedidas, fuimos marchándonos en pequeños grupos de allí, para no infundir sospechas.

Antes del amanecer del día siguiente a la formación de la Enseña, don Ricardo se vistió con el uniforme de gala que lució en Trafalgar, y montó su frisón para encaminarse al Arsenal. El sol de primavera inundaba la plaza, por lo que don Ricardo no tardó en comenzar a sudar bajo tanta capa de tela.

Tras identificarse ante los guardiamarinas de la puerta, fue anunciado y le permitieron el paso. Desmontó en el patio y dejó la caballería en manos de un mozo de cuadra. Un suboficial salió a recibirlo y, tras saludarlo respetuosamente, le pidió que lo acompañara. Ricardo lo siguió hasta el segundo piso del edificio más próximo a las puertas, hasta llegar frente al despacho del capitán.

Don Ricardo se descubrió la cabeza y entró en la sala, donde cuatro hombres parlamentaban sobre trivialidades. Ricardo fue entonces anunciado de nuevo, y los mandos levantaron el rostro hacia el

recién llegado. Fue el capitán don Francisco de Borja quien habló.

—Siempre es un honor recibir a uno de nuestros hijos que ha servido en la Marina. Su trayectoria es de sobra conocida en esta plaza, don Ricardo, como atestigua mi muy estimado teniente general. No sé si tiene el placer de conocer al contralmirante Cadenas y al capitán Velasco, ni a mi diplomático, el señor don Ignacio. Pero basta de habladurías baratas. Señores, si nos permiten estar a solas… ¿Qué le trae de nuevo a casa, oficial?

Don Ricardo saludó a los dos oficiales, aliviando su marcha con una distinguida disculpa. No era cuestión de desairar a ningún adepto a tan ilustre cargo como era el capitán general de la Real Armada Española. Así pues, trató de encaminar su conversación hacia el lado en que el capitán se sintiera cómodo, pues una afrenta inicial no haría sino desgastar su resolución y acrecentar la derrota. Esperó a que los hombres desfilaran camino de la puerta.

—Me ha traído la mala fortuna de España, en su actuación conjunta con la francesa en la batalla de Trafalgar, mi capitán. El rey, en su fuero más íntimo, me ha hecho venir hasta aquí para presentarle mis respetos a tan ilustre comandante, y comprobar el buen hacer y augusto funcionamiento de la plaza.

—¿Así que es eso, oficial? ¿Y qué tal se encuentra Su Majestad?

—No he tenido el placer de verlo en persona. Pero goza de buena salud, capitán. Aunque la pérdida nos hiere el corazón y nos mengua las fuerzas.

—Una derrota nefasta, sin duda. Poco arreglo y desorden en las columnas. ¿Y por qué trae señas a Cartagena y no a otras ciudades, como Madrid o Algeciras?

—Hace una semana que abandoné Madrid, capitán. Y he pasado los dos últimos años en Cádiz. He venido a dar parte sobre el estado del navío San Justo, botado en Cartagena y superviviente de la batalla. Se me ha pedido que le transmita el permiso para mantenerlo en Cádiz hasta su reparación. En esta misiva que le entrego se incluyen todos los datos.

—¿Tripuló usted el San Justo, don Ricardo? —interrogó el capitán don Francisco.

—No, capitán. Entré en la batalla a bordo del Montañés.

—El Montañés… Ese buque tampoco pereció en la batalla.

—Fue un milagro que sobreviviera, señor. Con el debido permiso, capitán, no hubiera querido que sus ojos se hubiesen encontrado con semejante flota como era la inglesa. Su seguridad a la hora de maniobrar y despuntar fuego contra nuestra desordenada combinada resultaron cruciales. Su nave insignia se interpuso en la primera línea de fuego, tronando toda su estructura con la arremetida de los cañones, lo que fue decisivo para el final de la batalla. Sin dejar de lado la actuación del vicealmirante Nelson, lobo de mar. Sus cañones salvaron contra nuestra armada como las trompetas del juicio final.

—Conozco las dudosas hazañas de ese oficial inglés. Gracias a Dios que pereció en la batalla. Y dígame, oficial, ¿cuál es su parecer respecto a la administración de esta plaza?

Don Ricardo se acercó al ventanuco que dominaba toda la ensenada. Vio varios buques en la atarazana y hombres bien formados desfilando entre ellos. Decidió que era el momento de afrontar la realidad.

—Este edificio ha soportado la función para la que fue levantado. No hay desvaríos notables en administración, y suple las exigencias nacionales. Sin embargo, hay un asunto que debo exponer si me concede el permiso —comenzó Ricardo.

—Hable. Ya que ha empezado, prosiga.

—Ya que tengo su permiso, es mi deber informar de la situación que acontece en Madrid, capital en la que he presenciado no ha ni dos semanas una tensión inusitada. Algo corre entre las gentes que

persiguen una resolución de sangre.

—¿Cómo ha de ser eso? —inquirió don Francisco.

—Conocerá el hecho, capitán, de la huida de sus majestades los reyes. Ello ha causado sospecha en la grey, sospecha que no tardará en convertirse en levantamiento. Y mientras Bonaparte parte el brazo de su comandante Murat contra el norte de España.

—Estoy al tanto de la faceta sanguinaria de ese francés, mas creo que esa revuelta será represada y atajada con el fusilamiento de los instigadores.

—Así es. Se fusilará a aquellos que aviven el espíritu de la revuelta. Mas con el mal entendimiento de reprimir así la tensión del pueblo, pues otros focos sufren de las mismas inquietudes que Madrid.

—Y pronto seguirán el mismo destino.

—Es probable. Sin embargo, puede que ese pueblo consiga hacerse con cierto poder. Varios focos en ciertas capitales podrían hacer tambalear el poder invasor.

El capitán miró con interés a don Ricardo a los ojos. Su aparente inacción no lo privaba del conocimiento de una vida de servidumbre militar. Andaba con cautela los pasos de Ricardo, pese a que aquel espíritu revolucionario causaba incomodidad en su ánimo.

—¿Cuál es su parecer? —preguntó de nuevo el capitán.

—Hágame disponer de doscientas unidades, señor. Doscientos hombres capaces y armados, con acceso a los baluartes y a la armería del Arsenal. Valencia y Madrid no llevarán adelante el levantamiento sin disponer del astillero de la Real Armada de Su Majestad.

—¿Propone unirnos a la revolución? —El capitán escondió su preocupación tras una sonora carcajada—. Eso es ciertamente un crimen contra el pueblo. Nos harán fusilar y terminarán con el buen nombre de nuestra plaza.

—Un crimen contra la nación, tal vez. Contra un gobierno invasor. Contra una organización política ignominiosa mandada por un puño de fierro en cabeza ajena. Pero no un crimen contra el pueblo. El pueblo está de nuestro lado, y él es el verdadero soberano.

El capitán atajó el parlamento de Ricardo, ahogando un grito de alarma y una turbada mirada.

—No dispongo de doscientas unidades. Y aun disponiendo de ellas, no las haría partícipes de semejante enajenación. Exponemos con ello nuestra plaza a las iras del Gobierno. Además, ¿quién tendrá el mando de esos hombres? ¿Qué estructura seguirán? Esa empresa que menciona carece de sentido. Veo que no logro hacerle partícipe de mi razón, así que no trataré de reprimir sus ideas. Pero debe entender que no puedo exponer el nombre de Cartagena armando a un solo soldado y enviándolo uniformado en contra del Gobierno.

—Podrían servir como pueblo libre, y no como soldadesca.

—Mi resolución es esta: no puedo convencerlo de que rehúse su intrepidez, así que dejo su juicio y graduación en sus manos y saber hacer. En cuanto a su solicitud, es mi deber denegarla. Ahora déjeme solo, oficial.

Don Ricardo saludó y se dispuso a marcharse de la sala, no sin antes dedicar ciertas palabras al capitán:

—El levantamiento se realizará con o sin ayuda, señor. Dispongo ya de veintitrés soldados, quizás de más. Y no es la única milicia que se está formando en la ciudad. Pronto se despachará al francés de España. Asegúrese de estar en el lado propicio, mi capitán.

—Asegúrese usted de que está en el correcto, oficial. Buenos días.

Unos días después fuimos convocados los adeptos a la Enseña. A falta de un lugar apropiado para

reunirnos, nos desplazamos a las afueras de la ciudad, en un llano junto al Almarjal y lejos de los muros. Allí mismo fui yo, cargando con mi viejo fusil y siete u ocho papelinas de pólvora, tal y como me había pedido Ricardo.

Empleamos la jornada instruyendo a los miembros de la Enseña sobre cómo disparar con las armas de que disponíamos. De las personas allí reunidas solo seis sabíamos disparar un arma, y apenas la mitad habíamos hecho alguna vez fuego. Cuando se nos echó la tarde encima, todos sin excepción éramos capaces de recargar y hacer chispa.

Llegada la noche, antes de que cerrasen las puertas de Madrid, don Pedro enseñó a los pocos que quedaban la esgrima del sable. Como estos eran los más jóvenes y los más fuertes, dieron pronto con ello, y se ejercitaron en el uso del arma blanca.

Hubo una mujer que destacaba por su tenacidad y buen manejo de la espada. Genista blandía el sable y la espada con cierta elegancia, pero cuando tiraba imprimía en el golpe tanta potencia que desarmaba fácilmente a un contrincante flojo de empeños. A ella me acerqué mientras descansábamos.

—No conocía esa sagacidad suya, Genista. ¿Quién la educó en el arma?

Genista se levantó para dejarme sitio. Tenía un semblante huraño que jamás había visto en ella, y evitaba mis ojos.

—Mi *pare*.

—Debió de ser un gran maestro, pues —reconocí yo en mi ingenuidad.

—Era un gran cabrón.

No dijo nada más, y como mi ánimo no estaba por la labor de inflamar iras entre mis compañeros, y menos en la viuda de mi amigo Cristóbal, regresé con los últimos que regresaban a casa, tras despedirme de don Ricardo.

—Descanse, buen Isidro —dijo don Ricardo—. Mañana continuaremos con la instrucción, si viene suficiente gente, y trataré de conseguir más armas.

Don Ricardo se acercó a Genista y se sentó a su lado. La mujer tenía el faldón lleno de agujeros hechos por las centellas del pedernal y el rostro manchado de pólvora. No miraba nada en particular, pero la soledad del monte al anochecer calmaba el abismo en su corazón.

—¿Puedo preguntarle qué la aflige, Genista?

—Puedes preguntarlo, pero prefiero no responderte, Ricardo. —Luego, dándose cuenta de la dureza de sus palabras, volvió a hablar—. ¿Crees que esta empresa tendrá éxito? Por así decirlo, ¿esto mejorará en algo nuestras vidas? ¿O estaremos metiéndonos en una mierda todavía peor?

Ricardo extendió su mirada hacia las montañas, que tan bien conoció una vez. El silencio se volvió de pronto incómodo para los dos, pero fue felizmente roto por el crujido sordo de los portones de la ciudad al cerrarse.

—Siempre he luchado por una causa que he creído justa. En saber qué es lo justo es donde radica el problema. Cada vez que he disparado una pistola y he arrancado la vida de alguna persona con ella, he visto en sus ojos el mismo brillo que en los de mis hombres. Una extraña mezcolanza entre el odio y el terror. Los franceses han sido oportunos, solo eso. Supieron las posibilidades que tenían y no tuvieron miedo de aprovecharlas. No son mejores ni peores que nosotros. Solo hábiles. Puede que venzamos o muramos, pero hemos de encontrar nuestra oportunidad y ser hábiles, y puede que tal vez así nuestro bote llegue a buen puerto.

Genista miró entonces a Ricardo, por primera vez en todo el día.

—Yo estoy contigo, Ricardo. Acontezca lo que haya de acontecer.

Ricardo sonrió a aquella mujer, y en esa sonrisa Genista vio los ojos de aquel niño engreído que le

robó los aladroques hacía veinticuatro años. Apreciaba a aquel caballero, no de la forma que interesa al alma, pero sí de corazón. Y seguiría sus huellas, aunque ello la llevase a morir.

Se despidió de Ricardo y se marchó hacia las murallas. Él se quedó meditando un instante, y también fue a buscar el cobijo de un catre.

La semana que siguió fue difícil para la Enseña, debido a las complicaciones para reunirnos y ejercitarnos en el uso de las armas. La ciudad entera respiraba agitación, y las milicias se juntaban en las tabernas, preguntándose cuándo sería el mejor momento de atacar. Esto había obligado a reforzar la vigilancia de las calles, y se estableció un nuevo toque de queda. Las puertas se cerraron a cal y canto, y no se permitió la salida ni entrada de ningún alma si no era bajo un estricto control militar.

Ricardo pasaba los días en el ventorrillo de Genista con su tío, quien había empeorado tras llegar a Cartagena y se encontraba postrado en la cama de nuevo. Las pocas horas que don Pedro estaba despierto jugaba a los dados con su sobrino, pero cuando el dolor lo azuzaba dejaban el juego, y Ricardo se dedicaba a leer la correspondencia desde Madrid y a establecer un plan ordenado para contactar con los otros líderes de la ciudad.

En una de aquellas tardes soñolientas, fui presuroso hasta la puerta de la habitación de don Ricardo. Llamé con la cadencia acordada, y me hizo pasar. Le relaté lo que eran las nuevas más importantes desde los altercados de Madrid.

—Mi señor, se acerca un destacamento de mil soldados franceses, de los cuales doscientos llevan montura.

Don Ricardo no mudó de semblante. Más bien parecía aguardar la nueva. Tomó un pliego de papel y tardó unos minutos en escribir unas líneas. Me dio el pliego con la orden de presentarlo en mano a doña Genista.

—¿Cómo sabe de la noticia, don Isidro? Y dígame, ¿de cuánta artillería dispone el francés?

—Un primico que tengo en Orihuela me lo ha transmitido en una misiva, señor. No se habla de otra cosa en la ciudad. Sabiendo lo que urdían, consideró apropiado escribirme. La soldadesca cuenta con seis piezas de cañonería. Al menos eso se afirma.

—Está bien —dijo mientras se abrochaba la casaca y se ajustaba el fajín—. He de dar noticia a nuestros compañeros. Asegúrese de cumplir con su orden.

Salí del ventorrillo en busca de Genista para informarla del ejército que se aproximaba a Cartagena desde el norte.

—¿Qué hemos de hacer? —pregunté a mi señora, mientras leía la misiva de don Ricardo. Se mostraba tan asustada como impaciente.

—Reunir a los miembros de la Enseña y a tantos como podamos para citarlos en la taberna. Don Ricardo nos pide que distribuyamos las armas y estemos a la espera.

—¿Y adónde ha ido él?

—Ha ido a informar al capitán, aunque sospecho que es de sobra conocedor. Debe hacerlos entrar en razón. Tiene un plan del que quizás dependa la victoria. Antes del anochecer lo veremos en el puerto. No dice nada más.

El frisón de Ricardo lo condujo a las puertas del Arsenal, donde nadie custodiaba la entrada. En el patio, unos tres pelotones se estaban preparando para entrar en combate. Al frente de ellos, el capitán general don Francisco de Borja pasaba revista cuando vio entrar a Ricardo a lomos del

caballo.

Probablemente, el capitán general debió de considerar que el origen de sus problemas debía de estar en la persona de don Ricardo. De Borja había interpretado sus avisos y consejos como amenazas, y el hecho de que hubiese entrado en el Arsenal de aquella guisa lo inflamó hasta tal punto que sus ojos se inyectaron en sangre. Caminó enérgico hacia donde se encontraba Ricardo y, tras escupir varias maldiciones, les gritó la orden a los soldados que tenía más cerca:

—¡Detengan a ese hombre! ¡Por instigador y líder de la revolución!

Los soldados que estaban apostados más cerca del recién llegado lo hicieron desmontar a punta de mosquete y le engrillaron las muñecas. Ricardo no había traído consigo arma alguna, así que no pudo ofrecer resistencia. Se dejó esposar tranquilamente, sin apartar la mirada de don Francisco.

—Lleven a este sujeto a la prisión. Luego suban a mi despacho a esperar órdenes.

Los suboficiales sujetaban a don Ricardo hacia el cuartel de penados del Arsenal, un imponente edificio cuadrado que se levantaba a la entrada del recinto, y del que emanaba un hedor insufrible. A empujones, entraron en la plaza interior del edificio, donde se estaba distribuyendo la ración del día: seis onzas de garbanzos y un chusco de bizcocho reseco, regados con medio cuartillo de vino agrio.

Al pasar frente a los reos, en su mayoría gitanos, turcos o esclavos engrillados por los tobillos, se lo quedaron mirando en un gesto indiferente. Alguien puso en sus manos un plato de madera con la ración diaria, y lo empujaron al interior de una celda exterior, desde donde pudo ver Ricardo las operaciones de alimentación de los reos.

Genista apenas tardó dos horas en juntar a los veinte miembros de la Enseña del Paño Grana, y a seis más que se adhirieron a nosotros. Repartimos las armas que Genista escondía en una barrica oculta en la bodega del ventorrillo entre los estudiantes y los militares, y aguardamos a que volviera don Ricardo.

La ciudad bullía con expectación, y por todos lados se veía correr y venir a grupos de hombres y mujeres armados con lo que encontraban. Los barberos tiraban de navajas, los herreros de martillo, los labradores de hoces y guadañas, los carpinteros de hachuelas. Los más portaban chuzos hechos con cañas y palos, ensartados en bayonetas o puñales. Una hora después todos supimos que algo marchaba mal, así que nuestra acción no se hizo esperar.

Don Ricardo aguardaba en la impotencia de su presidio cuando una explosión hizo temblar los muros de la celda. El capitán mandó proteger la entrada del Arsenal con los soldados de que disponía, pero no llegaron a formar cuando un segundo estallido sacó de los goznes la puerta, que cayó con gran estrépito. El patio fue invadido por una multitud que corrió a abrir la portezuela que custodiaba a don Ricardo. El tufo de la pólvora invadía la entrada del Arsenal, tanto como la algazara que corría entre las filas de soldados. Entre el humo y el polvo, el oficial trató de distinguir algo.

La multitud, armada con hoces y navajas, atacó a los soldados, obligándolos a retirarse o a deponer las armas. Desde donde estaba, Ricardo pudo entrever a algunos de los estudiantes de la Enseña y, en el centro de todos ellos, a una formidable Genista enarbolando un fusil contra los traidores.

Desbarataron el candado que encerraba la armería del almacén norte y se hicieron con tantas pistolas y fusiles como pudieron. Ricardo se acercó al grupo que lideraba Genista y un servidor. Tratamos de recuperarnos de la fogosidad de aquella aventura para ir a reunir a las gentes y darles ocupación.

—¡Escuchen, compañeros! —gritó don Ricardo por encima del barullo general—. El francés se encuentra a un día y medio de camino, tal vez tres, si la artillería los incomoda. Los más fuertes deben aprovisionar lo que puedan en la barriada del puerto. No podemos perder más tiempo. A toque de corneta nos encontraremos frente a la catedral. Ánimo, compatriotas.

Ricardo se acercó al capitán general De Borja, quien se había refugiado tras sus oficiales, todavía con la sangre hirviendo. Se sabía perdido, aunque no daba crédito a aquella afrenta. Necesitaba recogerse en su despacho, organizar a sus satélites y enfrentarse a la nueva situación. Se sobresaltó cuando oyó la voz de don Ricardo.

—Escúcheme, capitán —dijo con una voz autoritaria—. No es momento de esconderse a esperar. Debe ordenar inmediatamente la demolición de San Antón y Santa Lucía. Ese criadero de ratas será refugio para los franceses. Sitiarán la ciudad desde allí y nos harán perecer. ¡Ordénelo, capitán!

Francisco de Borja inclinó la cabeza y sin decir nada se marchó hacia el cuartel, acompañado por los oficiales de mayor rango. Los que se quedaron evitaron que Ricardo corriese detrás del capitán general, de forma que solo pudo gritarle:

—¡Ordénelo! ¿Me escucha? ¡Ordénelo, capitán!

Cayó la noche, y con mucha amenaza, pero ningún enemigo que abatir, la gente se dedicó a gastar suela merodeando por la ciudad, fusil al hombro. Nos guarecimos en el ventorrillo de Genista, tras haber cerrado los postigos. La gente corría a sus anchas por la ciudad, como aguardando una nueva que estaba por llegar. No quisimos, en cambio, desatar el furor de la grey dándole quehacer. Ricardo parecía preocupado.

—Ha habido levantamiento, pero no hay contra quién levantarse —dijo.

—¡Claro que hay contra quién levantarse! —interpuso Genista. Y dirigiéndose a mí—: Pero no está aquí. Nunca ha estado aquí. Cartagena les importa menos que nada. Aquella carta era falsa, Isidro. A estas alturas, bien seguro que Murcia ya ha formado Junta.

—No, todavía no —respondió Ricardo—. Pero no tardará en hacerlo. Y es deber nuestro que Cartagena forme Junta antes que Murcia, o esta nos absorberá.

—¿Qué propone? —pregunté yo.

—Hacer entrar en razón al capitán. Ese era mi propósito, y no cejaré hasta que comprenda la gravedad de este asunto.

—Lo matarán por afrancesado —sentenció el barbero, don Manuel—. Cualquiera que entre ahora en el Arsenal será tildado de favorito de Murat.

—Entraré sin ser advertido.

—Lo matará Borja, entonces. Aún quedan suficientes soldados allí.

—Deberé arriesgarme —terminó Ricardo.

Una algarabía acalló la discusión. Fuera, una multitud corría arriba y abajo presa de la alegría, agitando antorchas y banderolas. Varios se juntaban en grupos y quemaban paños franceses mientras los cascos de vino vacíos rodaban por el empedrado. La grey corría por la plaza, invitando a beber y a bailar bajo la luna, y profiriendo vivas a todos aquellos con quienes se cruzaban. Incluso las campanas, toda la semana silentes, repicaban a júbilo desde Santa Lucía hasta San Roque.

Me acerqué a la puerta e intercambié unas palabras con uno de los jubilosos.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido para semejante cisco?

El joven me miró sin comprenderme, como se mira a un ignorante, pero sin perder su jovial sonrisa.

—¿No lo sabe, yayo? Fernando regresa. ¡El rey ha vuelto a casa!

Ricardo pasó por mi lado mientras se abotonaba el capote de forma que le ocultara el rostro.

—Con mayor razón debo descubrir qué está pasando. Don Isidro, búsqueme en la plaza de Santa Catalina al amanecer —dijo mientras se alejaba por la calle.

Marchó callejeando hasta San Agustín, pero una multitud lo arrolló y lo obligó a volver a la plaza de Santa Catalina, donde la gente se arremolinaba frente al balcón marmóreo del Cabildo. No podía sino esperar a que se dispersase la masa y escabullirse por las callejuelas hasta el Arsenal. Con suerte, no habría nadie mirando a aquellas horas de la noche.

En ello andaba pensando cuando salió al balcón el alcalde de la ciudad. Ricardo vio en su mirada el miedo de la revuelta, pero a su vez declaró el apego a la causa del pueblo.

—¡Estimados convecinos! He de declarar que, desafortunadamente, corre cierto rumor falso. No es cierto que su majestad el rey Fernando VII haya vuelto a España. Tampoco, que haya ratificado en forma alguna su decisión para con Napoleón.

Ante la noticia, el pueblo empujó contra la puerta del edificio. Al unísono, comenzaron a abuchear al Gobierno y al Cabildo, pidiendo justicia. Alguna voz pedía llamar a filas, pero la mayoría compartían el desapego de la traición. Ricardo, sin dejarse abrumar por los gritos, fue internándose en la zona más alejada de la plaza, conforme la gente se desplegaba hacia Santa Catalina. Seguía, en cambio, escuchando al alcalde.

—Por ello, y contando con la aprobación de este Cabildo de Cartagena, he decidido ratificar la proclamación del rey. —Los vecinos mudaron sus abucheos en vivas—. Y voy a negar la marcha de la escuadra emplazada en el Arsenal hacia Tolón, como confía Napoleón que haga.

El pueblo, contento con la resolución, pero no tanto con la felonía, fue marchándose hacia las casas consistoriales, donde permaneció hasta bien entrada la madrugada. Don Ricardo por fin pudo liberarse de la multitud y escabullirse hasta la entrada del Arsenal. El portón, deformado por los sucesos de la mañana, había vuelto al sitio, y estaba custodiado por dos guardiamarinas. Fue acompañado al despacho del capitán Francisco de Borja, bajo las miradas recelosas de los suboficiales.

El capitán general se levantó de su mesa y se acercó a la puerta para recibir al recién llegado, pero se detuvo en mitad del despacho cuando vio quién entraba por la puerta. De Borja estaba ya muy cansado para enfrentarse a Ricardo, cuando la escalada de violencia en el pueblo estaba alcanzando límites que rayaban en revolución. No dijo nada, y volvió a sentarse tras su escritorio mientras rebuscaba entre las pilas de documentos, indiferente a la presencia de Ricardo.

—Veo que dispone de mucho trabajo para ser confinado, oficial.

—Trabajo que debe suplir su falta de arrestos, capitán.

—¿Cómo se atreve con semejante insolencia? ¿Acaso la rebelión del pueblo nubla su juicio? Ándese con pies de plomo o esa actitud le acarreará desgracias.

—No he venido a inflamarle, señor. Más bien a concederle la oportunidad que en su lugar me gustaría que me ofrecieran.

El capitán De Borja tenía el rostro sudoroso y rojo, y la ladeada peluca empolvada dejaba su calva al descubierto. Su único ojo sano lo miraba con furia.

—Mi respuesta sigue en firme, oficial. No dispongo de soldados, y no se los concedo. Esta crisis no varía en nada mi decisión —sentenció don Francisco.

—Su mando ha sido relegado al Cabildo, señor, y pronto pasará a manos de una Junta.

—¿Una Junta por Murcia? —interrogó ceñudo el capitán.

—Una Junta Suprema por Cartagena, en igualdad de condiciones. Quizás un oficio en la Junta haga mudar su parecer.

—Jamás aceptaré una Junta, don Ricardo. Va en contra de mis principios. ¡Habrase visto! Nuestro

Arsenal es fiel al rey, y a su causa sirve. Si es decisión del rey dejarlo en manos del imperio, será el emperador mi caudillo.

Don Ricardo evaluó aquellas palabras. No tenía en estima a aquel hombre, pero conocía la realidad más de cerca que él.

—Cuando el pueblo se desmadre, eso será considerado traición. Y se penará con la muerte. Hágase el favor de tomar cuidado —advirtió don Ricardo.

—Esa morralla no se atreverá, descuide.

6

La desvergüenza del ladrón de reinos

En mi vida conocí agitación mayor que la que aconteció en Cartagena aquellos días. La farsa de la cercanía del francés no había hecho sino prender la mecha que encendió al pueblo. Pero la incertidumbre no es buena consejera, y la falta de quehaceres corroía la voluntad de aquellas buenas gentes.

No dormí bien durante aquellas noches de finales de mayo. Mi *pare* decía que los malos sueños llevaban a malas acciones. Sin embargo, era a las malas decisiones a lo que yo más temía. Nunca había conocido guerra alguna. No como mi señor don Ricardo Sancho. Pero sí había conocido la sangre. Más sangre de la que hubiera querido lavar.

Dormía, como decía, con un sable bajo la almohada, por si tenía que salir presto para ir a reunirme con la grey. Fueron unos días extraños, de nublos plomizos y sol blanco. Las calles ardían de calor, forzando a sus habitantes a estar en el interior de casas, mesones y tabernas. En toda esquina se oía un murmullo u otro, a veces para el cuello de la camisica, otras a grito herido. Pero entre todas las gentes reinaba el miedo. Un miedo que nadie se atrevía a dejar ver.

Conviene que relate aquí qué fue de aquellos días aciagos tras el levantamiento del pueblo de Cartagena, qué frutos dio y cuánta fue la miseria a la que nos vimos abocados.

La mañana siguiente al discurso del ilustre concejal se proclamó a Fernando como único rey de España. Mucha gallardía y pocas agallas, a mi parecer. Fue el modo de acallar al pueblo y derivar el asunto a la manera de las gentes de plumín y tinta. Forma lenta y burocráticamente inepta, según opinaba el pueblo unido. Entre la gente, no fueron pocos los que pidieron la destitución del capitán de la plaza, nuestro nebuloso don Francisco de Borja.

Mucho se habló de la sustancial carrera del capitán De Borja, de sus innumerables misiones y su consideración no solo como héroe, sino como alcalde honorífico de la plaza, como bien demostraban sus divisas y la cordonería que lucía en su abigarrada casaca. De poco valió tanta habladuría cuando se propuso a don Baltasar Hidalgo como nuevo capitán del departamento.

Don Ricardo se mostró afable con la propuesta, pero temía al ánimo del pueblo y a la pretensión del Cabildo. Este, a sabiendas del posible conflicto que casi había sucedido en los días anteriores, había militarizado sus competencias, cerrando así el acceso al pueblo. Se formó Junta, sí, pero comandada por una estricta organización castrense. Una Junta que enarbolaba el estandarte de Dios y lo elevaba al mundo junto con la espada y la corona. Ricardo dudaba. Nosotros estábamos nerviosos.

Resultaba que esa misma tarde el entonces teniente Hidalgo fue a reunirse con el capitán de la plaza. Tras transmitirle la decisión de la Junta, lo obligó a despojarse de su título y a salir en orden del Arsenal. No hubo vergüenza mayor para un cargo como el de don Francisco. Aún hoy se desmienten las causas y detrimentos de las decisiones que se tomaron aquel día.

Mi muy estimado Ricardo, apiadándose de su alma, fue a ver una última vez a don Francisco. Poco o nada nos relató de aquel encuentro, salvo que el relevado capitán aún sostenía la cruz de su cargo, y no la perdería hasta que el conflicto estallara. El miedo hizo por fin mella en él, y sus galones

cayeron a la par que su ánimo. Don Ricardo le aconsejó lo que hubiese hecho cualquiera: que se apartara de las calles y fuera a buscar protección al amparo de Dios.

Siguiendo su consejo, o quizás por inspiración propia, fue a refugiarse en el convento de San Francisco, cerca de la plazuela del Almudín. Allí se despojó de uniformes y galas, y se vistió con los más humildes ropajes que pudieron ofrecerle los franciscanos.

En aquel lugar permanecía cuando una calurosa noche, en extremo bochornosa e irrespirable, fue a llamar a la puerta del convento un antiguo amigo. Era tal el sofoco que el visitante no reparó en decoros al desprenderse de toda aquella ropa que le sobraba. Sin embargo, mantuvo la cabeza cubierta por un chambergo de ala ancha que le ocultaba el rostro. Don Francisco, que salió de detrás de un muro tras reconocer al recién llegado, lo saludó brevemente.

—Viene en el peor de los momentos, gobernador Camarena —dijo don Francisco.

El marqués de Camarena la Real era el nuevo gobernador militar de la plaza de Cartagena. Sin levantar la mirada, extrajo de debajo de su capa un hatico de ropa y se lo tendió a don Francisco, quien lo recibió sorprendido.

—¿Qué? ¿Acaso pensaba permanecer aquí otra temporada? —dijo el gobernador—. No dudo de la virtud hospitalaria de los franciscanos, pero no creo que ofrezcan la elevada atención que merece.

—Esta gente me ha acogido sin dudarlo, señor. Y aquí tengo cama y alimento, así como la seguridad de un lugar lejos de la cólera del pueblo.

—El pueblo se calma poco a poco, caballero —continuó el gobernador—. Si hemos de apartarlo a un lugar adecuado, debe hacerse esta noche. Me juego tanto como usted en esto, y no estoy dispuesto a arriesgar más. Me sigue o lo dejamos.

Don Francisco dudaba muchísimo. No quería abandonar el resguardo que le ofrecía la casa de Dios, por humilde que esta fuera. Los días que había pasado entre franciscanos le habían devuelto la edad perdida, y se veía más desmejorado que nunca. Su piel parecía todavía más arrugada y débil bajo aquellos harapos mal dispuestos. Pero al menos vivía.

Con la reciente muerte de su último hijo, su querida esposa, María Pascuala, estaba al cuidado de su nuera, también María, y de su nieta Lolita, que heredaría su título. El recuerdo de su familia le devolvió el cariño que le había arrebatado el pueblo. Fue este mismo recuerdo el que hizo que se decidiera.

—Está bien —dijo por fin—. Iré con usted. Pero nadie conocerá mi paradero hasta que las cosas se resuelvan.

—Como usted desee, señor —aseguró el marqués—. ¿Quién sabe lo que va a acontecer a partir de ahora? Quizás todo quede en agua de borrajas.

—Dios le oiga, buen amigo. Dios le oiga —terminó don Francisco.

Don Francisco se vistió con la ropa que el marqués de Camarena le había cedido: un calzón marrón de corte sencillo y un jubón oscuro sobre una camisa de lino ancha. Se cubrió con una capa que un monje le dio, y salió junto al gobernador por el arco de la entrada.

A lo largo de la calle se apostaban dos decenas de granaderos de la infantería de Marina, hombro con hombro contra la pared del convento. Don Francisco, asustado ante una posible traición, salió de su aturdimiento cuando el marqués le dijo que no había nada que temer. El gobernador tuvo que jurarle varias veces que se disponían a llevarlo a casa, pero no se contentó hasta que varios franciscanos se ofrecieron a acompañarlo. No tardaron mucho en cruzar la ciudad y entrar en la tranquilidad de su hogar. Nadie vio nada en mitad de la noche.

—¿Qué sucederá ahora, gobernador?

El marqués lanzó una mirada pesarosa a aquel que había sido el capitán general de la Armada.

Poco había ya de él bajo aquellos tristes harapos que había podido conseguir.

—No lo sé, buen amigo —respondió el gobernador—. Por el momento, apostaré varios granaderos en la vivienda. Mucha suerte, don Francisco.

—Mucha suerte, gobernador —se despidió De Borja—. Gracias.

Así fue que transcurrieron los días siguientes a la deshonrosa huida. Don Francisco no dormía, y aún menos probaba bocado, pero no dejó de ejercer de anfitrión de aquel regimiento que tenía a bien protegerlo. Tanto fue así que en dos días agotaron la reserva de carne salada y queso, y fueron a ocuparse de desecar la bodega de tinto del país y dulce de ultramar.

En no pocas ocasiones algún valentón se asomó a los vidrios del bajo, lo que obligó a los de dentro a cerrar las cortinas y a los de fuera, a huir del escarmiento, con algún que otro culatazo de propina. Sin embargo, alguno de los curiosos, aun sin haber divisado en la casa al antiguo capitán, tuvo la osadía suficiente para dar la voz de alarma. Como perros azuzados por un dueño más diligente que aquel, varios grupos de toda estofa se arremolinaron en torno a la puerta de don Francisco; no pedían otra cosa que la cabeza que tan bien se asentaba sobre sus hombros.

¡Qué capricho venían a tener aquellas gentes! Ni aun airados por la inactividad reunían entre todos razones suficientes para desproveer a un hombre de su preciada calavera. Aun así, varias voces acusaban a De Borja del achaque de sus males, por afrancesado y fiel al enemigo del pueblo. Ya se sabe que estas cosas se rigen por lo común con ausencia de razón y exceso de gallardía.

De Borja habitó aquellos días en el piso superior de la vivienda, mirando cada vez más nervioso al gentío que se iba acumulando a sus puertas. La joven Lolita, de apenas quince años, y su *mare,* María, habían huido antes de que llegaran los asaltantes, dejando solos a don Francisco y a su esposa. María Pascuala lo acompañaba en su congoja, lo cual era para él mayor apoyo que toda la plana mayor reunida. A menudo se asomaba a los cristales de la ventana, apartando cuidadosamente la cortina y urdiendo maldiciones contra los verdaderos enemigos del pueblo. Aquellos que habían traicionado el buen hacer de la capitanía y habían vertido hiel sobre el nombre de su familia. Rabioso estaba esos días, y aún más cuando su única vía de escape se veía bloqueada por aquella canallada sedienta de sangre.

—Maldita sea mi suerte, María —decía a su mujer—. Si aún pudiera encontrar un coche para ir hasta la capital, llevaría allí mejor mi espera. ¡Pero no! Esa gente no podía olvidar aquellas obras del Molinete, no. ¿Es que no los oyes? ¡Aguardaban esta ocasión para ensañarse conmigo!

Hacía la señora María Pascuala por calmar el nervio vivo del antiguo capitán, pero, al no ver mejoría, se sentó en un sofá y acudió a la lectura, hasta que la noche venció a la tarde.

Ocurre que la Providencia quiso que diéramos en aquella plaza Genista, mi oficial y un servidor. Nuestra exigua compañía había sido citada en el despacho del nuevo capitán en el Arsenal, presumiblemente para negociar las condiciones de nuestro destino en aquella guerra. Nos habíamos levantado a la carrera, revestidos con lo que habíamos encontrado a mano. Con el corazón en un puño, salimos al frío de la noche. Sin embargo, nos vimos empujados por la grey y caímos justo en la puerta de don Francisco. Flaco efecto tuvo en las gentes que mi señor llamara a la calma a la muchedumbre, más bien al contrario, pues nos convirtió en blanco del recelo, y alguna que otra piedra fue a caer en nuestra dirección.

Viendo tal enredo a tan tardas horas del día, no quiso don Ricardo abandonar a su capitán a la suerte de los mercenarios, de forma que, al no encontrar solución para ausentarse de tan augusta cita con el nuevo capitán de la plaza, me envió a encajar las cuentas con don Baltasar Hidalgo.

Pude darme el queo de allí a fuerza de algún que otro codazo, y encaucé mis pasos hacia el Arsenal, cuya disposición conocía yo mal, por no haber estado allí más que una vez. Podía ser que mi señor gustara de militarismos, pero un servidor había huido siempre de toda pompa y colorín, y aquel encargo fue para mí más martirio que agrado. No obstante, cumplí con mi cometido y planté mis respetos ante la guardia de la puerta.

—Se presenta Isidro Ginés de Carrascoy, en nombre de la Enseña del Paño Grana, para pedir conferencia con el capitán de esta plaza.

Los guardas prorrumpieron en una carcajada, tan ancha que mi ánimo cayó desconsolado con el nervio pronto a gritarles cuatro improperios a aquellos zagales tan acicaladicos.

—¿La Enseña de qué? ¡Váyase al diablo, viejo! No está el asunto para ocupaciones pretenciosas. El capitán Hidalgo no está ocioso con la que nos está cayendo —dijo uno de los soldados, moviendo la culata de su fusil como indicando que me marchase. Pero no esperaba este que me ausentase tan pronto, por cuán pronto fue a llamar a un par de guardas más que se distraían en la caserna, mal iluminados por una bujía. Viendo la cálida comitiva reidora, me armé de valor.

—¡Por Dios y por la Virgen del Rosell! ¡No confiaba en ser recibido por cuatro soldados ferrados hasta los dientes! Tan viejo que podría amedrentarles con un cayado, y con una edad que no sumarían entre los cuatro. ¡Válgame Dios con estos zanguangos! ¡Habrán pisado una mierda ustedes en su vida! Pero no creo que sea este el momento de bravuconerías y formalidades de mequetrefes, pues vengo en nombre de mi oficial don Ricardo Sancho de Tiñoso. ¡Y pobre de aquel de ustedes que se atreva a burlarse de él como lo hacen de este viejo!

Mi parlamento pareció hacer su efecto, por cuanto los dos soldados de refresco se intercambiaron unas palabras al oído, y abrieron la verja sin mayor presión.

—Discúlpenos, don Isidro. Le acompañaremos al despacho del capitán Hidalgo.

Seguí a aquellos zagales a través de varios tinglados atestados hasta el tejado de lienzos rasgados y mástiles astillados. Varias docenas de obreros revoloteaban a las órdenes del capataz, mientras remendaban velas y recortaban parches para reparar los desgarros. Apenas había espacio para pasar entre las pilas de maderos y cajas, y el guarda se percató de mi incomodidad cuando por tercera vez tropecé con una soga mal dispuesta.

—Disculpe tanto trajín, mi señor. Estamos a pleno rendimiento desde que la guerra empezó, y esta plaza se ha convertido en el centro de operaciones navales de toda España. Los pertrechos que se envían a Valencia y Barcelona proceden en su mayoría de los tinglados que malamente mantenemos aquí.

Reparé entonces en la decena de cañones que se alineaban en la pared del fondo del sotechado, y en cuánto daño iban a hacer en las filas francesas, adondequiera que fueran a parar.

—Oh, no se anime tanto, don Isidro —exclamó uno de los soldados cuando me vio tan esperanzado con la visión de aquellos preparativos—. Esta guerra no se está librando en el mar, como tantas anteriores. Si esos gabachos rompen las conexiones entre los puertos, de nada nos va a servir mandar munición ni unidades a ninguno de ellos. Y no dude ni un instante que Cartagena no tiene tanto poder en este Arsenal como se cree en Madrid.

Salimos del tinglado y nos dirigimos al parque de artillería, dejando a mano derecha una balsica, oscura como la pez, por donde desfilaban las embarcaciones bajo la luz de la luna. Allí el guarda intercambió cuatro palabras con otro personaje, y este nos condujo al piso superior. El edificio bullía en desorden, que crecía conforme subíamos los escalones. El pasillo estaba lleno de grupos de soldados que discutían acaloradamente y empujaban para acercarse al máximo a la puerta del despacho del capitán. Todos ellos venían aseados con los aderezos propios de la gente de su clase,

por lo que todas las miradas desaprobadoras llovieron sobre mi traje de calle.

Con las prisas con que don Ricardo me desproveyó del sueño, no pude sino ponerme una camisica blanca de hilo bajo una sencilla chaquetilla parda, sin más arreglo que el fajín grana de la Enseña arrollado sobre un calzón de color tan desvaído que hasta yo mismo dudaba de cuál era en su origen. Esperaba que en mi visita nocturna al Arsenal me hubiesen acompañado Ricardo y Genista, y que mi presencia se eclipsara por el rango de aquel y el carácter de esta. Sin embargo, allí estaba yo, entre tan alto mentecato vestido como un simple jornalero, aguardando a una de las dignidades más importantes de la enferma España.

No tardó mucho el secretario del capitán en darme paso, y crucé presuroso el gentío hasta aquella estancia. En su interior, los líderes de la rebelión cartagenera se hallaban conversando gravemente sobre una ancha mesa forrada de mapas.

—¡Buena nueva es conocer que hay señores de su clase, caballero! —dijo el capitán Hidalgo, que no había tardado mucho en lucir su nuevo uniforme—. Pase y siéntese con nosotros, pues ardemos de impaciencia por conocer la resolución de mi queridísimo amigo don Ricardo y sus adeptos.

Crucé el despacho con la mirada baja y el sombrero prieto entre mis dedos, y me senté, no en un sillón, sino en una banqueta apoyada contra la pared.

—Con el debido respeto, mi capitán, no soy señor de nada, puesto que no rijo más que sobre mí mismo. De la misma forma, no poseo caballo, así que no soy caballero más que de corazón, en recuerdo de los días en que sí tenía uno, y me fue quitado. La resolución confiamos que nazca de usted, capitán Hidalgo. Yo solo hablo por boca de mi muy estimado don Ricardo. Él es el señor y caballero, y a quien serviría aun si declarara la guerra al mismo infierno. Mi señor, digo, me envía a aclarar puntos sobre nuestra participación en esta guerra; y conociendo el encanto y arbitrio de su posición, permítame trasladarle su deseo para con la milicia a la que tengo el honor de pertenecer.

—¿Cuál es su oficio, mi buen Isidro? —interrumpió uno de los allí presentes, cuyo mandato apenas tocaba a oficial. Nadie parecía querer tomar cartas en el asunto, y me habían escuchado hablar con una media sonrisa asomándoles a la comisura de los labios. Me indigné, pero nada dije.

—¿Disculpe?

—Su oficio, digo. Su profesión. ¿A qué se dedica usted? —repitió, como si no hablásemos el mismo idioma.

—Mi oficio es el campo, oficial. ¿Qué tiene eso que ver con el requerimiento de la Enseña del Paño Grana? ¿Acaso van a premiarnos con azadones y arados?

Don Baltasar Hidalgo se levantó del sillón y se dirigió renqueando hasta donde se encontraban sus compañeros, a quienes despidió con un educado ademán. Sin mayor contrariedad, intercambiaron saludos corteses y desfilaron hacia el pasillo. El que había hablado hasta me dio la mano. Quedamos en la estancia el capitán y yo.

—Vamos a ver su propuesta, don Isidro —comenzó Hidalgo lentamente—. Háble me usted de esa asociación que referencia con tanto ahínco. Mi estimado oficial don Ricardo me relató la peripecia y, sin embargo, poco acabo por esclarecer de todo este asunto. ¿Cuántos hombres conforman dicha Enseña?

—¿Hombres, dice? —respondí confuso—. Creo que unos veintitrés.

—Veintitrés. ¿Y su oficio es la guerra o también son jornaleros?

Alimentando poco a poco la ira que iba creciendo en mi interior, no tuve cuidado en mirar directamente a los ojos al capitán. Suspiré varias veces para no atizar su cocorota tan bien repeinadica.

—Jornaleros, barberos, estudiantes y obreros, sí. Algún que otro religioso y un par de soldados.

Pero sigo sin comprender qué atañe a la Junta o a la capitanía a qué se dediquen las buenas gentes que enarbolan un fusil para defender el nombre de esta plaza. Estamos al borde de una guerra, y los trabajos con los que nos ganábamos el pan importan menos que nada.

Hidalgo enarcó una ceja y dejó escapar una sonrisa complaciente, como satisfecho de haber tocado la clavija exacta. No me estaba agradando demasiado el trato de aquel capitán.

—Don Ricardo me confió, con tono bastante donoso, que hasta ancianas costureras había en sus filas.

—Y bien cierto es. Y si puedo ser sincero yo también, y con todo el respeto, confiaría más en la puntería de doña Carmen y doña Inés que en la cochina soldadesca indolente que se hacina a la espera de que alguien con arrestos la comande a la batalla.

El capitán Hidalgo estalló en una amplia carcajada, que requirió el apoyo del canto de la mesa para no caer al suelo.

—No me malinterprete la chanza, mi buen amigo. ¡Valor no le falta, desde luego! Siga así y será general. Lo que quiero decir es que yo comando soldados, don Isidro. Hombres hechos a la guerra y en cuyos hombros recae el destino de esta nación. Por muy buena intención que tengan los ancianos y las mujeres, difícilmente llegarán a ponerse bajo mandato de un oficial en su sano juicio. Ricardo debe entenderlo. ¡Trate de hacérselo comprender!

Furioso con tanta indolencia por parte de quien tenía la responsabilidad de comandarnos, saludé al capitán y me dispuse a salir de la estancia, henchido de orgullo a la vista, pero derrotado por fallarle a mi oficial.

Descendí por la escalinata tan atribulado que, sin entender cómo, terminé en una improvisada herrería. Allí decenas de jóvenes martilleaban y le daban al fuelle junto a los fogones, encendidos con las llamas del infierno. Salía del edificio agobiado por el calor que emanaban las toberas cuando acabé por tropezar con el murete que daba al mar. A tan altas horas de la noche, el Mediterráneo era un remanso tranquilo de agua negra. Apenas unas luces perfilaban el límite de la ciudad, que iban menguando en intensidad hacia el barrio de Santa Lucía y las baterías de la cala Cortina hasta perderse en la oscuridad de Escombreras.

Hacia poniente caía la playa de El Batel, rota por la pedrería de la escollera al pie de la muralla, y no recuperada más que sucintamente en el llamado Arenal. Yo no conocí nunca la balandra abandonada que sirvió una vez de refugio al grupo de icues, pero no fueron pocas las veces que Cristóbal o Genista me contaron sus desventuras.

Maldije mi falta de ánimo al ir a enfrentarme al capitán Hidalgo. Tan terco fui que, por orgullo, no insistí en el deseo de la Enseña, que tan dispuesta estaba para con la causa. Fallé a don Ricardo, a mi compañera Genista y a mí mismo, al claudicar contra mi palabra. Afectado y decidido, desanduve mis pasos hacia la herrería y la escalinata hasta el despacho de don Baltasar Hidalgo, y sin esperar a ser llamado entré en la habitación.

La mesa volvía a estar ocupada por los mismos rostros que encontré la primera vez, excepto el del capitán. Esta vez habitaba en ellos un mohín distinto, pues mostraban frentes sofocadas y ojos caídos. Preocupado, los interrogué acerca de las nuevas. Esto fue lo que me relataron aquella fatídica noche del diez de junio de 1808.

Desde que había dejado a mis compañeros frente a la puerta de don Francisco de Borja, el ánimo febril de la revuelta había hecho presa entre aquella multitud, y fue solo cuestión de minutos que las piedras comenzaran a volar en dirección a la casa. A la primera que reventó un vidrio se abrió la puerta principal, y cruzaron a través de ella una veintena de granaderos, que formaron en fila frente a la grey.

Hubo muchos que se apartaron para evitar la granizada de plomo a la que se veían expuestos. Pero en el momento en que brillaron las cañas de los fusiles llegaron asaltantes de refresco, provistos de todas las herramientas que pudieron saquear de la Maestranza y algunas más que trajo cada uno de su casa. La afrenta era segura, y la rápida muerte de los asaltantes pronto se vería cubierta por nuevos hombres y mujeres dispuestos a acabar con los soldados, amansados tras la primera descarga.

Sin embargo, escasa pólvora se malgastó aquella tarde. Pues cuando parecía que de la boca de los fusiles iba a brotar fuego, la tropa puso a descansar sus armas, y tan pronto habían formado, marcharon a lo largo de la calle, dejando vía libre a los revolucionarios. Estos, a decenas, se agolparon contra la puerta y pugnaron por hacer de ella leña para chimenea.

El caballero don Francisco de Borja no dio crédito cuando vio que el destacamento que tenía por cometido protegerlo desertó de su misión y lo abandonó a su suerte. Al primer golpe de un improvisado ariete, cayó presa del pánico. Se despidió de su mujer con lágrimas en los ojos, y corrió escaleras abajo hacia la entrada, donde comprobó que los asaltantes ya habían hecho saltar varios goznes y desbaratado algunos tablones de la puerta. A través de esta veía en las caras del gentío la alegría que inflamaba su odio.

En esa misma habitación existía una pequeña puerta que daba a la casa contigua. Esta casa estaba habitada por un famoso sastre venido de Italia que había amasado otrora una pequeña fortuna, y que disfrutaba en Cartagena del reconocimiento de las gentes de dorada catadura.

Don Francisco puso a duras penas sus piernas en marcha y llamó a la puertecica, que no esperaba que estuviera cerrada con llave. Justo en el instante en que el italiano abrió el batiente, el fortín de la entrada cayó, y los asaltantes fueron empujados en tropel al interior de la casa. De Borja logró cruzar el comedor del sastre y hacerse con la puerta de la entrada. La grey no dudó en apartar a manotazos los muebles que poblaban la estancia, así como al mismísimo sastre, que fue derribado al suelo.

Aquella chiquillada cayó sobre el antiguo capitán en el huerto cuando se disponía a saltar la tapia que lo separaba de la calle. Sus débiles esperanzas se derrumbaron cuando no pudo escalar las tres varas de muro, bien por flaqueza de espíritu, bien por debilidad de cuerpo. Los más próximos de los rebeldes clavaron sus garras alrededor de su pierna, y antes de que tocaran a completas ya tuvieron al capitán maniatado y arrastrado al exterior del edificio.

Fue empujado por la multitud. Los cobardes justicieros alternaban golpes e insultos, llamando afrancesado y traidor a don Francisco, quien respondía cada vez con menos voz que nunca había sido un traidor. Mientras yo miraba la noche desde el Arsenal, Genista y Ricardo arriesgaban su integridad por defender a aquel capitán, empujando a los malandrines lejos de don Francisco, sin conseguir más que airarlos. Pronto fueron apartados a un lado a la fuerza.

—¡Muera el traidor! —dijo un joven gallico entre el revuelo del corral. Bien hacía por cubrirse el rostro y el cabello con un pañuelo. Ni aun así cubría la vergüenza del perjuro.

—¡Mientes! —respondía don Francisco con un hilo de voz—. ¡Traidor no! ¡Traidor nunca!

Se esparcieron propuestas obscenas entre los presentes, quienes competían por propinar al capitán el golpe de gracia que vengara los problemas de España. Las patadas y puñadas se sucedían, y los gritos de quien fuera capitán parecían no importunar a nadie.

Se destinó por fin el prisionero al Arsenal. Sin embargo, cuando llegaron a las puertas del recinto, las encontraron cerradas. La multitud se aglomeró entonces en la verja, ante la mirada medrosa del cuerpo de guardia. La muchedumbre ya sobrepasaba la treintena, y más gente entraba por las calles de San Agustín y Bodegones. Don Ricardo me contó después que entre ellos creyó ver al capitán Hidalgo y al marqués de Camarena montados a caballo en la esquina más cercana al callejón.

Los más próximos a la entrada llamaron a los soldados del Arsenal, pero la falta de respuesta

enfebreció aún más el ánimo de aquellos a quienes no les suponía gran incomodidad el convertirse provisionalmente en verdugos.

Fue pasado un rato que apareció el jefe de escuadra don Nicolás Estrada. Ordenó abrir las puertas del Arsenal y, tras salir a enfrentarse a las gentes que acosaban a don Francisco, mandó cerrarlas tras él. A casaca descubierta y completamente desarmado, dio voces con energía hacia la multitud y apartó de su camino a tantos asaltantes como le fue posible. Pero por cada uno que apartaba, dos le venían a caer al paso, mientras don Francisco gritaba auxilio a cualquier amigo que pudiese oírlo.

Ni mi estimado don Ricardo ni don Nicolás pudieron hacer gran cosa cuando el asunto se desmadró. Todo se perdió cuando don Francisco recibió toda la contundencia de un mamporro, que lo libró de parte del aturdimiento cuando un apéndice acerado se enterró entre sus costillas.

El antiguo capitán aulló en busca del hálito de vida que se le escapaba disuelto en sangre, mientras que el comandante Estrada instaba a la gente para que se marchara de allí, satisfecho ya su ego. La cruel persistencia de la sinrazón humana actuó, en cambio, y aquellos más envalentonados por el alcohol o el tacto frío de un arma dieron patadas al cadáver, arrastrándolo sin piedad ni honor por la plaza. Esperaban, como más tarde ocurrió en tantos otros lugares de la geografía española, separar la calavera de aquel pobre capitán para venir a pasearla clavada en una caña.

Pero no llegó a tanto la demencia, y un solo grito del viático de la catedral pudo hacer lo que no pudieron las gentes de poder. Fuese por miedo a una ira superior a la terrenal o por cansancio, se marcharon de allí y dejaron la plaza del Rey desierta. La voluntad de unos cuantos y las órdenes del clérigo llevaron el cadáver de don Francisco hasta la iglesia más próxima, aguardando un nuevo día para darle honrada sepultura.

—Ya conoce la situación, don Isidro —dijo por fin el oficial de mayor rango, con gesto amargo—. Si está dispuesto a soportar este tipo de situaciones, si de verdad quiere actuar como soldado y no como milicia criminal, el capitán Hidalgo los destinará a usted y a su asociación allí donde se les requiera. No vestirán más uniforme que aquel del que ustedes mismos puedan proveerse, ni seguirán otra orden que la de su oficial, don Ricardo Sancho. Quiero una respuesta, y sin tapujos. ¿Qué ansían tras esta guerra? ¿Por qué causa quiere verter su sangre?

—Por la libertad y la patria, mi señor.

Me miraron con el desdén que los caracterizaba, y que les venía al pelo.

—Muy buena respuesta, sí señor. ¿La aprendió de memoria? Me refiero a su ímpetu más visceral, la razón de su cometido.

No encontré respuesta. Estaba por aquel entonces ya muy viejo para tierras, y no legué ninguna descendencia que ganara el pan de mi sudor, así que la única razón de mi sino era la libertad y la tranquilidad de ir a la parca con los brazos abiertos y el alma llena.

—No hay más razón que la que he transmitido, señores.

El oficial se levantó de su frailero y abrió un cajón cerrado con llave. Extrajo de él un sobre amarillento y lacrado con las señas de la Junta, y me lo puso en la mano.

—Despache esta carta a don Ricardo. Es la voluntad del capitán Hidalgo de Cisneros. Nadie más que él debe rasgar el lacre. Ahora marche sin cuidado, soldado.

Tras los sucesos que acabo de relatar, busqué a don Ricardo y al resto de la Enseña por la plaza. Al no dar con ellos, solo quedaba un lugar en donde podrían estar.

Aclaraba ya la madrugada cuando llegué al ventorrillo de Bodegones. Cuando entré, apenas unas ascuas en la chimenea recortaban con líneas de fuego los rostros de los que vivían. Hice acopio de pan, vino y carne, y me senté entre mis compañeros. Honramos a la memoria de don Francisco, mientras los clérigos rezaban un réquiem, para que su vida en gloria fuera mejor que la nuestra en

polvo. Se bebió y comió mucho en aquella reunión, tanto que temí olvidar la carta lacrada que dormía en mi jubón, así que la extraje y acudí con ella a mi oficial.

—Veo que el capitán se ofrece a darnos ocupación. Bien hecho, don Isidro. Ahora, háganos el favor de leernos la misiva que nos remite.

—Fue orden de don Baltasar que nadie más que usted leyese la carta, mi señor —me disculpé.

Don Ricardo me tocó el hombro fraternalmente y me arrancó la epístola de las manos. Rasgó el sobre y leyó de viva voz.

—«Hermano de armas don Ricardo Sancho de Tiñoso y Cruz, oficial de la Marina Real de Su Majestad. Siento profundamente la gravedad de los asuntos ocurridos esta noche en la plaza de Cartagena. Le deposito esta misiva con la orden expresa de presentarse junto a los componentes de la que se hace llamar "Enseña del Paño Grana" en la goleta que ostenta el nombre de "Orfeo", atracada frente a los almacenes para desarmo.

»Me dirijo a usted como amigo e interesado en los asuntos de España. Viajarán hasta Valencia sin nombre, graduación ni uniforme alguno, gracias a ciertas conveniencias establecidas con el capitán del buque. Valencia requiere de todas las milicias presentes en la ciudad y ultramar, pues el francés se acerca por Cuenca, y se prevé que el mariscal Bon Adrien Jeannot de Moncey planee un ataque sobre la capital levantina a finales de mes. Vaya hasta la ciudad, y pónganse usted y su asociación al servicio de Saint-March. Dios guarde a usted y los suyos. Su muy afecto hermano. B. H. de C. y de la T. Capitán del Departamento Naval de Cartagena».

Aquello nos marcó como un fierro al rojo en el pecho. Ninguno de nosotros tuvimos la osadía de levantar la mirada tras las palabras de don Baltasar Hidalgo, trasladadas por nuestro Ricardo. Conocíamos, o al menos creíamos conocer, el asunto que tratábamos. Pero ninguno creyó que tendríamos que presentar batalla en tierra ajena. Conocíamos Cartagena como la palma de nuestra mano, y era aquí donde queríamos morir, defendiendo nuestro hogar. No en tierras valencianas, donde nuestro cadáver se perdería en la memoria de una ciudad agonizante. El solo pensamiento nos resultaba funesto. Genista contenía su lengua apretando los dientes. Ante nuestro mutismo, don Ricardo nos habló a los integrantes de la Enseña.

—Sé que esto les parecerá una traición a Cartagena. Ninguno de nosotros quiere abandonar nuestro hogar y dejarlo al amparo de las gentes que dominan en el Arsenal para ir a combatir en Valencia.

—Me da que ese gallico de Hidalgo intenta despacharnos como se echa a las ratas de una cocina —espetó Genista. Mucho tiempo llevaba conteniéndose—. ¿Acaso cree que somos como los matarifes de don Francisco? ¡Por el amor santo! ¡Valencia, nada menos!

—Sin embargo —continuó nuestro oficial, como si no hubiese oído a nuestra compañera—, les pediré una resolución ya. Valencia necesita de nuestra ayuda para despojarse del francés. Y Cartagena aún se planta intacta tras las murallas. Puede que siga aquí cuando regresemos de la campaña, con el honor incólume y dispuestos a recobrar nuestro derecho de libertad. Sé que será difícil una decisión, y que puede que aquí termine nuestra Enseña. Ninguna deshonra recaerá para quien abandone ahora mismo esta empresa y decida quedarse en la ciudad. Dios sabe que entenderé su determinación y valor. Pero ¿quién está dispuesto a acompañarme a Valencia?

No sé qué ocurrió en la tabernica en aquella recién levantada mañana. Tal vez la boria matutina o el alcohol nos nublara el juicio, quizás nuestro sentimiento de unión era más fuerte que nunca y desencadenara nuestra determinación, ¡qué sé yo!, pero el caso fue que todos los presentes prorrumpimos en un «Viva don Ricardo» y, sin excepción, convinimos en estar listos en una hora frente a los almacenes de desarmo del Arsenal. Marcado el cañonazo de las doce, levantamos

amarres y nos hicimos a la mar.

Como hombre acostumbrado a la tierra y al trabajo, fue tarea ardua hacerme a las idas y venidas del suave contoneo del mar. Sin embargo, algo tenía el azul que nos libraba de las vicisitudes de la tierra firme. La gente se mataba en el mundo mientras nosotros sorteábamos palos, jarcias y botavaras, ocupándonos en lo único para lo que podíamos ser útiles, dadas las circunstancias: el aseo y arreglo de la cubierta. Dándoles al cepillo y a la cubeta trabajamos como el que más, y cumplimos con sudor el pago del billete que nos iba a destinar a la capital valenciana.

El buque comenzó a deslizarse sobre las aguas de la balsa del Arsenal. A estribor dejamos los almacenes de depósito, las balsicas de curado de los maderos y, por último, la cordelería. Sobre el muelle se levantaba la capilla de la Guía, última oración obligada para los que se echaban a la mar. Me santigüé varias veces en la dirección del farol de San Telmo, y cayó mi vista de viejo en el punto entre el Arsenal y la dársena, donde un angosto espacio lleno de arena me ocupó el pensamiento durante un buen rato.

El buque maniobró para evitar el peligroso promontorio que llamaban «La Laja», señalado con una barra de fierro que emergía del mar como una espada hundida. Hacia el sur, los gigantes de Galeras y San Julián estrechaban su abrazo más allá del Espalmador, donde moría el puerto. Navegamos entonces hacia el puerto de Escombreras, mientras quedaba a babor la parte rocallosa de la isla del mismo nombre. A media tarde tocamos el cabo de Palos, y, aproando al norte, navegamos rumbo a Tabarca.

La llegada a la isla fue un tanto desesperanzadora, pues creíamos que se nos dispensaría el mejor de los tratos para pasar allí la noche. No fue tanto así, ya que en la pequeña población malvivían setenta familias, en su mayoría genovesas, sin tierras fértiles que cultivar y apenas un par de fuentes cuyo chorro de agua apenas era suficiente para su subsistencia.

Lo que creímos que iba a ser un cordial recibimiento se convirtió en una operación de auxilio que daba a la isla la mayor parte de las barricas de agua y de las reservas de alimento que se hacinaban en las bodegas de la goleta. Ya daríamos cuenta y razón en Valencia llegado el momento.

Ante semejante panorama, agradecimos la hospitalidad de los tabarqueños al permitirnos acomodo en la parroquia de los santos Pedro y Pablo. El suelo no dejó de moverse a mis pies desde que descendimos de la embarcación. Nuestros estómagos rugían de hambre, pero era agradable poder pisar tierra firme. Amontonados en el suelo del templo sobre una ancha estora de esparto que cubría prácticamente todo el pavimento, dispusimos de la mejor manera posible nuestros jergones y nos colocamos en corro para recibir nuestra ración de sopa caliente de pescado.

—Solo espero que haya en Valencia enemigo contra el que batirse —aventuré, por hablar de algo —. Estoy harto de andar de aquí para allá sin más oficio que el de cargar con este petate lleno de trapos.

Ricardo me miró ceñudo, y sin un ápice de sonrisa que condescendiera complicidad alguna.

—No son nuestros enemigos, hermano. Su historia cabalga junto a la nuestra, y más de una vez nuestra sangre se vertió en la misma campaña. Y no hace mucho de ello. Este que ahora es nuestro camino lo recorrieron por tierra hace dos mil años las pisadas elefantinas de un ejército que vino y murió en pos de la libertad. Tampoco era aquella su guerra, ni el imperio su enemigo, pero la rémora del poder incendió sus campos, violó sus derechos y devastó a sus dioses. Aun siendo una misión arriesgada e imposible, la trazaron delicadamente, y de su mano cayó la carta que derrumbó la casa de naipes. No es nuestra guerra, chachos, pero hagamos nuestra la libertad.

Tragamos un par de jarras de cerveza a la salud de esa libertad. Más tarde nos daríamos buena cuenta de que no fue tan magnífica idea ingerir tal cantidad de alcohol antes de una travesía que nos llevaría todo el día. Poco dormimos aquella noche, pues antes de que el sol bañara de luz la torre de San José ya habíamos embarcado y puesto rumbo al cabo de la Nao. El día no fue tan bueno como habría cabido esperar, ya que la densa capa de nubes impidió que vislumbrásemos siquiera una tenue pincelada de nuestro destino.

Con buena mar y mal viento trazamos el arco que el mar Balear esculpía sobre la costa levantina y cuyo centro bien plantaba Valencia. Atrás quedaban los días de esperanzas y miedos contados entre susurros. De memorias que no borraré de mi mente hasta que la mujer del manto negro me afeite con su guadaña.

Segunda parte: Valencia

7

La batalla de San Onofre

Pasamos al puerto de Valencia bien entrada la tarde. No obstante, nuestra labor no concluyó hasta que toda la carga fue izada desde la bodega y estuvo dispuesta ordenadamente en el muelle, lista para ser transportada sobre carromatos preparados para tal efecto. La noche se abocó sobre nosotros, y fue necesario romper esa oscuridad con media docena de bujías, para encaminar nuestra marcha hacia el puente del Mar. Tuvimos entonces un primer atisbo de la ciudad levantina.

En un día soleado hubiésemos podido observar aquella ciudad enclaustrada entre tan maltrechos muros, rodeada por el Guadalaviar y tejida con decenas de acequias que irrigaban la tan loada huerta valenciana. Pero el sol ya hacía horas que se había acostado, así que no vimos el horizonte erizado de los chapiteles de la fe, que rascaban con sus agujas la tripica del firmamento. Tampoco las cúpulas chatas como pechos azulones, ni la torre campanario que dominaba el panorama, inspirada por alguna vieja leyenda medieval. Ni siquiera descubrimos que la magnificencia de aquella ciudad estaba amenazada por los que desde el norte iban a marchar sobre Valencia.

¡Quién pudiera haber visto nuestra triste cabalgata marchar en mitad de la noche, dispuesta a dar guerra al francés! ¡Qué habrían pensado los que en la ciudad vivían, al ver aquella culebra de lomo encendido reptar hasta sus muros! No encontramos respuesta, pues la muralla estaba mal custodiada por apenas un grupico de guardas que únicamente esperaban pertrechos desde aquel lado de la ciudad.

Mientras cruzábamos el Guadalaviar por su último puente, aun en mitad de la noche y sin apenas lumbre, la urbe estaba inmersa en su fortificación. Lo que yo vi fueron los muros recios e imponentes de una fortaleza silenciosa, inactiva desde hacía siglos. Don Ricardo entrevió, en cambio, las grietas del degaste y la debilidad en los cimientos. Las banderas no coronaban el *cap i casal* del reino, y la podredumbre de los angostos edificios hacía mella en la agobiada muralla.

Descargamos los carros en el arrabal del Remedio y fuimos conducidos a la próxima villa de Ruzafa, una antigua alquería musulmana irrigada por la fuente de San Luis, donde aguardamos a que se nos permitiera el acceso a la ciudad. Las gentes que allí vivían, que pocas quedaban ya, se apresuraron a matar cuatro pollos para darnos algo de comer, mal acompañados por unos chuscos de pan y vino aguado. Aquellas humildes personas, aun teniendo mucho que hacer, nos ayudaron a poner en pie varias lonas de campaña, donde pasaríamos la noche.

El correo de la ciudad llegó tocado maitines, vestido a la manera del siglo, con calzones claros y gabán ajustado. El pelo lo llevaba envuelto en una redecilla, y de la mano le colgaba un zurrón con varias misivas. Sacó una y se dispuso a leerla.

—«A la milicia que se hace conocer como "Enseña del Paño Grana", y apegada a las Milicias Honradas. Por orden de la Junta Suprema de Gobierno del Reino de Valencia se concede el paso y seguridad en la ciudad a sus integrantes. Del mismo modo, se procederá a exigir las armas de fuego hasta nueva orden, y la cesión de sus monturas a la Real Maestranza de Valencia. Háganse notar estas medidas como muestra de la fidelidad a la causa. Por acuerdo, la Junta Suprema de Gobierno de Valencia».

Oída la misiva, don Ricardo se acercó al grupo para parlamentar las condiciones que debíamos acatar. Nuestras monturas eran solo el frisón de mi oficial y la jaca que nos había cedido su tío Pedro, al no poder acudir él debido a las fiebres, así que poco precio era aquel si se nos permitía entrar en la ciudad. En cuanto a las armas, dispusimos la necesidad de ordenarlas en una caja que se cerraría aquel día, y no se volvería a abrir hasta el día en que entráramos en batalla. Nada se dijo de los sables, navajas y demás armas blancas, así que las mantuvimos a nuestro lado.

Así fue como entramos esa misma mañana en Valencia por la puerta de San Vicente. Para alguien como yo, que nunca había salido de mi Cartagena, aquella ciudad era un sinfín de edificios y calles abigarradas en una trama imposible, agolpados alrededor de una docena de plazas. Más de ochenta mil almas vivían entre la ciudad y los pueblos de la periferia, más del doble que en mi querida tierra, y nada que ver con mi Fuente Álamo natal.

Se nos dispensó alojamiento en un antiguo taller sedero caído en desgracia, cerca de la plaza de la Corona. La nave dormitaba en silencio mientras que el polvo y las telarañas habían cubierto año tras año los tornos de estampado, telares y cañizos. Allí montamos como mejor pudimos nuestro cuartel. Convertir antiguos cañizos de cría en camas fue sencillo, en comparación con la búsqueda de quinqués y aceite para proveernos de luz por las noches.

Fueron varios días de intenso nervio. Mi señor don Ricardo desaparecía a menudo para asistir a las reuniones de la comandancia, y solo se unía a nosotros cuando tenía apenas una hora de descanso. Nos transmitía las nuevas de la plaza mientras mordisqueaba un escueto bocado, y nos libraba de nuestra inactividad mandando organizar enseres y otras bagatelas.

Una mañana entró Ricardo en el taller con nuevas órdenes para la Enseña. Aunque nos temíamos que ocurriera lo peor, también en nuestra Cartagena las amenazas del enemigo al final habían quedado en agua de borrajas. Nacía el veintitantos de junio, y el calor comenzaba a hacerse insoportable, aun para los que veníamos del sur. Se nos antojaba resolver nuestra situación cuanto antes. Satisfechos con la iniciativa, fuimos a abrir el cofre de las armas cuando mi señor nos detuvo.

—No, compañeros —nos desanimó—. No necesitaremos de arma alguna para esta misión. Se nos ha encomendado repasar y reforzar los muros de la plaza. Debemos prestar todo el apoyo que podamos para fortificar Valencia antes de la llegada del francés.

—¿Se sabe algo sobre la situación ahí fuera? —inquirió Genista. La ociosidad la incomodaba más que a ningún otro, y se pasaba los días dando vueltas al taller. Ella era quien había encontrado en una buhardilla un par de rollos de lona que usamos como hamacas.

—Los informes dicen que ha caído el paso de las Cabrillas. El mariscal Moncey está a siete leguas de la ciudad, dispuesto a caer sobre ella. Pronto se despachará al invasor, no se agobie, doña Genista. La calma es la mejor consejera.

Ricardo se sentía de muy buen humor aquella mañana. Tras recontarnos, nos separó en grupos de trabajo. Fuera por suerte o por edad, me puso en el mismo grupo en el que estaban las costureras y los religiosos, y se nos encargó la tarea de afianzar la parte de la muralla entre la puerta de los Tintes y la torre de Santa Catalina. Allí el lienzo estaba prácticamente arruinado por un amplio boquete de cosa más de quince varas de ancho. Los pedruscos se veían diseminados entre las ruinas de la antigua torre, que, aunque entorpecía el acceso, serviría para asentar un sólido baluarte.

Fue nuestra primera misión retirar los cascotes del lugar, y cubrir el vacío en el muro con sacos terreros donde poder situar varias plataformas de madera que ya estaban construyendo los carpinteros valencianos. Aunque mis entumecidos y anquilosados huesos gruñían de dolor e impotencia, no quiso mi ánimo ser más débil que el de los ancianos que se negaban a ser ayudados. El contrapunto de aquel equipo lo ejercían las señoras costureras, doña Carmen y doña Inés. Las

ancianas cargaron capazo tras capazo de arena y grava en una carretica, hasta que pudieron ahuecar un camino estrecho alrededor del lienzo de la muralla. Su edad no distaba mucho de la mía, pero su ímpetu me superaba con creces.

A media tarde, y con los sacos bien apilados, comenzamos a izar los maderos para conformar las plataformas. Al principio trabajábamos con buen hacer y poca discreción, pero conforme se echaba la tarde adquirimos tan buena diligencia que nos felicitamos los unos a los otros. Al final del día logramos una barricada bastante decente, y pudimos sentarnos a descansar en las gradas de la cruz de fierro que remataba la plaza, frente al convento de la Coronación de Cristo.

—Ay, cómo me gustaría que pudiera verme ahora mi buen Sebastián —suspiró doña Inés. Tenía las manos rascadas por las piedras, y el padre Venancio se había ofrecido a vendárselas con un trozo de tela.

—No se lo creería, a fe mía —aseguró el padre, con una amplia sonrisa—. Ni yo mismo creo que lo hayamos logrado, mi buena señora.

—Ande, no me flaquee en moral, padre Venancio —expresé yo—. Que si alguien aquí puede salvar nuestras almas, ese es usted.

—Ustedes mismos salvan sus almas a cada momento, don Isidro. Dios nos observa en cada uno de nuestros actos, y se nos juzgará independientemente de lo que yo haga aquí en la Tierra.

—Amén, padre —convino doña Carmen—. Pero deberíamos darnos prisa, o se nos echará la noche encima. El día se va terminando.

Y con aquello ya nos íbamos a levantar para recoger nuestros enseres cuando se acercó a nosotros el oficial al cargo, rodeado de gentes de uniforme. Observó nuestro trabajo, y ordenó algo a un grupo de soldados. Tras unos minutos, asomaron a la calle varias piezas de artillería, que retumbaban sobre el empedrado con un ruido de mil demonios. Se las ingeniaron para emplazarlas sobre las plataformas que habíamos dispuesto a lo largo de la muralla. El oficial nos dio la mano a mí y a mis compatriotas, y nos felicitó afectuosamente.

—Gran trabajo el suyo, señoras y señores. ¡Buena falta hay de personalidades como las suyas en esta batalla que se nos presenta! Ojalá Dios sea tan misericordioso como aquellos que vienen de tan lejos para presentarse firmes ante la invasión.

Con tierra entre los dientes y tras las orejas, me encaramé a la cima de aquella improvisada barricada y oteé el horizonte más allá del río y los barrios extramuros. Era una visión magnífica. El río blanco, trazado de cañas y juncos, formaba una curva perfecta, evitando la ciudad. Las últimas horas de sol doraban los campos que se extendían más allá de Serranos, Marjalenes y Benimaclet. Las barriadas, como pequeñas islas en un mar de oro y verde, se unían en un ramillete de caminos y ciecas que iban a morir por último al grao y al mar.

Me detuve un instante a contemplar el Mediterráneo. Ese vasto mar que licuaba las últimas pinceladas de luz en un azul muy tenue me hizo recordar Cartagena y cómo se estaría viviendo allí aquella locura. Recordé mis tiempos de infancia, mis huertas y mi casa, anquilosada entre la playa de El Batel y el Botánico. Miré abajo y vi a mis compañeros. La improvisada muralla soportaría su cometido, pensé. Y si no, siempre quedarían aquellos cañones que brillaban entre los sacos terreros. Todo iría bien, creía entonces.

Más allá del solar, la gente no perdía el ímpetu al caer la noche. El fuego comenzaba a brotar de candiles y linternas, mientras silenciosas procesiones de soldados invadían las calles, seguidos de las rodadas de las piezas de artillería. Las puertas de la ciudad fueron selladas, y en su vuelta se asentaron los cañones, operados por el segundo regimiento de la Real Artillería a pie y por algunos marineros del grao. Rangos y enseñas eran mostrados una y otra vez para ser reconocidos los

cuerpos que tomarían batalla. Una algarabía inundaba la ciudad, un aire de fiesta, amparado por la tibieza del incipiente verano. La gente era feliz, tenía algo por lo que luchar. Pero un sentimiento común, más negro que el carbón, recorría sus pensamientos, recordándoles por un segundo que en menos de una semana podrían morir.

Mientras yo oteaba el horizonte, mi señor don Ricardo aclaraba las condiciones con Saint-March en el Palacio de la Audiencia. Nos relató luego el corto percance que había tenido con tan distinguido oficial, casi como una ocurrencia graciosa de ser narrada.

Resultaba que mi oficial había prescindido aquella mañana de uniforme e insignia, pues le incomodaba tanto colorín para dedicarse a organizar a los voluntarios que habíamos de trabajar. No cejó tampoco en agachar el espinazo junto a los que amontonábamos tierra, de forma que era inevitable que lo confundieran con cualquier otro voluntario, y le asignaron un mando superior.

Don Ricardo, sin perder la sonrisa, se presentó con la graduación que le correspondía, y sacó al comandante de su error. Saint-March, no sin cierto encogimiento, le concedió el mando de la milicia que había traído desde Cartagena. El comandante le pidió entonces una insignia, que habría de verificar cuando se pusiera a sus órdenes. Mi señor, ni corto ni perezoso, extendió delante de él un trapo encarnado, con la Virgen del Rosell pintada en la carga por el barbero Serrano. Sus ángulos se coronaban con laureles, y bajo la Virgen se leía *«Viva Fernando VII»* en letras azulonas.

Se firmó y selló un acuerdo ese día donde se estipulaba que el día veintisiete de junio, vistiendo el uniforme de Milicias Honradas y con la Enseña del Paño Grana como bandera, ocuparíamos las cercanías de la ermita de San Onofre tanto el oficial de marina don Ricardo Sancho de Tiñoso y Cruz como sus adictos. Nos adherimos así a los batallones de voluntarios comandados por Felipe de Saint-March.

Era tan obvio el ataque de Moncey contra la muralla oeste que se nos volvió a destinar allí a la mañana siguiente. Esta vez se nos encomendó zanjar la calle de Cuarte, foso que luego protegimos con varias hileras de caballos de Frisia. Estos artilugios, con sus afiladas estacas, incomodarían a las tropas francesas tanto como los parapetos de madera que ya cubrían los accesos principales del arrabal. Estábamos extasiados por el trabajo, pero felices de haber contribuido con él a la defensa de la ciudad.

Esa misma tarde fuimos a presentar, todos juntos, nuestros respetos ante el retablo de plata labrada de la Virgen de los Desamparados. Ricardo pidió en silencio tener su favor en la batalla, caer con honor si había que hacerlo y no perder por ello su pasión por la causa. Lloró un momento ante la Virgen, cosa que inflamó nuestro ánimo y nos sacó también las lágrimas.

En mitad de la catedral, el retablo centellaba con las últimas luces de la tarde que entraban por la puerta abierta. La seo estaba ocupada por una multitud silenciosa que se agolpaba alrededor de los canónigos para obtener de ellos la exhortación que los perdonaría de sus pecados a cambio de su ánimo en la batalla. Aquella santa señora, pensé entonces, no luchaba por mayor causa que la nuestra. Inocentes, locos y desamparados.

Pasaron después dos días de asfixiante calor valenciano. Las chicharras crepitaban bajo el sol, y las tabarreras nos incomodaban mientras no dejábamos de trabajar en el aprovisionamiento de la ciudad. Participábamos del regocijo general, pues entre las gentes iba gestándose un ánimo cada vez más belicoso. Aprendíamos las canciones valencianas y enseñábamos las que traíamos de nuestra estimada Cartagena.

Aquella fue la última noche antes de la batalla, y yo apenas pude pegar ojo. Era ya medianoche al

salir del taller para ir a cambiarles el agua a los garbanzos cuando vi una fogata prendida en un huerto próximo a Santa Úrsula. Me acerqué para ver qué se tramaba a tan altas horas, y cuál fue mi sorpresa al encontrarme allí a nuestro oficial don Ricardo conversando seriamente con Genista y varios miembros de la Enseña.

—¿Ocurre algo, compañeros? —pregunté al grupo. Entre las cabecicas distinguí a don Manuel, al oficial don José de Iznalconde y a los tres maestros.

—¡Buen Isidro! —dijo don Ricardo—. Veo que no consigue conciliar el sueño, lo mismo que nosotros. Únase, pues, buen amigo. Únase, que no es poca cosa lo que aquí se está hablando.

—¿Acaso hay novedades, oficial? —pregunté.

—¡Las mejores! El mariscal Moncey viene a estrellarse contra Valencia.

—No son buenas nuevas para tan buen humor, mi buen Ricardo.

—¡Otro con la reticencia! ¿No era pólvora lo que querían repartir? —Miró a los ceñudos franciscanos, que estaban sentados sobre un tocón con el gesto abatido—. Tenemos el honor de recibir a Moncey como se merece. ¿A qué vienen esas caras?

Bajé la mirada ante la penetrante agitación de mi oficial. En cierto modo esperaba la acción, ansiaba la batalla que se iba a dar y compartía su causa. Pero no menos cierto es que se piensa mejor en revoluciones con el fusil guardado y los pies calientes. De todas formas, haría lo que Ricardo me dijese. Y el mismo trago parecían pasar todos los que allí se juntaban. Genista estaba nerviosa, como la última semana, y paseaba unos pasos alejada de nosotros, preocupada en una morera muerta. Ratolina y Palma llevaban las cabezas cubiertas por mantillas negras, como presagiando la tragedia.

Solo el barbero, don Manuel Serrano, se mostraba animado por la noticia, y bebía tranquilamente de una bota de vino dulce, a pesar de las horas que eran.

—¿Cuándo llegarán a Valencia? —preguntó, alegre como un chaval.

—Mañana nos pondremos a las órdenes del comandante Felipe de Saint-March como parte del Cuerpo de Milicias Honradas, como ya estaba acordado. He pedido expresamente conservar nuestros actuales uniformes, considerando nuestros principios, pero únicamente me han concedido mantener aquellos cuyos pantalones y chaquetas sean pardos. Afortunadamente, aquí nuestra buena Genista ha hallado suficiente tinte como para teñir de marrón toda Valencia.

Genista se giró un momento hacia nosotros cuando oyó su nombre, pero siguió acariciando meditabunda la corteza de la morera seca. Ninguno de nosotros teníamos el ánimo de nuestro oficial, así que Ricardo se apartó de nosotros para no contaminarse de nuestro desánimo y descansar un poco antes del amanecer. Genista lo siguió para tratar de dormir un poco también.

—Ande, buen Manuel, páseme esa bota —dijo don Ángel Moyá, maestro de historia y geografía —, a ver si así son menos nuestras congojas. ¿Qué es esto?

—¿Pues qué va a ser? —respondió el barbero—. Pues mistela, lo único que he podido encontrar en la única taberna abierta del barrio. ¡Ay, qué no daría yo por un buen trago de aguardiente! Esto es demasiado dulzón para mí, maldita sea.

—Dios le oiga, Manuel —exclamó el maestro de lengua, don Pedro—. Páseme a mí también y cataremos ese zumaque dulce que usted dice.

La bota fue pasando mientras la mirada adusta de don Manuel iba entendiendo que no le iba a llegar ni una gota. Tanto daba, cuando probablemente aquella reunión iba a ser la última. Ninguno de nosotros sabía lo que ocurriría al día siguiente, pero tampoco queríamos detenernos mucho en ello. Nos limitábamos a pensar en nuestro regreso a Cartagena y a lo que allí nos esperaría. Todavía creíamos que la amenaza del ejército invasor era solo eso, una bravata.

—Pues no sé ustedes, pero yo no dejo para nada ese vino viejo por nuestro vino de campo —dijo

Diego Cervantes cuando volvió de cambiar el agua a los garbanzos por tercera vez—. Al menos no le exige a uno el ir a mear cada diez minutos.

—Borrachera *meá,* mejor que *sangrá* —prorrumpió don Manuel—. Y ya estáis dejándome sin provisiones, malandrines. ¿Qué voy a desayunar yo mañana?

—Tranquilo, buen Manuel —rio Diego—, que si no me han desvalijado el petate, allí guardo un par de panecicos que horneó mi señora antes de venirnos a Valencia. Uno de esos es para usted. Ahora, que como no le meta un par de ajos crudos o manteca, no sé si le llenará a usted.

Todos reímos entonces al amparo de la noche. Uno a uno nos fuimos yendo del huerto para tratar de descansar un poco. Los últimos fueron los tres maestros, que todavía brindaron con un último trago, y el anciano barbero don Manuel. Y el huerto quedó tan en silencio como unas horas antes. Caí en un sueño intranquilo. Un sueño de pólvora y muerte. El sueño previo a una batalla.

Despertamos un brumoso veintisiete de junio de 1808 con un trompeteo infernal. Quien haya caminado alguna vez de la mano de la muerte sabrá de qué hablo cuando digo que muchos de nosotros vomitamos el primer bocado de la mañana. Mucho había que hacer ese día, y solo don Ricardo parecía mantener arriba el ánimo. Fuimos organizados luego en mitad de la calle, donde ya había cierto ajetreo. *«¡Variopinto grupo!»,* debieron de pensar los que pasaban, ora con carros de piedras, ora arrastrando piezas de artillería.

El ejército estaba ya dispuesto frente a las puertas de Cuarte, junto al Botánico. La magnitud del grueso ocupaba todo el arrabal, y se extendía en procesión a lo largo de la carretera de Madrid, entre las acequias de Rovella y Favara. No era poca la humedad que emanaba del río y sus brazales en forma de vaporosas exhalaciones. La corriente bajaba aquel día con cierto brío, en un trote impetuoso que no se domaba hasta que llegaba a la ciudad.

Casi cinco mil voluntarios se unían a los tres batallones de tropa de Saint-March. Nadie hubiera dudado, excepto quizás el mismo Saint-March, de la victoria que íbamos a presenciar. Mucho les había costado a los franceses franquear la empedrada sierra de las Cabrillas. Las tropas debían de estar exhaustas y hambrientas, y las bajas seguramente incomodarían a la retaguardia. No iban a vencer precisamente a las puertas de la ciudad.

Marchamos a buen paso por los caminos embarrados que cruzaban huertas a ambos lados. El verdor apagado de los naranjos y las moreras renovaba nuestros ánimos, y algunos incluso se salían de las filas para aventurar un gustoso bocado perdido durante la tensión de la madrugada. Lo que no sabían era que aquellas moras agrias iban a ser la última comida de su vida.

El barbero Manuel Serrano, por haber pintado él la Virgen del Rosell en nuestra Enseña, tuvo el honor de llevarla a la batalla. Detrás de ella, veinticuatro adormilados voluntarios demostrábamos la valía y el honor de Cartagena. Antes de que saliera el sol ya estábamos vestidos con los trapos pardos que doña Genista había teñido para nosotros, y se nos dio un fusil a cada uno. Era sobrecogedor vernos sosteniendo aquellas herramientas de muerte; ninguno de nosotros hubiese ganado un real por disparar con ellas un par de meses antes. Con el disgusto en los rostros, caminábamos a lo desconocido.

Pasamos la aldea de Mislata, donde algunos curiosos se asomaron al ver tanta polvareda acercándose por el camino, y desde allí seguimos un largo trecho hasta Cuarte. La ciudad había sido abandonada hacía dos días, y sus habitantes habían hallado amparo en la capital, de forma que un nervioso silencio, solo roto por los pasos de la soldadesca, se extendía por las calles.

El destacamento de los de Cartagena, como milicia voluntaria que éramos, fuimos apostados en la

partida de un viejo molino en ruinas. El antiguo edificio se levantaba sobre un abandonado huerto de naranjos cuya maleza cubría los árboles en apretadas marañas que impedían el paso, a no ser que se caminara trabajosamente por el camino angosto que se extendía hacia poniente. El lugar era un magnífico lugar para emboscadas, pensé, pero no tanto para la salvaguarda de los que allí lucharían.

A nuestro regimiento se apegaron varios cuartanos conocedores del lugar. Eran cuatro jóvenes jornaleros que no llegaban a la veintena, y con el miedo pintado en la mirada, aunque tenían las manos prontas para la acción. Ricardo sopesó la gran ayuda que podrían suponer, y escuchó sus palabras.

—Señor Sancho, permítame decirle que este es el mejor emplazamiento al que se nos podía haber destinado. Conozco el lugar de cuando lo habitaba el viejo Pep, que lo guarden Dios y san José.

Don Ricardo hizo un gesto afable para invitar al paisano a seguir hablando.

—Estos —dijo, mientras señalaba los ramales de la acequia de Mislata que corrían llenos a rebosar junto a la pared del viejo molino— podrían ser anegados en una hora, más que menos. Con suficiente tiempo como para cerrar las esclusas, podríamos convertir todo este llano entre el huerto y las ruinas en un lodazal que impidiera el paso del francés. Si no conseguimos acabar con ellos aquí, al menos bloquearemos el paso hasta el Turia y estarán obligados a recular.

—E impediríamos también nuestra huida —respondió firmemente nuestro oficial.

—Sí, eso es cierto —continuó el valenciano—. Siempre y cuando no consigamos acabar con ellos en la primera descarga. No obstante, creo que el barrizal los ralentizará lo suficiente como para poder atacarlos desde las ruinas y la maleza cercana. Estos campos no han sido trabajados desde hace años, oficial. Desde que murió el tío Pep. La maleza y las cañas frenarán el paso del ejército, y para cuando se den cuenta de que no existe salida hacia Cuarte desde aquí, habremos caído sobre ellos. ¡Hasta con cañas y piedras podremos hacerles frente!

Don Ricardo meditó un segundo y ordenó a los valencianos que fueran a cegar la acequia cuanto antes. Mientras tanto, los demás nos distribuimos entre el huerto y las ruinas. Del molino quedaba el robusto muro que daba al huerto, algunas habitaciones cuyo tejado había sido derrumbado sobre el suelo y la escalera interior que daba a un patio cubierto enteramente por zarzas y cañas. Anexa al edificio existía una caballeriza aún en peores condiciones, pues el vano de la puerta había sido destruido, y solo una pequeña porción de muro ensombrecía el galpón superior.

Ricardo, Genista y yo nos situamos en el piso superior del cuerpo principal del molino, detrás del montón de escombros de una arruinada ventana. Detrás de nosotros Ratolina, Palma y su marido, don Gonzalo, se encargarían de relevarnos cuando tuviésemos que cargar. En otro murete, doña Carmen y doña Inés habían amontonado tejas y vigas junto al barbero Serrano y los tres maestros. El estado de salud del grupo preocupaba mucho a don Ricardo, así que prefirió resguardarlos de un posible choque con el francés. Sin embargo, su actuación en la estrategia que tenía pensada el oficial era imprescindible.

En las ruinas de la caballeriza se ocultaron como pudieron los sacerdotes franciscanos y el matrimonio de panaderos bajo las órdenes del oficial don José de Iznalconde, para cerrar así el paso a cuantos soldados cayeran en la trampa. Los estudiantes, encabezados por Alejandra y los hermanos Rafael y Juanito, se internaron en la maleza del huerto junto a los cuartanos. Los más briosos subieron a la ramas más altas de los naranjos, y el resto se escondió entre las zarzas o en las ondulaciones de la tierra.

Pasó más de media hora hasta que oímos un gorgoteo seguido de una conmoción en el ambiente, como si alguien arrastrase haces de cañas por el suelo. Apenas unos minutos después, una lámina de agua hizo burbujear la tierra seca para arrancar espumarajos que se llevaron las hojas caídas. En unos

momentos, el suelo que antes pisábamos se cubrió con un caudal continuo de agua que se deslizaba silenciosamente para cubrir las escasas diez varas que separaban el molino del huerto. El terreno absorbió gran parte del agua que se derramaba, pero pronto se saturó y se empezó a acumular en pequeñas balsas, que progresivamente fueron creciendo.

Yo miraba un poco agobiado desde nuestra precaria posición cuando los redobles de tambor que sonaron desde el camino me desesperanzaron todavía más. Todos los que allí estábamos callamos al instante, silenciados por una mano invisible. Recuerdo que mi respiración se volvió más forzada y que mis manos comenzaron a temblar cuando el tamborileo fue creciendo. ¿Habrían descubierto nuestra trampa? ¿Tan apurados estaban como para arriesgarse así por dar con un acceso al río? ¿Acudirían al camino confiando en encontrar un paso seguro hasta la villa? ¿Qué pensarían cuando viesen la tierra anegada? Mil ideas rondaban por mi mente cuando don Ricardo me pasó una lata. No entendía nada en aquel instante. Pronto caí en la consideración de lo que se esperaba de mí en aquel día.

—¡Don Isidro! ¿Qué le ocurre?

Apenas pude responder, avergonzado ante la atenta mirada de Genista, que no entendía qué me estaba ocurriendo. Yo apenas pude percibir una nota de miedo en mi oficial, pero, lejos de darme ánimos, me ahogaba más en aquella parálisis que enervó todo mi cuerpo.

—Na… nada, mi estimado don Ricardo. Solo un poco de nervio mal contenido, señor. ¿Cómo hace usted para mantenerlo a raya?

—¡Vaya! Esa sí que es buena pregunta —susurró, sonriendo—. Temo tanto como usted, mi buen amigo. Tanto como aquí nuestra buena Genista, ¿no es cierto?

Genista escupió un trozo de papelina y vació el contenido en el fusil.

—Aterrorizada hasta la médula, Isidro. Si me levanto, los pinreles se me van a desmoronar en cualquier momento. Ahora llena de betún tu arma y cállate de una maldita vez.

—Diga lo que piensa, Isidro —me increpó don Ricardo—, pues me interesa mucho.

—Mi señor, ya que me da la bondad de hacerle partícipe de mi opinión, debo hacer notar la peligrosidad del asunto que tratamos. Apostar hombres capaces en un estrechamiento del camino nos va a perder en un baño de sangre, conforme yo lo veo.

Don Ricardo escuchó aquel tono de mi voz, acobardado por el temor, y tomó mis hombros entre sus manos, asiéndome con fuerza.

—¡Valor, don Isidro! Enviaremos esos soldadicos al hoyo, donde sus huesos lamentarán haber penetrado el Pirineo. Confíe en cuanto le digo, bravo amigo, y pronto acabaremos con esa sección, pues esta es nuestra tierra y esta que se vierte es nuestra sangre. —Desarmó la bayoneta de su fusil, dando ejemplo a su gente, y señaló el tarro de betún negro—. ¡Desencajen las bayonetas y unten las cañas de sus fusiles! Ningún brillo debe delatarnos en nuestra ofensa o los augurios de don Isidro manarán de pura verdad.

Todos obedecimos al instante, y enseguida la lucidez de las armas se apagó bajo una gruesa capa negruzca. Las órdenes habían sido dadas: el grupo de mayor edad apostado en el primer piso del vetusto molino dañaría con sus plomos los cuerpos de mayor distinción de la sección invasora. Con la algazara de la sorpresa, nuestro grupo principal, liderado por don Ricardo, realizaría la primera descarga, ocultos entre los escombros. Yo ya tenía el fusil cargado y listo para disparar. Había dispuesto los ladrillos sueltos de forma que entre ellos podía asomar la boca de mi arma. Y solo esperaba poder apuntar con ella de la misma forma que habíamos practicado semanas atrás.

Los hombres repicaron a marcha a unos mil pies, según nos dijo Ricardo. Nosotros nada entendíamos de eso, así que nos preparamos para lo peor. Alguno rezaba algo para distraerse. Eran

los maestros. Pero no había temor cuando nuestras manos tenían algo en que ocuparse. Cada uno dispuso la pedrería a su antojo, ocultando entre ella los cañones de sus armas.

El redoble sonó terrible al doblar la esquina del camino, y uno o dos paños francos se desplegaron con las ráfagas de viento que venían desde el río. La escena se me antojaba terrorífica. El tamborileo cesó de inmediato, y todos supimos que no había más causa para ello que el descubrir el campo anegado que se les echaba encima. Don Ricardo se santiguó para pedir que se arriesgaran a meterse en el barrizal, y que no fuera demasiado imprudente para los que aguardábamos. El agua había dejado de manar, pero varios charcos todavía no habían sido absorbidos por la tierra, y el lugar hedía a peligro.

Nuestros temores no hicieron sino aumentar cuando los franceses comenzaron a separarse para tratar de cruzar el terreno embarrado, contando sus pisadas, como temiendo algún peligro oculto. Fueron atravesando con cautela los naranjales y saliendo al llano frente al molino. No tardamos mucho en verlos, temerosos y alerta, a menos de veinte varas de donde nosotros acechábamos, esperando las órdenes de nuestro oficial.

También los jóvenes soldados franceses aguardaban la orden de su teniente, quien comenzó a sospechar de la imposibilidad de dar un rodeo cuando sonó de repente la explosión de un fusil. La confusión general reinó por un momento, en el que los soldados se posicionaron en círculo para adivinar de dónde procedía el tiro. Aquel primer disparo se había escapado de la tensión nerviosa del barbero don Manuel, pero no hizo más daño que picar el légamo a los pies del teniente que comandaba aquella tropa.

Los franceses no tardaron en efectuar seis o siete disparos contra las ruinas desde donde nacía el humo de la pólvora. Esa maniobra nos permitió responder a los que custodiábamos el otro muro. Genista y yo herimos a un par de los soldados más avanzados, y Ricardo hizo caer a tres más, gracias a los fusiles que le brindaban los maestros. Otras tres descargas iluminaron las caballerizas como un relámpago, pero no pudimos ver si hacían blanco. Resultó que en toda esa jarana se había levantado mucho barro y otro tanto de pólvora quemada, que por capricho del viento se embozó de tal manera que el enemigo pronto se vio envuelto en una espesa nube de humo.

Comprendí entonces la urdimbre de don Ricardo, quien no tardó en ordenar una segunda descarga contra los soldados. Nuestros disparos ya habían alertado de nuestra posición, así que se confundieron con la fusilería francesa, que tronaba aquí y allá reventando los cascotes del muro. Relevamos nuestras posiciones con las de los maestros, y así pudimos realizar dos arriesgadas descargas más. El oficial retirado don José ordenó otra descarga desde la caballeriza, y oímos la voz de la joven Alejandra antes de que el huerto retumbara en un estruendo aterrador. El ánimo del extranjero se vio confundido, y comenzaron a recular hacia el camino. Aquello nos dio tiempo para prepararnos a descender de entre las ruinas.

Don Ricardo aprovechó la densa humareda para deslizarse entre la rocalla desprendida del muro y formar fila junto a los compañeros que salían del naranjal. Cuando los franceses fueron a darse cuenta, los nuestros ya habíamos formado tres filas, con los cañones apuntando al grupo extranjero. Éramos tan numerosos y estábamos tan bien dispuestos que incluso hubo tiempo para hacer ondear el paño grana de la Enseña en la punta de una caña, antes de que el teniente profiriera *«Feu»* con su acento corso.

El fuego que escupieron sus armas se disolvió pronto en humo y ceniza, de forma que pocos fueron los plomos que tiraron a herir. A pesar de ello, tres de los nuestros cayeron en esa descarga, y otro par fuimos nafrados. No pude ni quise ver en ese instante quiénes eran los caídos. Don José de Iznalconde fue herido en el hombro, que trató de vendarse con un retazo de camisa. Por mi parte,

he de decir que solo sufriría una ligera cojera.

Enloquecidos por la sangre vertida de nuestros hermanos, la respuesta no se hizo rogar, y los fusiles cartageneros tronaron con la brillantez con que debieron hacerlo las trompetas de la Revelación. Emanó de aquellas cañas fuego y plomo con tan certera puntería que en dos descargas cayó muerta la mitad del grupo imperial. A la orden de Ricardo nos desembarazamos de nuestros fusiles y tiramos de fierro, pugnando por acometer a más invasores que nuestros camaradas.

Pasamos por la espada a unos siete soldados, unos pobres zagales imberbes, y otros tantos cayeron con los plomos de los que aún contaban con fusil desde las ruinas. En aquel momento don Ricardo se levantó y miró el escenario en que se libraba aquella escaramuza. Los franceses seguían saliendo de entre los naranjos, tropas de refresco que aparecían con los fusiles cargados. Los cuartanos que se escondían entre los caballones y los estudiantes agazapados tras los árboles saltaron sobre ellos con sables y bayonetas. La carnicería fue espantosa. Juanito y Rafael lanzaban sablazos para desbaratar la hueste, ensangrentados hasta las cejas. Las filas francesas, con barro en las botas y el agua al cuello, eran un blanco más que fácil para las balas rasas de doña Carmen y doña Inés, quienes compensaban su edad con una puntería casi innata.

Si dijese que nos fue fácil deshacernos de los que quedaban aún con vida, mentiría. La sensación de enterrar el filo de una hoja de acero en la carne de otra persona es espantosa. Aquellos jóvenes no eran peleles rellenos de paja, y los sables rajaban la piel para venir a entrechocarse con los huesos, tratando por todos los medios de llegar a las vísceras para despachar a aquellos pobres diablos tan rápido como nos fuera posible. Pero sí, fue sencillo arrebatarles la vida, pues muchos ya habían dejado caer el fusil e intentaban encontrar una hoja con la que defenderse.

Nuestro grupo saltó por encima del barro y las ramas bajas del huerto para dar muerte a los que todavía se disponían a hacer fuego. Pronto ocurrió que la mayoría se dispersaron en bandada a través de los árboles, y nuestro oficial creyó más prudente replegarnos de nuevo en las ruinas.

—Doña Genista, debemos mantener posiciones —dijo mi buen Ricardo—. Esta escaramuza no ha sido silenciada, y pronto enviarán más hombres. Aprovechemos estos minutos y vayamos hacia las ruinas. Si las cosas se salen de madre, nos juntaremos en el patio del molino para huir por alguna ventana trasera. De esta nos libraremos, a fe mía.

Genista miró a las ancianas costureras, que todavía estaban en la parte superior del molino. Miró luego a don Manuel, a su lado, que probaba a recargar el arma. Finalmente fue a observar la herida de mi pierna, que no paraba de sangrar. Si digo la verdad, apenas notaba una punzada al caminar.

La joven Alejandra estaba recogida junto a Fernando Rubio, quien lloraba amargamente mientras sostenía la cabeza ensangrentada de su hermano Santiago. El pobre era uno de los que habían caído con la primera descarga. El siguiente iba a ser su último año de Medicina. No lejos de allí otros dos estudiantes, Juan José y Fernando, se turnaban para arrastrar el cuerpo de su compañero Facundo de Zarzadilla lejos del barrizal. En dos años hubiera sido abogado.

El maestro don Ángel moriría dos días después por causa de un plomo que le perforó el pecho y se le encastró en la espalda. Aquel cenagal estaba teñido con la sangre de buenas personas. No había diferencia en su tono ni en su turbidez, si era francesa o española. Pues su dueño bien podría haber empuñado un legón para plantar hortalizas, o quizás haber apretado un formón y un cepillo contra un trozo de madera para arrancar de él un hermoso mueble. Pero todo se había perdido para ellos. Los ojos empañados de los muertos nunca verían la hermosura de la libertad. Sus manos, todavía sin callos, jamás conocerían el tacto cálido de una caricia, ni la suave piel de una criatura nacida de su simiente. Ya no conocerían más miedo, ni sonido alguno perturbaría ya su descanso. Pues sus almas se desperdiciaron en aquel barrizal, junto a los escombros de un molino cualquiera.

—Ricardo, esta gente no va a poder huir como nosotros. Los heridos lo tendrán crudo si no nos hacemos con ellos pronto. —Era Genista, que parecía una de las valquirias, con sus cabellos sueltos al aire impregnados con sudor y lágrimas. Un hilillo de sangre le recorría la frente, en recuerdo de un sablazo que le había apenas rozado. Por lo demás, estaba magnífica. Cristóbal hubiese estado tan orgulloso como lo estaba yo contemplando a aquella mujer.

Casi al instante en que Genista habló, un nuevo redoble tronó entre los naranjos. Sin embargo, esta vez no vimos soldado alguno. Nadie apareció entre nosotros, sino que una pavorosa explosión precedió al estallido que hizo saltar por los aires el muro inferior del molino, hasta derrumbarlo en una avalancha de cascotes sobre los que estábamos cerca.

Perdí pie y me desvanecí un segundo en la caída, esperando que los escombros no golpearan mi cabeza ni me dejaran enterrado. Rodé por el barro y fui a caer sobre Genista, quien acabó doblándose el brazo en un extraño ángulo. Apenas había logrado recuperar el aliento trabajosamente cuando un segundo cañonazo estalló apenas a unas varas de donde estábamos y levantó un muro de barro y guijarros alrededor.

Genista me empujó y me dio su fusil, justo antes de que los primeros soldados empezaran a aparecer entre los árboles. No habían formado, sino que disparaban a discreción ocultos entre la maleza, por lo que los disparos de los que defendíamos resultaron inútiles. De nuevo, el humo espeso de la pólvora invadió la escena.

Preguntándome dónde habría caído mi oficial, desenvainé el sable y corrí hacia los impolutos soldados imperiales, de los que me deshice fácilmente mientras cebaban sus armas. Genista y yo nos enzarzamos en una refriega con los dos últimos soldados. Ella consiguió desembarazarse del hombre que la atosigaba con un mamporro en la cabeza. Yo no tuve tanta suerte, y otro plomo me hizo añicos el meñique de la mano izquierda. Conseguí revolverme sobre el asaltante y hundí la bayoneta de Genista en su pecho hasta que paró de moverse.

Los cartageneros siguieron refrenando la ofensiva, mientras Genista se acercaba a mí y solicitaba mi ayuda, señalando la montaña de escombros a nuestras espaldas. Entonces lo vi. Don Ricardo yacía con un hilo de sangre manándole del hombro, bajo una pared de cascotes que dormían sobre su espalda. Con el ánimo atenazado, corrí anadeando hasta donde se encontraba, y pugnamos por levantar las piedras que lo aprisionaban. No fue fácil, pero logramos librarlo del peso.

Don Ricardo no salía de su inconsciencia, así que Genista tuvo que cargarlo al hombro y salir por el camino donde la Enseña cada vez se veía más rodeada de franceses. Hice cuanto pude por desembarazarme de los que nos cerraban el paso, y avanzamos varias varas así, con Genista arrastrando el cuerpo de mi oficial y yo tirando de sable contra gente experta en la guerra. Los valencianos cayeron poco después, perforados por una multitud de plomos. Igual que el padre Venancio, que murió agarrotado por el dolor. Y también Gonzalo Andreu, el marido de Palma, que miró al cielo antes de recibir la descarga que le arrebató la vida. Me hinqué de rodillas y tiré la espada en el lodazal.

—¡Maldito cobarde! ¡No te abandones, Isidro! —Oía a Genista gritándome y dejando caer a don Ricardo también en el fango—. ¡Eres igual de cobarde! ¡Bastardo!

Escuchaba ya los gritos de victoria de los gabachos, animados por una nueva oleada de refuerzos. ¡Qué estúpidos! Creerían que tan bien defendida posición albergaba la llave de acceso a Cuarte sin tener que enfrentarse contra el grueso del ejército. Al menos en eso habíamos ganado, pensé. Tantas muertes habrían servido para algo. Vi a mis compañeros muertos desperdigados por el suelo. Caídos aquellos con quienes hacía unos días había compartido cerveza y pan.

Caí dormido, atragantado por el humo de la pólvora y un dolor que nacía en mi pierna, y que iba

creciendo como una serpiente de fuego hasta mi estómago. Pensé en Ricardo. En mi querido don Ricardo Sancho. Yacía ahogado en sangre y embadurnado de barro y hollín. Como uno de nosotros. Como uno cualquiera. ¡Qué mal fin para un icue! ¡Qué mal fin para nadie!

Comencé en aquel punto a tener visiones extrañas, de trompeteos infernales y magníficos caballos enjaezados galopando hacia la victoria y formando un muro de pechos y cascos. Gritaban con voces profundas que salían de sus quijadas como aire que se escapa de las profundas grutas de la tierra. No, no eran los caballos quienes gritaban. Eran sus jinetes. Poderosos soldados a caballo desplegaban banderines y paños de todos los colores. Y sentí que me elevaba. Me elevaba por encima de ellos. Por encima de los caballos, de las voces y las trompetas. Y de fondo, un vítor extraño, casi sacado de la fantasía.

—¡Que se defienda la ciudad hasta morir! ¡Guerra! ¡Vencer o morir!

Cayeron mis párpados presa del mordisco del sueño. Y floté por encima de todo. Un sueño plácido y tranquilo que nada tuvo que envidiar al sueño de la muerte.

8

A LA LUNA DE VALENCIA

—¡Isidro, despierta!

Era mi *mare*. Me zarandeaba sonriendo mientras revolvía mi cabello. Un rayo de sol inundaba la habitación de la casucha en la que vivíamos allá, en Fuente Álamo. Mis hermanos jugaban en la cieca, lanzándose bardomera. Los veía a través del cristal de la ventana, mientras chapoteaban entre enjambres de mosquitos. Mi hermana lloraba. Jorge, el mayor, le había puesto un cangrejico sobre la cabeza, y se había enredado en su rubio cabello. El clanco, asustadico el pobre, se mantenía inmóvil mientras Lucía corría encanada hacia *pare,* que con infinita paciencia le quitaba el animal del pelo y reñía a los zagales.

—¡Pero qué engorlitadica va mi niña! —reía *pare* con aquel aire bonachón de las gentes del Campo de Cartagena—. Ven a que el *pare* te peine, *acha*. No deberías jugar con esos tabarrotes. Anda, ve a buscar a Isidrín, a ver si se ha levantado ya. ¡Que parece un gusanico de seda!

Cerré los ojos y me hice el dormido, pero a la pequeña Lucía no le importaba tanto como para no saltar sobre la cama. Aún llevaba la olisca a cieca en el pelo y la ropa, así que la eché de un empujón. Pero la zagalica era tan canseras como sus hermanos, de manera que volvió a saltar sobre mí, y me hizo daño en la pierna. Al final, conseguí levantarme y pillarla entre risas.

—¿Ya estás despierto, hermano? —decía la muy pilla—. ¿O te tirarás durmiendo hasta la noche? Venga, ya te encuentras mejor, ¿a que sí? Ven a jugar con nosotros.

En ese momento entraron en el cuarto mis dos hermanos mayores, con una pelota de trapos en la mano y una sonrisa que no auguraba nada bueno. Jorge miró a Juan, le guiñó un ojo y me tiró el balón sin que yo pudiera retenerlo.

—¡Ajo duro pelotero! —gritó, mientras la pelota me golpeaba la cara y no vi más que un manchurrón blanco.

—Isidro, ¿ves el mar?

Aquella voz era diferente. Una voz adolescente que ya casi había olvidado. Abrí los ojos y por un instante perdí el equilibrio ante el paisaje que tenía ante mí. Un manto verde cubría la llanura hacia el sur, ribeteado por ciecas y charcas cosidas con un hilo de plata. En el horizonte, la Muela se desgajaba en la sierra de las Victorias y los Cabezos del Pericón. Aquí y allá se desparramaban los oscuros algarrobales, cuya monotonía rompían los penachos de los espartos o el inflamado verdor de las coscojas. El cielo brillaba como hacía años que no veía, iluminada su bóveda de cerúleo intenso.

Miré mis pies, que flotaban sobre los trigales que rodeaban el molino donde estaba sentado. Unos gorrioncicos entraron a través del cañizo de la cubierta y se pusieron a picotear los restos de grano que quedaban entre los engranajes. El polvo de harina nublaba el aire dentro del molino, pero recordaba perfectamente su rostro, aun a pesar de los años transcurridos.

—Sí, *acha* —respondía yo, aun sabiendo que los montes ocultaban el Mediterráneo. ¡Qué iba a decir!—. Tras esos campos sembradicos de molinos, después de los bosques de caña y ginesta, veo el mar.

La joven sonrió con el mohín de satisfacción que tanto me hería, para lanzarme su tierna mirada y atraparme con ella. Los ojos de aquella zagala traspasaban cualquier pensamiento que yo quisiera ocultar. Y no andaba yo cortico de pasión con su oscuro cabello embolicado sobre mi hombro. ¡Cuán efímero el gesto y cuánto tiempo estuvo rondándome la cabeza!

Reímos de buena gana al ver la de picotazos que se propinaban los gorriones mientras revoloteaban disputándose un par de granos de trigo. Tan feliz estaba que no me di cuenta de que el madero donde apoyaba el pie se partía y me hacía perder el equilibrio. En un momento, el joven que fui cayó a través de la abertura del molino, sujeto a una viga y con el cuerpo abocado a las casi diez varas que me separaban del suelo.

El viento desplegaba las ocho lonas que crujían a mi alrededor, mientras aquella zagalica gritaba y trataba de levantarme. Al ir a tomar su mano, en cambio, perdí la fuerza y caí al vacío. Su rostro se separaba del mío, una vara, dos, seis, hasta que todo se volvió negro.

Abrí los ojos en la oscuridad, creyéndome muerto. Todavía arrugaba mi nariz el hedor de alga y bardomera. Aún oía las risas de mi hermana Lucía, lo mismo que los gritos de mi querida *acha* el día que caí del molino. Ahora ya no quedaba nada. Habían muerto hacía años. Aún tardé unos minutos en recordar cómo había llegado hasta aquel lugar.

Estaba tendido en una cama, con el cuerpo magullado y dolorido en medio de la oscuridad. Oía un barullo general fuera, pero no lograba distinguir si las voces eran de alegría o pena. Probé a tocarme la pierna, allí donde parecía ser más fuerte el dolor, y, sin conseguirlo, me percaté de que tenía media mano vendada. Comprendí entonces que había perdido el meñique izquierdo, y un escalofrío me recorrió la espalda, como si me acariciara un soplo helado.

—¡Ayuda! —grité—. ¿Alguien me oye?

—¡Shhh! Silencio, necio.

Pasó un momento hasta que encendieron un candil y pude ver a la luz de la lumbre el rostro de mi estimada Genista. No sé qué pensé en aquel instante, pero recordaré toda la vida la lagrimica que rodó por mi mejilla, y cómo la mujer me la enjugó con su blusa. La abracé largamente hasta que vino a mi mente todo lo acontecido en el molino de San Onofre.

—¿Qué ha ocurrido, chacha? Lo siento mucho, Genista. Siento mucho lo que ha sucedido. No pude ayudarte… No quise ayudarte. Me avergüenzo, chiquilla.

—Silencio, Isidro, ¡por Dios! Aquí no son pocos los que intentan descansar.

—Pero dime, *acha,* ¿dónde estoy? —pregunté.

—Estás en el hospital de campaña, Isidro. Perdiste mucha sangre con la herida de la mano. Te desmayaste, y te trajeron a caballo. Has estado inconsciente desde entonces, pero te recuperarás.

Recordé entonces el regimiento de caballería. El trompeteo que oí debió de ser el llamamiento de los refuerzos.

—Entonces ganamos la batalla.

Genista miró hacia más allá de mi camastro. También sus ojos estaban enrojecidos por las lágrimas, aunque su semblante no mostró cambio alguno. Muchos habían muerto, y temí lo peor por mi oficial y amigo.

—No, buen Isidro. No ganamos. Perdimos la batalla en Cuarte, y el francés se apuesta contra Valencia.

—Pero ¿cayeron muchos? De la Enseña, digo. ¿Quién más se salvó?

—Casi todos. Murieron cinco de los nuestros, y también los cuartanos. El resto conseguimos escapar cuando los jinetes de la Maestranza barrieron las filas francesas. Muchos están dormitando en este barracón.

—¿Quiénes murieron? —dije, tembloroso. Compañeros y amigos habían luchado en aquella trampa.

—Los jóvenes estudiantes Facundo de Zarzadilla y Santiago Rubio cayeron junto al maestro don Ángel en la primera descarga —dijo Genista, con lágrimas empañándole los ojos—. Luego el pobre padre Venancio. Nada se pudo hacer por él, y todavía debe de estar enfriándose en el barro. Eulalia está consolando a Palma por la muerte de su esposo. Juanito y Rafael comparten cama a tu lado, pero dudo que se recuperen antes de que acabe la guerra.

Miré hacia la cama que tenía a mi lado. En ella reposaban los últimos icues de Cartagena, que roncaban sonoramente. Genista sonrió por un segundo, pensando en la de veces que habían dormido todos apelotonados en la cubierta de aquella balandra de arsenal, pero se contuvo. Le podía la tristeza.

Por fin reuní un poco de valor para preguntar lo que más nos preocupaba a ambos.

—¿Pereció don Ricardo en la batalla?

Genista ahogó un sollozo y se cubrió el rostro con las manos. No pude moverme, así que no me quedó más remedio que esperar, con el corazón en un puño. La mujer se enjugó las lágrimas y tosió varias veces antes de hablar.

—Lo tienen en una habitación arriba, mientras tratan de sacarle los plomos que tiene en el pecho. No sé nada más.

—Lo siento, Genista.

—No tanto como yo, Isidro. Ahora descansa. Al amanecer se organizará una reunión para responder al francés y determinar nuestro lugar en todo esto.

Genista se marchó, y volví a hundirme en un sueño intranquilo de muerte y guerra. No obstante, ya no estaban en él mis *pares* ni mis hermanos. Ni tan siquiera ella. Solo vacío.

Me desperté cuando todavía era de noche, y, con gran esfuerzo, logré levantarme de la cama. A mi alrededor yacían el resto de heridos en una pequeña sala. Las velicas permanecían apagadas, supongo que con el fin de ahorrar luz, pero las luces de la calle entraban a través de la puerta cada vez que pasaba otra camilla con un nuevo herido. Muchos éramos los que padecíamos de algún mal en aquella sala improvisada.

Subí anadeando los escalones que daban al piso superior, no sin cierta dificultad, debida no tanto a mi cojera como a la gran cantidad de gente ocupada en subir y bajar a los heridos.

No tardé mucho en encontrar a mi querido oficial, acostado en una cama con el pecho vendado hasta el cuello. Genista lo acompañaba, sentada en un taburete a su lado. Al verme, ambos sonrieron débilmente, como si hubiesen reconocido a un viejo amigo al que no veían desde hacía tiempo.

—¡Mi más querido don Isidro Ginés de Carrascoy! —dijo Ricardo con la voz tomada y frágil—. Digno nombre para una personalidad tan recia.

Recordé entonces el encogimiento de ánimo que me asaltó durante la batalla. Había abandonado a su suerte a Genista y a mi oficial y me había desmayado cuando más se me necesitaba. Fue mi necedad en aquel momento de lo que más me arrepentiré en toda mi vida.

—No sabe cuánto me llena de alegría su recuperación, don Ricardo. Doña Genista me ha preocupado en exceso sobre la suerte de usted. Pero veo que es usted madera difícil de roer, mi señor.

—No crea usted. Apenas puedo respirar más que forzosamente. Y discúlpeme si no me levanto, porque creo que aún hay algún resto de plomo en mi pulmón.

—No digas eso, imbécil —exclamó Genista—. Suficiente pendencia hemos tenido toda la tarde. ¿Estás mejor, Isidro?

—Bueno, no es gran cosa. Contando que no voy a poder usar mucho la mano izquierda en lo que queda de guerra, mi cojera solo se advierte cuando camino. Así que caminaré poco.

—¡Buena es esa, sí, señor! —rio Ricardo antes de un nuevo ataque de tos—. Y me alegra mucho oír eso, porque tengo un encargo para ustedes dos.

Genista lo miró enfadada, por hacer cábalas cuando debería estar recuperándose. Ricardo me pidió que le pasara el zurrón que habían dejado junto a su cama, y de él extrajo una carta con el lacre ya abierto. Yo la tomé y se la pasé a Genista. Ella la leyó en voz alta.

—«A mi bienquerido señor don Ricardo Sancho de Tiñoso. Rindo mi voz a la gloria de aquellos que hicieron posible un retraso en este agravio, de la mano y empuñadura de su orden y mando. Se requiere, en cambio, de su servicio en la acción que está por acontecer, esta vez en nuestra amada ciudad de Valencia. Será sabedor ya de la intención de Moncey de inmiscuirse en nuestra plaza. Le rogamos su bondad y juicio, disponer de ellos enarbolando la bandera española y, como buen soldado y caballero, servir con no más de veinte hombres a Dios, a la patria y a sus hermanos. Con mis mejores deseos. El conde de la Conquista, capitán general de la plaza de Valencia».

—¿Entiende ya el propósito que nos trae aquí, don Isidro? —dijo el oficial en un susurro—. Si encuentra el ánimo y la fuerza para servir, ¿querrá ponerse a las órdenes de doña Genista y enfrentarse al francés por mí?

Por Dios juro que hubiera ido por mi oficial hacia el mismo infierno. De poco valía mi vida lejos del tacto de un fusil. Pero tampoco era menos cierto que estaba espantado tras la primera arremetida del gigante imperial. Ni un día de tregua me separaba de volver a besar a la muerte. Y ello me paralizaba más que el plomo que me había rozado la pierna o amputado un dedo.

—¿No es verdad que hemos empezado esto? —respondí—. Estamos aquí para ello y por la libertad, así que eso es lo que haremos. Cuán cobardes seamos se medirá con la distancia de nuestras sombras al huir de esto, mas la parca no nos hallará lejos de los cañones. Iremos y venceremos.

Genista escondió una sonrisa, y me tocó el hombro, como compartiendo mi dicha.

—Quiero que presenten sus respetos al capitán en una hora. Genista y usted llevarán mi sello y serán mi cabeza en esta batalla. Con gusto enarbolaría nuestra enseña, pero me parece que me han prohibido hacer otra cosa que descansar durante estos días. Ustedes lucharán y vencerán por mí. Les acompañarán mis mejores deseos.

—También los nuestros con tu recuperación, Ricardo —dijo Genista.

Al salir del edificio dimos con nuestros hombres en la puerta. Era comprensible el estado de exaltación en que se encontraba el grupo. Con cinco de nuestros amigos muertos a tiros y tres más postrados en la cama, incluido nuestro oficial, no quedaba mucho espacio para la esperanza. Todos habíamos perdido algo en aquel molino, y nuestros rostros reflejaban el exacto estado de nuestras almas.

Pedían venganza con los dientes apretados y las cabezas envueltas en gasas ensangrentadas. Entre los más encendidos estaba el padre Cristóbal, que había arrancado el crucifijo de la cadena que llevaba colgada para echarlo al barrizal donde yacía su amigo, y Palma, cuyas lágrimas habían barrido la suciedad de su rostro. Tampoco el estudiante Fernando Rubio andaba flojo de ánimos de desagravio, ni los dos maestros de la escuela pública, que todavía sujetaban los sables desenvainados.

El día despuntaba con una luz cruel que hería a los que habíamos pasado la noche a oscuras. Comenzaba a tener jaqueca, y el no saber lo que iba a ocurrir ese día no mejoraba la situación. La Enseña se había arremolinado alrededor de Genista, y la increpaban con agresividad para que

refiriese las nuevas de don Ricardo.

La joven estudiante doña Alejandra se adelantó a los demás. Como había perdido a más compañeros que nadie, todo el mundo la escuchó, al convertirse en portavoz improvisada de aquellos que habían sobrevivido. Su rostro estaba congestionado por las lágrimas que no querían salir, y sus labios se recogían mordidos por un gesto de rabia y desazón.

—Señora mía —le dijo a doña Genista—, ¿cómo está don Ricardo de salud? ¿Saldrá pronto de su trance?

Genista tomó a la joven por los hombros y la abrazó fraternalmente. Le dio el pésame por sus compañeros caídos en San Onofre y luego se dirigió al colectivo. Le costaba mirar a los ojos a aquellos compañeros, tan henchidos por la rabia y el dolor como estaban.

—Don Ricardo sigue en cama, y necesitará el reposo que ninguno de nosotros podrá darle, a menos que descanse estos próximos días —dijo.

—¿Entonces se ha acabado ya? ¿Regresamos a Cartagena? —preguntó el barbero Manuel—. ¿Así queda la cosa?

—Así no queda nada, don Manuel —respondió Genista seriamente—. No podemos permitir que Moncey marche sobre esta plaza. Se lo debemos a aquellos que cayeron por nosotros. No os equivoquéis: esta guerra no ha hecho más que comenzar.

Genista me miró resuelta. Confieso que tenía el ánimo derrotado, pero asentí a mi comandante.

—Doña Genista nos comandará en nombre de nuestro oficial don Ricardo Sancho de Tiñoso. Esa ha sido su voluntad —dije yo.

Temía por la desesperanza del grupo. Una cosa era seguir a un oficial entrenado en las artes de la guerra, alguien que se había batido decenas de veces contra el enemigo y salido airoso, y otra era ponerse a las órdenes de una civil, por muy paisana que fuera. Pero me equivocaba. Todos sin excepción prorrumpieron en jaleos de alegría, y aplaudieron la decisión. Cartagena entera sabía que no había existido en el mundo mejor capitana que mi señora.

—¿Entonces qué, comandante? ¿Cuál es nuestro destino en todo esto? —dijo Alejandra, tratando de imponer orden en el jaleo.

Tras pensarlo un momento, Genista decidió que marcharan hacia las puertas de Cuarte, donde se esperaba que Moncey atacara esa misma mañana. Cuando estuviera enterada de las órdenes del capitán de la plaza, se unirían para compartir su cometido.

—¡No hablen más! —respondió la joven estudiante—. ¡Venid, compañeros! Aguardaremos a la madrugada sobre las murallas, y veremos entonces qué les depara a esos valientes invasores. ¡A mí la Enseña!

Y con un grito y varios vivas se marcharon hacia las puertas de Cuarte, fusil al hombro y con las cabezas mal cubiertas con redecillas y bicornios. Algunos renqueaban y otros apenas podían sostener el arma, pero allá fueron los más valientes que parió Cartagena. Allá fueron a su muerte.

Ya tocaban maitines cuando cruzamos el umbral del palacio de Cervelló. Las noches de junio aún eran frías en Valencia, por lo que la brisa de la madrugada atravesaba la ropa, bajo la que temblábamos incontrolablemente. Aun a tan temprana hora, una gran multitud se apelotonaba en el patio, espantada por los preparativos franceses. Los rumores habían ido creciendo cuando el camino viejo de Madrid se enturbió con el polvo levantado por la tropa del mariscal. Muchos afirmaban que Moncey ya estaba apostando a la artillería en el jardín botánico y que no tardaría en cañonear para calibrar las salvas.

En el salón la Junta ya estaba reunida, rodeada de oficiales y altos cargos de la ciudad. Todos conversaban excitadamente alrededor del gabinete donde el presidente, el conde de la Conquista, tenía dispuestos los planos de las murallas de la ciudad. Charlaba este con el coronel don Bartolomé Solano, ambos con evidentes signos de sueño en los ojos.

—¿Haría el favor de repetir la intimación recibida anteayer de boca del enemigo, mi muy estimado coronel? —pidió el conde.

Don Bartolomé se adelantó a la multitud, y pronto todos callaron para escucharlo.

—El excelentísimo señor mariscal Moncey afirma que, si Valencia no capitula, entrará a sangre y fuego, no perdonará a nadie y morirán hasta los niños, viejos y mujeres. Y que, en caso de ofrecer la menor resistencia, no dejará piedra sobre piedra. Ninguna negociación aceptará entre capitular o morir, y ya tiene dispuestas las granadas incendiarias. Pero que, si se le recibe como amigo, entrará como tal y como bienhechor.

Los grandes señores se llevaron una mano a la boca, en apariencia indignados, pero deseosos de presentar batalla ante tamaña insolencia. Un murmullo general animó al presidente de la Junta a responder con fuego, pero el conde los silenció.

—De esto hace ya dos días, y muchos de ustedes saben que la Junta respondió ayer con otro recado a través del coronel Solano. Hágame el favor de leer la misiva, coronel.

El correo revolvió entre los legajos de la mesa, y de ellos extrajo una copia con la respuesta de la Junta. Comenzó a leer con potente voz.

—«Las fuerzas de Vuestra Excelencia son muy diminutas para acometer a esta ciudad y al disperso gentío de su vega que, aunque indisciplinado, siempre son hombres. Faltando la libre comunicación para Cataluña, ocupada Cuenca, teniendo a su retaguardia más de seis mil hombres que salieron de Jorquera y más de diez mil que tendrán sobre su flanco, constituyen a Vuestra Excelencia en caso muy apurado. La Junta Suprema que recibió ayer dos cartas, que manifiestan la humanidad de Vuestra Excelencia, desea dar a Vuestra Excelencia estas nociones, acreditándole su estimación respecto a sus distinguidos talentos políticos y militares, ofreciéndole los partidos que sean compatibles con la causa que defiende la Nación Española. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años».

Unos cuantos felicitaron al presidente de la Junta por tan respetuosa verborrea. Sin embargo, el conde no aceptó ninguna alabanza, y dio con su puño sobre la mesa, con lo que cayeron varios pliegos y planos al suelo, y callaron de inmediato los señores.

—Don Bartolomé Solano ha regresado hace unas horas con la respuesta. Y, para ahorrarle saliva, tan solo diré que ha sido la exacta copia de la intimación anterior. El francés ni se ha dignado a responder. Moncey no quiere negociación. Solo sangre o rendición. Y por ello os he convocado.

—Pero —comenzó a decir alguien del círculo más próximo al conde— ¿qué sentido tiene reunirnos? Según parece, ese Moncey es un sanguinario no atento a razones. ¿Acaso está dispuesto a rendir la plaza?

—Lo que el presidente quiere decir es que cualquier resolución deberá ser unánime —respondió don Bartolomé—, no fruto del hervor de sangre, sino una disposición racional. Podríamos perder mucho en esta batalla, y la ciudad jamás se recuperaría.

Se habló mucho entonces, alegando que las murallas eran lo suficientemente tenaces como para detener no un ataque, sino los que hicieran falta.

—Las murallas no son ni un ápice de lo que un día fueron —dijo el conde de la Conquista—. En más de cuatro siglos y medio de historia han cambiado mucho las formas de la guerra, y estas murallas no resistirán los proyectiles franceses como lo hicieron en su día.

—No obstante, la rendición sería el final de la que conocemos como nuestra tierra —dijo Genista desde el fondo de la sala.

Fue casi inmediato el silencio que recorrió el salón, con cientos de ojos clavados en prácticamente la única mujer presente. Había muchas miradas de interrogación, pero varias otras de suspicacia. Sin embargo, no eran pocas las de fraternidad, y un murmullo unánime pidió casi a voz de grito que se presentara batalla a Moncey. El conde habló por fin.

—Saint-March nos ha dado un día de ventaja, señores. Tras su excelente batida hemos, sin embargo, perdido San Onofre. El francés ha ocupado Cuarte y el jardín botánico. Empero, nuestra causa no puede ser silenciada. Y por ello, la Junta reunida debe dar una resolución definitiva.

Un cisco de aplausos y gritos de alegría inundó la asamblea. Incluso el comandante Velasco levantó su bicornio al aire.

—Antes la muerte que la rendición. ¡Viva el rey!

El conde de la Conquista escribió y selló, al fin, la siguiente misiva, que debería llevar el caballero maestrante don Joaquín Salvador:

«Excelentísimo Señor. El pueblo prefiere la muerte en su defensa a todo acomodamiento. Así lo ha hecho entender a la Junta, y esta lo traslada a Vuestra Excelencia para su gobierno. Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años».

Genista y yo tardamos un tiempo en liberarnos de la multitud, pero al final interceptamos a don Joaquín en las caballerizas, mientras montaba los arreos de un joven cartujano oscuro. Doña Genista había encontrado el salvoconducto que necesitábamos para dar nombre a la Enseña.

—Caballero, vamos con usted —dijo vehementemente.

—¿Y quiénes son ustedes?

—Yo soy Genista García, nombrada por el oficial don Ricardo Sancho comandante de la Enseña del Paño Grana, la milicia de Cartagena. Me acompaña Isidro Ginés, mi primero y más apegado compañero.

—Saben ustedes el peligro al que se someten, compañeros —dijo nervioso el caballero, mientras saltaba al lomo de su caballo—. Si los franceses no atienden a razones, nuestras cabezas serán las primeras en rodar. Vamos hacia el enemigo.

—Lo sabemos, y aun así acudimos a usted. Podremos serle de ayuda acompañándolo en la entrega de esa misiva. Y si es fusilado, correremos con honor su misma suerte y nos interpondremos entre sus plomos y nuestras murallas.

—Bien, pues —respondió el jinete, arreando a su caballo—. ¿Ven ustedes esa yegua parda y el borrico cabezón? Serán sus monturas, si finalmente deciden seguirme. Desgraciadamente, los mejores caballos han sido llevados a la Maestranza.

Don Joaquín partió cloqueando calle abajo, con el fin de probar al animal.

—Mi señora —dije—. Si a bien tiene, quisiera que usted tomara la vigorosa yegua. Mis huesos prefieren el trote pesado del rucio.

Genista no demoró un segundo y, con un gesto de impaciencia, montó sobre el pardo lomo de la yegua y salió al trote de la caballeriza. Por su parte, el borrico prometía poco, y dio menos aún. Resultó ser tozudo como nadie, y para cuando pude enfilar la dirección que habían tomado Genista y el caballero, apenas se distinguía su polvareda entre los cañamares.

Monté al animal durante un cuarto de legua de trote renco, pero Genista no se dejó ver ni una sola vez. Mientras cruzábamos la puerta del Mar, oí el rugido sordo de los cañones. La batalla había

empezado. Y nuestro cometido ya se me antojaba inútil.

En el arrabal de Ruzafa ya había perdido el rastro por completo. Entré en la villa desierta, asustadico ante una posible emboscada, pero nadie aguardaba mi llegada. La gente se había dado el queo a toda carrera, sin tiempo siquiera de cerrar las ventanas, cuyos batientes crujían lúgubres con cada ráfaga de aire.

—Tranquilo, borriquillo, que de esta nos libramos los dos, ¿me oyes? Somos demasiado viejos para suponer algo a esos gabachicos.

El animal caminaba vacilante, pero cuando salimos del pueblo aceleró el paso, como temiendo que lo persiguiera el diablo. Rodeábamos el arrabal de San Vicente cuando oímos cómo se intensificaba el fuego contra la capital. Por encima de las murallas se levantó una humareda que ocultó los edificios y las agujas de las iglesias e impregnó el aire de un olor a pólvora quemada que causaba escozor en la garganta.

Me pregunté muchas veces si no habría resultado en vano nuestra misión. Si Genista no se habría equivocado, y si no habríamos debido estar junto a nuestros amigos de la Enseña y presentar batalla al enemigo sobre las puertas de Cuarte. Los truenos se sucedían, pero a casi cinco mil pies de allí, los gritos de mis compañeros se oían amortiguados, e impedían conocer el curso de la batalla.

Así fue como llegué a Patraix, otra villa abandonada, salvo por algunos labradores demasiado tercos como para no morir defendiendo su hogar. Cuando fui a darme cuenta, ya me habían rodeado y bajado del borrico de un golpe. No atendieron a razones cuando les dije una y otra vez que venía en misión del capitán general. Y con retraso respecto a mis compañeros.

—¿Compañeros? —dijo un viejo ataviado con redecilla y calzón remendado—. ¿Se referirá al soldadito emperifollado y a la fulana que va con él?

No pude impedir que la sangre se me agolpara en la cabeza cuando lleno de rabia di con mi puño en la jeta de aquel caradura. Sorprendido, se dio un costalazo contra el suelo, mientras su nariz se congestionaba con sangre. Sus compañeros me empujaron y trataron de sujetarme las manos, pero no consideraron mi fuerza, y logré liberarme de ellos a base de un par de guantazos.

—¿Isidro? —Oí la voz de mi señora por encima del jaleo de la turba—. Isidro, ¿eres tú?

Genista salió de una barraca junto con el caballero maestrante y un grupo de milicianos. Tenía los labios teñidos de sangre y el cabello ungido en sudor, lo que significaba que ella tampoco se había rendido. Tras ellos, un hombretón gordo los seguía con una sonrisa pintada en el rostro.

—Soltadlos, compañeros —dijo, sin perder su tonillo festivo—. Esto no ha sido sino un terrible error. Entendedlo, señora: es mal día para viajar sin divisa.

El caballero don Joaquín no estaba de tan buen humor, y le vi introducir la misiva dirigida a Moncey de nuevo en su zurrón, con el lacre ya abierto. Iba maldiciendo y escupiendo al suelo por semejante desfachatez. Genista se acercó a mí y me dio la mano.

—Me alegro de verte, Isidro. Al parecer, nuestro querido concejal ha considerado retenernos al caballero y a mí para evitar que completáramos nuestra misión.

El bonachón continuó disculpándose mientras recuperábamos nuestras monturas y nos disponíamos a salir de la población. El retraso fue notorio, ya que hacía una buena hora que se estaba cañoneando contra las murallas de la ciudad. Conforme nos aproximamos, vimos el enorme barullo que allí reinaba, y temimos por nuestras vidas cuando los plomos comenzaron a silbar a nuestro alrededor.

Fuimos recibidos de muy mala gana por un par de caballeros que nos maniataron y vendaron los ojos. Alguien nos quitó la venda por fin en mitad de un huerto de moreras. Genista y yo permanecíamos atados a diez pasos de don Joaquín Salvador, quien se había adelantado para hablar

con un señor que superaría la cincuentena, acicaladico como los grandes generales.

—¿A qué se debe esta deshonra de presentarme el pliego con el lacre rasgado, buen caballero? —interrogó el hombre en perfecto castellano, con los ojos clavados en don Joaquín.

—Sepa usted, mariscal, que nuestros hombres son adeptos a la causa de su libertad. A ella han abocado sus vidas, aunque sea para revisar cualquier partida aislada que pueda interferir en sus compromisos. No pude hacer nada para evitarlo, como tampoco lo pudieron hacer mis compañeros.

El caballero estaba marcadamente nervioso, aunque consiguió mantener la mirada al mariscal Moncey. A nuestro alrededor se situaban una docena de soldados, dispuestos entre las moreras para la protección de su oficial. Aunque ninguno nos hizo el menor caso, parecían listos a tirar de sable en cualquier momento que el asunto se enturbiase. El mariscal, sin que asomara el menor gesto a su rostro impasible, leyó el pliego en silencio.

—¿Con qué recursos cuenta Valencia para osar resistir a mis regimientos, cuando España entera se sujeta al poder de nuestras armas y se halla sin tropas? —preguntó Moncey, con un tonillo suspicaz.

—Vuestra Excelencia se equivoca —replicó don Joaquín, con el rostro salpicado de sudor—. Valencia cuenta con algunos miles de soldados.

El mariscal se acercó y fue a abrazar al caballero, quien permaneció en su sitio sin mostrar el menor signo de decoro. Aquello no estaba yendo como debería, pensé. Miré a mi señora doña Genista, que contenía el nervio apretando los labios. Después de una eternidad, Moncey susurró al oído de don Joaquín:

—¿Y cuántos paisanos armados tiene?

Don Joaquín se apartó de Moncey con una mueca de disgusto. No estaba acostumbrado a aquellas intimaciones frías, sino a echar mano pronto del sable al menor calentamiento.

—Innumerables —mintió el caballero maestrante. No podía arriesgarse con aquella gente—. Pero desde luego se puede asegurar que ascenderán a ochenta mil.

Moncey le dio la espalda al caballero para reírse con una carcajada que se propagó entre sus hombres como una enfermedad. Genista y yo nos miramos, pero don Joaquín se mantuvo en su sitio. Su temple se estaba poniendo a prueba, y él lo sabía.

—Mayores son mis fuerzas, pues —terminó el mariscal—. Decid a la ciudad que olvido todo lo pasado si, a imitación de los demás pueblos de la Península, reconoce por rey a José Napoleón.

Los tres sabíamos que aquello terminaría allí, en aquel moral macilento. Se decidiría entre hacernos prisioneros o que sirviéramos de abono si se descubría que éramos civiles y no milicias al uso. Don Joaquín, en cambio, respondió aquello a lo que era fiel.

—Valencia solo ha jurado por rey a don Fernando Séptimo.

Llegamos a las puertas de Cuarte acompañados por dos caballeros franceses, quienes solicitaron el cese del fuego. Desde cada punto de la muralla y desde cada balcón de las casas vecinas se asomaba un rostro curioso. Alguien gritó una orden y los portones se abrieron para dejarnos pasar. Los defensores asaltaron a don Joaquín, mientras Genista y yo conseguíamos escabullirnos hacia el adarve, donde Alejandra esperaba noticias nuestras.

—¿Cómo ha ido, comandante? —preguntó la joven, con la cabeza envuelta en un pañuelo rojo con el que se enjugaba el sudor. La mañana había sido intensa, pero me pareció ver a todos los miembros de la Enseña ilesos, y mi corazón se regocijó.

—Nada nuevo que no pensáramos —respondió Genista—. Moncey no atiende a razones, y está dispuesto a caer sobre la plaza.

—Eso será si consigue atravesar estas puertas. De momento no ha podido hacer gran cosa, y el portal aguanta lo suyo.

En el breve período de tregua, Alejandra nos relató cómo la Enseña había tenido su representación en la obra desarrollada frente a las puertas de Cuarte. Los de Cartagena habían llegado a la muralla apenas estrenado el día, tan animados como una pompa fúnebre. Había ocultado la flama de los candiles de la mirada impertinente de los franceses, y aguardaron apostados en el adarve.

Nuestra milicia se dispuso en la muralla norte de las puertas de Cuarte, todos armados y preparados para dar batalla a las órdenes de doña Alejandra. Junto a ella, los regimientos de Reales Guardias Españolas y América vestían los acostumbrados uniformes color crema con pechera azul, cubiertos del frío de la madrugada con capotes pardos. Intercambiaron víveres mientras doña Alejandra ayudaba a resituar el cañón de a veinticuatro, apostado por el barón de Petrés bajo el portal. Mientras tanto, la Compañía de Inválidos Hábiles movilizaba las armas y las repartía entre los presentes.

El mariscal Moncey había desperdigado sus fuerzas por la estrecha explanada que se extendía entre el Guadalaviar, el arrabal de Cuarte y el lienzo de la muralla. La artillería situada en los huertos del jardín botánico comenzó a cañonear a las once de la mañana, lo que llenó el aire de un ensordecedor barullo nublado de pólvora. Las primeras balas pasaron por encima de la muralla y fueron a golpear los cimientos de las casas vecinas.

Alejandra nos señaló una de las viviendas, cuya pared principal estaba calada por varios impactos. Los habitantes decidieron tomar cartas en su defensa y, desobedeciendo las órdenes municipales, se encaramaron a los balcones y tejados más altos para hacer frente al enemigo.

Los nuestros empezaron a disparar sus fusiles cuando las primeras balas de cañón se encastraron en los muros de las puertas. La batida fue realmente inútil, de forma que doña Alejandra detuvo a los suyos, dando paso a los Reales Guardias, mucho más duchos en puntería.

Los soldados franceses, parapetados tras los muros del botánico y del convento del Socorro, dispararon varias andanadas de fusilería que no hicieron más que arañar las murallas. Los cañamares se agitaban nerviosos cuando de uno y otro lado salían soldadicos, disparaban un par de cargas y se volvían a esconder tras el Molino de las Nueve Muelas. Aquella caza de ratas estaba tornándose infructuosa, hasta que el barbero Serrano alertó de la presencia del mariscal, quien apareció en persona tras el molino y fue a refugiarse en el convento de San Sebastián.

Se abrieron entonces las puertas, y salió el cañón, acompañado de seis artilleros que tiraron de las sogas para situarlo frente al portal. Los jóvenes obreros del Arsenal terminaban de atacar el cañón y cebar el oído cuando a su alrededor llovieron los plomos franceses.

Alejandra en persona tiró de la llave, tan exaltada que olvidó avisar a sus compañeros. El monstruo proyectó un chorro de fuego, pero con tan mala suerte que, con el retroceso, una rueda pisó al panadero don Diego y le inutilizó el pie. La bala salió en un estruendo pavoroso, cruzó el campo frente a ellos y cayó contra el convento de San Sebastián, donde se ocultaba Moncey. La murada oeste del edificio se desplomó, pero Moncey ya hacía un rato que se había marchado de allí y se había puesto a cubierto en el moral de Cuarte, donde parlamentaría un momento después con nosotros y don Joaquín. A partir de entonces hubo una intensa rociada de balas, que causaron estragos en los cimientos de las veteranas muradas. De repente, todo quedó en silencio.

—Lo siento mucho, Genista. Debí… Me precipité —trató de excusarse doña Alejandra.

—No te preocupes, *acha*. Hiciste lo que yo te ordené, y has cumplido tu cometido. Estáis todos vivos, y ha sido gracias a ti. Ahora tenemos que organizarnos para el próximo ataque. ¡A mí la Enseña!

9

En pos de la «Grande Armée»

El estado de efervescencia de los valencianos no había hecho más que fermentar, y pronto estallaría en la más gloriosa defensa que aconteció en la ciudad. Pasado el ángelus, varios grupos de soldados franceses volvieron a dejarse ver. Genista, aunque vestía la máscara de la tranquilidad, era presa de una intensa zozobra que le oprimía el pecho.

Esta vez, el mariscal Moncey había desplegado tres columnas, que envió siguiendo el cauce del Guadalaviar contra la batería de Santa Catalina. Una a una, todas las defensas que habíamos desperdigado por la calle fueron desbaratadas. Se desmontaron las barricadas y destruyeron los caballos de Frisia. La celeridad y el valor de aquellos jóvenes soldados resultaba admirable, aun con la intensa lluvia de plomo que les caía encima.

Los tambores se afanaban por redoblar con un aire más rápido de lo habitual aquella marcha que enviaba a los soldados directamente a las zanjas practicadas frente a nuestra batería. El injusto intercambio de munición ahorró vidas españolas, mientras que los valientes galos avanzaban paso a paso hacia la muralla. Sus casacas, ya manchadas de pardo barro, se teñían de rojo tan pronto eran cosidas por las balas. Zagales y ancianos caían por igual en las zanjas o enredados en las barricadas, compartiendo en su sino la enajenación de su comandante. Maldigo la guerra que tuvieron que presenciar.

Los cuatro cañones de Santa Catalina tronaban al unísono, mientras freían a fuego y fierro los restos de la columna invasora. Vimos huir a grupos aislados de soldados, que fueron agrupándose frente a las puertas de Cuarte, ocultos tras los restos de los edificios destruidos. Genista nos retuvo, con el fin de ahorrar munición y energía. También se detuvo la bravura de los cañones, que dormían cebados y preparados para escupir, y las antiguas puertas de la Cal se cerraron herméticamente.

Inquieta, doña Genista vio una gran columna francesa en el horizonte que se dirigía al paso contra la puerta. La estrechez del paraje los obligaba a juntarse, pero poco a poco se fueron derramando con fluidez, hasta que cubrieron el espacio que separaba Cuarte de la muralla. Aguardamos la orden de los oficiales al mando, y a su señal bajamos a abrir el portón.

Que me lleve Dios si peco de modestia, pero he de decir que la Enseña fue la primera en asomar su banderola a través de las puertas, mientras los más fuertes tiraban del morlaco de fierro que habría de cañonear a los invasores, haciendo oídos sordos a las amenazas que proferían los oficiales en su acento corso. No pasaron ni dos padrenuestros que una lluvia de perdigones granizó sobre nosotros. Genista repitió la orden de apuntar con el cañón a la columna que se aproximaba peligrosamente a una veintena de pasos. Gritó, y la pieza disparó su carga, retirándose con la explosión más de tres varas.

El orden del invasor fue roto en la nube de fuego y pólvora que inundó la calle. Muchos se anudaron el pañuelico para evitar tragar el humo, que tardó varios minutos en disiparse. Sin embargo, cuando nos fuimos a dar cuenta, los franceses ya se habían reagrupado para intentar una nueva carga contra los que nos habíamos quedado fuera. Su respuesta no pudo ser más sincera. Las filas francesas, tan bien dispuestas, descargaron sus fusiles, acompañados desde el botánico y el

convento del Socorro por la salva de sus cañones, lo que obligó a apartarnos de las puertas.

Para alivio nuestro, la mayoría de aquellos plomos se cebaron en las torres de la puerta, penetrando en su enlucido, donde todavía hoy duermen el sueño de los justos. Fue necesaria la ayuda del pelotón de inválidos y de gran parte de los reales guardias para volver a introducir el cañón a través de los portones. Provistos de sogas, los marineros del Grao ataron el cañón y lo obligaron a recular, mientras los galos comenzaban a recortar distancias. Los más jóvenes de aquellos intrépidos personajes ya habían saltado sobre sus propias filas con el sable desnudo.

—¡A mí la Enseña! —ordenó Genista por encima del tumulto—. ¡Formad una columna, rápido! Los que tengan el arma cargada, delante; el resto, conmigo. ¡Vamos!

La mayoría de los de Cartagena obedecimos de inmediato. Se nos unieron varios guardias y uno o dos inválidos que, conociendo el ardid de mi señora, quisieron apoyarnos. Pronto comprobamos cómo los tambores retumbaban mejor cuando podían ser observados. Ni siquiera la sombra de las puertas tranquilizaba el ímpetu de nuestro corazón, y solo cuando los portones se abrieron de nuevo nuestro ánimo se levantó y tronó como el cañón a nuestro lado.

—A mi señal. ¡Fuego! —gritó Genista, a lo que siguió una ventisca de plomo que descompuso las columnas que vinieron a hacernos frente, y el fuego de fusil terminó con toda intentona de reformación. Los que habíamos descargado nos retiramos a retaguardia para cebar los fusiles, de manera que la segunda línea recibió la mayor parte del fuego enemigo. Por el rabillo del ojo vi caer a Fernando Rubio, cuyo cuerpo arrastró Alejandra de las correas hacia el interior de las puertas.

De aquel ataque poco recuerdo ya. Los estruendos se sucedían cada vez con mayor frecuencia, y vimos cómo parte de las paredes de las puertas caían en forma de cascotes y dejaban muertos o malheridos en el suelo a quienes golpeaban. Mi única misión era conceder suficiente tiempo a los que operaban los cañones. Y eso hice, a fe mía.

Doña Genista, en mitad de la fila, ordenó una última descarga y tocó a retirada. Lo mismo hizo luego el capitán de los guardias. Una retirada que resultó muy cruenta, pues la cantidad de franceses que afianzaron posiciones resultó ser muy superior a la nuestra, y su fuego fue a dar contra tantos cartageneros y guardias como se cruzaron en su camino. Los que quedábamos en pie hicimos fuego por última vez, y corrí cojeando a ayudar a los malheridos a atravesar las puertas.

Sonó una explosión próxima que hizo retumbar el firme de la muralla. Genista gritó algo que no pude entender cuando una montaña de mampuesto me cayó encima y me hizo tropezar. Caí al suelo junto con el herido al que trataba de salvar. En aquel instante se me antojó trascendental el conocer la identidad del muerto, y me arrastré para apartarle el pañuelo que ocultaba su rostro. Reconocí el cadáver del padre Cristóbal, justo antes de que la caballería de Numancia saliera en nuestro auxilio.

Dentro de las murallas todo parecía moverse alrededor. Heridos y muertos circulaban tendidos sobre puertas, que hacían las veces de camillas. Los voluntarios reían y lanzaban vítores en un confuso griterío. Mi vista se emborronaba por momentos con un hilillo de sangre que debía de manar de alguna herida en la cabeza. Pero no me dolía nada más que la pierna y la mano, que palpitaba con intensas punzadas. Encontré a Genista en una esquina, con la cabeza ensangrentada y el pecho de la camisa empapado en sudor y pólvora.

—¿Estás bien, Isidro? —me preguntó acalorada.

—Mi ánimo no decaerá si no decae el suyo.

Me agarró del cuello y me abrazó con fuerza.

—Vamos a dar guerra a ese canalla, viejo amigo —me dijo al oído.

Yo lloraba gravemente. Recordaba el rostro inerte del padre Cristóbal, y me pregunté si Dios no lo habría abandonado cuando lanzó su crucifijo al barro, rabioso por la muerte del padre Venancio, en

aquel maldito molino de San Onofre.

Al otro lado de la muralla los franceses volvían a reunirse en el convento del Socorro. Habían perdido varias decenas de hombres, lo que los desalentó de seguir atacando. Moncey en persona aguardó con ellos, intentando organizar un nuevo ataque. Fui entonces a ocupar posición junto a mi milicia sobre el adarve. Habían llegado nuevos oficiales al mando, de manera que la Enseña quedó bastante diluida en toda aquella trama. *Tanto mejor,* pensé.

Apenas tuvimos tiempo de condolernos por nuestros compañeros caídos. La Enseña rodeaba varios cuerpos inertes en el suelo, perforados por plomo de fusil. Entre las cabezas de los caídos entreví la cabellera pelirroja del panadero Diego Cervantes, cuyo rostro inánime descansaba en el regazo de su mujer, que apartaba su furiosa mirada de Alejandra. A su lado yacía el padre Cristóbal y dos de los jóvenes estudiantes. No habían conocido la treintena, y su futuro ya había sido segado del plano mundano por unos intereses que tan lejos estaban. Fernando iba a ser médico, como su hermanico caído en San Onofre. Juan José había terminado sus estudios de abogado, y pronto iba a entrar a trabajar para el convento de los carmelitas descalzos. Ya nada importaba.

La multitud de Cartagena no se atrevió a proferir palabra, ni siquiera a tocar los cuerpos, hasta que apareció Genista y estalló de rabia. Al verlos allí tendidos, con los jubones ensangrentados y las camisas hechas jirones, no pudo más que reprimir un gemido. Ordenó traer camillas para los muertos, mientras permanecía arrodillada junto a ellos. Alejandra parecía derrotada. Se sentía culpable de la muerte de Diego, pues había sido la herida en el pie lo que le impidió huir del plomo que derribó su vida. Lloraba por él y por sus dos amigos.

—Señora, estamos necesitados de munición —dijo un oficial a Genista—. Si los miembros de su milicia no siguen tirando, vamos a tener que requerirle las armas ociosas.

Quien hablaba era el capitán don José Ruiz de Alcalá, al mando de la batería de Cuarte. No obstante, poco le importó a Genista la divisa, galón o colorín del oficial, manchada como estaba con la sangre de sus compañeros muertos. Se giró en redondo y se encaró con don José.

—¡Pues usad tejas, rejas de arado o fierros de balcón! Pero no vamos a dejar de repartir fuego para vengar a nuestros compañeros. ¡A mí la Enseña!

Aplaudimos el nervio de mi señora, que en mitad de aquella carnicería nos calentó el alma para ir a devolver por quintuplicado la sangre que se había vertido. Ya no íbamos con miedo al adarve. Ya no nos atenazaba el pecho el sonido de las balas que silbaban a nuestro alrededor. Corrimos todos detrás de Genista, y nos emplazamos tras las almenas.

Esa tarde prácticamente todos recibimos plomo. El cuerpo de Diego aún estaba caliente cuando el de su esposa Laura fue a reunirse con él. Pero el dolor que más nos compungió fue la pérdida de la señora doña Inés. Apenas se dio cuenta del soldado que apuntaba contra la muralla cuando se le enterró un plomo en el galillo que la mató en el acto. Dios los tenga a todos en su gloria.

Los cañonazos no cesaban ni un momento de acosar a las murallas, cada vez con una cadencia más dilatada. Las puertas se abrían y cerraban una y otra vez para permitir salir al cañón que mantenía los asaltantes a raya, pero en alguna ocasión llegaban a la posición de la artillería y la ponían en un grave aprieto. En una de aquellas, cinco o seis españoles tras la puerta se enzarzaron a sable contra el francés a escasas cinco varas de los batientes. Tan cerca estaban que incapacitaban a todo aquel que intentase cerrar el portal.

Mientras cargaba mi fusil con la última papelina, eché la mirada hacia el cañón. Dos artilleros heridos estaban tendidos sobre él, inmóviles. Un grupo de franceses se aventuró a través de las puertas, poco o nada defendidas por aquellos que se encontraban en las murallas, ocupados como estaban con los de fuera. En la puerta solo quedábamos Alejandra, Palma y yo, así que busqué con la

mirada a doña Genista. Mis ojos se toparon, en cambio, con cierto personaje.

Lucía la goyesca manera de los de Madrid, sable en mano y colorida su vestimenta. Este hombre, digo, daba muestras de no tener en consideración mi presencia, mientras tiraba contra los asaltantes sin miedo a recibir un plomo que lo fulminase en el acto. Animé a mis compañeras a ofrecer socorro a tan loco personaje, y en un momento nos deshicimos de los que habían cruzado el umbral. El avispado matador, terminada su labor, tiró de la llave e hizo estallar el cañón.

El firme frente a la puerta estalló en esquirlas que hirieron a todos los que allí se encontraban, en su mayoría franceses, y nos envolvió en una oscura nube que sobrecogió a los galos hasta hacerlos retroceder. Los de la plaza aprovechamos para cerrar los pesados portones, justo en el instante en el que un trompeteo de caballería se extendió por los campos vecinos.

El conde de Romrée, escondido en Campanar desde el inicio de la batalla, apareció por la retaguardia imperial a la cabeza de una aparatosa caballería compuesta por los jinetes de la Maestranza y los dragones de Numancia. Los cascos de las bestias arrollaron y arrinconaron a la infantería francesa cerca del botánico, donde las baterías no cejaban en su empeño por echar abajo las puertas. Allí hicieron decaer el fuego a lanza y sable, mientras los regimientos de Voluntarios del Reino, Cazadores y de Segorbe cerraban el cerco de los invasores.

Las fuerzas de Moncey no se mostraban, ni de lejos, prestas a la rendición, así que continuaron enfrentándose contra las aliadas. Con los cañones desbaratados, su única estrategia se relegó a las unidades de fusileros, que rápidamente se replegaron para hacer huir al nuevo ofensor. Eran ya las cuatro de la tarde cuando Moncey por fin logró su cometido y envió los regimientos de nuevo a Campanar, donde aguardaron órdenes.

Aquel día comenzaba a ser especialmente intenso, agotados y abatidos como estábamos, pero nada parecía importar a los regimientos que celebraban la futura victoria en la puerta. Aun a pesar de la huida de los refuerzos, aquel golpe de caballería desconcertó tanto a Moncey que pronto tocaría a retirada. Ninguno dudábamos de la tozudez del mariscal, pero tampoco creímos que Moncey fuera capaz de volver a dar batalla apenas una hora después.

El tercer ataque se planificó con las mismas bases que los otros dos, salvo que los cañones no tronaron. Los franceses se dirigieron otra vez hacia las puertas, y fueron recibidos con fuego de fusilería. No comprendíamos su persistente empeño, a pesar de la segura derrota que los volvería a mandar en retirada. Muchos de aquellos pobres jóvenes murieron mientras trataban de cargar el fusil, con la sorpresa en su rostro. Lástima de vidas perdidas en el barrizal.

Pero algo raro nos olimos cuando, desde Dios sabe dónde, escuchamos un brutal estruendo que hizo vibrar la muralla. Espantados por creernos caídos en semejante emboscada, oímos tambores al sur, aunque no pudimos hacer otra cosa que ocuparnos de los de Cuarte. A media tarde llegó un correo informando de un ataque contra la puerta de San Vicente. La brigada Brun, con los húsares de Whatiers, habían puesto en alarma a la milicia del coronel Barrera, quien mandó el regimiento de Saboya contra los atacantes. Habían vencido hacía cosa de media hora cuando el correo salió de San Agustín.

Nos rodeó la noche, y, con ella, menguaron los chasquidos de las armas. Los cañones no tronaban en la oscuridad, pero en ocasiones una partida de soldados formaba una columna y se atrevía a poner en aprietos a los de Valencia. Las puertas permanecieron entonces entreabiertas, y solo una parte de la guarnición se apostaba en las murallas para dar batalla a aquellos que se acercaban demasiado. El resto intentábamos descansar donde podíamos, desperdigados por las calles vecinas,

apoyándonos contra la pared y envueltos en mantas y capotes.

Hacia la medianoche en la puerta solo estaba el estrafalario matador de antes, armado con el sable y con el cañón que dirigía a la abertura entre las puertas. El segundo regimiento de Artilleros le dejó hacer, divertido. Resultaba ciertamente cómico tal personaje, y animaba nuestras almas, que tan enturbiadas estaban. No sé ni cómo se las apañó, pero él solo consiguió disparar tres salvas con aquel cañón, con lo que agravió la paciencia de los ofensores que trataban de replegarse en pequeños grupos. Genista, junto a don Manuel y Palma, acompañaron esos cañonazos con varias cargas de fusilería, con el único propósito de mantener ocupado al francés. El torero, cuando se cansó, vino a sentarse en la escalinata del adarve. Ya estaba liándose un cigarrillo cuando me acerqué.

—Buenas noches, buen amigo. Y perdone, por cierto, mi intromisión y mi falta de tacto, pero ¿sería tan amable de ofrecerme un cigarrillo de esos que tan bien lía usted? Hace días que no fumo, y le vendría bien a mi ánimo.

El joven me miró como si fuese un fantasma, arrebujado bajo un mantón ajado y con las heridas mal vendadas. Observó mi enjuto cuerpo y mi avanzada edad e hizo un extraño ademán, golpeándose el puño izquierdo con la palma de la mano. Sin embargo, me brindó el cigarrillo que acababa de liar, y fue a liarse otro.

—¡Malditos sean aquellos que obligan a alistarse a ancianos como usted! Descanse esta noche, amigo. Que bien saben Dios y la Virgen que ya ha dado más que suficiente por la patria. ¡A fe mía! —dijo el hombre, indignado. Encendió una pajuela y se la acercó al tabaco.

—De momento me mantengo —respondí—. Esta noche poco podrán hacer ya esos soldadicos, y mañana veremos cómo anda el asunto. ¿Qué le trae fuera de los ruedos?

El hombre fijó la mirada en mí, como valorando si podía suponer algún tipo de amenaza.

—¿Lo conozco de algo, abuelo?

—Nadie vestiría un traje de luces cuando Valencia agoniza.

—¡Dita sea! ¡Y bien que lo diga! Pero aquí estoy yo. Puede llamarme Juan. Pero quizá mañana no tenga ni ruedo ni oficio. ¡Vaya! ¡Puede que no tenga ni vida!

Nuestra conversación quedó zanjada cuando un grupo de quince fusileros franceses comenzó a formar una pequeña línea. Los de las murallas se vieron de pronto sobrepasados, y avisaron a los tiradores de refresco. El torero entonces prendió la mecha con el mismo cigarro que había estado fumando, y con un estallido arremolinó a los franceses a una zona donde se les pudo dar muerte.

—¡Venid aquí, gabachillos! ¡Que Sabateret tiene para todos!

Entre aquel jaleo de tiros y estruendos logré dormir un par de horas. Resulta extraño, pero en medio de aquel tumulto tuve un sueño profundo, ininterrumpido. Al menos, hasta que doña Genista me zarandeó para despertarme. Me costó lo suyo despejarme, pero conseguí deshacerme de la galbana.

—Lo siento, mi señora. ¿Qué hora es?

—Pasadas las cinco, Isidro —respondió Genista—. Acabo de llegar desde San Vicente. El vigía del Miguelete ha alertado de que Moncey ha levantado el campamento y se retira hacia el sur. Ha tomado el camino a Madrid.

A mi alrededor, los que ya estaban despiertos lanzaron vivas de alegría, y se felicitaron por la suerte que tanto les había sonreído al librarlos de la muerte, mientras se repartían unos bollos mojados en vino. Tomé uno de aquellos bollos y comí. Nunca nada me supo tan bien. Los soldados que había en las puertas se retiraron para preparar la persecución.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros, doña Genista? —pregunté, de pronto preocupado.

—Se ha dicho que desde Chiva llega el general Llamas con seis mil hombres. Aunque la décima

parte de su regimiento esté herida, Moncey será más rápido que nosotros, al no contar ya con artillería, por lo que debemos darnos prisa. El conde de Cervellón debe de estar esperándolos para darles una sorpresa. Estad prestos a marchar con el alba.

Con tanto que hacer antes del amanecer, no pudimos descansar el resto de la noche, intentando reunir fuerzas para una marcha de varios días. Genista y yo fuimos a buscar a nuestro oficial herido, a quien encontramos sumido en un sueño intranquilo.

—Despierta, buen Ricardo. —Genista lo zarandeó para sacarle el sueño. El pobrecico estaba empapado y enrojecido por la fiebre. Al parecer, la infección que había atacado a su pecho se había recrudecido, y trataba de respirar roncamente. Hizo un tremendo esfuerzo por incorporarse e inmediatamente se echó hacia nosotros para abrazarnos.

—No saben la alegría que me da verlos a salvo, compañeros —dijo esforzadamente—. Escuchar los cañones desde aquí, sin poder hacer nada, es cosa terrible. Pero ya me han transmitido la victoria de Valencia y la huida de Moncey hacia el sur.

Genista le relató la suma de caídos en la defensa, a lo que Ricardo respondió con una mueca dolorosa. Se sentía culpable de aquellas muertes, por no haber estado junto a nosotros.

—¿Y qué ibas a hacer allí, necio? —espetó doña Genista—. Entorpecer a los nuestros, imagino. Te hubieses tragado el primer plomo mal encarado contra las puertas.

Ricardo contuvo una risa encharcada, mientras sostenía el hombro de Genista.

—Ninguna duda cabe que usted habría sido la mejor comandante que ha habido en la historia, compañera. Lástima que el mundo sea tan injusto.

—La guerra para los estúpidos, *acho* —dijo la mujer, vehemente—. Bastante tengo yo con la taberna como para meterme en campaña. Eso si a nuestro regreso no la han ocupado cuatro imbéciles para desproveerme de vino y pan.

—¿Regresamos? —preguntó don Ricardo, borrando la sonrisa que ocupaba su rostro hacía un segundo—. Es eso, ¿verdad? Volvemos a casa. Es lo que iban a decirme.

Genista no supo qué responder. Me miró a mí y luego de nuevo a nuestro oficial. Las palabras parecían desvanecerse en la boca de la mujer. Consideré tomar la iniciativa, esta vez.

—Saint-March quiere que ocupemos filas en la persecución de Moncey. Partiremos al alba. Nosotros y los que quedamos vivos de la Enseña.

—Está bien —respondió Ricardo, dejándose caer sobre la cama—. Iré con ustedes. Necesitaré de unos minutos para prepararme, pero ya he cargado demasiado sobre sus hombros. Y bien sabe Dios que no cargaré más.

Genista no quiso ni oír hablar al oficial. Se levantó iracunda, con lo que volcó el orinal de Ricardo por debajo de la cama. Una orina espesa y blancuzca se derramó sobre la madera acuchillada.

—¿Acaso te estás oyendo, Ricardo? ¡Si apenas puedes moverte en condiciones! ¿Dónde vas a ir, montado a caballo en pos de la *Grande Armée*? Te caerías a la primera de cambio, y perderías algo más que la dignidad por el camino. No lo permitiré. Aunque tenga que atarte yo misma a ese camastro.

Quise tranquilizar el ánimo inflamable de mi comandante, pues fueron varios los enfermos que pidieron silencio. Un par de jóvenes se me acercaron por detrás.

—Nosotros también vamos, capitana. Estamos con ustedes.

Genista, sin borrar su gesto adusto, se dio la vuelta para ver a dos antiguos amigos: los icues Juanito y Rafael. Andaban con una acusada cojera, y Rafael todavía llevaba un brazo en cabestrillo, pero no flaqueaban en sonrisas. Observé a aquel grupo, y mi expresión se enterneció. Eran los últimos icues de Cartagena. Los abandonados golfillos del puerto. Y estarían juntos hasta el final.

El pavimento de la carretera de Madrid arrancaba chispas de las manos de los caballos conforme avanzábamos. El camino discurría entre arboladas hacia el sur, y cruzaba el Júcar a la altura de Alcira para encaminarse hacia Játiva y Almansa, y desde allí a Albacete. Moncey llevaba horas de ventaja, pero los españoles confiábamos en cerrarles el paso con las tropas que teníamos repartidas por toda la provincia.

Saint-March iba al frente, escoltado por las cabezas de las dos compañías y por mi muy estimada doña Genista. Nuestra comandante cabalgaba un camargue capturado a la caballería francesa, y el animal todavía protestaba incómodo con su nueva amazona, que nada tenía de indigna junto a aquellos líderes, ataviada con calzones grises y corpiño pardo. Llevaba el largo pelo negro trenzado y enroscado en un rodete, y se había atado un retal grana en el fajín azulón que le ceñía la cintura.

En retaguardia iba mi querido don Ricardo, quien había pedido ser atado a su frisón, que le había sido devuelto. El animal al principio corcoveó cuando le colocaron las cinchas alrededor del lomo, pero en cuanto reconoció el peso del oficial, se sometió con resignación y no volvió a mostrar nervio alguno. Dos veces cayó Ricardo del animal. La primera consiguieron retenerlo las correas que lo sujetaban, pero la segunda dio contra el pavimento de cara, con lo que se rompió un par de dientes. Después de aquello no quise dejarlo solo, y cabalgué a su lado el resto del camino, atento a sus movimientos.

A tan gran distancia no lográbamos divisar la polvareda de las tropas de Moncey, pero Saint-March no dudaba que alcanzaríamos pronto su retaguardia. No titubeaba en expresarlo. Respetarían a los enfermos y heridos, siempre que se sometieran a capitulación y rindieran sus armas. El problema era que no disponíamos de suficientes unidades para presentar batalla, y si esta se daba muy al sur, quizás los franceses acomodados en aquel lugar acudieran en tropel para defender a su general. De pronto, como leyendo su cavilación, le habló Genista.

—Los alcanzaremos en un día o dos. No hay otro camino a Madrid.

—Realmente sí lo hay, si uno sabe buscar, mi señora —dudó Saint-March.

—No si no quiere perder el paso —insistió doña Genista—. Y creo que les conviene y apremia llegar a la capital cuanto antes, mi comandante.

El general seguía dubitativo. Su frente se arrugaba con la cavilación.

—No lo sé. Esa gente está habituada a batallar en campo abierto. ¿Y si es su treta sacarnos de la amurallada Valencia para acabar con nosotros aquí? Nos aplastarían como moscas de un palmotazo.

Genista meditó un momento. Saint-March tenía razón. Aquella era una posibilidad.

—¿Sin artillería?

—Esa es una gran baza —reconoció el general—. Si no la única. Pero ¿cuántos de ellos pudieron quedar? ¿Tres mil? ¿Cinco mil? Un batallón así podría dejar en jaque a esta pequeña tropa.

Genista había estado conversando con el resto de jefes, y opinaba diferente. Entendió que había habido una confusión, de la que nadie había hecho partícipe al general.

—Mi general, hay una nueva de la que le hacía a usted sabedor. Sin embargo, opino diferente ahora que le escucho.

—Pues dígame qué es eso que usted sabe, doña Genista. No hay tiempo para rodeos.

—Llamas ha desobedecido a la Junta y ha movilizado tropas para reunirse con Cervellón en Alcira. Allá, el Júcar entorpece el paso y solo los puentes de San Gregorio y San Bernardo lo permiten.

Una sombra cruzó el semblante de Saint-March. Genista se temió lo peor. El general se dirigió entonces a las cabezas de las otras compañías, con un brillo inquisitivo en los ojos.

—¿Hay alguna partida custodiando esos vados?

—El conde cierra el puente con cerca de diez mil voluntarios y seis cañones dispuestos, y Roca se

ha desplazado con cinco mil más hasta Antella.

—Bien. Pero ¿y si Moncey marcha hacia Sueca o Cullera? ¿No podría allí vadear el Júcar? Sería sencillo si saben cómo amedrentar a la población.

—Demasiado cerca del mar, señor. Si va a levante, se obligará a arrinconarse entre la sierra y el mar, lejos del Camino Real y sin conocimiento de la situación.

Saint-March lo comprendió por fin, tal vez demasiado tarde. Miró a Genista con una mirada que no auspiciaba tranquilidad alguna.

—Moncey no seguirá el Camino Real. Es demasiado obvio. No se arriesgará sabiendo que lo perseguimos. ¿A qué altura estamos?

Miramos alrededor. Ya llevábamos una buena hora de marcha. Habíamos dejado las huertas atrás, y ahora caminábamos por una calzada empedrada con marjales y pequeños parapetos de hierbas bajas a ambos lados. A la izquierda, un camino serpenteaba hasta el mar, y este nos devolvía el reflejo de la luz del sol como una balsica de aceite.

—Cerca de Catarroja —respondió doña Genista, señalando el campanario de San Miguel en el horizonte.

—¡Maldita sea! Moncey se nos ha escapado ya.

Como por respuesta, el paisaje nos mostró la humillación de la derrota. A la altura de Silla, y deslizándose como un espejico hacia el mar, un ramal de agua anegaba los campos y la calzada hasta casi una vara de altura. Vimos la villa de Silla a nuestra derecha, que se aparecía allí donde el ramal se bifurcaba. Comprendimos entonces que habíamos llegado tarde. Conocíamos aquella estrategia. Nosotros mismos la habíamos empleado en San Onofre.

Nos apeamos en el cambio de altura, donde la inundación se había detenido para precipitarse a un lado de la carretera, en una especie de barranco. Aprovechamos el agua para dar de beber a las monturas, y descansamos mientras los altos mandos intercambiaban opiniones. Media hora más tarde, un grupo de jinetes se acercó cruzando las aguas desde el sur, pugnando por atravesar leguas de terreno enfangado. Los caballos caminaban fatigosos con los pechos empapados de barro y paja húmeda y los cascos cubiertos de espeso limo.

Pude verlos desde donde estaba yo, en mitad de nuestro grupo. Dos de ellos se engalanaban como oficiales, aunque estaban tan cubiertos de barro que apenas se distinguían de los otros tres, cuya distinción no parecía superior a la mía. Habló uno de aquellos oficiales, tan agobiado que apenas lo entendí.

—Capitán Saint-March, venimos desde Alcira en nombre del general Llamas, encargado de la custodia del Júcar y de desbaratar la marcha de quien nos ha dado esquinazo.

—Llamas responderá de sus actos cuando todo esto termine, a fe mía —respondió el capitán severamente—. ¿Cómo supieron de la inundación?

—La avistamos desde el Caroig antes de que nos avisaran los comendadores. Los franceses se separaron a la altura de Silla del Camino Real, y se encaminaron hacia Alberique sin que pudiésemos entorpecerles el paso. Cuando nos dimos cuenta, ya habían cerrado las compuertas del azud en Antella, y se había desbordado con la afluencia de agua. De eso hace ya dos horas, y el camino está asolado, al menos cinco leguas al sur, y para el paso de un perseguidor. Mucho me temo que no podrán continuar en este estado.

—¿Y qué ha sido de Roca? ¿No eran sus órdenes disponer suficientes soldados capacitados en Antella?

El oficial bajó la mirada en un gesto a caballo entre el disgusto y el enfado.

—Se apostó a Roca en Antella solo como una precaución. No pensábamos que Moncey conocería

el terreno tanto como para tomar el camino del medio. ¡Hace años que está abandonado, por Dios! No sé cómo, pero su retraso lo compensó con la poca defensa que contaba Roca. El general fue arrollado con el fuerte del enemigo, que cerró las compuertas de Casa del Rey y provocó este desastre.

—¿Y se puede saber qué enajenación ha sufrido el conde para dejar pasar tan impunemente al enemigo? —dijo por fin el general.

—Lo mismo se pregunta el general Llamas, señor —respondió el correo—. Grave motivo tendría para abandonar Alcira y adentrarse en las montañas, y ofrecer de paso vía libre a Moncey. No se puede transitar por el Camino Real, y Moncey ha huido ya hacia Almansa. Nuestra compañía tiene órdenes de emprender la marcha hacia Cuenca y Madrid. El consejo de Llamas es que esperen dos o tres horas hasta que se consiga arreglar esta desavenencia, que no es poca.

Saint-March se apartó a un lado con doña Genista del brazo, mientras los demás buscábamos un lugar donde poner a descansar nuestras bestias. Esto fue lo que le trasladó a nuestra comandante.

—Quiero, doña Genista, que usted y su gente regresen a casa. No hay nada que hacer ahora, y solo nos queda esperar.

—Pero, señor… Si usted va en busca de Moncey, nosotros estamos prestos a procurar auxilio. Podremos serle útil, llegado el momento.

—No, doña Genista. Sus caballos están a punto de reventar, y sus hombres han visto ya demasiada sangre en estos días. Cuide de don Ricardo, que descansen él y los suyos y estén prestos a cualquier incidencia que pueda ocurrir. Tengo entendido que el próximo objetivo de los franceses es el sur, así que no creo que le falte trabajo en Cartagena.

Con el saludo más cordial que pudo realizar, doña Genista se apartó de Saint-March y vino a darnos parte. Todos suspiramos aliviados, y, aunque no nos faltaban ardiles de más batalla, bien es cierto que se combate mejor en casa. Regresábamos a Cartagena.

Así fue que el cinco de julio de 1808 llegamos a Cartagena por el camino del Norte, y entramos en la plaza por Santa Lucía. Don Ricardo iba delante, recuperado de la mayor parte de sus heridas, o al menos lo suficiente como para montar varias horas al día. Junto a él, Genista y un servidor cabalgábamos seguidos de los más nobles y valientes hijos de la Concepción y Santa Lucía. Alguien había recuperado el pendón de nuestra Enseña, y lo había atado a una caña. El maltrecho trapo ondeaba con la brisa marina, desplegando a la Virgen del Rosell, rodeada de dos decenas de orificios chamuscados.

Don Ricardo no mostraba ningún signo de dolor. En cambio, el vendaje que le cubría el torso lo incomodaba, y varias veces había amenazado con quitárselo. Genista había intentado en no pocas ocasiones acercarse a él, pero en estas apretaba el paso del caballo, excusándose en que debía desperezarse. No entendí qué le rondaba por la cabeza a mi oficial, y en verdad aún no lo comprendo del todo, pero lo cierto era que algo le presionaba el corazón, y que ninguno de los presentes era capaz de aliviarlo.

La comitiva cruzó la ciudad entre vítores. Llegados a la plaza del Cabildo, nos fuimos cada uno por nuestro lado a nuestros quehaceres. Genista pudo por fin intercambiar algunas palabras con Ricardo, quien se despidió de ella de forma muy breve.

—Gracias por hacer lo que hizo en Valencia, doña Genista —dijo sin mirarla a los ojos—. Comandó la Enseña mejor de lo que yo hubiera hecho nunca.

—Hice lo que hice por mi gente. Lo hice por ti —respondió ella—. No me des las gracias, pues en

ningún momento las he pedido.

Don Ricardo la miró sin decir nada más. Algo había dentro de él que no quería confiar a nadie, ni siquiera a Genista. Ni siquiera a mí. Abrazó a la mujer y se mantuvo observando cómo Genista se marchaba hacia la calle Bodegones. Lo pensó dos veces, y se decidió a acompañarla, con la excusa de ver al tío Pedro.

—¡Tío, hemos regresado! —dijo Ricardo cuando entró en el ventorrillo. Nadie respondió en la oscuridad, así que pensaron en lo peor.

—Tranquilo, seguro que se encontraba mejor y ha ido a dar una vuelta para enterarse de las noticias —aseguró Genista, mientras encendía varios candiles. Fue entonces cuando don Ricardo vio la nota manuscrita bajo una botella vacía de vino. La leyó nervioso, y suspiró aliviado cuando terminó.

—Dice que se marchó a El Portús. Le pedí antes de partir que echara un vistazo a la antigua casa de mis *pares,* en cuanto se hubiese repuesto de sus achaques. Imagino que se habrá quedado allí para poner en orden el lugar. No lo ha pisado nadie desde que yo era un zagal.

Genista lo miró intranquila.

—¿Irás allí ahora?

—La nota está cubierta de polvo —respondió Ricardo—; debe de haberse ido hace varios días. Debo dar parte de nuestra presencia en el Arsenal. Y luego, sí, cabalgaré hasta El Portús.

—¿Solo? —articuló mi señora.

—No me vendrá mal pensar en todo lo sucedido, Genista. Descanse usted y recupérese de sus afecciones. No sabemos cómo seguirá el curso esta guerra, y debemos estar preparados. La mantendré al tanto de todo. De nuevo, gracias por todo.

Hacía veinte minutos del cañonazo del mediodía, y una multitud cubría el patio del Arsenal. No sobraba allí el tiempo ni faltaba el trabajo, pues pertrechos y armas se amontonaban junto a varios buques con las jarcias arrolladas. Tan afanado ambiente sorprendió a Ricardo, quien había supuesto un exceso de precaución en el nuevo capitán general. Pidió ser presentado, y se le brindó paso con tan inusitada cordialidad que casi hería su razón. Al abrir la puerta del despacho del capitán vio tras la mesa a quien esperaba hallar.

—¡Grandes circunstancias para tan grande encuentro! —saludó un viejo oficial metido en chaquetilla de capitán. Galones no le faltaban, observó Ricardo, y tampoco ardiles, pero en sus ojos no brillaba ya la mirada del que otrora fue su antiguo compañero, el oficial Hidalgo. Comprendió entonces que había estado lejos de casa demasiado tiempo.

Mi señor no se dejó llevar por los recuerdos, y saludó a su nuevo capitán, nuestro nuevo capitán, con toda la honra que respectaba a su rango.

—Admirados mis ojos al encontrarlo en tan pomposo lugar.

—¿No fue tras una mesa de capitán donde nos conocimos?

—Sí, mi capitán —dijo Ricardo—. Mas aquellos documentos con los que le sorprendí no hicieron más que complicarme la vida.

—¡Ricardo, Ricardo! —rio aquel hombre de buena gana—. ¿No es menos cierto que esos papeles merecían ser considerados algo más que tralla de letrina? Además, pagó con honores su ingreso en el Montañés, y nadie dudará jamás que no suplió su falta de recorrido con la espada y el fusil.

—Dos años de actos en el Rosellón y un mes de servicio en la Guerra de las Naranjas no son suficientes, capitán Hidalgo. Nunca fueron suficientes.

—Sabe que son más que suficientes, amigo. ¿Cree que esos vagos de la Junta han hecho apenas la mitad de lo que usted hizo? ¿Algo más que nacer con la medalla de marinería bajo el brazo? No, don

Ricardo. Merecía esa plaza y la pagó con sangre.

Ricardo bajó la mirada, entrando en pesadumbre. Había discurrido mucha sangre por ese río.

—¿Aún se martiriza culpándose de lo ocurrido? —quiso saber el capitán.

—Debí advertir mucho antes a mi capitán. No debía estar en cubierta, y mi misión era proteger a mi superior.

Hidalgo se acercó a mi señor y lo tomó del hombro. Ricardo, cuyo orgullo superaba a muchos de los mandos que en mi vida he conocido, se apartó de él con un sutil tirón, y se cerró en el recuerdo que le aprisionaba el alma.

—No pudo hacer nada, mi buen amigo. Nada se pudo cuando el Achille pasó por la popa. Fue por milagro que salvara la vida. Yo también estuve allí. Y cada día agradezco a Dios que se apiadara de mi vida.

—¿Salvar la vida para qué? ¿Para comandar veinte almas a dar batalla a un enemigo que nada les importa? ¿Para morir por una tierra que perdí cuando me arrebataron a toda mi familia? Estas pérdidas me tuercen a mí como persona y oficial. Pesan sobre mi conciencia esas pobres almas que tanto dieron por su tierra y que tan poco recibieron a cambio.

—Pocas veces me he cruzado con alguien con tanto valor como usted, don Ricardo. A esa gente le importa, amigo mío. Lo seguirán hasta las mismas puertas del infierno si les promete que detrás está la libertad. Solo usted puede hacer de su causa una cuestión de honor, y solo usted puede liderarlos. Está en nuestra sangre.

—Mi sangre se vertió con la de mi familia —resolvió Ricardo.

—Pues hágalo por ellos, oficial. Regrese a casa, cure sus heridas y esté presto a nuevas órdenes. Las cosas avanzan a buen paso por la causa de España. Pronto todo acabará, y recuperaremos lo que es nuestro.

Don Ricardo se levantó, y se dispuso a marchar.

—Si son sus órdenes, mi capitán, así las haré cumplir. Regreso a casa, pues.

Ricardo saludó al capitán y marchó envuelto en una sensación amarga. Montó en su caballo y salió hacia El Portús por la carretera de Canteras.

10

De vuelta a las andadas

Don Ricardo llegó a El Portús cuando comenzaba a oscurecer. El perfil del que había sido su hogar se superponía a la mansa calma de la mar iluminada por la luna creciente. La vereda había sido invadida por ejércitos de ortigas mal regadas por una rambla deseca, y devorada por rabogatos hasta desvanecerse en algunos tramos.

Ricardo tuvo que descabalgar para obligar a su caballo a atravesar los arbustos más espesos, y hasta que no estuvo muy cerca de la casa no reparó en los candiles encendidos de la planta superior. Supuso que su tío todavía estaría despierto. Ató al caballo en el establo y entró por la puerta que daba al monte. Hacía tiempo que nadie había entrado por aquella portezuela, a juzgar por el aspecto de los hierbajos sin aplastar. Ricardo la abrió y subió con cuidado los peldaños de madera.

Al final del pasillo superior una puerta entreabierta proyectaba un haz de luz contra la pared. Un presentimiento inundó a don Ricardo, pues entre las voces que reían en la habitación no estaba la de su tío. Escuchó con atención.

—Bonita suma es esta, ¿eh? —decía uno de ellos—. Tan solo imagina que se nos hubiera escapado de las manos. ¡Vaya cara que puso el viejo!

—Al final va a dar buena cuenta el francés —dijo una voz más áspera que la anterior—. El pueblo agoniza, y nos viene bien. ¿Qué más se puede pedir?

Ricardo comprendió que a aquellos bandidos poco les quedaba de nobleza. Poco que ver con el tío Pedro. Se asomó al dintel de la puerta para contar cuántos habría en la habitación y poder calcular la situación. Únicamente eran dos bandoleros, sentados de espaldas a la puerta y fumando cigarrillos mientras contaban monedas de oro sobre la mesica del *pare* de Ricardo. El oficial sacó despacio la pistola y una papelina de pólvora, en el momento en el que un crujido a su espalda lo alertó.

—Quieto donde estás, soldadico —dijo una voz tranquilamente detrás de él—. Da un paso y te mato ahora mismo.

Por el tono de su voz, Ricardo aventuraba que debía de rondar los sesenta, y aquella edad debía de haberlo dotado de mayor perspicacia que la que reunían los que había dentro de la habitación, quienes ni siquiera se habían dado cuenta del intruso. El anciano sostuvo una pistola contra la sien de Ricardo y, tras quitarle la suya, la lanzó al otro lado del pasillo, donde cayó pesada e inútil al suelo.

—Muy bien, *acho*. Ahora dame el sable. Despacio y sin prisa.

El hombre se apartó un paso, para tratar de controlar mejor a mi oficial. Pero no se dio cuenta de que Ricardo aún sostenía en su otra mano la papelina de pólvora. Ricardo sacó la espada lentamente y se la dio al bandido. No comprendía cómo los de dentro aún no se habían dado cuenta de la situación, pero dio gracias a Dios por que siguieran entretenidos. Al menos por el momento.

—Comete un error, abuelo. Esta es mi casa.

—La familia que aquí vivía está muerta —dijo el hombre con un tonillo de sorna en su voz—. Así que no te hagas el listillo, que te acribillo ahora mismo. ¿Quién eres, soldadico?

—No todos murieron —respondió Ricardo, enseñando los dientes.

El hombre abrió mucho los ojos y volvió a entrecerrarlos, como si situase la presencia de don

Ricardo en algún lejano recuerdo. Su gesto por fin compuso la mueca del asombro, y se apartó un paso más hacia atrás, donde la luz de la luna le bañó el rostro. Ricardo casi se dio un costalazo al ver ante él una versión muy anciana del hombre que hacía casi treinta años había matado a su tío José. Una vez dijo que nunca olvidaría aquel rostro barbudo, semejante a una calavera, y tantos años después comprobó que no lo había hecho. Tampoco el asesino tuvo duda.

—Así que eres tú —rio el hombre, sin dar crédito a la suerte—. El pequeño de los Sancho. Válgame Dios si la Providencia no nos trae por azarosas lides. ¡Vaya que sí! Pero la casualidad será corta, descuida. Voy a terminar ahora mismo lo que empezamos aquel día.

El hombre apretó el gatillo al tiempo que Ricardo, casi instintivamente, le lanzaba el contenido de la papelina. El pasillo se llenó de una nube de pólvora, que no tardó en convertirse en un infierno de fuego al inflamarse con la chispa del pedernal. El plomo fue a incrustarse en la pared del pasillo, mientras que el viejo se inflamó como un saco de paja.

Los otros dos hombres salieron al pasillo alertados por los aullidos del anciano, quien corrió hacia ellos envuelto en llamas. Tan sorprendidos quedaron que no repararon en que Ricardo había tomado su sable del suelo, y atravesó el cuerpo de uno de ellos con una certera estocada. Cuando fue a encararse con el otro, el cadáver del primero lo hizo rodar por el suelo.

El viejo asesino corrió hacia el otro lado del pasillo, desesperado por el dolor, y salió por la misma puerta por la que un lejano día Ricardo y su abuela huyeron al monte. Sin embargo, aquel hombre no llegó a subir más de veinte pasos por el sendero. Cayó de bruces y murió allí, en la combustión de su propio disparo.

Desembarazado del cadáver, Ricardo corrió escaleras abajo antes de que el otro bandido templara su pistola. El zagal apenas tenía veinte años, pero su sed de sangre era notoria. Ricardo se escondió tras un aparador tumbado sobre el hogar, mientras que el joven caminaba con cuidado hacia él.

—Esto no tenía que ocurrir así, señor —decía nervioso—. No, en absoluto. Pero ha asesinado a mis dos camaradas, y el deber me obliga a vengarlos. Será capaz de entenderlo, ¿no? Es decir, usted es un hombre de honor, bien que se le ve. Debe comprenderlo.

Ricardo oía los pasos del zagal acercándose, cubriendo rápidamente la distancia que los separaba. No tuvo más opción que levantarse y tirarle el sable, que giró en el aire y fue a golpear al crío en el hombro con su empuñadura. El bandido disparó contra Ricardo. La bala, empero, dio contra el aparador, cuya madera reventó en cientos de astillas. El oficial salió del apuro lanzándose a través de la ventana y rodando hacia el exterior de la casa.

—¿Acaso creía que iba a matarme con esa espada? —rio el *acho* mientras cargaba de nuevo la pistola—. Pobre estúpido. ¿Eso les enseñan en marinería? ¿O acaso está ya muy viejo? ¡Válgame Dios!

—Dios nada tendrá que ver con esto —respondió Ricardo. Se había escondido en el pajar sobre la caballeriza, donde su frisón comenzaba a intranquilizarse y relinchaba nervioso. A pesar de todo lo que había visto aquel animal, no se acostumbraba al sonido de los disparos.

—Así que está aquí… —dijo el joven, mientras entraba en la caballeriza—. ¡Oh, vaya! ¡Bonito animal el suyo! Me servirá bien como montura. ¿Sabe? El viejo que vino la semana pasada también tenía una buena montura. Lástima que supiese tan correosa. Pero el señor Ángel insistía en que debíamos comer. ¡Qué desperdicio de patatas para semejante carne!

Ricardo no quiso oír hablar de su tío. Cerró su mente para concentrarse en aquel chiquillo imberbe. Sus pulsaciones empezaron a descontrolarse desmedidamente conforme se aproximaba. Estaba en mal sitio, lo sabía bien. Tenía que decidirse pronto. Cogió una hoz oxidada y cortó la cuerda que ataba al caballo. El animal se sobresaltó encabritado y trotó hacia la puerta, donde el tipo

consiguió apartarse a tiempo antes de ser atropellado por el frisón.

El joven creyó ver una sombra entre la paja, y disparó justo en el momento en el que Ricardo cargaba contra él, con la hoz en ristre. El plomo le mordió la pierna, pero no antes de que saltara sobre el individuo y le incrustara un palmo de fierro en el pecho. El tipo, aún con los ojos desorbitados, tosió un gargajo sanguinolento que se le escurrió por la garganta.

—¿Qué hicisteis con mi tío, bastardo? —Ricardo, enajenado, había sacado el fierro del pecho del bandido, y lo oprimía contra su cuello—. ¡Dímelo! ¡Maldito rufián malnacido! ¡Dímelo ya, o cagaré sobre tu tumba cada mañana!

El zagal tosió otro trago de sangre que manchó el rostro de mi oficial. A pesar de la agonía, consiguió esbozar una sonrisa. La última que compondría su joven rostro.

—Mire… mire en el pozo, soldadico —fue lo último que dijo, antes de que su mirada se vidriase y sus ojos se perdiesen en la muerte. Lleno de rabia, Ricardo deslizó la hoz por el cuello del cadáver, que desgarró la carne y derramó un torrente rojizo por su pecho.

Ricardo se levantó teñido de rojo, y fue a buscar una soga con la que izar a su tío Pedro. El anciano estaba envuelto en una sábana mohosa, que don Ricardo abrió cuidadosamente para desembozar el cuerpo ennegrecido e hinchado de quien había sido un *pare* para él.

Lo lloró toda la noche, y cuando se sintió con fuerzas cavó un profundo hoyo a la sombra de un viejo alerce. Allí cayó el cuerpo de su tío, rodeado de los ramilletes de siemprevivas que Ricardo pudo encontrar, una flor que solía recoger en los calurosos días de verano cuando iba de excursión con su abuela.

Antes del amanecer, cargó los cadáveres de los asesinos en su viejo carro y los llevó hasta Canteras, donde los dejó como alimento para las grajillas. Nunca se supo más de ellos. Satisfecho de su destino, durmió aquella mañana como ninguna otra. El cumplir con el juramento de aquel niño de ocho años no le supo tan bien como había esperado. Todavía no. Aún quedaba uno de los asesinos de su familia, y moriría encharcado en sangre por haber matado a su *pare* y luego a su abuela. Pronto seguiría los pasos de los otros dos.

El regreso de don Ricardo a sus tierras lo llenó de un sentimiento de tristeza tan profundo que pronto se vio abandonado a la soledad. Dejó de venir a Cartagena, acusado de dolores, y durante meses no supimos de su existencia. Sin embargo, no estuvo ocioso durante aquella época, pues cultivó las tierras cercanas a su huerto con pésoles, alcaciles y bajocas verdes. De vez en cuando Genista lo visitaba para hacerlo partícipe de la miseria que arrasaba Cartagena. Le presté a través de ella mis herramientas para labrar el campo, y durante un año y medio se evadió de las epidemias y el hambre que asolaban la región.

Genista me contaba a menudo que notaba en Ricardo cierta desdicha contenida, aunque nunca llegó a ocultarle nada. Le relató lo sucedido con los bandidos que mataron a su tío, e incluso fueron juntos a Canteras con el propósito de ocultar mejor los cadáveres, los cuales ya no eran más que un amasijo de huesos. Yo lo echaba terriblemente de menos, y recuerdo aquel episodio como triste y vacío, mientras venían de toda España desoladoras noticias sobre el avance de la guerra. Allá donde uno miraba solo veía miseria y muerte, y los invasores no hacían más que recrudecer la desdicha.

Doña Genista y Ricardo parecían haber roto el vínculo que los unía tiempo atrás. Hablaban poco y comían mucho durante sus reuniones, pero, si me preguntasen a mí, creo que él se alegraba cada vez que ella estaba cerca. Siempre que podía repartía entre nosotros los víveres que había conseguido cosechar. No eran muchos ni muy sanos, pero si no eran olivas, eran ajos porros. Nosotros los

distribuíamos entre la gente de la ciudad, y, a cambio, le dábamos carabineras y otros productos a los que él no tenía acceso.

En cierta ocasión, no recuerdo si fue en julio o agosto, pero sí durante el verano de 1811, fui a visitar a Ricardo para procurarle las nuevas sobre Cartagena. Él estaba ocupado en regar una plantación de sandías, pero solo un pequeño arroyo de agua atravesaba los surcos agrietados. Lo vi más desgalichado que nunca. Se había dejado crecer una barba espesa, y estaba tan flaco como un chucho famélico.

—Si esta sequía continúa, mi buen Ricardo, pronto moriremos todos de hambre.

—¿Ha echado un vistazo a las últimas cosechas, don Isidro? Apenas cuatro sacas de verdura. Los pollos han enfermado y son incomibles, y el año pasado murió mi pobre caballo. ¿Cómo está Genista?

—Sigue bien. Con hambre, como todos, pero, por lo visto, se ha librado de las fiebres. La muy ingenua dice que el aire de mar se lleva las pestes de su casa.

—¿Otra vez la fiebre amarilla?

—Sí. Ahora la llaman «vómito negro». ¿Quiere saber lo que creo yo? Creo que el Almarjal tiene algo que ver en todo esto. Hay menos enfermos en las barriadas más alejadas de esas aguas infectas. No sé si serán los vapores o las alimañas que rondan esa laguna, pero verá como al final tengo razón. Parece que Dios no se apiada mucho por los aladroques, ¿no cree? Y los barrigaverdes tampoco se libran. Ya van dos mil muertos en Lorca y nueve mil en Murcia.

—Bueno, los franceses también enferman, don Isidro. Toda esta miseria nos afecta a todos por igual, y pronto será la excusa que necesitan para abandonar esta tierra.

—Hay amenazas, eso sí. Pero Freire las mantiene a raya, y aún son muy dispersas para temer algo tras los muros de Cartagena. Supongo que tendrán mejores cosas en las que pensar. A propósito, ¿ha considerado volver a la ciudad?

Don Ricardo me miró directamente a los ojos. Algo en Cartagena le causaba pavor, y no eran precisamente los franceses. En El Portús, bañado por el Mayor y enclaustrado entre la Muela y el Roldán, se sentía seguro. Pero fuera de allí España ardía en muerte, hambre y fiebre.

—Hace unas semanas me escribió el general Blake —dijo Ricardo tranquilamente.

—¿Blake? ¿El mismo Joaquín Blake? ¿El jefe del ejército? —pregunté, sorprendido.

—Así es. En su carta pedía mi ayuda para Valencia. Suchet se presentó en la capital, y el nuevo capitán le dio batalla. De aquello resultó la demolición del Real.

—¡Santo Dios! ¿Demolieron todo el alcázar? —pregunté. Si la situación era tan grave, nada bueno se podía esperar.

—Suponía un peligro tras el último sitio de Suchet —dijo él—. Así que lo volaron. Parece que tantas medidas solo disuadieron momentáneamente a Suchet, y habrá un nuevo bloqueo pronto. Al menos, eso me transmitió Blake.

Ricardo me tomó por el hombro.

—No le estoy pidiendo que me acompañe, don Isidro. Bastante mérito ha acumulado a su edad. Esta vez la Enseña del Paño Grana no podrá ni deberá intervenir. Solo yo respaldaré a Valencia en esta causa. No puedo cargar con más muertes de gente inocente sobre mi conciencia.

Levanté el ánimo y abracé a don Ricardo, vertiendo unas lágrimas por mi compañero y amigo. Se le enrojecieron los ojos, y aceptó mi fraternal abrazo.

—Si quiere marchar, hágalo en silencio. Porque, de ser sabedores, tanto Genista como yo no le permitiremos su marcha sin nosotros.

—Está bien, buen amigo. Cuídese y cuide de los suyos. Le transmitiré cualquier nueva. Desde

Valencia.

Tras regresar a Cartagena, mi primer destino fue la casa de Genista, y le conté lo que ya sabíamos. La mujer no perdió tiempo y empacó los pocos enseres y armas que disponíamos. Cuando bajamos al ventorrillo, la Enseña ya nos aguardaba. Ninguno iba a dormir esa noche.

—Buenas noches, compañeros —saludé yo. En la penumbra y a la luz de las velas me di cuenta de los pocos que éramos. De los veinticuatro que fundamos la Enseña del Paño Grana solo once nos apiñábamos como bien podíamos en la estrecha mesa.

Habíamos encendido apenas un par de candiles, pues una extraña luz en una taberna cerrada podría despertar temores conspiratorios y terminar con nuestro cometido en una reyerta entre hermanos.

—Camaradas, vengo a deciros que he estado con Ricardo esta tarde. Él no sabe nada de nuestra reunión, como tampoco parece atenerse a la situación que vivimos —continué—. Poco nos queda ya, y de ello casi todo se lo llevaron las pestes o el hambre. Es ahora cuando debemos decidir qué hacer.

—¿Pues qué habremos de hacer? Dar batalla al francés —respondió Alejandra.

—¿Dar batalla, dice? —respondió el maestro don Miguel—. ¿Hace cuánto que no tocamos arma alguna? ¿Dos años? ¿Recuerda usted cómo cebar un fusil? ¿Recuerda la lluvia de pólvora y plomo en San Onofre? ¿O el olor de la sangre a las puertas de Cuarte?

—Por supuesto que recuerdo todo eso —replicó Alejandra, echándose de encima las acusaciones —. Me acuesto y me levanto con ese recuerdo. Perdí a cuatro de mis amigos en Valencia. Pero no podemos cruzarnos de brazos y esperar a que pase lo peor. La gente muere en la calle o dan su vida por la tierra. ¿Qué debemos hacer nosotros?

Genista, que había permanecido sombría sentada en la oscuridad, por fin habló.

—Yo iré donde vaya Ricardo. No tengo nada, ni nunca lo he tenido. Esta taberna casi no tiene ni para sostenerse por sí misma. Con cuatro borrachuzos al día no pasará mucho más tiempo sin que tenga que cerrar. Necesito creer en algo.

Se levantó de la mesa y se dispuso a retirarse. No lo habría dicho nunca, pero yo sabía que había estado llorando. Entonces la cogí del brazo, y me levanté yo también.

—Si es así, yo estaré con usted.

Los maestros don Miguel y don Pedro se levantaron y se marcharon. Habían demostrado resolución en Valencia, y nadie los juzgó. Solo estaban cansados de sangre y fuego. La muerte de don Ángel en San Onofre todavía les ocasionaba las más crudas pesadillas. Tampoco Palma quiso seguir con nuestra empresa.

—No puedo más con esto, Genista —dijo entre sollozos—. Eulalia y yo os acompañaremos hasta Valencia, y allí trataremos de recuperar el cuerpo de Gonzalo para darle sepultura. Es lo menos que debo hacer por mi marido.

—Te deseo lo mejor, amiga mía. Ojalá no tengamos que lamentar nada así de nuevo en Valencia. —Genista la abrazó con fuerza y lágrima viva.

El resto del grupo se acercó a nosotros. Entre ellos, la primera fue doña Carmen. Expuso su necesidad de vengar el honor de su amiga, y puso su vida en nuestras manos.

—No, doña Carmen —dijo don Manuel Serrano—. No hace tanto que perdió a su marido por la fiebre amarilla. Llore su luto en paz. Ya bastante haremos los demás en ir a matarnos otra vez a Valencia.

—Murió mientras yo estaba en Valencia. De eso hace ya más de año y medio.

—Razón de más para permanecer aquí, buena amiga.

—No veo qué me ata al cuerpo de mi difunto esposo. Y no sé qué pensaría de mí si me mirase desde ahí arriba y viese en mí una cobarde. Ya estoy muy vieja para cobardías, Manuel. Como dijo doña Genista, nada más me vincula aquí que mi deber.

Alejandra mostró su interés por ir a batallar a Valencia. No quería quedarse atrás. Rafael y Juanito, en cambio, ni siquiera habían pensado en abandonar, llegados a aquel punto. Tras recuperarse de las heridas, Juanito había enfermado de tercianas, pero se había recuperado con solo una extrema delgadez por toda secuela.

Esa noche hablamos largo y tendido y terminamos las reservas de doña Genista, y apenas habíamos dormido cuando, con ojeras y fatiga, nos dispusimos a partir antes del amanecer.

Don Ricardo se levantó pronto y se lavó con el agua rancia que había traído días atrás desde el torrente que descendía por la rambla. Se detuvo un momento frente al espejo. Había perdido peso, y sus macilentos huesos se marcaban violentamente bajo la escasa carne de sus mejillas. También sus brazos, aunque aún musculosos, se entretejían con los nudos de las articulaciones. Sus manos todavía ardían con el recuerdo de la pólvora quemada, y cientos de cicatrices se trazaban sobre su piel como un mapa de caminos. Una en especial se enmarcaba a la altura del pecho, justo bajo la mamella. Tras casi dos años aún le impedía levantar el brazo con comodidad. La piel allí se había replegado, rosada y con zonas ahumadas por la metralla. Se preguntó a sí mismo si aquellas heridas tenían algún valor. Ninguna había conseguido salvar a nadie de la muerte. Ni a su familia ni a sus compañeros. Solo habían servido de diana para los plomos de unos desconocidos que nada le importaban. No guardaba rencor a aquellos hombres. Tal vez estuviesen ya muertos. Solo quedaban heridas en la piel.

Se cubrió las cicatrices con una camisa de lino y se abotonó encima un chaleco negro que una vez perteneció a su *pare*. De él también eran los calzones oscuros que le caían grandes sobre las descarnadas piernas, y la redecilla con la que se sujetó el pelo. Trató de recortarse la barba, pero mantuvo su oscura tupidez.

Bajó luego a los establos, más por inercia que por uso, pues el viejo caballo había muerto el año anterior y le sirvió de alimento durante una semana. Ahora solo tenía un borrico famélico que había adquirido por quince reales, y que usaba para arar el campo. Un burro tan viejo que ni para eso valía ya. Probablemente lo reventaría antes de llegar a Cartagena, pero no tenía opción. Cargó todos sus apechusques sobre su lomo y salió de El Portús camino a la ciudad.

No tuvo problemas en todo el viaje. Los campos estaban arrasados a ambos lados del camino, amarillentos por la aridez y la falta de atención, y nadie merodeaba por allí. Ricardo pensó en la suerte que tuvo al permanecer en El Portús, tan escondido entre los montes que no soportó apenas saqueos en todo aquel tiempo.

Los antiguos molinos, otrora emblema de la región, se desperdigaban negros por las llamas, en ruinas o poblados de maleza; y las acequias morían en su sequía al atravesar los campos cubiertos de herbazales adustos.

Como comprobó un par de horas después, no poco peor era la situación en Cartagena. Las avenidas decaían abandonadas a su suerte, y los cascotes se esparcían entre las casas derrumbadas. Sin apearse del borrico, que había logrado llegar a la ciudad más muerto que vivo, cruzó la población hasta el cabildo.

Pudo ver cierto número de pedigüeños que se acercaron a él. Sus esqueléticos cuerpos aún padecían mayor hambre que la suya, pero nada podía hacer por ellos. Nada tenía él tampoco, más

que el deber que lo había llamado a la ciudad. Se hizo oír varias veces frente a la puerta del cabildo, pero nadie abrió sus puertas.

Los hambrientos cartageneros se acercaron aún más, y no tardaron en rodearlo por todos los frentes. Ricardo se puso nervioso, excusándose y enseñando sus manos vacías.

—No puedo hacer nada por ustedes, señores. Necesito ver a los representantes de la Junta. No hagan esta situación más difícil, se lo ruego.

Un joven macilento, cubierto de pústulas y de lentos movimientos, dirigió sus ojos amarillentos a mi oficial.

—¿Acaso no lo sabe aún? La Junta se ha marchado. No queda nadie aquí ya.

Alguien lo empujó desde atrás, lo que lo apartó del asno. Pronto entendió que era en el pobre animal donde se posaban sus miradas, y no en su jinete. Desenvainó su sable para alejar aquellos matarifes de su bestia, pero llegó tarde. El borrico apenas lanzó un par de coces antes de caer de rodillas, mientras un tajo en su cuello salpicaba un manantial de sangre al aire. Ricardo se asustó ante la escabrosa escena, y trató de apartarse mientras aquellos famélicos comenzaban a cortar pedazos de carne del animal.

El barullo pareció acallarse un poco cuando desde un callejón próximo a la plaza entró un grupo de soldados. No tardaron ni diez segundos en formar línea y disparar contra la gente, ante los ojos horrorizados de don Ricardo. Sus gritos fueron ensordecidos por la descarga.

—¡Por Dios, no!

Los asaltantes se desperdigaron en bandada, lanzando amenazas y piedras contra los soldados y quien los comandaba. Pero los soldados no los persiguieron. Ricardo levantó al aire las manos y escondió su rostro en su sobaco. No había reparado en el comandante de aquella línea hasta que oyó su voz entre la multitud.

—¡Don Ricardo! ¡Suba a la grupa, maldita sea! Aquí estamos en peligro.

El capitán Hidalgo también mostraba un rostro desgalichado y flaco, pero vestía ropas limpias y montaba un caballo bien alimentado. Los últimos meses habían terminado por borrar los postreros resquicios de su aire risueño. Ricardo se sintió algo incómodo.

Las piedras volaban en todas direcciones, y algunas de ellas cayeron sobre mi oficial, pero sin mayor daño que algunos moratones de recuerdo. Varios ciudadanos habían caído muertos bajo el plomo de los fusiles, pero aquello no terminó de amedrentar a las hordas de carroñeros, que habían vuelto a envalentonarse para rascar un poco más de la carcasa del borrico.

Ricardo montó en el caballo de Hidalgo, y marcharon para huir de aquella plaza, sin detenerse hasta llegar al castillo de los Patos. El capitán no habló en todo el camino, y eso enfureció todavía más al oficial.

—Maldita sea, capitán. ¿Estamos enajenados? ¿Vecinos, amigos y compatriotas ahora nos matamos como pollos?

—¿Dónde ha estado todo este tiempo, buen amigo?

—En la casa de mi familia, señor —respondió Ricardo—. En la rambla de El Portús.

Se apearon del caballo y observaron unos segundos la ciudad desde las alturas del Castillo. Ricardo comprobó que Hidalgo no llevaba el uniforme de capitán, sino un gabán pardo desgastado. Cubría su rostro con un chambergo de ala ancha, pero se adivinaba la falta de cuidado en su barba y en las ojeras azuladas que se enquistaban bajo sus ojos tristes.

—Cartagena ya no es segura para nosotros, don Ricardo. Si este era el plan francés desde el principio, están consiguiéndolo. Y lo que es peor, sin necesidad de batalla. La miseria ha sacado lo peor de los nuestros a flote, y la gente mata y muere por un chusco de pan. Nadie que forme parte

de una junta u organización está a salvo.

—¿Pero acaso la locura nos impide ver la verdad? Todos tenemos un enemigo común. Eso lo sabe todo el mundo. Eso lo debe de saber el pueblo —dijo el oficial.

—Fuera nos mata el francés, y dentro de las murallas nos aniquila el español. Familias enteras ya han sido aniquiladas por las fiebres, don Ricardo. Sus hijos, enviados a combatir y morir por una tierra que ya poco les importa. Borrados del mapa. Los alimentos que no están podridos han sido quemados por los ejércitos de Napoleón, y las ratas y gorgojos se han hecho con lo que quedaba. Nada es seguro ya.

—Fui llamado a filas por el general Blake. Parece ser que la situación con el francés ha empeorado en Murcia.

—En Murcia se ha perdido la Junta. Marcharon a Jumilla, donde el vómito negro ha dejado su buen reguero —respondió el capitán Hidalgo—. Solo Cartagena mantiene su posición, y no sé hasta cuando, si las reyertas internas no cesan. Ningún muro resiste sin guarnición.

—¿Y Blake?

—Blake marchó hacia el norte. Me dejó el mensaje de darle parte si decidía unirse a él. Creo que quería dar batalla en Sagunto. Aquí, solo Freire va perdiendo posiciones, y se mantiene en Alcantarilla.

Mientras ocurría aquel percance, los que aun quedábamos de la Enseña nos reunimos en San Josef. Estábamos preparados desde la madrugada, con el sueño pintado en los ojos. Habíamos conseguido ocho monturas famélicas, que habían donado para la causa un par de molineros arruinados. Aquellas pobres bestias estaban bien lejos de ser impetuosos caballos de batalla, con sus osamentas poco revestidas de carne, pero harían su efecto.

También nuestros flacos ánimos estaban dispuestos, mientras esperábamos a que llegara mi muy querido señor don Ricardo. Pequeñas tropas de soldados a caballo iban y venían por las calles en uniforme de batalla. Pero no eran pocos los que recibían fruta podrida o alguna piedra envalentonada. En estos casos, rara era la ocasión en la que el jinete apedreado localizaba al agresor y cargaba contra él. Suficiente trabajo les suponía seguir montados.

Mi oficial apareció a media mañana, sin montura y con una pequeña saca con sus apechusques. Le vimos cruzar la ciudad y encontrarse con quien parecía ser el comandante de los jinetes. Don Ricardo se encaramó a su montura y alcanzó al jinete casi en el lugar donde aguardábamos nosotros. En ese momento nos movimos hacia las puertas para cruzarnos en su camino.

—Requiero hablar con don Ricardo —dije a la vanguardia de la soldadesca.

—Apártese, abuelo, o hará encabritar a los caballos.

Como para hacer ver su amenaza, los dos o tres caballos que tenía al frente resollaron y dieron un paso hacia mí. Nuestras pobres acémilas se apartaron, acobardadas. Por suerte, don Ricardo se abrió paso entre los jinetes y se apeó de su montura para venir a abrazarnos.

—Por el amor de Dios, don Isidro. ¡Genista! ¿Qué hacen aquí? No es esta fortuna de voluntarios. Marchamos a la guerra.

—Olivica comida, huesecico al suelo, oficial —respondí yo—. Como voluntario o soldado, hemos marchado juntos a la guerra en otras ocasiones. No dista esta de ser otra de esas veces. Y como tal, la Enseña del Paño Grana estará con usted.

El capitán de los jinetes se adelantó, situando su montura tan cerca de nosotros que sentí el vapor de las narinas del caballo en mi cara.

—No es esta una batalla como las otras, abuelo. Partimos hacia Sagunto.

—Sin embargo —adelantó Ricardo—, bien recibidos serán aquellos que combatan con nosotros. En Valencia se unirán voluntarios a la batalla. Dios sabe que los necesitamos. Zaragoza se ganó gracias a voluntarios. ¿Por qué no dejamos que Cartagena batalle su libertad, mi capitán?

El capitán razonó que no éramos nosotros voluntarios corrientes, y que nuestra edad o condición descartaba cualquier posibilidad. Y era cierto, bien lo sabía yo. Don Manuel, doña Carmen y un servidor estábamos ya viejos para guerras. No íbamos a andarnos de caminatas ni carreras, y ya hacía tiempo que no lidiábamos con el miedo. Pero allá estaban Juanito y Rafael, Alejandra, Genista. Tras meditarlo un momento, el capitán se dirigió a don Ricardo.

—Marcharán sin divisa ni uniforme, y usted estará al cargo de sus actos. Se le juzgará en razón a ello, y estarán bajo sus órdenes.

—Como usted ordene, capitán.

El regreso a Valencia a caballo supuso un duro golpe para los ocho que quedábamos de aquella que un día se llamó la Enseña del Paño Grana. Sin conocer los caminos, nos guiamos únicamente por la polvareda dejada en el horizonte por el grueso del regimiento. Cada paso pesaba como el plomo, y nuestras cansadas monturas no hacían más que resollar y bufar para quejarse de su carga.

Tras unas horas de marcha, el caballo de Rafael perdió el paso y se torció la mano. Cojeó un largo trecho hasta que el hombre tuvo que apearse y guiar al animal a pie. Un momento después, la bestia que montaba yo se golpeó con una rama caída y fue a desplomarse sobre un barrizal, conmigo todavía encima. Con dos monturas menos y los caballos sobrecargados, pronto perdimos noticia del resto del grupo.

Ricardo, que cabalgaba al frente con el capitán, se excusó un par de horas para saber de nosotros. Espoleó a su caballo aun a riesgo de reventarlo, y pronto nos alcanzó, tan retrasados como íbamos. Pero pronto se vio nuestra alegría eclipsada por su seriedad cuando nos animó a recuperar distancias bajo pena de abandonarnos a nuestra suerte.

Pasamos por varias villas en donde las fiebres habían hecho estragos, diezmando a la población y sembrando un panorama desolador, asaltado continuamente por el hambre o los franceses. Con el miedo natural a la enfermedad de sus hombres, los soldados no se detuvieron en ninguna de aquellas aldeas, lo que retrasó aún más nuestra marcha.

El grupo fuerte del batallón enardeció aún más a sus monturas, que resollaban bajo las picas de las espuelas. La distancia entre ellos y nosotros fue volviéndose imposible de recuperar para nuestras hastiadas bestias, y cerca de Cullera los perdimos definitivamente. Cuando cruzamos el Júcar también fue la última vez que vimos a don Ricardo, cuyo retroceso en nuestra búsqueda ponía en aprietos a su caballo tanto como su honor para con Blake.

—Blake nos quiere defendiendo Sagunto. Es el último bastión en Valencia tras las murallas. Terminaremos con el francés allí y forzaremos su marcha hacia el norte. Si perecemos, tendrá vía libre a la capital del Guadalaviar y nosotros seremos fusilados. Saben que no están obligados a nada. De sobra veo su valor y arrojo, y siempre constará, aunque no se firme con sangre. Esta guerra terminará hogaño o el que viene, de eso pueden estar seguros. Regresen con vida a casa, compañeros.

Genista, quien no había hablado con Ricardo desde hacía semanas, por fin lo hizo con una calma que resultaba casi digna de temor.

—¿Por qué, Ricardo? —El oficial miró el rostro de la mujer con una mueca que parecía esconder

su miedo—. ¿Por qué quieres que regresemos a Cartagena ahora? ¿Por qué, tras tres días de camino?

Ricardo echó la mirada al suelo, perdida en el polvo bajo sus botas. Por un instante recordó al zagal que había sido. Levantó luego los ojos para mirarla, y ella vio cómo unas lágrimas rodaban por su rostro. Solo fue un segundo, pero Genista no era del tipo de personas a las que se les escapa un detalle así.

—Esta batalla está perdida, Genista. El ejército francés ha vuelto con la peor de las huestes. No tardará en hacerse con Sagunto y Valencia. No quiero perderlos allí.

—¿Y perderlo a usted? —pregunté yo—. Las murallas de la ciudad han resistido desde hace siglos. Volverán a rechazar al francés de nuevo. Y estaremos allí con usted para verlo.

—Dios le oiga, querido Isidro. Dios le oiga. No puedo por más que quiera aminorar la marcha. Debo seguir con mi regimiento sota pena de angustia para mi soldada. Si siguen con buen paso, entrarán en Valencia unas horas después de nosotros. Nos veremos allí, bajo la mirada del Miguelete. Buena suerte.

Y allí quedamos doña Genista y yo al mando de seis honrados ciudadanos armados a navaja y sable, cabalgando al paso contra el ejército imperial.

Llegamos a las murallas de Valencia el veinticuatro de octubre de 1811, pero las fuerzas de la ciudad nos retuvieron a sus puertas, y no fue hasta la madrugada del día siguiente que se nos permitió el acceso por la puerta de San Vicente. Tardamos una eternidad en atravesar la ciudad, hervidero de almas mezcladas por la incertidumbre, hasta tocar los pies del campanario, donde, salvo varios carros que cargaban los pertrechos de las familias más excelentes, nadie nos esperaba.

—¿Qué haremos ahora, Isidro? —dijo doña Genista—. Mucho me temo que Ricardo haya marchado hacia Sagunto sin su gente. ¡Maldito terco estúpido!

—¿A cuánto está Sagunto? —pregunté.

—A seis leguas, más que menos.

Alcé la mirada hacia la torre del campanario que se elevaba a nuestros pies, y ambos compartimos el mismo pensamiento. Nos abrimos paso a empellones para entrar en la catedral y hacernos con el acceso a la escalera. Un buen rato después, doña Genista y yo oteamos el horizonte desde el punto más alto de la ciudad.

Leguas y leguas de campo se extendían hacia el norte, sesgadas por unas finas líneas de plata que eran las ciecas que lo irrigaban. Más al norte todavía, unas líneas de humo negro confirmaban las sospechas de Genista. Habíamos casi reventado los caballos para dar alcance a los jinetes. Todo en vano.

Ni Genista, más airada que resignada, ni mi aguada vista se dieron cuenta de que seis leguas al norte, desde la torre del patio de los Agarenos, una bandera cubría al gallardete que nos reclamaba en un último intento desesperado contra el francés. Tampoco se dieron cuenta la veintena de hombres que se apostaban en lo alto del campanario. Dios no quiera que de aquello hubiese dependido el fin de la guerra.

La ciudad corrió espantada con las noticias de derrota cuando estas se oyeron, y la Enseña lloró toda la tarde por la pérdida de los nuestros. Genista no habló en todo lo que quedó de día, y únicamente murmuraba cabizbaja lamentaciones. No quisimos creer que nuestro Ricardo había caído en aquella batalla, y vagábamos mintiéndonos unos a otros.

Traté de buscar un alojamiento adecuado para los de Cartagena, y no tardaron en prestarnos el almacén de una antigua bodega. Solo albergaba una esperanza para mi amigo Ricardo, y le rogaba a

Dios que le permitiera vivir hasta que otros terminaran su cometido, o que hubiera muerto con el honor de la sangre en la batalla.

La noche del veintiséis fue rendido el castillo de Murviedro por don Luis María Andriani, y corrió por Valencia la noticia del encarcelamiento de dos mil quinientos setenta y dos hombres, a quienes se les dio grillete y cadena antes del amanecer. Caída Sagunto, no hubo tiempo de pensar o llorar, pues el siguiente objetivo en la lista de Suchet pasaba por Valencia.

Pasamos aquel triste otoño en la ajada bodega, abatidos todos por el cruento sino de mi muy estimado don Ricardo, y por el frío que se colaba bajo las puertas y las grietas del edificio para roernos manos y pies. Doña Genista también se volvió taciturna. Tras la caída de Sagunto buscó una habitación en Ruzafa, y apenas nos reunía una vez por semana en la bodega donde nos alojábamos. Casi respiré aliviado, pues su escasez de ánimo, mezcolanza entre tristeza y enfado, menguaba los ánimos de los de la Enseña, no tan acostumbrados a una líder silente. Sin embargo, la echaba terriblemente de menos. Sin Ricardo ni Genista me sentía solo. Con una responsabilidad que me iba tan grande como la ciudad que había jurado defender. Y únicamente el trabajo me arrancaba esa comezón del pecho y me permitía evadirme de nuestra suerte.

La ciudad tardó cerca de dos meses en cubrir las flaquezas que habían debilitado sus murallas hacía dos años, y pocos puntos flacos quedaron cuando las tropas de Suchet comenzaron a atosigar la ciudad. El cerco se había ido estrechando en torno a Valencia, y durante esos meses Suchet y sus segundos habían hecho estragos en las villas vecinas. Blake había convertido el palacio del Cervellón en su residencia, y dirigía las obras con mano de fierro.

Poco detrimento hicieron las primeras incursiones del enemigo, pronto dispersadas y dadas a la muerte, pero un peligroso presentimiento invadía el corazón de nuestro general. Conocía el riesgo al que se enfrentaba, y no quiso dejar ningún cabo suelto, pues el francés maniobraba con rapidez. El día de Año Nuevo amanecimos con las primeras zanjas francesas excavadas frente a la puerta de San Vicente, cerca de la ermita de Monteolivete.

Blake, aún agobiado por las tropas próximas a la ciudad, siguió enviando a sus hombres a desbaratar las líneas, con escaso éxito esta vez. Todo fue por fin resuelto la noche del cuarto día, cuando regresó con todo su ejército a Valencia, acompañado del grueso de su artillería. La ciudad quedó entonces vista para sentencia.

Genista depositó en mi persona la representación de la Enseña, y esa misma madrugada me fue permitido por fin hablar con el general Blake, quien me hizo pasar a su despacho en el palacio y me recibió con el gesto sorprendido de quien ve a un labrador enredado en temas de milicia. No era nuevo para mí.

—Me han comunicado, don…

—… Isidro. Isidro Ginés de Carrascoy, señor.

—Don Isidro. Me han transmitido que mantiene a su orden un pequeño grupo de soldados voluntarios por la patria. ¿Es así, caballero?

—A ese grupo no lo mantiene más que su amor a la patria y al rey, señor. Y no sigue órdenes, sino el mando encomendado a mi muy estimada señora dona Genista García.

—¿Encomendado por quién, si me permite? —interrogó Blake.

—Por ellos mismos. La Enseña del Paño Grana se autoproclama fiel al mando que la libere del yugo francés y el despotismo imperial, sea quien fuere.

Saqué de mi cartera el antiguo paño pintado por el barbero Serrano y lo presenté al general Blake. El dibujo había perdido la mayor parte de la pintura, y el tejido bermejo se veía manchado de pólvora, sangre y hollín.

—¿Ha combatido ya, mi señor Isidro?

—En San Onofre y Valencia, al mando de Saint-March, señor.

Asombrado, el general examinó los agujeros de bala de la bandera.

—¿Y sirvieron bajo el mando de esa tal Genista?

—No. Con ella estuvimos en la defensa de Cuarte. En San Onofre servíamos bajo el mando de mi muy querido señor don Ricardo Sancho de Tiñoso, oficial de la Marina española —respondí, cansado de tanto interrogatorio.

Blake soltó inmediatamente la Enseña al reconocer el nombre de nuestro amigo. Sequé de inmediato la lágrima de recuerdo que humedeció mis ojos, pues hubiese supuesto mi rendición a la desesperanza.

—Siento lo acontecido en Sagunto. Don Ricardo fue uno de los más entregados soldados en esa batalla, y los primeros regimientos fueron los que cayeron antes. Comprenderá…

—… que probablemente haya muerto, sí. Pero, si me permite, general, no creeré en esa posibilidad hasta que pueda llorar sobre el cuerpo muerto de don Ricardo. Hace dos meses que vivimos sumidos en la angustia.

—Está bien, don Isidro —dijo Blake—. Usted y sus siete hombres estarán preparados al mediodía frente a este mismo edificio, prestos a participar en la segunda defensa de Valencia. Que Dios nos asista esta vez como la primera. Marche en paz.

Salí del palacio más preocupado aún que antes. Sin embargo, corrí tanto como pude por las calles de la marchita ciudad. Los cadáveres de asnos y perros de toda clase se apilaban cubiertos de moscas a los lados de la calzada de tierra, como el augurio de la muerte que estaba por llegar. Las plazas estaban inundadas de gentes que malvendían fusiles atrancados, sables embotados y uniformes desvaídos con el fin de conseguir algo de calderilla con la que escapar del destino de la ciudad. Valencia se moría de hambre y enfermedad, y a la gente no le importaba dejar ver una navaja con el fin de salvaguardar la vida.

Cuando entré en la bodega, Genista ya estaba allí junto a los nuestros. Los miembros de la Enseña exhibían caras largas e inánimes, tratando de encajar en aquella encrucijada en la que nos habíamos metido. Bien era cierto que estábamos allí voluntariamente, pero no menos cierto era que nos invadía una extraña sensación que no habíamos tenido en la primera defensa de Valencia. Sin Ricardo, solo éramos viejos y obreros.

—Blake nos quiere frente a Santo Domingo en dos horas. Nos pondremos a las órdenes de Miranda o Lardizábal, según consideren —dije por fin.

—Y nos echarán de una patada en el culo —respondió doña Carmen—. ¿Qué cree ese generalico, que nos besarán el culo por adherirnos a él, o que olvidarán nuestra edad y achaques para hacernos marchar cuando la ciudad agonice? Maldita sea, Isidro. Esto conduce a nuestra muerte, de una forma u otra.

—He sido ordenado por Blake en persona. Se nos ha dado oficio y quehacer. Solo nos queda obedecer. Siempre podemos rendirnos y abandonar nuestra empresa. Fue lo que nos aconsejó Ricardo.

—Es el recuerdo de Ricardo quien ha recibido esas órdenes, no tú —dijo Genista—. Importamos menos que nada, y menos en la situación que soporta Blake. Está siendo acosado, y no le importa nada salvo su rango y mantener el tipo.

—Don Ricardo está muerto, Genista —espeté a mi comandante.

Genista cruzó mi cara de un guantazo. Perdí pie y caí de un costalazo al suelo. Un ardor me encendió el rostro, y la sangre me hirvió con fuerza, cuando grité a aquella mujer todo aquello que

no conseguía acallar en mi corazón.

—¡Es así, *acha*! Lo sabes tan bien como yo. Solo estamos nosotros, y solo nos queda obedecer. Por la Enseña. Por él.

La mujer se agachó y me agarró de las solapas de la chaquetilla. Cuando habló, me escupió salivica con cada palabra, con el rostro tan congestionado que por un momento tuve miedo.

—No vuelvas a repetirlo, Isidro. Ricardo no ha muerto hasta que vea su puto cadáver.

11

Al son de la Caramañola

Así fue que dos horas después marchamos hacia el convento de Santo Domingo para reunirnos con quienquiera que fuera nuestro mando. Pasaban las doce del mediodía, y nuestro ánimo estaba tan frío como la brisa que helaba las calles. Nos arrebujábamos bajo los gruesos mantones y caminábamos en fila arrastrando los pies. Despachábamos sin resistirnos nuestros ánimos a la muerte.

No habíamos ni salido de la calle del Mar que nuestras quejas fueron oídas por el Señor. Una estela luminosa cruzó el cielo y fue a estrellarse contra uno de los edificios que cerraban la calle. El brutal estruendo precedió al derrumbe del edificio en un caos de humo y fuego. Vimos cómo los que habían sobrevivido se lanzaban a la calle por las ventanas, tratando de huir antes de que se extendiesen las llamas que comenzaban a devorar los edificios derribados. Prefirieron morir aplastados que carbonizados. Y no los culpo.

Las dos monturas que llevábamos se encabritaron y se precipitaron calle arriba, perseguidas por Alejandra. Los ciudadanos corrieron en sentido contrario al nuestro, aterrados y cargados con las pertenencias que habían podido empacar. Pronto la Enseña quedó a merced de la desbandada general, y nos vimos arrastrados por la multitud.

Recuerdo aquel desconcierto en las calles de Valencia como si fuese ayer mismo. El fuego de las ruinas empezó a extenderse a los edificios vecinos, hambriento de almas. El calor era insoportable. El cielo parecía un campo arado por las líneas de humo que trazaban las estelas de los proyectiles. Resultaba imposible seguir su trayectoria, y varias veces caímos en el error para terminar justo en el punto donde impactaban las granadas, llenando la calle de cascotes.

Perdí a Genista en una de aquellas, y regresé a la calle del Mar para desembocar en la plaza de Santo Domingo, donde habíamos sido citados. Las bombas no dejaban de caer, aniquilaban todo a nuestro paso y cortaban las calles para sembrarlas de escombros y muerte. Por fin encontré en una de las esquinas de la plaza a Genista, quien se cubría el rostro con un pañuelo mojado. Costaba respirar aquel aire enranciado, pero intenté llamar su atención.

—¡Genista! ¿Qué habremos de hacer, *acha*?

Ella me miró, desorientada, y me respondió con un gesto de hombros. Ninguno de los dos sabíamos cómo actuar, y en cierto modo, creímos que moriríamos allí. Otra vez. Algún obús reventaría cerca, o nos aplastaría el derrumbe de algún edificio.

—Debemos alcanzar la plaza —resolví, con el ánimo flojo—. Son nuestras órdenes.

Levanté como pude a mi señora y recorrimos cojeando la distancia que nos separaba de la plaza. Allí, el desorden se arremolinaba entre el humo y las llamaradas que lamían los edificios. La ciudadela tronaba a la defensiva, pero el convento de Santo Domingo había sido mordido por las granadas en varios puntos. El lienzo de la muralla aún resistía, pero no duraría en pie muchas horas más de bombardeo sin un ejército que la defendiese. La ciudad estaba desamparada.

—¿Dónde están todos, Isidro? —preguntó doña Genista.

A modo de respuesta, una granada iluminó el cielo con su rastro de fuego, y fue a caer en la plaza.

Me di de bruces contra Genista justo en el instante en que el explosivo estallaba contra la cúspide del campanario del convento en un estruendo endiablado. El suelo tembló, y el remate del edificio comenzó a ceder. Pude observarlo con mis propios ojos. El torreón se desplomó en una nube de roca y argamasa que nos cegó bajo los escombros.

Creyéndonos muertos, caí bajo una de las traviesas, con el cuerpo de Genista entre mis brazos. Multitud de imágenes se proyectaron en mi mente, incapacitándome para pensar. Escuché un grito de alguien conocido, aunque todavía tardé varios minutos en reconocer la voz de doña Carmen. Unos brazos me sacaron de entre las ruinas, junto con mi señora Genista. Mi comandante parecía un fantasma, tan cubierta de polvo como estaba.

—¡Dios mío! ¿Están bien? —preguntó el barbero don Manuel, mirando de reojo el campanario en ruinas. De la torre abierta brotaban llamas que chamuscaban con impaciencia los escombros. Se santiguó al contemplar la ruina en la casa de Dios y nació en sus ojos una lagrimica.

Rafael era quien había apartado los escombros, y descansaba en aquel momento sentado sobre un trozo de madera. Tras abrazarlo, le preguntamos por Alejandra y Juanito. Nada sabía de ellos. Con el gentío y las explosiones habían perdido la orientación, y no había sido hasta que oyeron el estruendo en la plaza que no se dieron cuenta de donde estaban.

La plaza estaba perdida bajo un amasijo de rocalla, y únicamente grupos dispersos de soldados trataban de mantener las posiciones, acosados constantemente por los proyectiles. Todos nuestros esfuerzos por contactar con algún oficial resultaron fútiles, de forma que decidimos reunirnos al otro lado de la ciudad. Abatidos, éramos deudores de nuestra posición, acabados como la vida de don Ricardo.

—No se desgañite, buen Isidro. Todo está perdido ya —fue la cruel sentencia de Genista. Don Manuel y doña Carmen asintieron, confirmando la tragedia.

Las bombas siguieron cayendo durante todo el día. Las cifras oficiales registraron un millar, pero dudo que nadie se hubiese dedicado a contar las granadas en aquel episodio que vivimos. En su rabia ígnea, barrenaron los muros de la universidad, e invadieron a fuego la biblioteca y el palacio arzobispal.

Blake se encerró en el palacio al día siguiente, y respondió con inflamación a las intimaciones de Suchet. Sin embargo, más agraviante resultó su actitud para con aquellos que entraron en su despacho para increparlo contra el francés. Dichos revolucionarios fueron apresados y llevados a baterías. No quise por ello enfrentarme a las iras de mi general, y desistí de mi intención de ir a pedir órdenes.

Dos días hicieron falta para que los franceses por fin abrieran una brecha en los muros de la puerta de San Vicente. Penetraron a fierro y pólvora bajo el fuego de los defensores, los cuales no tenían mayor ocupación que contener el ardor de su enemigo a raya. Blake decidió entonces mandar a varios oficiales con la promesa de capitular, bajo la condición de que se dejara evacuar el grueso del ejército junto con el pueblo valenciano y sus bagajes.

—¿Cómo? —exclamó Genista cuando se enteró de la decisión del general—. ¿Y adónde narices irá esta gente? Blake no está en sus cabales.

—Blake propone que pidamos asilo en Alicante o Cartagena —respondí, exhausto—. Pero pierda cuidado, Genista: Suchet ha denegado la propuesta. Insiste en que esto se debe resolver según los estándares de la guerra, con una capitulación sencilla y firme.

Esa misma tarde se formó un consejo de guerra con doce jefes, y bajo las órdenes de Blake se decidió zanjar la capitulación, que no se verificaría hasta el día siguiente. Así fue que el nueve de enero de 1812 entraron los franceses por la puerta del Mar, y ocuparon de inmediato la Ciudadela.

Terminó con ello la guerra en Valencia.

Los cinco que quedábamos de la Enseña permanecimos a la merced de lo que nos deparara el destino, lamentando no haber salido dos días antes hacia Cartagena. Don Ricardo no había huido cuando vio su sino, y aquello era lo único que nos movía a no desplegarnos hacia nuestro hogar. Tampoco íbamos a ponérselo fácil al invasor. Nos escondimos en la pequeña bodega a la espera de que las tropas francesas se diseminaran por las calles y, cuando la ciudad pareció acallarse, Genista nos ordenó salir.

—¿Cuál es el plan, mi señora? —preguntó doña Carmen, moviéndose con lentitud. Sus huesos comenzaban a protestar tras todo aquel trajín.

—No lo sé —respondió Genista—. Callejearemos hasta que encontremos una brecha en la muralla. Es lo único que podemos hacer. Valor, doña Carmen.

Escondimos las armas como mejor pudimos y nos dispusimos a patear las calles. Había mucha gente desperdigada aquella tarde, azuzados por los grupos de soldados. Varias decenas de valencianos estaban ocupados removiendo los escombros de las calles, de manera que tratamos de imitarlos, apartando cascotes y vigas a un lado de la calzada.

No llevábamos mucho en ello cuando se nos acercó un oficial y permaneció un momento mirando a doña Carmen. No éramos, ni como mucho, del palo de los trabajadores que habrían elegido para tal efecto.

—¡Usted! Deje lo que esté haciendo y acompáñeme, señora —dijo el soldado a la anciana costurera, con la mano presta a desenvainar el sable.

No caminaron más cuando el cañón de una pistola se asentó ligero sobre la sien del oficial, pues Genista no había estado desocupada mientras tanto.

—Déjala en paz, gabachico —dijo mi comandante.

El oficial se revolvió rápidamente sobre sus talones y golpeó a Genista con el puño, lo cual hizo que se le resbalara la pistola de la mano y cayera al suelo. El soldado entonces gritó a sus camaradas, y en un par de segundos tuvimos media docena de fusiles apuntándonos.

—¡Abajo las armas! —dijo en correcto castellano el soldado de mayor divisa.

Obedecimos de inmediato, calculando las posibilidades que teníamos de escapar de aquello. Pronto comprendimos que no había ninguna.

—Ya hemos tenido suficiente muerte por hoy, ¿no lo creen ustedes? La sangre se lava mal. — Ordenó algo a sus compatriotas, y nos maniataron para llevarnos en cadena hasta el campamento francés, dispuesto en el Arsenal.

El patio del edificio estaba plantado con varias tiendas de campaña, que nos albergarían hasta que decidieran qué hacer con nosotros. Pese a nuestras protestas, que sentenciaron con tremendos golpes, nos separaron a Genista y a mí del resto de la Enseña.

El bullicio de los soldados delataba su victoria. Los nuestros, hacinados como piojos en costura, teníamos el peor aspecto posible. La vergüenza de todo un reino. No había entre nosotros viejos ni cojos, ni mucho menos heridos, pues todos habían sido pasados por la espada o fusilados sin piedad. Demasiada sangre. Había que temerse lo peor.

Las tiendas que hacían las veces de hospital de campaña únicamente fueron ocupadas por los invasores, pese a toda la palabrería que habían intercambiado Suchet y Blake desde sus dependencias. Ninguna promesa valía cuando la cabeza del vencido yacía bajo la bota del vencedor. Cruzamos a través de varias tiendas, rebosantes de soldados heridos. Vendados hasta los ojos y sangrando dolor rojo, enderezaban sus muletas para venir a escupirnos y empujarnos a lo largo de nuestro paseo de vergüenza hasta la que sería nuestra prisión.

Ya bajo la lona, nos dejaron maniatados en una larga fila, custodiados por diez o quince soldados con sable y fusil. A mi lado, Genista cerraba los ojos, como rezando algo.

—Lo siento, Genista. Le he fallado.

—Cállate, Isidro. —Abrió de repente los ojos y me dio un golpe en el costado que me cortó la respiración.

Volvió a contenerse, moviéndose de forma extraña. Largo rato estuvo así, en un continuo vaivén, hasta que pude ver sus manos. Estaban libres. En una de ellas empuñaba el cuchillo que tiempo atrás había tenido la sensatez de guardar en el vuelo de su falda. Hice como que no lo había visto, cuando uno de los guardias entró en la tienda de campaña. Genista continuó fingiendo que rezaba, hasta que el soldado trató de levantarla a la fuerza, y esta le lanzó una rápida cuchillada al cuello.

Comprendí las intenciones de la mujer, y agarré al soldado por el pescuezo, ahogando su grito con las ataduras de mis manos. Tras cortarme las cuerdas, desnudamos al francés y escondimos su cuerpo tras unas barricas, ante los ojos impresionados de los demás reclusos. Antes de que comenzasen a solicitar nuestra ayuda, me vestí con las ropas del soldado y salí de la tienda por el pliegue de un lado.

La luz del sol me deslumbró, pero no había nadie cerca. Tomé a Genista del brazo, y la conduje al exterior. Los soldados que iban y venían entre las tiendas no repararon en nosotros. Quizás creyeron que la mujer era mi prisionera, aunque no les di tiempo de dudar. Nos apartamos a un lado, y rebuscamos entre las ropas desechadas de los heridos.

—Están empapados en sangre. No sé si nos servirán —exclamé. Pero Genista, sin dar tanta importancia al hecho, se vistió con los jirones ensangrentados y nos dimos el queo de allí. Genista se recogió el cabello para evitar ser reconocida. Se encasquetó un raído sombrero, y me empujó adelante.

—¿Dónde están, Isidro? —me preguntó—. ¿A dónde habrán llevado a los demás?

—No los encontraremos si no nos escabullimos entre la caterva.

Casi sin pensarlo, Genista entró en una de las tiendas, y llenó una jarra con la cerveza de un barril. Estaba caliente como una sopa, pero brindó con tantos soldados como halló por el camino. La mayoría estaban tan gozosos por estar vivos que no hicieron por identificar a la mujer; simplemente levantaban sus jarras y brindaban con ella.

Seguimos buscando por el patio, cuando de repente nos sobresaltó un escándalo a los pies del torreón de ladrillo. Doña Carmen y don Manuel estaban arrodillados frente a dos fusileros, con los brazos abiertos y gritando improperios. El joven Rafael no andaba lejos, retenido y con el cuello cruzado por un sable. El captor apretaba rabioso el acero, mientras el hombre no paraba de revolverse.

—¡Eh! —llamó la atención Genista, mientras corría hacia los soldados. Había sido más impulso que decisión, pero no dudó ni un segundo.

Los soldados, con los fusiles calados, tardaron unos preciosos segundos en darse cuenta de que nos tenían encima. La jarra de barro de Genista se estrelló contra la cabeza de uno de ellos, y se rompió en mil pedazos. Un fusil disparó, y su plomo pasó silbando a un palmo de nuestras narices, para encastrarse en los muros del torreón. Aprovechando el momento, me lancé contra el otro soldado y apreté con mis manos desnudas su cuello, hasta que dejó de respirar. Fue terrible. Apenas era un chiquillo, y perdió la vida entre mis dedos sin saber siquiera de dónde habíamos salido.

El tercer hombre todavía tenía a Rafael. Murmuró algo en francés mientras apretaba el filo del sable contra el cuello de nuestro amigo. No hizo falta entender una palabra. Unas lágrimas de sangre brotaron de su barbilla lampiña, pero Rafael no era el tipo de hombre que se quedara parado

esperando la muerte, así que clavó con fuerza el talón de la bota en la entrepierna del soldado. Cayó al suelo en un sonoro costalazo, de forma que Rafael pudo apoderarse del acero y hundirlo en la panza del pobre desventurado.

Vestimos a los dos ancianos con la ropa de los soldados muertos, y nos hicimos con sus fusiles, varias papelinas de pólvora y tres pistolas de chispa. No andábamos sobrados de tiempo, e iban a descubrir pronto nuestra fechoría, así que salimos de allí tan rápido como nos fue posible.

Salir de la ciudadela sin ser vistos no resultó tarea fácil, dado que el acceso principal no carecía de custodia. Con aquella planta que teníamos, los cinco hubiesen caído rápido en manos del vencedor, y llevados a fusilar. De esta forma, nos pudimos colar por una estrecha escalera que conducía a un pasillo superior, donde un soldado custodiaba una serie de celdas. Antes de que pudiese darse cuenta lo pasamos por el fierro en silencio, y continuamos a través del pasadizo, cuando una voz nos llamó desde una de las cámaras.

—¡Genista, Isidro! ¿Son ustedes?

El primer sentimiento fue de sobresalto, pero luego la sorpresa me desarmó por completo. Caí de rodillas al suelo, mientras las lágrimas brotaban huidizas. La muerte en ocasiones aparta la vista para reconfortar a aquellos que viven.

—¡Ricardo! —gritó Genista, enloquecida, mientras trataba de abrazar a nuestro oficial a través de los barrotes. Al igual que yo, lloraba jubilosa.

—¿Cómo sabían que me retenían aquí? —preguntó nuestro amigo, sin duda creyéndonos fantasmas. ¿Qué otra cosa podíamos aparentar, vestidos de aquella guisa?

—¡No lo sabíamos, estúpido! Intentábamos escapar de este lugar. ¡Te creíamos muerto, maldita sea!

—Y lo estarán pronto si no huyen de aquí. Sigan corriendo por este corredor, pronto vendrán más. ¡Váyanse! ¡Vamos!

Como mal augurio cumplido, una lluvia de perdigones acribilló la pared, y dos o tres soldados entraron a tropel. Formaron e hicieron fuego. Genista probó a encajar un acerico en el hueco de la cerradura, mientras Rafael y yo devolvíamos tanto fuego como podíamos con las pistolas robadas. Los soldados no estaban lo suficientemente cerca como para apuntar con precisión, pero en aquel corredor no había ni un lugar donde cubrirse. Éramos un blanco fácil.

Don Manuel y doña Carmen cargaron los fusiles, y dispararon contra los soldados. Lo que no conseguimos con las pistolas lo hicieron ellos. Uno de los franceses cayó muerto de un perdigonazo en el pecho. Otra descarga enemiga, y un plomo acabó enterrado en la carne del hombro de doña Carmen, quien soltó de inmediato el fusil.

—¡Al suelo, señora! —dijo Genista cuando por fin consiguió abrir la puerta.

Salimos de aquel pasadizo por puro milagro, perseguidos por los invasores hasta el final del corredor, que logramos cerrar con la verja de fierro que lo custodiaba. Bajamos renqueando las escaleras que daban al patio. Este estaba prácticamente vacío, pero unos soldados se nos quedaron mirando con extrañeza. Genista pensó más rápido. Golpeó con tanta fuerza a Ricardo en el rostro que le hizo escupir un trago de sangre. Los más veteranos se acercaron para preguntarnos adónde llevábamos al preso.

—¿Que a dónde me llevan? —rio Ricardo, colérico y con la boca ensangrentada—. A la horca, malditos gabachos. ¡A la horca!

Uno de aquellos hombres hizo el ademán de golpear a Ricardo, pero lo detuve sujetándole el brazo. El tipo me miró con los ojos inyectados en sangre.

—Está bien. Adelante —dijo por fin el de mayor graduación.

Llegamos por fin a las puertas de la ciudadela, custodiadas por dos hombres con los fusiles al hombro. Murmuraron unas palabras en francés que no entendí. Pero comprendí que no tendríamos la misma suerte que en el patio. Doña Carmen y doña Genista ocultaban su rostro calándose el tricornio, pero la mirada de los soldados se centraba en mí y en don Ricardo. Para nuestra sorpresa, nos procuraron sus fusiles con una sonrisa en los labios, y, sin creer en nuestra suerte, tomamos las armas y huimos a paso apretado de la ciudadela, para escabullirnos por la ciudad.

En una desierta plaza cercana nos desembarazamos de los disfraces, y pudimos por fin abrazar a mi muy querido Ricardo. Había perdido peso tras todo aquel tiempo enclaustrado, y sus huesos macilentos se marcaban con violencia sobre su piel resquebrajada. En varios puntos tenía contusiones y cortes, pero ninguna herida de gravedad. Fue aquel un encuentro tan feliz que pronto olvidamos los peligros a los que nos exponíamos allí.

—¿Cómo lograron escapar? —preguntó doña Carmen.

—Fue cosa de Genista —respondí yo—. Ella rasgó las ataduras, y yo robé los uniformes. Tratábamos de huir de allí cuando los encontramos por casualidad.

—¿A nadie más? —quiso saber don Ricardo.

—No, Ricardo —respondió Genista—. No hemos tenido noticias de Juan ni de Alejandra desde el bombardeo de Valencia. Esperábamos que se nos adhirieran, pero antes vino el francés que los nuestros. Ojalá no les haya pasado nada y hayan podido huir a tiempo.

Ricardo hizo un mohín de tristeza, y respiró hondo.

—No queda mucho tiempo. No tardarán en darse cuenta de nuestra artimaña, y se nos echarán encima. A propósito, doña Carmen, ¿cómo va su hombro?

—No me puedo quejar. Al menos puedo moverlo. No pierdo mucha sangre, pero siento el metal dentro. ¿Qué haremos ahora?

—Escuché que dos soldados estaban diciendo que cierta señora pasa gente al otro lado de la muralla a través de un boquete en el muro de su patio. Según decían, todavía no habían conseguido dar con ella. Podríamos intentarlo —dijo Ricardo.

—No tenemos otra, señores —exclamó don Manuel—. Es ahora o nunca.

Marchamos para recorrer las calles que daban al lienzo de la muralla, aun a riesgo de ser descubiertos por las partidas de soldados que circulaban por la ciudad. Llamamos puerta por puerta a todos los vecinos cuyas casas todavía estaban en pie, pero quienes nos abrieron no sabían nada. Al contrario, se ofrecieron a acompañarnos, cosa que tuvimos que rechazar firmemente. Ya éramos un grupo suficientemente crecido como para llamar la atención de las partidas de guardias que rondaban por las calles. En varias ocasiones tuvimos que correr hacia algún callejón o escondernos en las ruinas de alguna casa derrumbada para evitar ser descubiertos. No llegaríamos lejos si teníamos además que encargarnos de los locales.

Genista señaló por fin una de las casas que se apoyaban contra el muro. A simple vista parecía una casucha abandonada como otras tantas, con la techumbre hundida y las ventanas reventadas. Pero en el piso superior, apoyado en el alféizar de uno de los ventanucos, se veía un tímido candil tremulento.

—Debe de ser ahí —indicó don Ricardo—. Nadie más encendería un candil en un día como este.

Llamamos dos veces a la puerta, y a la tercera se abrió un resquicio por el que asomaron unos ojos de mujer espantados, negros como el azabache.

—¿Quién os envía? —dijo quien estaba al otro lado de la puerta en un tono cortante.

—Nadie, mi señora —respondí, suplicando ayuda—. Huimos del presidio y buscamos asilo. Háganos el favor de permitirnos el paso.

La mujer nos respondió que no iba a dejar pasar a quienes podrían ser unos delatores de los soldados invasores, y nos cerró la puerta en nuestras narices. No pude hacer nada, y tampoco sirvió que volviese a llamar a la puerta. Oímos los pasos pesados de la señora subiendo la escalera, y tras un momento apagó el candil de la ventana.

Nos marchamos de allí tan indignados como derrotados, para buscar algún lugar donde pasar la noche. Hacía mucho frío, y doña Carmen, apoyada sobre mi hombro, temblaba incontroladamente. Genista lanzaba improperios al aire, y Ricardo trataba de hacerla callar, sin mucho éxito. Habíamos perdido toda la esperanza cuando alguien chistó a nuestras espaldas.

—¡Genista! ¡Ricardo! Dios bendito, ¿son ustedes?

Nos costó lo nuestro reconocer en medio de aquella oscuridad a quién pertenecía la voz. Nuestra bienamada Alejandra acudía a nosotros corriendo por la calle. Olvidamos el peligro al que nos exponíamos para ir a abrazar a nuestra compañera, como si hiciera meses que no la hubiéramos visto. Hasta el barbero Manuel derramó una lagrimica cuando la joven *acha* casi lo asfixió en un abrazo.

—Lo siento mucho, compañeros. Hemos tenido varias complicaciones en las últimas horas, y hemos sufrido un par de registros por parte no del francés, sino de gente que se hacía pasar por víctimas para pillar a doña Ana en alguna trama. Por eso ha tenido que despacharos de esa forma. Si no hubiese sido por los insultos de Genista, no os hubiese reconocido. Acompañadme y estaréis a salvo.

Doña Ana, la dueña de la vivienda, era una mujer enérgica a pesar de sus casi sesenta años. Junto a su marido Miguel, aquejado de cojera, nos recibieron a la lumbre del lar. Charlando animadamente con el hombre estaba Juanito. Cuando vio a su hermano, saltó de su asiento para ir a abrazarlo, con un grito de arrobamiento.

—Sepan ustedes que corremos un gran peligro —sentenció seriamente doña Ana—. Si los franceses saben de su presencia aquí, serán fusilados, y nosotros correremos el mismo sino. Así que no podrán quedarse más de lo estrictamente necesario. Anda, Miguel, tráele a esta gente un chusco de pan y algo de la sopa de esta mañana, para que puedan echar algo a las tripas.

El marido se levantó del asiento y fue renqueando a la despensa.

—No sabe lo agradecidos que estamos, señora —dijo Ricardo—. Es nuestra única oportunidad para salir de la ciudad.

—No dé las gracias tan pronto, querido. Al menos, hasta que estén usted y los suyos lejos de las murallas. Hasta entonces, silencio. Hay soldados recorriendo las calles y plazas.

Comimos con agrado aquella escudilla fría de caldo de pollo, mojando en ella el pan duro, y tragándolo a duras penas a través de nuestro gaznate reseco. Ni que decir tiene que nos supo al mejor guiso de nuestras vidas.

Terminado el ágape, don Ricardo consideró que debían curar a doña Carmen. El oficial, más hábil que nosotros en aquellos asuntos, introdujo la punta de su cuchillo en el hombro de la anciana, mientras se revolvía dolorida y mordía un listón de madera. El regusto metálico de la sangre al herirle las encías no era nada comparado con el castigo de ver su carne hurgada. Cuando por fin Ricardo sacó la esfera de plomo, doña Carmen sollozó en silencio, como una chiquilla. Cosió como pudo la herida, y la vendó.

Descansamos un par de horas, y luego doña Ana nos condujo al patio de la casa, que no era sino un espacio abierto de menos de dos varas cuadradas. Vimos cómo la señora apartaba varias tablas y escombros de la pared del fondo para revelar un boquete por el que pasaba muy justamente un adulto.

—Si siguen el cauce del Guadalaviar hacia poniente, deberían estar a salvo en menos de una hora. Cuídense de no hacer ningún ruido ni encender lumbre alguna y todo irá bien. Vayan con Dios, y que los guarde a ustedes.

—Gracias, señora —tercié yo.

El pasadizo excavado en la muralla aprovechaba un derrumbe en forma de codo, estrecho y parcialmente tapiado con ladrillo viejo. Nos tuvimos que agachar para salir por la otra parte del muro, con lo que nos apoyamos sobre el barrizal helado del suelo. Las paredes supuraban una humedad fría que nos empapó los jubones y nos hacía tiritar. Pero tras el esfuerzo pasamos al otro lado. La oscuridad era casi total. Al fin libres, no perdimos tiempo antes de correr a lo largo de la muralla hacia el oeste, como nos había indicado doña Ana.

En aquella noche cerrada, la oscuridad solo se rompía en la lontananza por alguna hoguera o bujía encendida. El cauce del río no estaba tan seco como habría cabido esperar, de forma que anduvimos con cuidado por el camino para evitar caer en las frías aguas o ser arrastrados en mitad de la noche. Cada vez que pasábamos bajo un puente conteníamos la respiración y medíamos cada uno de nuestros pasos, para que ningún guardia pudiese escuchar un descuidado crujido de hierba o el chapoteo en un charco. Hacia la medianoche llegamos al puente de San José, y de allí remontamos el camino hasta Tendetes.

A las puertas de la pedanía, un pequeño grupo de soldados montaba guardia para vigilar el camino, de forma que tuvimos que lanzarnos contra ellos, pues no estábamos dispuestos a cruzar huerta y campo a través en mitad de la noche, a riesgo de perder la orientación.

Ricardo tiró varias piedras a un lado del camino, con lo que consiguió separar al grupo. Saltó sobre nosotros y se abalanzó directamente hacia dos de ellos. Ninguno de sus fusiles tronó en la noche, y pudo pasarlos por la espada mientras Genista y yo nos encaramos contra el resto. Uno de ellos cayó muerto, pero dos más descubrieron nuestra posición y dispararon un par de salvas, que silbaron cerca de nuestras cabezas. Ricardo logró hacerse con ellos, pero no evitó que un par de soldados montaran en sus bestias y saliesen al galope de allí para emprender el camino a Valencia.

—¡Maldita sea! Esos volverán pronto con una partida a caballo —dijo Ricardo—. Apurémonos y salgamos de este lugar.

Seguimos el camino hacia el noroeste, trazando la acequia de Mestalla y rodeando el convento de la Esperanza. De esperanza andábamos cortos, así que no pude sino pedir a la Virgen que nos guiara y nos permitiera terminar nuestra gesta tras salvarnos la vida en el campamento. Azuzados por mi señor don Ricardo, los restantes miembros de la Enseña dimos presteza a nuestra andadura para poner la máxima distancia posible entre nosotros y el enemigo. Todos teníamos por seguro que, si no habían empezado las operaciones de búsqueda, no tardarían en preparar las caballerías para una caza sencillísima, una vez saliera el sol.

Caminar por el marjal en mitad de la noche no era tarea sencilla, aun con la ropa adecuada. Con aquellos harapos y unas botas demasiado anchas, cualquier larga caminata suponía un terrible esfuerzo, agravado por la aparición de grupos supurantes de ampollas alrededor de los tobillos y en la planta del pie.

Quejosos y hambrientos, fuimos pasando las aldeas no ocupadas, cruzamos los enormes eriales de tierra crujiente y atravesamos a nado las acequias de mayor caudal. Todos nosotros tuvimos que lidiar con sanguijuelas, de las que nos encargábamos, cuando teníamos un rato de descanso, con el cuchillo de Genista. Más preocupante fue la mordedura de la víbora que recibió Juanito, y que lo obsequió con una virulenta fiebre días después.

Salimos al fin de los campos, pero no nos atrevimos a andar mucho tiempo por el camino

principal, y al más mínimo crujido de hojarasca nos escabullíamos entre los huertos, sin importar las caídas, arañazos o rasgaduras que las ramas bajas nos pudieran ocasionar. En todas partes veíamos franceses con el fusil pronto a terminarnos, aun cuando el silencio de la madrugada prevenía de cualquier ataque inadvertido.

Al final, tuvimos que confiarnos y parar a descansar en un estrecho edificio al margen del camino. La construcción, un antiguo partidor de aguas, contaba con cuatro paredes de ladrillo visto que apenas dejaban espacio para los que éramos, mal extendidos por el suelo. Intranquilos y extasiados, pronto el sueño se apoderó de nosotros; y yo, maldita fuera la hora, me ofrecí para la primera guardia. ¡Qué mal me conocía! El sopor general me invadió lo mismo que a los demás, y de igual forma mis miembros cayeron muertos al primer ronquido.

Tal vez hubiese ocurrido lo mismo de haber estado despierto. Nunca lo sabré. El caso es que me despertó un brutal jaleo, y cuando abrí los ojos tenía un fusil encañonándome la frente cuyo dueño me gritaba algo que al principio no entendí. Aún tardé un buen rato en darme cuenta de que no me gritaban en francés, sino en valenciano, y que los asaltantes vestían al uso español.

El individuo que me apuntaba estaba embozado en una manta de lana tejida a rayas de colores, y cubría su cabeza con un sombrero chato de fieltro. A mi alrededor, otros hombres y mujeres vestidos de forma similar empujaron a mis compañeros fuera del edificio a golpe de culata. Todos ellos estaban tocados con sombreros, boinas o barretinas, y ocultaban su rostro de las formas más improvisadas, desde con trapos a pañuelos de mujer.

Nos sacaron al sol y nos maniataron, aun a pesar de nuestras protestas. Éramos españoles, decía con total calma nuestro oficial don Ricardo, huidos de Valencia y buscados por las patrullas galas. Pero el pobre hombre solo recibió un golpe de fusil que lo dejó fuera de combate por un rato. Tampoco el alboroto y la resistencia de mi señora Genista supusieron mayor agobio para aquellos bandoleros, una vez amordazada.

Nos condujeron por una serie de sendericos desvencijados, y atravesamos ocho o nueve huertas extensas. Llegamos a un caserón de dos alturas, alrededor del cual se desperdigaban dos docenas de individuos. Los había jóvenes y fuertes, con el tabaco en la boca y el fusil al hombro, pero también había zagalicos correteando entre las faldas de sus *mares*.

Entre aquellas huertas invernales se escondía la resistencia de la ciudad. Cuando lo creíamos todo perdido, nos sorprendió tal cantidad de soldados que, reparando a hilo y aguja sus uniformes cosidos a balazos, seguían al pie del cañón. En el camino habíamos topado hasta con tres vigías que escrutaban el camino en busca de enemigos y que no se tranquilizaban hasta oír el santo y seña, pero ahora podíamos observar lo que con tanto arreglo salvaguardaban aquellos hombres. Aquella revolucionaria resistencia no hacía más que increpar al enemigo, solicitándole el billete más rápido para la vida próxima: el fusilamiento.

Fue extraña la forma en que fuimos recibidos, nosotros que éramos los últimos supervivientes de Valencia. Aun sin esperar gran jolgorio por nuestra presencia, aspirábamos al menos al trato digno de quien ha vivido una calamitosa penuria.

—Aires militares —suspiraba Genista para sus adentros.

—¡Aires militares! —respondía yo tras la mordaza, indignado.

Nos recogieron a todos en una habitación estrecha de la planta baja, sin mayor luz que la que se filtraba por un ventanuco pulverulento. Allí aguardamos hasta que vino un característico personajillo mal embozado con capa, manta y unos calzones demasiado grandes para su tamaño. Al primer golpe de vista deduje que aquel hombrecico no acostumbraba a vestir al uso del siglo. De poco me equivocaba, aun sin conocer la historia del vehemente individuo ni del papel que más tarde

desempeñaría en aquella guerra. Iba el hombre acompañado de un séquito de cinco hombretones que le pasaban una cabeza y media. Nada bueno auguraban aquellos mozos de mirada avinagrada, y nos preguntamos si aquellos iban a ser los que nos iban a fusilar.

El señorito, muy altanero él, tampoco tenía mal ojo para evaluar la situación, en tanto que pilló a don Ricardo por banda y lo apartó del compacto grupo en el que estábamos. No se agobió mucho cuando se dirigió a los suyos.

—Vamos a ver, caballeros —dijo tranquilamente, mirando a los que claramente eran subordinados —. ¿Quién de ustedes ha traído a estos… ocho individuos?

El hombre de la manta, el que me había despertado de mi guardia a trompazos, salió de entre el grupo. Quizás creyó que iba a ganarse el favor del hombrecico, pues sonreía como un chaval pagado con una chuchería.

—Yo, padre Nebot —dijo en mitad de un saludo de respeto.

El tal Nebot, sin mediar palabra, se quitó uno de los guantes y fustigó con el cuero el rostro del desgraciado, que se encendió al instante, de escozor y rabia. El tipo fue a echar mano al sable que pendía de su cintura, pero Nebot lo retuvo sujetándolo del brazo, con lo que su honor se quedó sin satisfacción.

—Las letrinas de las caballerizas rebosan desde hace dos días. Algo debe de funcionar mal en los desagües. Hágase cargo de ello —dijo el hombre en un descansado tono imperativo, como si un segundo antes no hubiese visto amenazada su vida—. ¿Saben por qué lo he golpeado? —preguntó luego a don Ricardo.

Este lo miró, y respondió con un gesto afirmativo.

—Un tipo listo, sí, señor. Lo he golpeado por no haber hecho lo más honesto en estos casos: fusilar al intruso. Porque no solo no ha hecho lo correcto, sino que los ha traído a ustedes aquí. A mi campamento. ¿Entienden el error? ¿Creen que debería fusilarlo a él?

El hombrecico rio chistosamente, en una carcajada aguda. Nos observó con una mirada afilada, pendenciera. Pero ninguno respondimos.

—¡Pero si solo es un chavalillo! —continuó Nebot—. No me ha dado otra opción que suministrarles a ustedes una buena ración de plomo. ¡Con lo caro que resulta en estos días tan aciagos! Lamento todo este guirigay, señoras y señores. Normalmente suelo terminar con estos asuntos más rápidamente.

Chistó a sus soldados, y nos empujaron fuera, para situarnos en orden frente a un muro. Sabíamos lo que iba a suceder a continuación, cuando Nebot pidió a sus hombres que apartaran a los niños que correteaban cerca. Cuando volvieron, portaban sus fusiles ya cargados, y se colocaron en una apretada fila.

Genista roía sus ataduras, tratando de arrancárselas a bocados. Don Ricardo pataleaba y gritaba en contra de aquella enajenación, y yo intentaba mantenerme en pie ante la posibilidad de desfallecer. Era absurdo que los españoles nos matáramos como pollos cuando el enemigo campaba a sus anchas en nuestro hogar. No habíamos escapado de Valencia para caer muertos en aquel erial.

—Digan, como última muestra de cordialidad: ¿quién los envía? ¿Quizás Suchet?

Ricardo lo negaba a gritos, jurando que solo doña Ana nos había dejado marchar. Que habíamos escapado de la ciudadela, y que llevábamos caminando toda la noche.

—¡Esa sí que es buena! Usted cree que soy estúpido, ¿no? ¿Cree que voy a tragarme que estos tres viejos han conseguido escapar de la ciudadela de Valencia? ¿Voy a creer que se han enfrentado al grueso del ejército francés? Y, claro, piensa que voy a permitir que escapen para que vayan a relatarle al mariscal nuestra posición. ¿A cambio de qué? ¿De treinta piezas de plata?

—Es la verdad, señor —conseguí decir—. Esta mujer y yo liberamos a don Ricardo del presidio, y conseguimos llegar hasta doña Ana. Combatimos en Valencia bajo el nombre de la Enseña del Paño Grana. ¡Somos milicianos!

—¡Vaya, viejo! ¡Si resulta que es usted un héroe! —rio el hombre—. Muera usted como tal y deje de proferir farsas. Han sido descubiertos, y aquí terminará esto. ¡Atención, caballeros!

Una docena de tiradores bajaron sus fusiles, que resplandecieron con las primeras luces de la mañana. Los que íbamos a ser ajusticiados nos apiñamos, tratando de sentir el calor de los unos contra los otros en aquellos últimos momentos. Pero un segundo después algún dios se apiadó de nuestra alma. Debió de hacerlo, y es por ello que hoy puedo estar relatando esto aquí.

—¡Asensio! ¡Qué desfachatez ocurre hoy aquí, por el amor de Dios! ¡Don Ricardo!

El que había hablado era un joven guerrillero que se acercó a mi señor y cortó sus ataduras con un puñal. Rondaría la treintena, y, a diferencia del padre Nebot, carecía del carácter de su compañero. Bien peinado y vestido de galas militares, nada tenía que ver con el padre Nebot. Cuando Ricardo lo reconoció, medió una sonrisa y lo abrazó fraternalmente, por ser su salvador.

—¿Cómo se encuentra de salud, Romeu? —dijo en un hilico de voz.

—No tan mal como usted, mi buen Ricardo. ¿Qué ha sucedido, compañero?

Ricardo lanzó una mirada venenosa al padre Nebot.

Aquella fría mañana comimos todos alrededor de una mesa larga, calentados por dos pares de hogueras encendidas a pocos pasos entre sí. Nadie parecía recordar que una hora antes íbamos todos a morir fusilados. Los de la Enseña, menos dispuestos que los de la resistencia, no hablábamos con nadie, y dábamos cuenta de las verduras asadas que cubrían la mesa. Solo don Ricardo charlaba animadamente con José Romeu.

Resultó que el joven había sido el comandante de las milicias honradas de Chiva y Cheste en la batalla de Sagunto, donde había conocido a mi señor don Ricardo. Cuando Ricardo fue capturado, Romeu intentó por todos los medios liberarlo, pero un grupo de jinetes lo rodeó, y descargaron contra él y los suyos. Tuvo que darse el queo y abandonarlo a su suerte, y se lamentaba desde entonces. Es de entender que el hecho de encontrarse de nuevo en aquellas circunstancias lo llenó de alegría.

—Debería venir conmigo a Alicante, buen Ricardo. Allí todavía quedan ciertos núcleos de resistencia que harán algo más que incomodar al emperador. En esta tierra se ha muerto todo lo que amábamos, ¿no es así, Fraile?

El padre Nebot, que comía sin mirar a nadie, asintió. El asunto de aquella mañana lo turbaba todavía, y aún no había recuperado la presencia de ánimo. Tampoco nosotros quisimos intercambiar palabras con aquel que nos había mandado al paredón.

—El Fraile se marcha hacia Castellón mañana. ¡Dice que quiere tomar Morella él solo! —dijo Romeu en una carcajada—. Más le valdría a ese Suchet apartarse cuando esté Asensio Nebot cerca. ¡Vaya bandido que está hecho! Y dígame, Ricardo: ¿qué van a hacer ahora usted y sus hombres?

—¿Hacer? —se extrañó el aludido—. Pues, para serle totalmente sincero, no conocemos bien la situación. Al menos hasta que no nos pongamos a las órdenes de quienquiera que sea ahora nuestro mando. Hemos sido informados de que Freire se encuentra a un día de Valencia.

Romeu no había terminado de explicarle a Ricardo cómo llegar hasta Freire cuando un disparo lejano nos alertó a todos. Nos miramos asustados sin mover un músculo. Al segundo disparo saltaron todos los presentes y fueron a buscar sus fusiles y a los zagales para esconderlos en las huertas vecinas. Con el tercer disparo, todos estaban ya en sus posiciones.

Sin embargo, los jinetes galos aparecieron antes de lo esperado, y no tardaron mucho en esparcirse

por el lado norte del campamento y menos aún en comenzar a repartir acero entre los que menos lo merecían: los chiquillos. Asustadicos como estaban, salieron todos en tropel y se desperdigaron sin orden, para acabar entre los cascos de los caballos. Los jinetes trataron de maniobrar inútilmente, hasta que los defensores empezaron con sus descargas. De poco valía la vida de aquellos mocicos cuando la propia estaba en juego, y en la huida aplastaron los cuerpos de los chiquillos en un baño de sangre inocente.

Muchas fueron las escenas injustas que vi en aquella guerra, y mucha la sangre derramada, tanto de un color como del otro. Todas aquellas descargas de pólvora sembraron la tierra de millones de pepitas de plomo de las que no nacería más que odio y muerte durante los siguientes años. Tanto dolor y miseria vi en la guerra, y nada impresionó más a mis retinas que aquellos jovencicos mofletudos desparramados por el suelo. ¡Ay, la guerra! ¡Cruel respuesta de un mundo enfermo a los desórdenes de una causa inútil!

Tampoco nosotros íbamos mucho mejor por nuestra parte. Aún estábamos organizándonos en el barullo de la sorpresa cuando cayeron sobre nosotros los jinetes. Tropecé con un soldado, y mi fusil fue a parar al suelo. Uno de los franceses se fijó en mí y dirigió su montura para pasarme de cascos. Horrorizado, me quedé clavado donde estaba, y no podría escribir estos pliegos si doña Genista no se hubiese echado sobre el jinete desde una pila de leña.

Mi señora y el soldado dieron un costalazo estrepitoso contra el suelo, pero tuve el tiempo justo para recuperar mi arma y encararme contra dos jinetes más que cabalgaban hacia nuestra posición. Al primero lo derribé de un tiro, bendita fuera mi suerte. El segundo trotó con energía y el sable en la mano, al conocerme descargado. Tuve bastante tiempo todavía para echarme al suelo, aunque el acero me enganchó el hombro en un mordisco terrible.

El galo dio media vuelta para terminar lo empezado, pero un grupo de valencianos salió en mi auxilio y descargó un par de andanadas. El lugar se llenó de humo, y a través de él vi que Genista todavía reñía con el jinete, enmarañados en un encarnizado montón de brazos y piernas. El sable del hombre se movía inútil, dada la proximidad de los dos cuerpos, de forma que los combatientes recurrían a manotazos y mordiscos.

Me acerqué corriendo a ellos con el fusil descargado, y Genista clavó entonces su mirada en mí. Sus labios y barbilla estaban teñidos con la sangre del jinete.

—¿A qué esperas, inútil? ¡Mata a este tipo antes de que acabe conmigo!

El hombre llevaba el casco caído sobre la cara, con el morrión clavándosele en la nariz y la boca, lo que le impedía ver con claridad. Levanté el fusil con la bayoneta calada, y sin querer pensarlo la clavé en la espalda de aquel tipo.

El jinete aulló locamente, lo que significaba que había fallado en el hueso de las costillas. Giró su rostro hacia mí, y volví a clavar la punta metálica en su espalda, y esta vez se hundió blandamente en su corazón. En los ojos de aquel joven se apagó la vida. Allí terminaron sus veinte o veinticinco años. Un torrente sanguíneo de vida que se le escapó en un segundo por una mala decisión. Vivir o morir nunca había resultado tan odioso. Aquello tenía muy poco que ver con disparar un fusil. Limpié con asco la bayoneta y ayudé a Genista a levantarse. Otro grupo de jinetes había entrado por el norte y se había expandido por el llano al oeste del edificio.

Los rebeldes se habían parapetado tras un carro desvencijado, bajo las órdenes de José Romeu. Desde su improvisada barricada descargaban contra los jinetes en rachas demasiado cortas. Pronto fue desbaratado su intento, en cuanto el grupo francés rodeó el carro. Los valencianos se desperdigaron, y muchos cayeron bajo los cascos de sus monturas. Los cartageneros conseguimos alcanzar el primer piso del edificio principal, y desde allí tratábamos de incordiar tanto como

podíamos a los invasores. Sin embargo, desde el camino aparecieron más y más hombres, y nuestra posición comenzó a peligrar desde el momento en que se dieron cuenta de lo que hacíamos.

Nos creímos perdidos, pues si entraban en el edificio dominarían la explanada. En cambio, el viento sopló a nuestro favor cuando oímos una corneta lejana, al otro lado del camino. Dejamos de respirar dos segundos, hasta que logramos distinguir los colorines de las banderas de los recién llegados. El capitán Freire, sabedor del conflicto, había azuzado a sus hombres para prestarnos auxilio, y en un instante se desperdigaron por el campamento e hicieron perecer hasta al último de los soldados bajo sus fierros.

Ricardo y Genista saltaban de alegría. Don Manuel y doña Carmen se abrazaron, igual que los dos antiguos icues. Juanito lloraba, Alejandra reía. Por mi parte, solo pude suspirar aliviado. Estábamos vivos. Y eso era más que suficiente.

—¡Ha faltado poco! —expresó el capitán cuando fue a abrazar a José Romeu y al Fraile. Estaba radiante e inmaculado, en contraste con la sangría que cubría el uniforme de Romeu y las heridas que vendaba Nebot.

—¿Poco? —respondió airado Romeu, señalando los cadáveres esparcidos por la zona—. Ha sido una matanza de pollos, capitán. ¡Maldita sea, Freire! Esto no es justo, señor. ¡Mire esos niños! ¿Qué sabrán ellos de venganzas? Su vida ha terminado antes de empezar, por el amor de Dios.

El capitán Freire se acercó a uno de los grupos de niños muertos, y se agachó junto a un cuerpo. El zagalico debía de tener seis o siete años, moreno y guapo, y con el pecho aplastado por un caballo. A su lado, una chiquilla todavía más joven tenía el rostro desfigurado, y no habían conseguido separarla de su hermano, quien apenas había entendido nada antes de morir. El capitán suspiró y lanzó un gesto al cielo, como encomendando sus almas a la misericordia de quien allí estuviese.

—Deben marchar, caballeros. Tengo entendido que se dirige al sur, ¿no es así, Romeu?

—Así es, señor. Mañana marcho a Alicante, y Nebot va hacia Castellón. Era lo acordado. Allí esperamos seguir hostigando al francés bajo forma de milicia.

—No —respondió Freire, tajante—. Marcharán esta misma tarde. Nada más los aguarda aquí sino la muerte, y esta partida regresará duplicada en unas horas. No podrán hacerle frente de nuevo. Quédense y morirán sin duda.

El Fraile le dio una patada a un casco francés en el suelo, a lo que Romeu respondió sujetándole el brazo. Ese único gesto fue suficiente para contener el nervio de Nebot. No podía permitirse otro desagravio.

—Así se hará, capitán —respondió.

—¿Y qué hay de usted? —Freire reparó en don Ricardo—. ¿Volverán usted y los suyos a su tierra o están dispuestos a seguir en esto? Tomen una decisión ahora.

—Mi capitán, la Enseña solo servirá a su libertad. Estamos con usted, adonde quiera que vaya.

Freire rio al ver el grupico que éramos los cartageneros, viejos como oliveras y maltrechos como un saco harinero. Edades y sexos se olvidaron en nuestra menguada milicia.

—Está bien, pues. Deben saber que Valencia está perdida, y tras la capitulación nada más se hará. Estos dos caballeros seguirán hostigando las huestes galas hasta que su salud o su fortuna se ceben con ellos. Sin embargo, la acción sigue en el norte, quizás en Vitoria o en San Sebastián. Es una larga marcha, pero, si están dispuestos, partiremos antes del mediodía. ¿Qué dicen a eso?

Ricardo pidió permiso para hablarnos, y se acercó a nosotros con el mejor gesto que pudo componer.

—Una vez más, son libres de regresar a Cartagena —nos dijo—. Sin embargo, aquí se les tratará

como a uno más. Se nos proporcionarán caballos nuevos e irán al mismo ritmo que el resto de voluntarios. Nunca más quedarán atrás. Y si morimos, moriremos juntos. Como hermanos. Intentaremos un último esfuerzo para echar al francés de España.

—Estamos donde tú estés, Ricardo —fue todo lo que dijo doña Genista—. La Enseña se ha perdido ya, y solo los que aquí estamos permanecemos a tu lado. No te abandonaremos.

—Sea, pues —dijo Ricardo, conteniendo un profundo encogimiento en el pecho.

Tercera parte: San Marcial

12

De lo acontecido en los sitios de Zaragoza

Ocurrieron en la capital zaragozana unos hechos que, al hilo de esta historia, resultan pertinentes tanto por su bravura y arrojo como por el personaje que encarna el valor de aquellos días y que, de no ser por la sucesión de acontecimientos, se compararía en genio con doña Agustina de Aragón.

Veíase aquel quince de junio la plaza del Portillo salpicada de grupos de mujeres ocupadas en arrancar verjas y otra chatarra con la que poder fabricar munición para los cañones. El temperamento de las mozas nada tenía que envidiar al de aquellos mancebos que aguardaban con el fusil al hombro, y no se contentaron en su cometido hasta que todas y cada una de las puertas y balconadas de la ciudad se vieron desnudas de herrajes. El fuerte de la población se apostaba junto a las puertas, dispuesto a dar batalla al enemigo tras una dura mañana de bombardeos.

Unos pocos cientos de soldados cubrían las posiciones más estratégicas, aunque la ciudad estaba custodiada por más de diez mil almas, la mayor fuerza de defensa jamás vista en aquella ciudad a orillas del Ebro. Una fuerza que sería capaz de hacer huir a cualquier ejército. Y, sin embargo, había temor y desconcierto en sus ojos.

Entre las mujeres del Portillo, una en concreto destacaba sobre las demás. Su piel tenía el tono quemado del betún, y su cabello, suelto y rizado sobre sus fuertes hombros, se comparaba solo con el ébano más oscuro, salpicado aquí y allá de las cenizas de la edad. Las otras mujeres la miraban a la par con recelo y respeto, pues a su edad, que rayaba los cincuenta, solo alguien de ocupación liberal ostentaría tal porte. Temían su etnia y su carácter a partes iguales, y no eran pocas las mujeres que se desocupaban para dejar caer en tan lozana señora su mirada. No mostraba miedo esta mujer, y eso era lo que más incertidumbre causaba en las otras. Sus gestos eran los de alguien que sabía lo que se proponía, y sus órdenes eran acatadas inmediatamente, bajo pena de inflamar su mirada oscura. Aquella mujer se llamaba Catalina.

Ella había sido una de las primeras que, junto al médico González, habían asaltado el palacio de capitanía y habían puesto bajo llave al capitán general por afrancesado. También había logrado hacerse con un fusil y un cajetín de munición, aunque no fue incluida en ningún tercio, a causa de su posición y su sangre. Sin embargo, no cejó en su empeño por labrarse un nombre en las puertas del Portillo junto a los demás hombres que allí se apostaban, y aceptó ayudar a las mujeres solo con la condición de estar cerca de la línea de fuego.

El bombardeo de esa mañana fue feroz. Los obuses franceses penetraron a través de las tapias, que se desgajaron como jirones de tela, y derrumbaron los edificios adosados. Hicieron estragos también en el cuartel de caballería y el catillo de la Aljafería. No mejor era la situación en el Carmen o en Santa Engracia, donde los siete regimientos hicieron tambalear las defensas del sur. El cielo se tiñó de humo, y las calles se oscurecieron.

Los cañones de la defensa no dejaron de tronar, mientras rechazaban una y otra vez el ataque de los invasores, quienes, de no caer bajo la metralla, eran cosidos a plomo por los fusileros. Sonó un trompeteo demoníaco, y dos decenas de lanceros polacos consiguieron romper el cerco e introducirse dentro de la ciudad, aprovechando las brechas practicadas en el muro por los

cañonazos. Allá por donde pasaron regaron la calle con sangre.

Catalina oyó el tronido de los cascos contra el pavimento de la plaza y el griterío que se apoderó de la ciudad cuando los lanceros la atravesaron. La gente abandonó su posición y corrió a las casas más próximas para reclamar auxilio, con la esperanza de que alguna familia abriese sus puertas. Fue en vano. Los jinetes empalaron a los desertores en la misma puerta donde pedían socorro, indiferentes a los gritos de rendición.

La excesiva proximidad de la caballería inutilizó las dispersas líneas zaragozanas, y sus cascos pronto dieron contra el hueso de quienes defendían. Sabiendo que un ataque rápido causaría mayores estragos, el jefe de lanceros guio al resto por la plaza hacia el hospital. A su paso arrollaron a todo aquel soldado o civil que encontraron, y aplastaron sus cuerpos contra el pavimento o los alancearon con tres palmos de pica.

Las idas y venidas de los caballos levantaron tal revuelo que fue imposible formar fila o columna alguna, y su dispersión causó la muerte de la décima parte de los soldados que perecieron allí. Aún habría sido mayor el daño si Catalina no hubiera visto los lanceros uniformados de verde acercarse al lienzo de la muralla, y si no hubiese organizado en los pocos minutos que tuvo a las mujeres de la plaza.

—¡Vamos, *pindorras*! —inspiró portentosa a las zagalas y señoras que lloraban su destino—. Estos *jabañones* no pueden meterse en la ciudad. ¡Aviémoslos a diñarla!

Las mujeres se armaron con piedras y navajas, palos y cualquier otra vitualla que hallaron a su paso. En poco tiempo se dispusieron a terminar lo que los hombres con fusiles y cañones no habían logrado. Diríase luego que aquellas mujeres zaragozanas, las más valientes de España, actuaron y vencieron como un verdadero tercio, y que su valor rebasó cien veces al de los hombres que allí cayeron.

Catalina extendió al través de la calle una cuerda que alguna vez sirvió para tender ropa. La ató en una cañería descolocada, y dio dos vueltas con el otro extremo a un lidón. Al paso de los jinetes, la cuerda cumplió su cometido y se convirtió en una barrera tan resistente que hizo caer a los caballeros de sus monturas. Sofocados por el golpe de soga y heridos por la sorpresa, una decena de aquellos hombres fueron despachados con cuchillos y navajas.

Desde los balcones y los soportales otras mujeres vieron la hazaña, y comenzaron a atosigar al resto del grupo, lanzándoles piedras, ollas o lo que pudieron encontrar. Los cuatro caballos que quedaron en pie tropezaron, se encabritaron y tiraron a sus jinetes al suelo. Fue la oportunidad que necesitaron doña Catalina y las otras mujeres para pasar sus cuellos por el cuchillo.

Seis mujeres perecieron en la afrenta, pisoteadas por los caballos o traspasadas por las lanzas. Los lanceros murieron todos, y sus cuerpos fueron echados al río, tras haber sido despojados de sus uniformes. A media tarde los franceses se retiraron. Habían creído mal dispuestas las fuerzas de Zaragoza, y les había costado siete centenares de almas comprenderlo.

El general de división Jean Antoine Verdier buscó durante las siguientes semanas una forma de arrebatarle poder a tan recalcitrante enemigo. Llegó a la conclusión de que solo lo conseguiría con la más antigua de las estrategias: sitiando la plaza. Consultó su resolución con sus hombres, y así se verificó.

El veintitrés de junio, cuatro días antes de que don Ricardo y la Enseña del Paño Grana nos enfrentáramos contra Moncey en la batalla de San Onofre, Verdier y Palafox se batieron en Épila, escaramuza de la que resultó la pérdida de contacto entre Zaragoza y Madrid y el abastecimiento de pólvora de los molinos de Villafeliche. A ello siguió un violento bombardeo de varios días.

Solo hizo falta la chispa de un fatídico cigarro para hacer estallar el polvorín del seminario de San

Carlos. Nunca se supo la verdad, si el intento fue premeditado o azaroso, pero los muros de la Magdalena se derrumbaron y ofrecieron una ancha vía de acceso para los franceses, siempre dispuestos. Aun siendo rechazados por el fuego zaragozano, ocuparon Torrero y varios emplazamientos extramuros.

El dos de julio el ataque francés fue devastador. En las puertas del Portillo, Sancho, Carmen y Santa Engracia, solo porciones agujereadas de muro defendían el honor de la capital del Ebro. Los más valientes maños conocidos por la historia se dieron cita tras aquella muralla. Pocos quedaban en pie, pero resistieron cada embate hasta la muerte.

Catalina era una de las mujeres que defendieron el Portillo. Su meritoria acción en la plaza un mes antes había sido alabada con creces, y faltos de soldados como estaban, cualquier voluntaria capaz de sostener un fusil o un sable contra el invasor fue bienvenida. Así fue que los oficiales emplazaron a Catalina frente a la quejumbrosa muralla parcheada de sacos.

No llevaba mucho allí, apenas tres descargas, cuando un pequeño grupo avanzado hizo fuego contra su posición. Las balas silbaban rabiosas, y varios plomos le frieron la pantorrilla. Cuando trató de devolver los disparos, un plomo le reventó dos dedos.

—¡Los *bengorros* te lleven! ¡Bastardos!—dijo Catalina, antes de recibir una descarga que le llenó las tripas de metal. Tendida en el suelo, pudo ver un panorama de melancolía y escombros en derredor. Los cuerpos inánimes yacían cubiertos de polvo y sangre, mientras sostenían sus armas por todo sepulcro. Pudo ver aún más, cuando una mujer de más o menos su edad apartó a dos artilleros muertos de encima de un cañón, y disparó a través de las puertas una última salva de muerte. Por destino o milagro, ese cañonazo puso fin al fuego enemigo, y el silencio lo envolvió todo cual mortaja. Los ojos de Catalina se cerraron y todo se volvió negro.

Doña Catalina despertó dos días después en una cama de hospital, que no pudo dejar hasta mucho después. Pasó el resto de julio guardando reposo, mitigando el dolor con láudano y siguiendo desde allí la situación de la ciudad. Cada mañana pedía a las enfermeras que la atendían nuevas sobre la invasión, pero se desentendían sin decirle nada nuevo. Solo doña Sancha, la robusta celadora encargada de la sala de convalecientes, se tomaba un par de minutos al día para sentarse junto a la litera y relatarle las noticias sobre el destino de Zaragoza. Durante aquellas breves sesiones se forjó una estrecha amistad entre las mujeres, quizás por la casta que compartían o por el alivio de poder hablar con alguien más. El desconcierto era angustiante entre aquellos muros, y ninguna de las dos sabía mucho sobre los avances del ejército francés.

El sitio había destruido prácticamente todos los contactos de la ciudad. El Arrabal fue tomado un once de julio, y tres días después volaron el puente sobre el Gállego, la vía más directa hacia Barcelona. Con el control del Arrabal, la primera medida que tomaron los franceses fue destruir la acequia que suplía las huertas de la ciudad.

Catalina se recuperaba a pasos agigantados, motivada por el afán de dar batalla. En ese tiempo, el número de hospitalizados fue incrementándose, y ya se contaban por miles, a consecuencia de un brote de tifus. Las calles eran un hervidero de pulgas y piojos, que colonizaban a toda criatura viviente hasta que acababa por arrancarse la piel de tanto rascarse. Nubecicas negras de mosquitos entraban cada día por las ventanas del hospital para atosigar a los convalecientes, de manera que doña Sancha tuvo que cerrar las ventanas y sumir a los pacientes en una oscuridad asfixiante. La única fuente de luz procedía de varias decenas de candiles, así que resultaba casi imposible saber si era de día o de noche, a menos que uno estuviese suficientemente recuperado como para llegar al corredor.

A finales de julio se decidió que Catalina abandonase el hospital, pero aún permaneció varios días

más dedicada a los enfermos que se hacinaban en la oscuridad del recinto. Todavía sentía un dolor lacerante que le punzaba el estómago, pero ella y doña Sancha sacaban todos los días a varios cientos de contagiados al patio para sus baños de sol, y volvían a introducirlos al atardecer. El hedor a carne putrefacta resultaba insoportable, pero no era la primera epidemia de tifus que habían sobrellevado aquellas mujeres.

El francés capturó el último barrio extramuros, y comenzó una brutal ofensiva contra la ciudad, cuyo centro fue bombardeado durante una semana. El fuego arrasó la mitad de viviendas de la capital, ya sometida por la enfermedad y la muerte. Sin agua con la que apagar los incendios, solo podían derrumbar las casas colindantes para evitar que el fuego saltara de una manzana a otra y esperar que sus hogares no fuesen reducidos a cenizas.

Una mañana doña Catalina estaba repartiendo el desayuno entre los enfermos cuando un grave tronar de artillería vaticinó el bombardeo. Los muros del hospital temblaron hasta los cimientos, y el techo se desgarró para desplomarse sobre la sala principal del edificio. Catalina, que apenas tuvo un segundo para ver el espantado rostro de doña Sancha antes de ser aplastada por un amasijo de tejas y vigas de madera, corrió pasillo abajo, tratando de alcanzar las puertas del hospital para salir a la plaza, pero las paredes reventaron y se derrumbaron sobre ella.

Ocho días después, los españoles recuperaron el Arrabal, y el trece de agosto los franceses por fin abandonaron Zaragoza, no sin antes volar el puente que habían construido sobre el Ebro e incendiar el monasterio de Santa Engracia y el convento de San Francisco. Terminó aquel día el primer sitio de Zaragoza, con la muerte de casi dos mil españoles y el doble de franceses.

Catalina abrió los ojos al día siguiente de la victoria zaragozana. No sentía el cuerpo, y apenas veía nada más que roca, maderos y polvo. Hizo de tripas corazón y probó a mover la mano, pero algo pesado la oprimía contra el suelo. Quiso gritar, pero solo una masa de tierra húmeda llenaba su boca. Sus intentos por recomponer su memoria, acaso para recordar dónde se encontraba, no surtieron efecto.

Sentía el rostro empapado, gracias a un hilico de agua que brotaba de una cañería rota. No imaginaba ni por asomo que aquello la había mantenido con vida, a diferencia de los cientos de cadáveres que se pudrían bajo aquellos cascotes y cuyas emanaciones inundaban el lugar. Tomó aire para tratar de respirar con normalidad, y una punzada en las costillas la devolvió a la realidad.

Tardó más de tres horas en poner en marcha sus músculos y salir de aquella prisión de material de derrumbe y otras tres en intentar caminar. No sabía los días que había estado enterrada. No había nadie por las calles. Los soldados hábiles habían seguido con el hermano de Palafox a los franceses hasta Navarra, mientras se reparaban las estructuras aún en pie y se salvaba lo que todavía merecía la pena recuperar de la ciudad en ruinas.

La mujer tardó lo indecible en cruzar las ruinas, anadeando entre el humo y el desastre. Más allá de la plaza de la Misericordia pudo ver dónde estaba todo el mundo, pues creció de pronto el barullo de la gente que iba y venía tratando de buscar un familiar perdido o el destino de su casa, o simplemente vagaba sin saber qué hacer.

La ruina se sucedía a su paso, y en el lugar que alguna vez se bautizó como «la Florencia española» ahora solo muros de ladrillo quemado se alineaban como mofa de lo que un día fue.

Catalina caminó paso tras paso, y aunque algunos se acercaban a aquella mujer cubierta de polvo blanco y rasgada por mil cortes sangrantes, ella no paró su marcha, e ignoró todo auxilio. Salió de la ciudad a través de una puerta quemada cuyo nombre no recordaba, y a media tarde llegó al dintel de un antiguo molino de aceite anexo a la muralla.

Al abrir la puerta, se sorprendió al ver allí un borrico aún atado a la almazara. No entendía cómo

los franceses no habían destruido el molino, ni cómo el dueño no había hecho nada para recuperar a la bestia. El animal se asustó al verla, y comenzó a cocear al aire.

—Shhh… ¡Soniche, *buchinonge*! ¡Nos vas a descubrir!

Deslizó el nudo que aprisionaba al animal, que la miró asustadico.

—*¡Grelico, grelico!* ¿Verdad que vas a ser bueno con Catalina? Eres el *grel* más valiente, mi chacho. Más que todos esos *tamborúes* que te dejaron aquí.

El animal se echó al suelo tras varios días de pie y retozó sobre el heno. Debía de tener las patas agarrotadas, pues se encogía con dolor. Catalina se aproximó poco a poco y le acarició la quijada bajo las largas orejas. El asno se revolvió con placer, y lamió el rostro de la señora.

—¡Eh! ¿Esos son mimicos, *acho*? *Ostebé* los cría y ellos se juntan. Vámonos de este sitio, anda. Ya nada nos queda aquí.

Catalina sacó al animal del molino, y lo guio hacia el camino. Tanto había sufrido el pobre borrico que a la mujer le dolió ponerle la cuerda en torno al cuello, pero no quería arriesgarse a que se encabritara y se largara, pues probablemente caería preso o muerto. También ella corría riesgo si la pillaban con el borrico. A la mujer le habían cortado las dos orejas, y unos pliegues de carne arrebujada marcaban el lugar donde antes había tenido unos prominentes pabellones. La izquierda fue por hablar caló demasiado alto. Un oficial la oyó, y usó su bayoneta para hacerlo. La derecha fue por robar pan para su hija. Tenía bien claro cuál sería el tercer castigo si la pillaban robando caballería.

Catalina desmontó varias leguas después, debido al punzante dolor que se le clavaba en las ancas y se extendía como un calambre por la espalda. Descendió del animal, y se sentó a la sombra de un olivo. También la bestia dobló las rodillas y se tumbó junto a la mujer.

—No valemos para esto, ¿eh, chacho? —El borrico la miró con desconfianza, pero cambió de gesto cuando Catalina abrió una de las sacas de avena que había encontrado en el molino. La bolsa estaba empapada, de manera que el animal no tuvo más para devorar que un engrudo de cereal. Catalina aprovechó y se echó un puñado ella también a la boca. Mascó la avena rancia hasta que el animal la empujó con la cabeza, como pidiendo agua.

—En eso no puedo ayudarte, *monró,* a menos que demos con un *aljeñique* por el camino. Esta zona no me la conozco. Pero descuida, que yo ando igual que tú.

Sentía la boca pastosa y seca. El recuerdo del agua le dio sed. El borrico volvió a empujar a la mujer.

—Quieto, *acho*. ¿Sabes? Yo también nací en cautividad. Tú por ser una bestia, yo por *callí*. ¡Ardan en el *casinoben*! Ninguno de nosotros somos responsables de nuestra sangre, ¿no crees? Pero se nos juzga de acuerdo a ella.

El animal cerró los ojicos y se apoyó sobre el regazo de la señora, con los orejones enhiestos atentos a cualquier sonido. El carácter dócil y tranquilo del burrico tocó el corazón de la mujer, quien por tanto tiempo había sido vapuleada.

—Me liberaron con doce años. *Duideque,* nada menos. ¿Qué edad tienes tú? Bueno, supongo que eso no importa. El caso es que cuando nació mi zagalica fue lo más precioso que me ocurrió en la vida, *Debla quirindía*. Su bato fue un bastardo de cuidado al que conocí cuando yo apenas era una niña. Pero ella… *Ostebé*. ¡Cómo adoraba sus ojicos negros cuando me miraban pidiendo mamar!

El sol calentaba las piedras a base de bien, pero bajo aquella olivera, con un borrico medio dormido a su lado, Catalina se sentía bien. No sabía expresarlo con palabras, pero suspiraba de alegría. Por primera vez en su vida se sentía tranquila. Era libre.

—Fueron los ocho años más felices de mi vida. —Siguió con su relato mientras enredaba sus

dedos entre las crines de la bestia—. Regresé al *caltrabó,* sí. Al parecer, aquel asunto de las letrinas no hizo mucha gracia a los *jaracañales,* y pensaron que debía pagar por años de chanzas. No me importó, pues durante ocho años tuve a mi zagalica conmigo. Le enseñé a *lirenar* y *libanar,* porque ¿qué era eso de que una *cachí,* por *callí* que fuera, no servía para aprender? Hicimos cuentas y le contaba historias. Hasta el día que me la arrebataron para llevarla con su bato. Nunca se lo perdonaré a ese bastardo. *¡Piribicho pirandón!*

El borrico se despertó de golpe, y se agitó para levantarse. Algo lo había asustado. Catalina lo asió del cuello, tratando de calmar al animal, pero la bestia se revolvía nerviosa.

—¿Qué ocurre, chacho? ¿Has oído algo?

Catalina se encaramó a lo alto del olivo y vio a casi una legua la polvareda que ensuciaba el cielo. Pensó que debía de ser una gruesa partida de jinetes, y tanto daba que fueran españoles como gabachos, pues por su condición y con lo poco que tenía, no tardarían en capturarla. Decidió esconderse en lo alto del altozano, donde los arbustos eran más espesos. Tiró del borrico, y lo apostó entre los matojos, mientras rezaba para que guardara silencio.

—Ahora soniche, buen amigo. No conocemos a este *sueste.* Y por lo que sé, nada bueno trae.

Aguardaron entre los arbustos. Sedientos y bajo un sol de justicia, era aquella una situación extenuante. Catalina llevaba la blusa empapada, y las cintas de la falda le rozaban las caderas y dejaban un cerco de sudor allí donde se ceñían. El animal no parecía dar muestras de ansiedad, y pronto se volvió a quedar dormido. Por lo visto, esa había sido su forma de subsistir durante el período que había estado encerrado sin comida ni agua en aquel molino aceitero.

Aún pasaron un par de horas más hasta que Catalina oyó por fin la cháchara francesa. Se estremeció cuando pararon en las faldas del promontorio y gritaron algo que no entendió. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que se dirigían a ella, cuando dos soldados comenzaron a subir el altozano a pie. Veinte pasos y les caerían encima. Catalina estaba perdida.

—¡Alto ahí, señora! —dijo el primero que llegó hasta ella, en un castellano marcado por la cadencia gala—. ¿Es eso un asno? Ponga las manos en alto y salga de entre los arbustos. No lo haga más difícil.

El borrico se despertó con el griterío y se puso a rebuznar como poseído por algún demonio. Se levantó con una sacudida, y salió del matorral. Mientras tanto, un soldado que registraba la zona obligó a Catalina a arrodillarse, apuntándole con su fusil.

—¡Soniche, *acho*! —dijo Catalina mientras le ataban las muñecas con un trozo de cuerda. Como la mujer se resistió, el cáñamo abrió varias heridas en su piel. Por su parte, el enardecido borrico no dejaba de cocear, lo que aumentó los nervios de los soldados. Vieron el rostro de Catalina surcado por las cicatrices del presidio, y no tardaron en fijarse en el lugar donde habían estado sus orejas.

—¿Quién le ha hecho esto, señora?

—¡Los payos! —Escupió a la cara del soldado, gesto que fue respondido con un culatazo en las tripas, justo donde semanas atrás la habían frito a plomo. Catalina se quedó sin respiración durante un rato.

—¿Por qué se lo hicieron? —continuó el soldadico, como si aquello fuese simple rutina para él.

En aquel momento, el borrico se levantó sobre el grupo que intentaba apresarlo y cayó sobre uno de los franceses, cuya cabeza se abrió en forma de flor rosada. Aquella sangrienta imagen fue suficiente para que los soldados dejasen tranquilo al animal.

El oficial se apartó de Catalina para ordenar a sus soldados que dispararan contra el borrico de inmediato. Dos de ellos comenzaron a cargar su fusil tan velozmente como pudieron, pero el animal fue más rápido y los dos cayeron bajo sus cascos, mientras trotaba hacia donde se encontraba la

señora.

Catalina no perdió la oportunidad y golpeó al soldado en plena cara, quien rodó por el suelo. Consiguió deshacerse de las ataduras y miró alrededor. Apenas tuvo unos segundos para pensar, pues los otros dos corrieron hacia ella. Tomó la cuerda del animal y montó a la pobre bestia a pelo.

—¡Naja! ¡Corre como nunca! ¡Naja, *gre*!

El borrico trotó en una carrera rápida que dejó atrás a los soldados. Los jinetes que trataron de perseguirlos no conocían la orografía, de manera que dieron un absurdo rodeo que los condujo directamente a un muro vegetal de arrayanes y escobones.

La suerte sonrió aquella vez a Catalina, pues los jinetes no lograron darles alcance.

Catalina y su asno consiguieron atravesar el Ebro por el galacho de la Alfranca, y no se detuvieron hasta que entraron en Fuentes, a casi cuatro leguas hacia el este. Casi extenuados, llegaron arrastrándose a la fuente de la villa, que rebosaba agua helada. Ambos disfrutaron tragando aquella vida. Vomitaron y bebieron de nuevo. La señora y el borrico se terminaron la bolsa de avena, y se sentaron un rato a la sombra del campanario de San Miguel.

—¿Sabes? Creo que te llamaré Trubian. Significa «Aragón» en caló. Así recordaré dónde te encontré, cuando nos alejemos de esta tierra.

El animal la miró desganado y volvió a tumbarse a la sombra. Aquella bestia de trabajo no gozaba de la libertad lo mismo que Catalina, y la correría había terminado con sus fuerzas. Casi reventado y con un tirón en la mano, Trubian no podría caminar durante varios días.

—Buenos días tenga usted, señora —dijo un anciano cuando vio a Catalina y a Trubian despatarrados en mitad de la plaza. Era un viejo enjuto y gris, tan deslomado por el trabajo que uno se sorprendía al verlo cargado con un par de cántaros tan pesados. Sin perder su sonrisa, llenó las vasijas con el agua de la fuente.

—Buenos días, buen hombre. ¿Qué nuevas trae hoy? —respondió cortés doña Catalina.

—Bonito animal el suyo, sí, señora. Me recuerda mucho a uno que tuve una vez, hace ya cosa de quince o veinte años. ¡Ay, qué bien me vendría ahora mi pobre Celemín! ¿Acaso gozan ustedes de ocupación?

—¿Una *purí callí* como yo? ¿Con un borrico reventado? Debe de burlarse usted de nosotros, gachó. Y sepa que ni yo ni mi buen Trubian toleraremos que se mofe de nosotros.

El hombre rio con ganas la ocurrencia de Catalina. Hacía tiempo que no veía a nadie como ella por aquellas tierras a orillas del Ebro. La señora Catalina no era del tipo de personas que conociera uno dos veces.

—Nunca me mofaría de usted, señora. Y no hace falta ser joven para dedicarse a lo que me dedico. Podemos dejar que el animal descanse hasta que esté recuperado, y entonces veríamos qué hacer. ¿Le interesaría ayudarme con el campo? Mi mujer murió el año pasado, y solo me queda abandonar las tierras o buscar a alguien que me pueda ayudar.

—¿Y qué cultiva usted? —se interesó Catalina.

—¡Esa es buena! ¿Pues qué he de cultivar? Cebollas y patatas, señora. El asno podría ayudarnos a portar las cesticas, y a cambio les ofrezco mi casa y dos platos de comida caliente al día. De verdura no ando falto, como imaginará. Y tampoco de mantas para el invierno.

La mujer sopesó sus posibilidades, y le dio la mano al anciano.

—Me llamo Catalina, buen hombre. Y este es Trubian. —El borrico agitó la cabeza, en señal de reconocimiento. Quien conozca de animales me creerá si digo que por un segundo el animalico sonrió.

Aquel otoño estuvieron ocupados en replantar las quince fanegadas que mantenía el anciano. Catalina se acostumbró pronto al tranquilo modo de vivir del hombre, al olor de la tierra en sus manos y a despertarse y acostarse con el sol. A mediodía mataban el apetito con algún conejo o pollo asado, a menudo acompañado con pataticas, carlotas o cebollas tiernas, y por la noche cenaban habitualmente sopa de cebolla o algún guiso de pescado.

Los días pasaban, y los celajes claros dejaron paso a las frías neblinas invernales. La pequeña morada temblaba con el soplo del cierzo, y el minúsculo lar apenas podía impedir que el frío les calara en lo más hondo de los huesos y los hiciera tiritar en el invierno más crudo que Catalina recordaba. Tanto ella como el anciano estaban más que acostumbrados al caprichoso clima maño, pero no por ello sintieron menos frío, como un mal que roía sus entrañas.

No mucho mejor lo llevaba el borrico Trubian. Cuando el clima aún era soportable, lo cargaban con un par de cestas para transportar ora plantones, ora cebollas. Sin embargo, en lo más crudo del invierno y con el campo muerto, Catalina no pudo hacer otra cosa que mal arrendar al pobre animal en las canteras de alabastro. El animal respondió como se esperaba, y a pesar de lo duro del trabajo, al final de la semana lo enviaban de regreso a casa, algo más viejo e infinitamente más agotado, pero con una pequeña bolsa de monedas en las alforjas.

Los días más fríos se encerraban junto al fuego y cantaban, acompañados por la vieja guitarra del anciano, que Catalina rasgaba con destreza. El viejo le enseñó el paloteado, baile que danzaba cuando era más joven, pero al primer golpe de palo que cayó sobre su cabeza, quiso el hombre olvidar el bailoteo. A cambio, Catalina le enseñó algún que otro fandango minero y varias levanticas flamencas, que tanto le recordaban a sus años mozos. Pasaron los meses, y la mujer se fue encariñando de aquel anciano tristón. Sin contar a doña Sancha, la celadora del hospital de Zaragoza, nunca había tenido un amigo. Y un mal presentimiento atenazaba su corazón.

—¿Qué hace una cartagenera tan lejos de casa, doña Catalina? —preguntó una vez el anciano—. Tenía entendido que los aladroques no saben vivir lejos del mar.

La señora miró las llamas, que devoraban con delicia un madero de pino viejo.

—¿Qué sabe usted de la Gran Redada, don Antonio? —preguntó Catalina, sin dejar de mirar el fuego.

—¡Vaya! —respondió el viejo, dubitativo—. Poco sé yo, señora. Pero se dice que fue el exterminio de gitanos más grande que ha visto esta tierra. Yo solo recuerdo cuando vinieron carretadas y carretadas de gente desde el sur.

—En una de esas *cangallás* iba yo, acompañada de mi *mare*. Solo tenía seis añicos. Los payos tienden a echar las culpas a los demás. Y aquella vez nos tocó a la *suetí callí*. Al pueblo gitano. Mi *pare* fue arrestado y conducido al Arsenal, allí en Cartagena. El pobrecico murió un par de años después. Pilló *trinas tatías,* ¿sabe usted? ¿Cómo las llaman aquí? Fiebres tercianas, creo. Calenturas. El caso es que terminó sus días fusilado, y su cuerpo echado al mar, allá por Algameca Chica. Es lo que se hace con la gente como nosotros.

—¿Sin más? —preguntó don Antonio, horrorizado.

—¿Y a quién más le importaba? Solo era un pobre *zincaló* moribundo. Iba a morir de un momento a otro, ¿no? El caso es que a mi *mare* y a mí nos enviaron a la Casa de la Misericordia. Ella se dedicó a tejer y a mí me despacharon con los otros zagales a las fábricas. Con doce añicos nos liberaron, y pudimos regresar a Cartagena. Mi *mare* murió después de mi casamiento. Conocí a un gachó allá en Cartagena, y un par de meses después *romandiñé* con él. Parí una *chabí* muy bien paradica, mi churumbel. Era mi orgullo, y habría dado mi vida por ella.

—Debe usted de estar muy orgullosa de ella, doña Catalina. ¡Bien que puede asegurarlo, a fe mía

que sí! —exclamó don Antonio, con una afectuosa sonrisa.

—¿Sí? —respondió triste la mujer—. Nunca lo sabré. Todavía estaba preñadica cuando me volvieron a capturar. Alguien me dijo después que la gobernanta me tenía ojeriza, de manera que se ordenó mi arresto. Chipé. Aquellos fueron los meses más difíciles de mi vida. Escondiendo la panza a todas horas, al final tuve que *chindar* a escondidas, con ayuda de otras mujeres. Dios las guarde.

El anciano lloraba entristecido con su historia. No comprendía cómo la maldad humana llevaba al mundo a cometer semejantes atrocidades. En sus años de vida había conocido injusticias, como todos, pero aquello colmaba el vaso.

—¿Y qué fue de su hija? ¿Vivió? Dígamelo, Catalina.

—¡Oh, sí! —respondió doña Catalina—. La mandé con su *pare* a Cartagena. Nunca fue un tipo noble, pero mi *dugida* no viviría lo mismo que yo. No, ella debía ser libre. Lo merecía desde el momento en que nació, ¿lo entiende? No la veo desde entonces. De eso ya hace más de treinta años.

—¡Treinta años! ¡Válgame Dios! Eso es mucho tiempo —sentenció don Antonio.

—Lo es, buen Antonio. Lo es.

La capital zaragozana sufrió ese invierno la segunda acometida del ejército francés. De nada valió que la ciudad estuviese mejor guarnicionada, ni que contara con los miles de voluntarios que se batieron para ganarse el sobrenombre de héroes en su defensa. Defendieron con su vida cada palmo de Zaragoza, hasta el punto de batirse a muerte por todas y cada una de las viviendas de la ciudad, con lo que se ganarían la augusta reputación de los años venideros. Pero a menudo no solo con valor se ganan las guerras, y así fue que el veintiuno de febrero se firmó la rendición de la ciudad en el molino de Casablanca. Atrás quedaron las ruinas de una de las ciudades más ilustres de nuestro pueblo, sembrada de honorables cadáveres y devastada por varias oleadas de tifus.

En todo aquel tiempo Catalina no quiso hacer nada para defender el honor de la ciudad. Tampoco hubiera podido atravesar las férreas líneas francesas, aunque hubiese querido. Hizo lo propio por sacar la cosecha, y por evadirse como pudo de las tropas que iban y venían por los pueblos vecinos en busca de rebeldes. Así consiguió sobrevivir ese año, y también el siguiente.

Si digo que no hizo nada, debo relatar lo que ocurrió una tarde en la primavera de 1813. Hacía varios días que el anciano jornalero no había salido de casa, aquejado de una fiebre que lo tenía temblando bajo dos pares de mantas. El frío de aquel invierno había rascado sus huesos más allá de la médula, como le gustaba quejarse. Catalina había pasado el día en el terreno, tratando de regar los campos. Cuando regresó a casa, no vio lumbre en la cocina, así que se fue a buscar agua a la fuente para preparar la cena. Tan distraída estaba que no vio allí a dos soldados franceses, que reían sentados junto a la fuente. Al verla, la señalaron con la cabeza.

—¿Va a por agua, señora mía? —dijo el más anciano de ellos, mirándola de reojo.

—Si a ustedes no les importa… —respondió Catalina, inflamada como una mecha.

—Me temo que nos vemos obligados a requisarle toda la cosecha de cebollas de este año —dijo el soldado, señalando las cajas que se apilaban en la cebollera—. Y también algo de patata, si son tan amables su marido y usted. Para mis hombres bastará con una bota de ese vino que guarda en la despensa.

Catalina se puso en alerta. La habían sorprendido sin salida. Y los perros, cuando se ven acorralados, tienden a morder. ¡Mal lo habían aprendido aquellos muchachotes malencarados cuando fueron a encontrarse con aquella mujer!

—Don Antonio no es mi marido, malandrines. Y las cebollas son toda nuestra subsistencia, no sé si me entenderán. Deberán pagar por ellas, si a bien tienen.

El anciano soldado perdió la paciencia y ordenó al joven que apresara a Catalina. El *acho* agarró a la

mujer del cuello e intentó sostenerla mientras ella se revolvía con energía. Le costó Dios y ayuda inmovilizarla.

—¡Se equivocan ustedes! *¡Jingalés!* ¡*Gabardés* malnacidos y cobardes! Vuélvanse a la maldita *Gabia* de donde han venido. ¡Bastardos!

El mayor de los soldados golpeó la cabeza de Catalina con la culata del fusil, y ella cayó al suelo desmayada. Se dirigieron a las cajas de cebollas, pero un disparo tronó desde la nada y un plomo mordió el pecho del soldado más joven. Su cuerpo cayó fulminado al lado de Catalina. Al instante, el más viejo fue a por don Antonio con la bayoneta calada. En su inconsciencia, Catalina oyó entrechocar los metales en una algarabía que pareció durar una eternidad. Al fin, un grito ahogado indicó el final de la lucha.

—No debió enfrentarse, viejo —oyó decir al soldado francés. Doña Catalina recuperó la consciencia, pero todavía estaba desorientada por el culatazo.

—*¡Na!* —gritó la señora, con lágrimas en los ojos—. *¡Na!*

Fue aquel grito el que despistó al francés, y que don Antonio aprovechó para traspasarle el gaznate con el acerico, lo que lo mató en el acto. El soldado cayó sobre el cuerpo del anciano, y allí agonizaron los dos.

—*Garapatías,* viejo —dijo Catalina, apartando el cuerpo del francés del de su amigo. El bayonetazo le había abierto las tripas, y sus intestinicos se escapaban como serpientes de lodo.

—Vive, *acha* —fue lo único que pudo decir el hombre antes de morir—. Vive.

Aquella misma tarde, Catalina enterró con sus propias manos el cuerpo de don Antonio, echó los cadáveres de los soldados al pozo de la casa y se largó de allí con Trubian y un par de fusiles. Marcharían al sur, hacia cualquier ciudad no ocupada. Estaba decidida a formar parte del ejército voluntario, iba a vivir para ello. Y sobreviviría.

13

Capitana de la tropa aragonesa

Dejando aparte las desventuras de doña Catalina, seguiré con la narración de lo que nos ocurrió a los de Cartagena, a los ocho que quedábamos bajo el nombre de la Enseña del Paño Grana. Ocho mendigos amparados por un trapo maltrecho por varias decenas de agujeros de bala. Si aquello había de representar nuestro ánimo de espíritu, estaba tan muerto como la ventura que nos cobijaba.

Así fue como, cansados y aquejados de diversos dolores, nos encaminamos a cuerpo gentil hacia el frío norte. Olvidamos la tierra roja y ocre valenciana, salpicada de verdura. En su lugar, un vasto erial cobrizo nos salió al camino, y no nos abandonó hasta que entramos en Aragón. El paisaje se retorció en su agreste espesura conforme las montañas nos rodearon. Atravesamos un Teruel completamente desierto, sin almas, ni nacionales ni extranjeras. Y emprendimos el intrincado paso hacia Zaragoza, de la cual sabíamos que estaba ocupada por los franceses desde hacía dos años.

Las nuevas monturas encajaban bien el ritmo de la unidad, y no perdimos ni un paso del resto de nuestros compañeros. Elegimos con cuidado rutas poco transitadas, pero fue imposible no hacernos cargo de algunos escuadrones de jinetes, quienes habrían alertado de nuestra presencia si los hubiésemos permitido marchar. Afortunadamente solo nos cruzamos con grupos reducidos que los más principales de los nuestros pudieron pasar por el sable.

Por no tener con nosotros mapa alguno, nos sorprendimos al doblar una curva del camino y toparnos con el pueblo de Belchite. Encontramos la villa desolada y marchita. Las casas que todavía se mantenían en pie competían con aquellas que se habían venido abajo durante los sitios de Zaragoza. Las violentas maniobras realizadas en aquella población habían llevado la ruina a la villa, y sus vacíos callejones nunca llegarían a contar las historias que el tiempo tarde o pronto borraría.

El grupo decidió hacer una pausa, y sabiendo yo cuán cortas eran las paradas en territorio ocupado, me aparté de la caterva un momento para dar alivio a mi vejiga. Me interné entre unos setos, a la entrada de la villa, y me dispuse a desabrocharme el calzón.

¡Qué mala suerte la mía! Allí andaba yo en cueriticos vivos cuando oí junto a mi oreja izquierda el crujido de una pistola. Sin tiempo de gritar, un mamporro de culata me noqueó, y caí para morder el polvo, con la melva entre las manos. Todo se puso oscuro, y tan solo pude pensar que moriría allí, de la forma más ridícula posible. Tal vez lo mereciera, no lo sé.

Doña Genista y don Ricardo conversaban alegremente mientras todo aquello ocurría, y no fue hasta que recibieron la granizada de plomo que no se dieron cuenta de que habíamos caído en una terrible emboscada. Los nuestros se lanzaron como pudieron al suelo, y se arrastraron para tratar de cubrirse tras nuestra caravana de provisiones. No tardaron mucho en tomar las armas y responder a los disparos.

El fuego de fusiles comenzó a silbar sobre mi cuerpo tendido e hirió a un par de asaltantes, que cayeron a través de las ventanas sin batientes. Doña Genista, quien había arrastrado a Ricardo tras un murete, intentó localizar a los que disparaban, escondidos en las viviendas vecinas. No dejó de notar que tiraban sin mucho tino, ni aunque el blanco hubiese sido el mismísimo suelo. Algo vio entre la maleza, cerca de donde yo estaba, que le llamó profundamente la atención. Se levantó de

donde estaba y ordenó que detuviesen el fuego. Pero con el jaleo que se había armado, nadie le hizo caso.

Cuando por fin volví en mí, sentí un sable herrumbroso apretado firmemente contra el gaznate. Me revolví aterrado, sin poder gritar. Vi a Genista en mitad de la humareda que envolvía la calle.

—¡Soniche, *puró*! —dijo una voz de mujer a mis espaldas. Sonaba áspera, como cascada por varias décadas de desventuras.

—Somos voluntarios españoles, señora —conseguí decir, rezando por que surtiese efecto—. Cuídese de hacernos daño alguno o terminará sus días enterrada a lado de algún camino.

—*Jenjen* o *gabardé,* ¿qué más da? Mismo daño con distinto nombre. ¡Soniche, malandrín! —sentenció la mujer.

El corazón me dio un vuelco cuando vi a doña Genista, presa de la histeria, acercarse corriendo a mí. El rifirrafe de los disparos no había cesado aún, y un par de plomos salpicaron el barro a sus pies. Los nuestros habían detenido el fuego, pero aún había algún envalentonado que tiró una última carga. Mi señora Genista gritaba a defensores y asaltantes por igual, con los brazos extendidos e interponiéndose entre ambos frentes.

—¡Alto el fuego, por Dios!

Ricardo corrió hacia ella y la echó al suelo, pero Genista era más fuerte, y se resistió como una jabata para tratar de levantarse. Viéndose impedida, no dudó en propinar un fuerte codazo a mi oficial, quien la liberó al instante para ir a cortar la hemorragia que había brotado de su nariz. No entendía nada.

—¡Genista, deje que los soldados terminen con el francés! —se hacía oír Ricardo por encima de los disparos, que se habían reanudado—. ¡Don Isidro está en peligro!

—¡No son franceses, maldita sea! —respondió Genista, mientras don Ricardo echaba la vista hacia el lugar donde me encontraba yo. Cuando vio ondear el vuelo de una falda marrón, lo comprendió por fin. Los soldados, habiendo visto a Ricardo, cesaron al fin el fuego, mientras Genista se aproximaba con cuidado hacia donde la señora me tenía preso.

—Hola, *mare* —dijo Genista. Tras un momento de vacilación, el sable que me afeitaba la garganta cayó al suelo, y la intrusa fue a caer a los pies de doña Genista, rogando su perdón.

—¡*Eraño* del cielo y de la tierra! ¿Genista? ¿Eres tú, *chabí*?

—Tú eres mi madre… —respondió Genista, con los ojos anegados en lágrimas. A la anciana mujer le temblaron las piernas, y habría caído al suelo, desmayada, si doña Genista no la hubiese sostenido. Genista tocó una y otra vez el rostro de su *mare,* como no creyéndose que estuviese allí. Como si el capricho cruel de Dios hubiese creado aquel espejismo con el barro del suelo, para atormentarla en vida.

Catalina tardó más de veinte minutos en recuperar la consciencia, y lo hizo en una de las camas de campaña que habíamos instalado en una vivienda vacía. La mujer nos miró a todos, pero no se sintió cómoda hasta que vio de nuevo a Genista. Tampoco creía en su suerte. Las dos mujeres se abrazaron fraternalmente, con el llanto contenido. Ricardo se acercó a ellas, con un pañuelo apretado sobre la nariz rota. Observó el asombroso parecido de las dos mujeres.

—¿Cómo me has conocido, *chaborí*? —preguntó la señora, todavía temblando.

Doña Genista señaló el camafeo que Catalina llevaba colgado del cuello con una cinta de terciopelo ajado.

—Reconocería ese colgante hasta en el mismo infierno, *mare*. Recuerdo que me contaba historias cuando era chica. En aquel hospital de Zaragoza.

—¿Te acuerdas, niña? —La mujer reprimió otra lágrima.

—¿Está bien, señora…? —se atrevió a decir mi señor don Ricardo.

—Catalina —respondió la mujer—. Catalina García.

La señora Catalina pasó en la enfermería de campaña todo el día siguiente. No había salido indemne de la reyerta, y había recibido un disparo en el hombro. Aunque no había restos en su nafra, no tenía tan buen aspecto como para no preocupar a Ricardo.

Genista no la dejó sola ni un solo segundo. Le lavaba la herida con vinagre hervido tres veces al día y le proporcionaba cuanto alimento podía conseguir.

A la mañana siguiente despertó temprano, y se quedó mirando a Genista durante un rato sin proferir palabra. Su hija, en cambio, no pudo permanecer silente.

—¿Dónde ha estado estos treinta años, *mare*?

La mujer cerró los ojos. Tenía tanto que contar, tanto que recordar que le dolía el pecho tan solo con pensarlo. Aquello no iba a resultar fácil, ya lo sabía. Ya había hecho sus cuentas con Dios, y creía que nunca más vería a su hija. Pero allí estaba.

—Genista, hija mía. Hace años que no dejo de pensarte, mi *chaborí*.

—Me abandonó, *mare*. ¡Me abandonó con ese hombre! —gritó Genista con voz ahogada.

Genista no pudo contener las lágrimas que le inundaron los ojos y que aguó su mirada. Catalina, rota de dolor, le tomó el rostro y lo apretó contra su pecho.

—Me encerraron, Genista. No era un hospital aquello, era un *estaripel*. Un presidio. Fueron otros tiempos. *Chiró puró* en el que nuestro pueblo fue perseguido y mancillado. Durante mucho tiempo creí que el corazón que latía en mi pecho era para ellos igual que el que latía en los suyos. Pero, tras terminar mi condena, se me hizo pagar.

—¡Solo estuve con usted ocho años, *mare*!

—Y durante ese tiempo me creí libre. Pues llegué a pensar que atascar letrinas en la casa de la Misericordia no sería cosa *sorimba,* hasta aquel momento en el que alguien me acusó de *tasabar* a quien en mi vida nunca conocí. Un *chejaró* de prisión, nada menos. Tú tenías diez años, y mi otra opción era llevarte conmigo a aquel lugar. *¡Na!* No podía hacerlo.

—¿La maltrataron allí? —preguntó tímidamente Genista, sintiendo pena por aquella que le había dado la vida.

—No, *jelí*. Ya no había palos en ese lugar, ni violaban a las reclusas cuando les venía en gana. Me encargué de los *nasalós* durante demasiado tiempo. Los enfermos. Y cuando vine a darme cuenta, no sabía hacer otra cosa. No podía volver a Cartagena, así que seguí allí hasta que comenzó la guerra. Siento lo que has tenido que pasar. *Oropatialá* nunca te hubiese enviado con tu bato, pero no quería echarte al lugar donde yo tanto había sufrido por mi sangre. Por mi piel. Por mi *ratí*.

—Descanse, *mare* —dijo Genista cuando Catalina la agarró por el cuello y la abrazó de nuevo, aun doliéndole el hombro como lo hacía. De pronto, se sintió con fuerzas para preguntar una de las pocas cosas a las que temía aquella señora.

—¿Qué fue de tu *pare*? —preguntó al oído de Genista.

—Lo maté, *mare*. Le rebané el cuello de parte a parte la última vez que intentó hacerlo —respondió la hija entre lágrimas—. Yo solo tenía diez años, *mare*. Era una cría. Pero lo maté. Tuve que hacerlo. Y no me arrepiento.

—Lo sé, mi *jelí*. Y Dios sabe que lo merecía, Genista —dijo la mujer—. Ese *burracó* malnacido lo merecía, y bien muerto que está.

Belchite había sido desocupada dos meses antes, y los locales no habían perdido el tiempo en la

reconstrucción de la villa. Tras la batalla acontecida cuatro años atrás, la mayoría de los edificios habían sido abandonados, y sus muros se desmoronaban sobre la calle. Sin apenas población hábil, allí permanecieron los escombros durante todo lo que duró la ocupación. La libertad se les antojaba entonces como algo ajeno, algo que habían perdido en el momento en el que estalló un vagón de municiones, un fatídico dieciocho de junio.

A pesar de las constantes revueltas y los años de conspiraciones y conjuras, y por mucho que el grueso del ejército francés hubiese abandonado la ciudad, no fue hasta la llegada de doña Catalina que el pueblo de Belchite no tomó lo que era suyo como propio y empuñó un legón y un martillo para reconstruir lo que la guerra había roto. Aquella extraña señora había insuflado el aliento que el pueblo necesitaba.

Los edificios más dañados fueron demolidos definitivamente, y sus escombros fueron usados para reparar los estragos de la guerra. Los campos, muertos y sembrados de malas hierbas, fueron cultivados, y en breve gozarían de fruto. Catalina había convivido con los belchitanos desde entonces, repeliendo las escasas tropas francesas que se acercaban incautas a la ciudad. Si bien era cierto que la puntería y gracia con las armas era escasa entre las gentes de bien, no menos cierto era que juntos suponían un buen número de aguerridos vecinos.

Doña Catalina nos relató su historia en Zaragoza, desde su internamiento durante la Gran Redada hasta cómo le cortaron las orejas. No escatimó en detalles, entre chapurreo y chapurreo en caló, y conocimos la más sangrienta cacería sufrida contra su pueblo. Había conseguido apartar del presidio a mi querida Genista, solo para dejarla al cargo de un *pare* borrachuzo y amante de niños. Varias veces se le negó el indulto a Catalina por sus frustrados intentos de fuga, y como castigo tuvo que cuidar de los enfermos de la Misericordia hasta bien avanzada la guerra.

Conocimos a Trubian, borrico inteligente como ningún otro, quien nos mostró las pocas zalamerías que le había enseñado doña Catalina. El animal, ya consumido por la edad y toda una vida de trabajo, nos ganó el corazón. Dormía en una caballeriza, donde compartió su heno y alimento con las caballerías del ejército, unas señoriales monturas que miraban al asno con el desdén con que suelen hacerlo los caballos de batalla.

Pasaron dos días, y el general Freire insistió en la necesidad de continuar la marcha. Estábamos demasiado cerca del francés aún, y peligraba nuestro grupo. La *mare* de Genista estaba prácticamente recuperada de su herida, o al menos lo suficiente como para montar, así que fue subida a un caballo de grupa ancha y atada con arneses para evitar que cayera de la montura.

Freire perdonó su actitud belicosa y aceptó que se uniera al grupo. Comprenderán ustedes cuán desalentados estaban los restos del ejército español como para aceptar sin reservas a personajes como nosotros. Cargamos las alforjas sobre el viejo Trubian y emprendimos el duro viaje hacia el norte. Catalina, después de toda una vida lejos de su hija, no pudo hacer otra cosa que seguirla a la muerte.

—Quiero que sepa, doña Catalina, que es un honor tenerla en nuestras filas —le dijo Ricardo mientras ajustaba las cinchas a su montura—, y espero que todo el sufrimiento que haya soportado en Zaragoza sea reparado cuando venzamos al francés y lo mandemos a su nación de vuelta para siempre.

—Genista me ha hablado de usted, don Ricardo. Icue y oficial. Difícil de creer, *erañó*. *Ansos* agradezco que sea usted y no uno de esos estúpidos de pálido culo *parnó* los que dirijan a nuestro pueblo.

—No dirijo a nadie, mi señora. De mi Enseña, de los que comenzamos en todo esto, solo quedamos don Isidro, doña Alejandra, mi estimada doña Carmen, el barbero don Manuel, Juanito,

Rafael y su hija. Y yo mismo me supedito al general Freire. Lo que importaba de mi pueblo acabó cuando mataron a mis *pares*.

—Quien uno es no se olvida nunca, Ricardo. Se lleva como una prenda, mal que pese. Pero sea como quiera, *erañó*. Agradezco lo que hizo por mi hija. Y espero que esto vaya a alguna parte. Si no, moriremos como hermanos, *chaboró* mío.

—Por supuesto, doña Catalina.

Salimos de Belchite a media tarde, y antes de caer el sol vimos a varias partidas de franceses revolotear como buitres por las inmediaciones de la villa. Harticos de sangre como estábamos, no quisimos entablar batalla con ninguna de ellas, y sorteamos los caminos más truculentos con el fin de evitar un enfrentamiento.

Superamos el Ebro a su paso por la Alfranca y seguimos su curso hasta casi llegar a Zaragoza. Tardamos todo el día en rodear la ciudad por intrincados caminos de montaña, con los caballos casi reventados y con las narinas sanguinolentas. Trubian aguantaba mejor el paso, a pesar de que, como animal de carga que era, soportaba lo que dos caballos.

Por fin salimos del término zaragozano, y, tras atravesar el Gállego a la altura de Zuera, nos dirigimos a la parte más encrespada de todo el camino hasta las Vascongadas. Los montes de Castejón fueron para los nuestros un huesico duro de roer. Perdimos en la subida a tres caballos y a un hombre de diarreas. Pero el descenso hasta Castejón fue todavía peor, y dos monturas más perdieron mano al resbalar con la rocalla, e hicieron caer a sus jinetes. Otro de los nuestros, un recio soldado de Freire, fue atacado por un jabalí asustado, y su herida se infectó gravemente. Murió dos días después.

Atravesamos Navarra en la más plácida tranquilidad. Nuestra avanzadilla nos mapeó los mejores pasos, y seguimos el camino trazado. Ni nosotros ni Ricardo sabíamos cuál era el panorama por allá, pero no tardamos en contener el aliento cuando nos adentramos en los últimos reductos españoles.

Era veinticinco de agosto de 1813 cuando entramos en las Vascongadas. Pamplona y San Sebastián llevaban bajo dominio francés más de tres años, pero no por ello el ánimo aliado había decaído, y en continuadas ocasiones habían visitado aquellas ciudades para ponerlas en sitio. Un sitio, dicho sea de paso, que no duraba más de dos o tres días. El tiempo, la vergüenza y la escasez de recursos fue espaciando estas incursiones, y para cuando nosotros llegamos, vivíamos en una especie de tregua que no duraría mucho.

Entramos esa madrugada en Irún, con la ropa calada por la lluvia y envueltos en una boria poco común en los calurosos agostos de Cartagena. También el viento nos atosigaba, una brisa que soplaba sobre nuestras cabezas, fría como la mano del diablo. Los mantones empapados no alcanzaban a cubrirnos por completo, y pesaban como demonios sobre la espalda.

Los hombres de Freire no parecían preocupados por el tiempo, como si la lluvia les viniese bien para remojarse el ánimo. Aquellos soldados reían con gana y entonaban olvidados cánticos de gloria contra el invasor. Quien los hubiese visto, con aquel tonillo gracioso y animado, no hubiese creído que España entera estaba en guerra. Pero a nosotros nos daba la vida.

—Atañe a la victoria el canto de esas cancioncillas, señores —dijo Freire, el único al que se le podía apreciar cierta preocupación.

—No hará ningún mal espantar a los demonios de un día como este, mi capitán —respondió Ricardo—. Cantad, compañeros. ¡Cantad y no detengáis vuestro canto hasta haber terminado con los franceses a toque de tamboril y caramillo!

—No es el clima lo que me preocupa aquí, buen Ricardo —replicó Freire—. Ni tampoco la superstición que ronde a mis hombres. No quiero que aflojen su nervio en un momento en el que

peligra su seguridad. No estamos libres de riesgo, lo sabe usted bien.

Otro tipo de música se oyó por la carretera, con redoble de tambores. Diez minutos después, un soldado al mando de quince jinetes saludó a nuestro comandante, quien hizo lo propio. Freire se mostraba hastiado con aquellas formalidades.

—Capitán Freire, sabe Dios que nos honra con su presencia. Y estaría agradecido si me comunicara la fuerza de su regimiento.

—Doscientos hombres —respondió, tan enérgico como escueto—, y cincuenta más en la reserva de la cuarta división del Ejército Español. Doscientas quince bestias.

—¿Procedencia, señor?

—Gallegos, voluntarios vascos y estos nueve de Cartagena.

—¿De Cartagena, capitán? —dijo el alguacil.

—Supervivientes de la batalla de Valencia. El oficial de Marina don Ricardo Sancho de Tiñoso, y lo que queda de la Enseña del Paño Grana, milicia civil de Cartagena. Con ustedes, doña Genista García y don Isidro Ginés de Carrascoy, junto con don Manuel Serrano, doña Carmen Aljorra y los jóvenes voluntarios Alejandra Real y Rafael y Juan Raval.

—¿Y qué hay de la mujer maltrecha?

Doña Catalina se incorporó sobre el caballo y respondió.

—Catalina García, *junduné*. Gitana de la casa de la Misericordia de Zaragoza y superviviente del sitio que allá tuvo lugar. ¿Va a dejarnos *naquelar* o pretende tenernos a remojo entreteniéndonos con pregunticas estúpidas, *bedoró*?

El hombre no parecía esperar aquello, y nos miró fijamente, preguntándose quizás cómo una anciana herida, tres viejos y una mujer de tan baja estofa habían llegado al afamado Cuarto Ejército español malheridos y con la indumentaria mugrienta.

—Los incluiré como parte del Ejército de Galicia, mi capitán. Ello agilizará los plazos para asignarles una división esta misma noche. Graham planea un nuevo bloqueo sobre San Sebastián. Puede que quieran descansar, en caso de que se solicite su presencia.

—Así será, oficial. Muchas gracias —respondió Freire.

El campamento aliado se encontraba encajonado entre Hondarribia e Irún, y regado por la desembocadura del Bidasoa. Lejos de ser una ayuda, la proximidad del río hostigaba a las tropas aún más que el ejército francés, al irrigar las cercanías del campamento y empapar cada tejido, bandera o ropa a su paso. Vestir mojado en Cartagena era detestable, pero en aquel frío lugar era un infierno.

Se nos dieron unos uniformes acordes con nuestra división. Jaqueta azul abordonada en rojo y tocada por un bicornio de campaña. Ricardo no se quejó de su descenso en el rango, al vestir el mismo título que pudiésemos llevar los demás. Si no lo hubiese conocido, casi habría dicho que estaba contento de servir bajo una responsabilidad más laxa. Mucho había sufrido, y más dolor se presagiaba. Al menos teníamos ropa limpia y seca, y en aquellos momentos era más que suficiente.

Cruzamos el campamento al caer la noche, mientras esperábamos a que nos dieran órdenes en el cuartel de mando. Chapoteamos entre los charcos de barro bajo una lluvia de justicia, y pudimos observar el estado de los soldados. No eran muchos, ni sanos. La enfermedad no había hecho tanta mella en ellos como el hambre. Aquellos famélicos personajes se afanaban por limpiar las botas y las casacas de barro, mientras otros removían ollas de fierro en las que solo algún hueso o patata daban sabor al caldo. Otro tanto de los soldados hacía por cubrir con paja los barriles de pólvora y los fusiles para aislarlos de la lluvia. Muchos maldecían su suerte tanto como a aquella guerra. Y nuestra presencia no hacía sino incomodarles. O tal vez fuese nuestro ánimo, ¡qué sé yo!

El cuartel había servido otrora como control del río, un edificio estrecho y oscuro con ventanucos

que apenas ventilaban la humedad. Pasamos a resguardo, y nada nos hizo tan felices como el brasero que se encontraba en el centro de la sala. La podredumbre de la madera se olía en cada rincón, y el suelo parecía permanentemente encharcado. Salvo la luz que procedía del fuego, solo unas pocas velas apenas daban para contemplar los rostros de las cinco personas que rodeaban la mesa que presidía la sala, atestada de mapas de terreno.

—Pasen al calor de la lumbre, caballeros, señoras. Puede que los franceses estén acostumbrados a este tiempo, pero no tanto los aliados, y mucho menos aquellos de Cartagena. Anímense a participar en nuestra humilde asamblea.

—Acudimos a ustedes con la sola intención de pedir órdenes, capitán Graham —dijo don Ricardo —. Y la lluvia incomoda siempre por igual; la pólvora no entiende de naciones.

Graham tomó el hombro de don Ricardo y se apartó para que este examinase los planos. El dibujo ilustraba un conjunto de montañas trazadas con tinta, y aquí y allá se habían clavado tachuelas de diferentes colores que indicaban futuros planes. Don Ricardo lo observó minuciosamente, y tras un momento agitó la cabeza con indiferencia.

—Mantenemos bloqueado San Sebastián. —Graham tocó con el dedo un tachón azul clavado en mitad de un conjunto de rectángulos, una ciudad—. Desgraciadamente no podemos mantenerlo a diario, ya que Soult avanza cada vez que asentamos las posiciones.

Mudó su dedo hacia un tachón amarillo situado a la derecha, a tres dedos del azul.

—Nuestro mayor bloqueo ha durado tres días, y hacen falta algunos más para urdir un ataque a la ciudad. Habrá podido comprobar el estado de nuestras unidades, amigo mío. Aunque nos abriesen las puertas de par en par, no lograríamos hacernos con la plaza.

—¿No se podría detener a Soult obligándolo a combatir lejos de San Sebastián? ¿Quizás avanzando un grupo contra el que se sienta seguro? —aventuró don Ricardo.

—Esa es la trama de Wellington, mi querido oficial. —Tocó otro tachón verde, cerca del amarillo —. Pero, lejos de conseguirlo, estamos perdiendo más hombres que el francés. Y cuando Wellington sea vencido, volverán a incomodar nuestro sitio.

—¿Se ha establecido alguna defensa ya? —preguntó mi oficial.

—Se ha construido un perímetro de fortificaciones ligeras en una legua a la redonda, pero no aseguramos que sea inexpugnable. Las fuerzas de Soult son muchas, y el terreno no permite bloquear su paso. El río ayuda, aunque tampoco promete contenerlos.

—Así que nos quiere en San Sebastián, para engrosar las líneas de defensa.

—No —dijo terminantemente Graham—. Los quiero en este punto, a caballo entre Irún y San Sebastián.

Tocó otro tachón rojo entre los puntos amarillo y azul. Un área agreste en la que solamente había monte y río. Las líneas de cota se apretaban en la zona cercana al río. Ricardo sabía lo que significaba: barrancos y hondonadas pronunciadas. Un lugar peligroso tanto para defender como para intentar un ataque.

—Cerraremos el paso a Soult en San Marcial mientras se ejecuta el asedio a San Sebastián. Si capturamos la capital, avanzaremos hacia el este y los empujaremos al norte.

—¿Cuenta con suficientes hombres para entrar en San Sebastián?

—Suficientes ingleses y portugueses para hacer caer la ciudad, sí. Pero no para luchar a dos bandas, tratando de detener a Soult. Ahí es donde entrarán Freire y los suyos.

—Es terreno peligroso, capitán Graham. Quizás caigamos en nuestra propia emboscada. ¿Cuántas divisiones aguardarán en San Marcial?

—La tercera, la quinta y la séptima. La cuarta esperará en la reserva, con Freire al frente.

—Con nosotros.

—No. Ustedes han sido incluidos en la quinta división, junto a los gallegos. Su experiencia como oficial será imprescindible en la primera línea de ataque.

—¿Y qué hay si toman otra vía hasta San Sebastián? —increpé yo.

—He mandado reforzar Lesaca y Vera. Y pronto dos brigadas más cubrirán Irún y este mismo campamento. Deben entender que no nos quedan más oportunidades. Todo o nada.

Graham se despidió de nosotros, y fuimos a reunirnos con nuestro regimiento. En la tienda de la cantina comenzaban a servir la cena, así que nos pusimos a la cola para intentar conseguir un cuenco de sopa y sentarnos junto a nuestros compañeros de la quinta división.

—Buen día saldrá mañana —dijo uno de los hombres de la mesa, gallego—. Vamos, ¡que tampoco está lloviendo a cántaros!

—Habla por ti, ¿quieres? —respondió Catalina con fuerte acento maño.

Todos callaron y nos miraron con interés. Catalina, Genista y Alejandra eran las únicas mujeres en el barracón. Doña Carmen dormía tras la nefasta cabalgata.

—Digo que los gallegos llamamos a esto verano —continuó el hombre, alegre.

—Y yo digo —empezó Catalina— que llevo empapados hasta los pulmones, y que si esto no termina pronto, acabaremos ahogados en lluvia antes que en sangre.

Todos saltaron con irritación, jaleando a aquella belicosa mujer y declarando que no era de bien augurar malas predicciones. Que mentar la muerte llamaba a la desdicha.

—¿Acaso las gitanas tenéis la resolución de esta guerra? —dijo el gallego, con el regocijo más contenido—. Porque, visto el panorama, no confiaría ni en mi sombra, aunque estuviera pegada a mi culo.

Catalina se levantó del banco y cogió al chacho por el cuello. Era mucho más grande que ella, pero la mujer tenía la fuerza de diez mulos, y ni siquiera Ricardo y yo pudimos apartarla. Tenía los ojos inyectados en sangre, y arrojaba su bilis sobre aquel pobre hombre.

—Calé, sí, pero dudo que algún *canichaló* hubiera sobrevivido en la Gran Redada comiendo mierda y siendo sodomizado hasta las entrañas. Ándate con cuidado, gachó.

Genista tiró de su madre y pudo apartar sus manos del hombre, mientras este pugnaba por respirar. Estaba sofocado. Sus compañeros habían estado silbando a Catalina, pero ninguno había hecho el amago de levantarse de la bancada. Todos callaron tras aquello, y ahogaron las risas bajo la mesa.

—¡Compórtese, *mare*! En unos días estos serán nuestros compañeros, ¡por Dios! Camaradas con los que deberemos cooperar y apoyarnos. No es asunto nuestro quitarles el ánimo que los mueve.

—No prometo nada si ese payo es disparado por algún *gabardé*.

—No les hagan caso —dijo un hombre enjuto que ya peinaba canas—. Tienen tanta prisa por morir como por vencer en esta guerra. Hemos pasado tanto tiempo persiguiendo al francés que hemos olvidado que el verdadero peligro somos nosotros mismos. No es nada contra ustedes, y yo daría la vida por el hombretón ese. ¿Podría darme un poco de su pan?

Don Ricardo le acercó la mitad restante de su chusco, y yo hice lo propio con el mío. El hombrecico se zampó los dos trozos sin proferir palabra, mascando sonoramente aquel pan reseco. Parecía que no hubiese comido en años.

—¿Cuánto tiempo llevan en pos del francés? —pregunté.

—El capitán, tres semanas —respondió el hombre—. Nosotros, un año. Liberamos Galicia y los empujamos hasta aquí. Si nos libramos de ellos en San Sebastián, cosa que veo difícil, sacaremos esos bastardos del país. ¿Cuánto llevan ustedes?

—Levantamos Cartagena aun antes de la revuelta —respondió Genista con tono autoritario—. Luego estuvimos en los sitios de Valencia. El segundo nos abocó al fracaso y nos echó aquí. Desde entonces somos presa de nuestro destino.

El hombre vio el rostro de Genista, las heridas de Catalina, los ojos de Ricardo, y fue a parar a mis nudosas manos. Agachó la cabeza, negando con una sonrisica estúpida.

—Esto terminará pronto —dijo Ricardo—. Freire nos quiere en San Marcial. Pretende mantener ocupadas las tropas de Soult mientras se intenta otra afrenta contra San Sebastián. Aunque soy de la opinión de que deberíamos presentar batalla en la capital, y no en las espaldas.

—No tenga tanta prisa por morir, amigo mío. ¿Sabe qué ocurrirá si ingleses y portugueses entran en la ciudad por la noche? —preguntó el viejo, con un brillo extraño en los ojos—. Caerán los muros de la alianza en pro del saqueo y la pillería. Además, no será fácil vencer en San Marcial. El Aldabe viene escarpado por los cinceles del demonio, compañero. Donde el bosque no lo invade todo los torrentes abren surcos y barrancos en la roca viva. Aquello será un verdadero tormento tanto para franceses como para españoles.

—Esa es la estrategia de Freire —oí decir a Ricardo—. En suelo llano vencería el francés y recuperaría posiciones hacia la ciudad. En San Marcial, si somos hábiles, tendremos una oportunidad.

—Dios le oiga, buen amigo. Dios le oiga.

Los días siguientes tratamos de familiarizarnos con el terreno. No se nos permitió tener un arma, así que ofrecimos nuestro esfuerzo en trabajo u horas de guardia. Cada día que pasaba me resultaba más difícil concentrarme, y lo mismo ocurría con doña Carmen y con don Manuel. Ya éramos ancianos para ser soldados, y nuestros ardiles se veían empañados por los achaques de las articulaciones y unos huesos poco engrasados. Ninguno quisimos, en cambio, abandonar. Seguimos adelante, intentando acallar nuestras conciencias para sentirnos útiles, aun cuando hasta el mismo murmullo del río parecía anunciar un mal presentimiento.

La lluvia dejó de caer densa y continua a la mañana siguiente, pero solo para volverse intermitente y traicionera. Las pocas horas de sol neblinoso las aprovechábamos Ricardo y yo para reconocer la zona, mientras que Genista y Alejandra ayudaban en las prácticas de tiro de los muchos cadetes. Si a alguno le incomodaba ser alumno de mujer, pronto se veía arrebatado por la evidencia, pues nadie cebaba un fusil mejor que nuestra comandante, ni era capaz de atinar con mejor puntería contra los monigotes del campamento que mi querida Alejandra.

De una de aquellas correrías, don Ricardo y yo nos aventuramos hasta la cima del monte Aldabe, desde donde se podía observar la ciudad de San Sebastián en toda su extensión. Los paños franceses todavía ondeaban en el cabildo y las puertas, pero no se libraban de las reyertas que componían ingleses y portugueses, todas abocadas al fracaso.

Desde las murallas, los galos lanzaban obuses una y otra vez, que rara vez hacían más sangre que humo. Al final, el ambiente se llenaba de pólvora quemada y tierra levantada al aire, y lo cegaba todo hasta que unos y otros tenían que regresar a sus posiciones iniciales. Ese día apenas dio tiempo para trazar unos cuantos bocetos del terreno, cuando comenzó a llover de nuevo. Ricardo me ofreció su capa, de magnífica lana merina, que tuve que rechazar. No tardé en calarme de pies a cabeza, mientras charlaba animadamente con mi señor.

—Bonito día, don Isidro. Que no le incomode este chispeo aguado, y tampoco se desanime, hombre, que esta agua cala a nacional y a extranjero por igual —decía Ricardo, como cada vez que

me veía desalentado. Su sonrisa era tan sincera que me arrancó también un mohín risueño.

—Pero el francés está más acostumbrado que yo a ella, mi oficial. Esos patos de charca parecen más a gusto aquí que en levante. ¿No oye cómo cantan?

—¡A fe mía que los oigo, buen Isidro! ¡Cua, cua, cua! Pero déjeme decirle que ellos no tienen nuestro vino, amigo. ¡Hola, que eso sí es buen punto para los nuestros!

Mi compañero sacó una bota de debajo de la casaca y me la pasó. No sé si sería la situación o el frío, pero aquel vino viejo me supo más agradable que nunca. Con la tripica vacía, pronto me acaloré en exceso, y empezamos a adquirir mejor color. Reímos de buena gana, a pesar de andar calados, y surgieron temas más íntimos.

—El frío es fácil de curar con una cama caliente, don Ricardo.

—Y nada mantiene más caliente una cama que quien lo ame a uno, si me permite afirmarlo. Pero usted nunca habla de asuntos del alma. Por Dios, que diría que apenas le conozco a usted, mi querido amigo. ¿Quién espera a este soldado en su casa?

Azorado, dejé caer la mirada al suelo embarrado, incómodo por el recuerdo.

—Oh, usted me conoce como nadie, mi buen Ricardo. Ya sabe que lo único que me queda es la esperanza de regresar —respondí.

—¡Vamos! No me irá a decir que no ha habido nadie en sus sesenta primaveras. O es usted muy áspero en relaciones o bien que miente, bellaco.

—Sí, bueno —comencé yo, rojo como una granada—. Hubo una vez una zagalica, como todos. Era yo muy joven, y todo ocurrió muy deprisa. Ya ni pienso en aquello.

—¿Ve cómo tengo razón? —rio don Ricardo—. Siempre hay buena gente con los honrados. ¡Vaya que sí! ¿Y qué fue de ella, amigo?

Miré sus ojos, pero no pude sino dejar que se anegaran los míos por la pena. A nadie más había contado aquellas cosas, y no sabía si mi comandante era la persona más indicada para sincerarme. Esos recuerdos estaban enquistados en mi pensamiento.

—Llegué demasiado tarde, mi querido Ricardo.

—¡No me diga usted que estaba casada! —dijo mi oficial, risueño como un jilguero.

—Lo estaba, don Ricardo, lo estaba. Murió con apenas veinticuatro años. Prácticamente una chiquilla. Pero juro que la amé como jamás he vuelto a hacerlo.

Me tomó del hombro y me abrazó con cariño.

—Somos solo hojas en el viento, buen amigo. Solo eso.

—¡Y bien que lo diga! Solo hojas…

Cruzamos los arroyos que se dibujaban a las faldas del Aldabe. Aunque mi paso era lento y dubitativo, Ricardo caminó conmigo un trecho. El alivio de su presencia y el melancólico ritmo de la lluvia acompasaron mi corazón.

—¿Y qué hay de usted, don Ricardo? Guerra arriba, guerra abajo, no le habrá sobrado tiempo para ceder a los caprichos del alma…

—Pues lo cierto es que no. Cuando estaba en marinería conocí a una zagala, pero las semanas pasaron y las maniobras acabaron con todo romance. Cuando regresé de la mar estaba tan vacío como antes. Y luego vino todo esto, lo que tuvo que vaciarme de cariño.

—¿Qué hay de Genista? —aventuré yo, valiente como nunca—. Le admira con fervor, lo habrá notado usted.

—¿Qué hay de ella? De admiración no vive el corazón, buen amigo. Ella no me observa con esos ojos, y dudo que alguna vez lo haga. Hemos vivido demasiadas cosas juntos. Demasiados malos recuerdos.

—Lo cual no significa que usted no sienta algo hacia su persona. —Esbocé una sonrisa mal encubierta.

Ricardo rio ante mi atrevimiento.

—Deberíamos apretar el paso o se nos echará encima la noche.

Una vez en el campamento, se nos dio la orden para el día siguiente. Marcharíamos con la mañana hacia San Marcial, donde el francés pasaría en su camino a San Sebastián. Con la lluvia azotando la techumbre de las tiendas y el ambiente impregnado de humedad, ninguno de los de la Enseña pudimos dormir, y la madrugada llegó más rápido de lo que esperamos.

14

San Marcial

La Enseña despertó de madrugada, con el sueño en los ojos y el cansancio en las piernas. El campamento se envolvía en una mortaja de espesa boria, la cual empapaba la ropa de la misma forma que la lluvia. Gracias a Dios no llovía, a pesar de que el sol no asomó su rostro en todo el día. Sonaron dos toques brillantes de corneta, para advertirnos de las siete divisiones francesas que se acercaban hacia las tierras del Bidasoa con la intención de abrir camino hacia Oiartzun y reforzar sus posiciones en la ciudad de San Sebastián.

Nos vestimos con el uniforme del Cuarto Regimiento y tomamos las armas para emprender el camino hacia el monte Aldabe. Apenas nos dio tiempo de roer un par de galletas húmedas, que cayeron insulsas en nuestros estómagos revueltos. Genista tuvo el detalle de atar la banderola de la Enseña en una de las correas de su macuto, en nombre de todos aquellos que un día dieron su vida o su libertad por ella, y el gesto nos confortó un poco los ánimos.

Bien vale su tiempo el esbozar aquel que iba a ser nuestro hogar eterno si las cosas contra las tropas invasoras nos ponían en un aprieto. El monte Aldabe recibía el nombre de San Marcial a causa de la ermita que se asentaba en su cumbre, un promontorio de poco más de doscientas cincuenta varas que se comprimía entre los últimos recodos del Bidasoa y las afueras de Irún. El monte ascendía rápidamente en una barrancada cubierta de helechos regada por media docena de arroyos que convertían el sendero en un pedregoso barrizal.

Hacia el norte la vista topaba con las estribaciones de Behobia e Irún, asomadas a la desembocadura del río y a las islas que poblaban su último meandro, la eterna tierra de nadie entre las dos naciones. Hacia el sur y hacia levante, una sucesión de cumbres se elevaba solo para caer violentamente en la Vera del Bidasoa, en extraños y angulosos barrancos.

Nuestra posición se situaba en medio de la subida al monte, donde el arroyo Antxotxipi arañaba el Aldabe para desgajarlo en dos cumbres paralelas. Un pequeño puente de maderos podridos cubría el vado y salvaba las aguas turbias del torrente. Nos situamos junto al camino, unas varas más arriba del único paso por el que debían aparecer los invasores. Ese era el lugar que había decidido don Ricardo tras examinar una y otra vez los bocetos que habíamos realizado en nuestros paseos.

Unos rayos de sol apenas despuntaban entre la neblina para dejar ver el nacimiento del sendero abajo. El camino se desmoronaba aquí y allá por corrimientos de tierras o torrentes, por lo que no pocos dudamos que los franceses tomaran esa vía. Resultaba demasiado obvia para una emboscada. Sin embargo, aguardamos.

Confiábamos en don Ricardo lo que no hacíamos en nosotros mismos. De todas formas, tampoco teníamos otra opción. Mis manos se habían acostumbrado a la madera del fusil, y aunque no temblaban como lo habían hecho años atrás en San Onofre, no por ello las tenía todas conmigo. La mirada atenta y seria de Ricardo era lo único que me insuflaba el valor para no echar a correr de aquel lugar. Recé todo lo que me sabía y me santigüé varias veces, con la esperanza de que se me perdonara lo que no había rezado en todos aquellos años y mandar al eterno lo que quedase de mi alma.

La boria nos humedecía las casacas, que tan mal nos caían. Tanto don Manuel como doña Carmen se habían resfriado con el fresco de la semana anterior, pero tuvieron que acallar sus toses con tal de no alertar a los enemigos de nuestra posición. Allí, medio envueltos entre los matojos y con el pecho y las piernas echados al suelo, esperamos las órdenes de nuestro oficial. El silencio lo invadía todo.

—Terminen con los artilleros y los soldados a pie —nos dijo don Ricardo—. Los caballos poco tienen que hacer en un sendero tan estrecho, así que probablemente no lleven muchos jinetes. Si es que llevan alguno. Cuando la infantería caiga, sus monturas estarán demasiado agobiadas como para seguir el sendero. Traten de ahorrar munición, pero despierten confusión entre sus filas hasta que tengamos que tirar de bayoneta.

Genista estaba echada a mi lado junto a su *mare*. Me acerqué con cuidado a ella y besé la banderola de la Enseña. Su grana apagada destacaba sobre el violento verdor de los helechos.

—He creído más en esto que en cualquier otra cosa en toda mi vida —le dije a la mujer.

—También yo, viejo —me respondió Genista, con una triste sonrisa—. Confío en que todo esto resulte en victoria, porque no me gustaría morir envuelta en esta fría boria.

—Yo tampoco quisiera que estas malditas caparras me persiguieran en la muerte. Bastante se han cebado ya con mis piernas.

—¡*Maquelad* vosotros! ¡Soniche! ¡No querréis que esos *gabardés* nos den matarile!

—No, *mare* —dijo por último doña Genista, acallando nuestra cháchara.

Aquello me recordaba demasiado bien a San Onofre, y eso no me daba buena espina. Todavía peor, pues nuestra incertidumbre era mayor en aquel monte y nuestra protección, más escasa. Comenzó a caer una ligera cortina de lluvia que reveló mi carácter nervioso. Fue en ese sinvivir donde nos sorprendieron los soldados franceses.

Teníamos controlados todos los senderos. O eso creíamos, porque de entre la maleza aparecieron de repente media docena de hombres que, conociendo nuestra exacta ubicación, hicieron fuego sin mediar palabra. La boria era tan densa que solo veíamos los fogonazos de los fusiles. No tardaron los plomos en ir a buscar nuestra carne, mientras vibraba el aire a nuestro alrededor, pero sin causar apenas bajas entre nuestras filas.

A este guirigay de fusilería se le unió pronto una salva de proyectiles de cañón, los cuales hicieron mucho ruido y levantaron barro alrededor, pero poco más. El estrecho sendero apenas dejaba paso a los mulos que tiraban de la artillería, y sus patas se rompían contra la piedra embarrada, de manera que los cañones quedaban inutilizados tan pronto salían de entre los soticos.

Así intercambiamos munición durante media hora, hasta que nacionales y extranjeros decidimos que aquella situación no iba a resultar. Nos movimos ladera arriba, sin dejar de cubrir nuestras espaldas, arriesgándonos para poder encontrar un enclave mejor desde el que tirar. Los galos, a su vez, se expusieron peligrosamente al colocar sus cañones prácticamente al borde del barranco.

Aunque no era una situación adecuada para atinar sobre nuestros cuerpos, varios cañonazos pasaron por encima de nuestras cabezas. Las precarias acumulaciones de barro saltaron por los aires, y varios quintales de piedra, tierra y madera podrida se deslizaron ladera abajo, hacia nuestra posición. Tuve el tiempo justo para echarme al suelo antes de que este desapareciera bajo mis pies.

El corrimiento nos arrastró varias varas abajo, y dimos tumbos en un alud de tierra y barro que nos molió los huesos. Pugné por salir de aquel amasijo, pero el barrizal me hizo caer más y más, y no me detuve hasta que no di un costalazo contra el tronco de un roble. Tenía varios cortes en carne viva, de los que nacía un flujo de sangre oscura, y tampoco mi espalda acabó bien parada. Tardé un poco en comprender que me había separado de Ricardo y Genista. Un par de soldados españoles habían terminado en peor situación que yo, al caerles encima una roca del tamaño de un caballo de batalla.

Al vernos en aquella situación, los nuestros tiraron contra los artilleros, y en un momento mataron al mulo y a los que lo comandaban, que se desplomaron barranco abajo junto con el cañón que arrastraban. Los franceses, a su vez, dispararon contra todos aquellos que habíamos caído al fondo del barranco. Resultaba un ejercicio sencillo, dada la posición elevada en la que se encontraban, aunque fuese una treta poco noble, a mi humilde parecer. Cuando comencé a oír silbar los plomos cerca de mi cuerpo, rodé hacia un lado para cubrirme tras el pedrusco que había matado a mis compañeros. Varios tiros rebotaron contra la roca.

—¡Bastardos, malandrines! —grité, presa de la desesperación.

Aquello, no obstante, no hizo más que delatarme, y los fusiles respondieron a mis insultos con una dulce réplica de plomo. No fue tanta la suerte como para que una de las esferas no me diese en la bota y me destrozase para siempre el meñique y parte del anular. Mis gritos debieron de alertar a doña Genista, pues la localicé junto a mi oficial, que trataba de disparar contra aquellos que me tenían acorralado.

Y esta vez la suerte me sonrió, pues pude correr anadeando de nuevo hacia las alturas sin que ninguna bala me diese. Clavé las puntas de las botas, y aun a pesar del dolor que punzaba mi pie, logré escalar por la tierra derrumbada hasta la mano amiga de doña Catalina, quien me ayudó a subir el trecho que me separaba del sendero.

Abracé a aquella desconocida señora, quien tiempo atrás casi me mató de un tiro con la melva entre las manos. La señora, sin mucho ánimo, recibió mi abrazo, y me apartó al punto.

—Hemos sido ordenados a formar línea más arriba —dijo, frunciendo el ceño. Se la veía muy cansada, manchada de barro y pólvora. Debía de tener apenas unos años menos que yo, pero en ese momento, casi sin decirnos nada, nos dimos cuenta de que éramos demasiado viejos para aquella guerra. Nuestras canas embadurnadas y las cicatrices que cruzaban nuestros rostros hablaban de historias que nadie más conocía. Que se perderían allí.

Mientras caminábamos para alcanzar una posición más elevada oímos tronar nuestros cañones. Poco efecto hicieron al principio, pero desbarataron la artillería francesa, al descomponer el camino bajo sus ruedas. Un par de sus cañones perdieron su cuña y rodaron hacia el barranco, viniéndose a unir a los mulos caídos en el arroyo.

Las tropas de Soult pasaron a San Marcial por el vado de Erlandaza, aprovechando el silencio del fuego aliado. No tardaron en componer un nuevo ataque monte arriba. No faltaba valor entre los franceses, quienes intentaron articular una columna en aquel camino tan estrecho y accidentado. Ascendieron por el monte con sorprendente velocidad, a pesar de los árboles que les cortaban el paso, y que los obligaban a marchar en una fila muy apretada.

Los defensores nos situamos en la cumbre, calamos las bayonetas y nos dispusimos en línea para encajar su llegada. Poco esperamos allí, cuando comenzaron a pasar soldados a la explanada frente a la ermita. Los primeros en coronar la cumbre cayeron bajo el fuego de fusilería, y sus cadáveres se apilaron para entorpecer el paso de los que venían después.

Freire mandaba a aquellos soldados que éramos nosotros de forma mecánica, ordenando que mantuviéramos la posición y despacháramos a los invasores conforme fuesen viniendo. Pero pronto nos superaron en número y tuvimos que enfrentarnos cuerpo a cuerpo, a bayoneta presta. Por todas partes se diseminó el entrechocar del acero contra el acero, que contrastaba con los esporádicos disparos de pistola o fusil.

Librado de un molesto sablista, me lancé contra otros dos que atosigaban a doña Genista. Pasé por el fierro a uno, y ella se encargó del otro. Genista me miró con la cara embadurnada de carbonilla y sangre. En sus ojos se reflejaba el sol mortecino de la mañana. Aun así, tuvo ánimos para dedicarme

una sonrisa, y eso avivó mi espíritu.

—¡Mira la boca del sendero! —me advirtió de repente.

De entre los árboles salían cada vez más hombres, que rodearon a los nuestros e hicieron peligrar la situación. Soult sabía muy bien qué hacía, y no cejaría en el empeño de deshacerse de nosotros para aliviar una vía libre hacia San Sebastián. Genista estaba tratando de pensar alguna maniobra, algo que cerrara la entrada a la cumbre. Catalina, en cambio, no dudó al ver una pieza de artillería abandonada. El combate cuerpo a cuerpo de los dos ejércitos no permitía el uso de cañones, así que estos permanecían muertos o destinados solo a las columnas que aún no habían vadeado el río.

La mujer llegó a la pieza y se dispuso a empujarla, sin resultado. Comprendí por un momento parte de su plan, y corrí a auxiliarla. Lo mismo hicieron Genista, Juanito y Rafael; aunque a nuestro alrededor los franceses habían ocupado el terreno, y se desplegaban por la cima. Los antiguos icues se echaron a bayonetazos contra ellos, y si bien lograron deshacerse de tres o cuatro, no pudieron salir de allí sin recibir varios cortes. Rafael salió peor parado, ya que un tajo horizontal se había desplegado por su bajo vientre y empapaba en sangre su camisa y su calzón.

Juan sostuvo a su hermano por los hombros y lo llevó a rastras hasta la ermita de San Marcial, donde consiguió sentarlo en los escalones de la entrada. El pobre agonizaba.

—Rafael, ¡mírame! —gritaba Juanito, desalentado—. Por lo que más quieras, aguanta.

El hombre apretaba el vientre de su hermano como si fuese el suyo propio. Como si la sangre que brotaba de él fuese su misma vida. Rafael miraba al cielo, a la sombra del campanario de la ermita. La lluvia salpicó su rostro y lavó la sangre que se derramaba pegajosa. Juanito no quiso mirar, pero vio una víscera latir caprichosa bajo sus manos. Espantado, abofeteó a su hermano, quien sonreía al cerrársele los ojos, mientras su tripa evacuaba su pestilente contenido bañado en sangre. Rafael expiró allí, en los brazos de su hermano, mientras Genista corría desesperada hacia ellos.

—¡Maldita sea! —gritó la mujer, enajenada por la rabia.

Juanito depositó a su hermano con cuidado sobre las escaleras y echó a correr hacia un grupo de soldados, lleno de rabia contenida y recrecida por el odio. Alejandra, que estuvo atenta, corrió para sujetarlo, pero solo pudo atraparle el vuelo de la camisa, que se desgarró para descubrir su torso lacerado cubierto de moraduras. No pudo la zagala evitar el desastre que iba a terminar con la vida de su compañero, y nada pudo hacer cuando Juan saltó sobre el primero de los soldados e introdujo su sable por el cuello de este. Los franceses, sorprendidos, no respondieron hasta que Juanito se hizo con dos vidas más. Fue entonces cuando cayó al suelo de un empujón, y alguien disparó contra su pecho mientras todavía se revolvía en el barro.

Alejandra, lejos de dejarse dominar por la rabia, se acercó de nuevo al cañón, que Catalina y yo tratábamos de mover inútilmente. Allí acudió también Genista, escupiendo al suelo la flema del odio. A la orden de doña Catalina, situamos el cañón en mitad de la explanada y encaramos su brocal hacia la arboleda que coronaba la cima. Nadie nos prestó atención.

—¿Qué propósito tiene disparar contra los árboles, *mare*? —dijo Genista, con los ojos llorosos por la pólvora y algo más.

Catalina señaló uno de los robles muertos que se abocaban hacia el barranco, una mole podrida por el paso de los años que comenzaba a levantar porciones de terreno con sus secas raíces.

—Contra los árboles no. Contra ese árbol.

Conseguimos cebar el cañón, prender la mecha e inflamar la pólvora justo en el momento en el que un grupo de soldados enfilaban hacia nosotros con el sable en la mano. Hubo un fortísimo estruendo, y un obús fue a impactar contra el tronco del roble, que estalló en mil esquirlas que volaron en todas direcciones. Creímos que no había resultado, pues el árbol se mantuvo en su sitio.

Sin embargo, tras unos segundos, empezó a ceder. Al principio se desplazó lentamente, palmo a palmo, pero cuando las ramas superaron el punto de equilibrio, el peso venció y se desplomó rápidamente por la ladera para arrancar el suelo a sus pies y desparramar una montaña de piedra y roca por la ladera hacia el camino.

Los franceses que ascendían vieron un alud de tierra que se les vino encima. Una docena de hombres cayeron malheridos por la colina, mientras que la tierra se fue depositando en el sendero hasta una altura de dos varas, lo que dificultó el paso de las tropas de refresco. Los que consiguieron escalar la barricada alcanzaban cansados la cima.

Los defensores tiramos de sable y bayoneta, y nos hicimos por fin con la cima de San Marcial. Fueron muchos los de nuestro bando que cayeron en la batalla, pero de los franceses no quedó nadie. Ocupada la cima, descendimos hasta el montón de tierra del camino y formamos fila para ocuparnos de aquellos que superaban la barricada. A media tarde terminamos con los últimos soldados que se atrevieron a cruzar el vado, y pudimos entonar una salva de vivas.

La Enseña lloró largamente la pérdida de Juan y Rafael. El recuerdo de su presencia ardía entre los que los habíamos conocido, pero era especialmente intenso en mi señora doña Genista. Había conocido a los hermanos el día que llegaron a Cartagena desde La Manga, unos zagalicos huérfanos de apenas siete años. Los huesos se les marcaban bajo la escasa carne, y Genista no tuvo otra que darles un par de crespillos que se reservaba para ella. Los niños, llorosos, se sentaron en la cubierta de la antigua balandra, y devoraron los crespillos rápidamente, solo para pedir más al cabo de un rato. Fueron buenos zagales, y aún mejores hombres, pero habían terminado sus días en una patria extraña, con sus cuerpos sumergidos en el barrizal de aquel monte.

Cerca del anochecer conseguimos abrir las puertas de la ermita, y mientras los soldados se desplegaban para reunir a sus unidades y amontonar los cuerpos de los caídos, nosotros nos acercamos al santo patrón para suplicarle por nuestros compañeros, y para que se nos velara aquella noche como lo había hecho casi tres siglos antes. La imagen incólume del santo francés miraba con el gesto de a quien poco le importan las terrenales vidas de los que viven.

La noche vino, y también las noticias de un nuevo ataque contra San Marcial. Freire aprovechó para pedir ayuda a Wellington a través de un correo, pues se le había asegurado que el segundo asalto sería implacable, y no contaría con la sorpresa del primero. Todos nos temimos lo peor. Y casi me hice a la idea de morir en aquel paraje, tan lejos de mi Cartagena, y de forma tan injusta. También Genista parecía contener un amargo trago, pues permanecía callada mientras escuchaba los ánimos que malamente nos daba don Ricardo. Solo Alejandra, dentro de su serio semblante, mantenía los arrestos.

Ricardo y los otros oficiales al mando nos enviaron de nuevo colina abajo, pues contábamos con el monte como principal defensa, como ya sabíamos por la primera arremetida.

Era una noche oscura, pero a la luz de las antorchas el torrente semejaba un río de sangre que lavaba los cadáveres amontonados en las orillas del camino. Era tan angosto el firme que no podíamos sino pasar por encima de los caídos, cuidando de no pisotear sus cuerpos maltrechos. No importaba su nación, como tampoco importaría la nuestra cuando fuésemos a unirnos en su destino.

—Valor, mis compañeros —animaba Freire, al frente—. De esta ya nos libraremos para siempre del francés. ¡Oíd! ¡Oíd los lamentos del invasor desde San Sebastián!

Todos prestamos atención a poniente, donde la oscuridad estaba manchada con rojo fuego y un humo anaranjado que se desplegaba hacia el mar. Creímos que era una hipérbole militar, tan gastada

por los altos mandos, pero cuando lo oímos se nos erizó el vello de los brazos. Un millar de voces rasgaba el cielo. Gritos ahogados de lamento y pérdida, acompasados por el rítmico retumbar de los cañones. A aquella distancia, el alarido resultaba inhumano, como proferido por alguna criatura de un olvidado bestiario. La música de la muerte.

Descendimos por el monte Aldabe hasta el lugar donde habíamos estado aquella mañana, y apagamos todas las luces. Esta vez, sin embargo, fueron los nuestros los que advirtieron a los primeros soldados de la vanguardia invasora. A su orden, atacamos tan brutalmente contra ellos que perecieron dos docenas de hombres cuyos cuerpos cayeron junto a los cadáveres de la mañana.

De la misma violencia fue la respuesta, a base de plomo y fierro, que desbarató gran parte de nuestras líneas. Las balas llovieron a nuestro alrededor, como una seca granizada, y muchos de los gallegos cayeron muertos. En una de aquellas pude ver al grandullón que días atrás se había encarado con Catalina cayendo barranco abajo con el rostro deformado por un disparo de fusil. No quisimos retroceder, empero, y nos mantuvimos firmes hasta que las fuerzas se igualaron.

Genista y Catalina se turnaban para disparar y cargar, y así sumaron gran cantidad de bajas. Cuando miré, era el turno de Genista de cebar el fusil, y su *mare* esperaba de pie con la mano hacia ella, aguardando el arma. Una salva de disparos vibró a su alrededor, y en un momento todo pasó muy rápido.

La hija estaba cubierta por un roble que le hacía de parapeto. Catalina no. Genista tardó un instante en darse cuenta de que su *mare* no sujetaba el fusil que ella le brindaba, y otro más en ver aquellos ojos oscuros elevándose al cielo, antes de desplomarse.

El cuerpo inerte de Catalina dio un traspiés y cayó dando tumbos barranco abajo, como si de un pelele de paja se tratase. Genista lanzó un grito estremecedor y disparó el arma que había cargado, cuya bala fue a impactar a los pies de un oficial de alto rango. Enajenada, descendió por el camino con el sable en alto, y en apenas diez minutos fue a encontrarse entre las huestes francesas.

Pasó por la espada a cuantos se le acercaron, y aun cuando fue apresada continuó dando patadas y mordiscos a sus captores. No pudieron detenerla hasta que un oficial la golpeó con su pistola y la dejó sin conocimiento. Vimos cómo los invasores apartaban a nuestra Genista y la echaban al arroyo, donde, estando inconsciente, poco tardaría en ahogarse.

Yo me dispuse a seguirla por la ladera cuando Ricardo me tomó del brazo y me empujó con fuerza a un lado del camino. Trastabillé y caí al suelo. Me revolví con rabia, dispuesto a intentarlo de nuevo, pero mi oficial me clavó la bota en el pecho.

—No, don Isidro. Otra muerte no ayudará a nadie. Corra hacia la cima. Debemos retroceder. Ya se ha perdido todo aquí.

—¡Pero, mi señor…! ¡No podemos abandonarla a su suerte! ¡La matarán!

—Suba, digo —dijo don Ricardo, con el serio gesto de los militares que no se dejan llevar por el pánico—. ¡Es una orden!

Reculé hacia la cima como había hecho la mañana anterior y cubrí desde las alturas el paso. Las lágrimas no tardaron en acudir a mis ojos, y mi vista se enturbió con el sudor y el barro del camino. En mitad de la noche no sabíamos cuántos eran los enemigos, ni por dónde venían. La confusión nos rodeó mientras vigilábamos el camino hasta la ermita. El bullicio allí resultaba ensordecedor. A mi alrededor, los soldados españoles corrían de un lugar a otro confusos, intentando distinguir algo en la oscuridad.

Aguardé a don Ricardo con el corazón en un puño, y poco me tranquilizó cuando vi ascender por el camino a los miembros de la Enseña. Distinguí a don Manuel, con la cabeza ensangrentada rodeada por un trapo. Detrás de él, Alejandra sostenía a doña Carmen por los hombros. La pobre

mujer apenas lograba sostenerse, con las faldas requemadas. Y tras ellas, don Ricardo. Ocultaba su rostro sombrío, pero pude distinguir unos ojos enrojecidos por la rabia. Y nada se sabía de Genista.

Era ya medianoche cuando alcanzó la cima un correo, a lomos de un caballo herido y casi reventado. El hombre se apeó y, dando tumbos, dio el parte a Freire. El capitán soltó un improperio contenido. Ningún refuerzo vendría a servirle, con el alegato de que el Ejército de Galicia debía tener el honor de ganarse la victoria por sí mismo, para responder del valor que ya había demostrado.

—¡¿Han oído, mis compatriotas?! —gritó Freire—. Wellington nos reserva la gloria para nuestra victoria. ¡Hagamos pagar a los invasores!

Más allá de la arboleda que ocultaba el camino vimos los primeros envalentonados que vinieron a estrellarse contra la cumbre de San Marcial. Se presentaron allí los últimos grupos de Soult, que trataron por todos los medios de recuperar lo perdido. Sable en mano, don Ricardo y Alejandra encabezaron el grupo que fuimos a encararnos contra los primeros que llegaron a la ermita. Varios hicieron fuego, pero a estocada y revés acabamos con gran parte de ellos. Fue una batalla dura, en la que los nuestros cayeron por decenas a unos pocos pasos de donde reñíamos, pero, guiados por mi señor don Ricardo Sancho, aunamos voces gallegas y cartageneras por la victoria.

Y allí estaba yo, Isidro Ginés, labriego, batallando por la libertad de los míos, como un auténtico Aníbal a lomos de un elefantino coraje. No sé si fue la Providencia o el espíritu que nos inflamó San Marcial el que nos permitió vencer en aquella colina y echar al francés de España. O quizás la rabia por la muerte de nuestros compañeros caídos. No contra los extranjeros, ya no. Contra nosotros mismos, y contra la sinrazón humana que nos aboca a arrancarnos las yugulares a bocados, en lugar de aprovechar nuestro escaso tiempo en crear vida, en entregar afecto en lugar de muerte.

Tantas vidas perdidas, tantos futuros abandonados en un baño de sangre. Los jóvenes franceses, tan valientes, cayeron en el fango. Lo mismo que nosotros. Sus cuerpos perdían la vida sin apenas darse cuenta de las letales esferas plúmbicas que mordían su carne, que hacían estallar sus huesos. Nuestros sables se entrecruzaban con los galos en una cacofonía acerada que poco tenía de noble, que nada tenía de poética. Bajaban y subían, hasta que por oficio o suerte terminaban por segar el pellejo de los pobres que los empuñaban, derramando el preciado líquido por sus pecheras. Ninguna batalla valió jamás la pena. Ninguna guerra nunca lo hará.

Terminado el asalto, no esperé las órdenes de don Ricardo y descendí, anadeando entre los cuerpos, en busca del de Genista. Se lo debía. Debía a aquella mujer mi vida entera. Logré ganar el arroyo Antxotxipi, donde el cuerpo de Genista todavía yacía medio sumergido en el torrente ensangrentado, al lado de unos helechos. La saqué de allí y vi cómo un manantial de sangre brotó de su pecho. Levanté su cuerpo y lo arrastré hacia la orilla.

—Respóndeme, *acha*. Dime que aún vives. ¡Por favor!

No hubo respuesta, pero un martilleo de tambores se dejó oír al otro lado del vado, y se fue acercando a la boca del camino. Tambores franceses. Resultaba imposible, pero aquello todavía no había terminado. Ni mucho menos.

Traté por todos los medios de despertar a mi compañera, pero su cuerpo se veía tan inerte como el de su *mare,* caído a varias varas de donde nos encontrábamos. La abofeteé tantas veces como pude, intentando recuperar su presencia. Nada me detuvo, ni siquiera el pensamiento más funesto. Genista no era de esa pasta. Ella no. Lo sabía.

Pareció pasar una eternidad cuando unas débiles pulsaciones vinieron a sus muñecas, y de su pecho nació un gorgorito que se convirtió en respiración. Genista abrió un ojo enrojecido y trató de susurrarme algo. Apretaba con fuerza mi mano contra su pecho.

—Is… Isidro. Llévame junto a mi *mare*.

—No, *acha* —dije yo, firme—. No vas a reunirte con ella. Tú vivirás todavía.

Y dicho aquello, probé a levantarla para subirla a mis hombros. No podría cargar con ella más allá de tres pasos, pues pronto hicieron mella el bayonetazo en la pierna, el corte en mi brazo y mis sesenta y tres años. No lo iba a lograr. No iba a poder. Pero pude.

—¡Don Isidro, por Dios! ¡Regrese a su posición! Los franceses están encima.

Ricardo había llegado al vado, y corría hacia nosotros cuando el redoble de tambor se hizo más y más intenso. El oficial apartó el pelo de mi señora y, al ver su viva mirada, se sorprendió tanto que casi cayó de un costalazo. Por un momento no creía en su suerte.

—No puedo obedecerle, mi oficial. Genista aún vive. Debo llevarla arriba —dije.

—No se preocupe por eso ahora. Suba. Los tambores están muy próximos. Han oído los cañones en San Sebastián y vienen a probar un último intento para ayudar a sus compañeros.

Como confirmando el hecho, dos o tres soldados de la avanzadilla aparecieron en el camino que desembocaba en el vado y dispararon contra nosotros. Ricardo abatió a uno de ellos a base de pistola, y sostuvo el cuerpo de Genista, para dejarme a mí el fusil.

Salimos de allí a duras penas, perseguidos de cerca y con el camino cuesta arriba. Los gallegos nos recibieron haciendo fuego contra nuestros perseguidores, y conseguimos llegar a la ermita, donde pudimos apoyar a Genista sobre un banco, a la entrada del templo.

El tercer ataque se desencadenó ante nuestros ojos como una tormenta. Al conocer nuestra estrategia no dudaron en guarecer sus tropas hasta deshacerse de nuestras líneas a base de artillería. La falta de efectivos y el cansancio no nos permitieron sostener la posición tanto tiempo como en los otros asaltos. Los hombres de Soult eran tropas de refresco, pero nosotros llevábamos metidos en el uniforme todo el día. Nos preparamos para enfrentarnos cuerpo a cuerpo una vez más en un último aliento, y calamos la bayoneta.

Don Ricardo lloraba alguna pena oculta, mientras que los gallegos urdían una última marcha con las caras llenas de barro y sangre, y con el ánimo deshecho. Y yo lamentaba el estado de mi amiga y la herida que laceraba su pecho. No duraría mucho allí, perdiendo sangre sobre el banco de la iglesia. En el lugar donde había muerto Rafael hacía unas horas.

Si moríamos allí, al menos el ejército aliado habría vencido en San Sebastián y peinaría el área hasta Irún. Al límite de nuestras fuerzas y con el temple alicaído, éramos la última oportunidad para Freire. La última para nuestra tierra.

Al calar la bayoneta noté que algo me incomodaba en el bolsillo de mi jaqueta. Un bulto de tela que yo no había puesto allí. Lo saqué, y al desplegarlo vi la Virgen del Rosell rodeada por ramas de laurel sobre un fondo granate. Genista me había dado en su agonía el Paño Grana. Até la Enseña al cuerpo de mi fusil, y me lancé colina abajo junto a mis compañeros.

Los soldados del general Soult nos recibieron a cuchilladas, matándonos a decenas. Solo unos pocos nos abrimos paso con la bayoneta, y los empujamos por la fuerza hacia el barranco. Varios cayeron así, pero pronto nos vimos rodeados Ricardo y yo, espalda contra espalda.

—Valor, don Isidro. Esto terminará pronto. ¡Por Cartagena!

Los franceses nos rodearon en el borde del precipicio, mientras esquivaban con agilidad nuestros sables. La muerte se nos antojó muy próxima, con quince varas de barranco a nuestros pies, cuando el cielo se abrió en humos de victoria. Los invasores se apartaron para ver qué se les aproximaba por la retaguardia, pero no pudieron sino ver cómo sus compatriotas caían a manos de un nuevo enemigo: los batallones de voluntarios de Guipúzcoa. Vestidos de verde y tocados con chapelucas, terminaron con quienes nos acosaban, y nos abrieron un paso hacia el sendero. Aunadas las fuerzas

de Freire y Zumalacárregui, capitán de los vascos, acabamos con los franceses y liberamos San Marcial.

Los pocos soldados que aún no habían alcanzado el vado tocaron a retirada y huyeron hacia Irún. Gallegos y vascos fueron tras ellos monte abajo, sin dejar de dispararles como en una partida de caza de conejos. Y en aquella afrenta, siempre injusta y agria, terminó la ocupación de aquellas tierras.

El Paño Grana ondeó una última vez cuando fuimos a socorrer a nuestra querida Genista. La mujer seguía sentada frente a la ermita, con la mirada perdida en el principio del sendero. Su blusa estaba empapada de escarlata, que brillaba con las primeras luces de la mañana. Su cabello nunca había estado más encrespado, y caía húmedo en sudor por encima de su rostro.

—¡Doña Genista! —gritó la joven Alejandra, que fue la primera en llegar—. ¡Debemos descender por el monte hasta el campamento! Esa herida no tiene buena pinta.

Genista emitió un débil gorgojeo, como el de un pájaro herido. En un momento, todo el temple con el que habíamos conocido a aquella mujer cayó como un castillo de naipes. Aquella señora, aquella icue, apenas podía sostenerse por sí misma. Ni siquiera hizo un intento, concentrada como estaba en el camino que ascendía hasta la ermita.

—Está bien, ¡arriba con ella! —nos indicó don Ricardo, mientras pasaba un brazo por debajo de sus sobacos. Su corpulencia era tanta y las fuerzas de Ricardo tan flacas que tuvimos que ayudarlo Alejandra, don Manuel y yo. Doña Carmen bastante tenía con sostenerse ella misma. Con esfuerzo, levantamos a la mujer del banco, y quedó suspendida, inánime. Había vuelto a desmayarse.

El descenso por el monte embarrado fue un tormento digno del mismo Odiseo. Doña Carmen caminaba paso tras paso, vigilando para no resbalarse en alguna losa húmeda, mientras los demás sosteníamos el cuerpo de Genista, como en una funesta procesión. Avanzamos poco a poco y a trompicones, y en un par de ocasiones perdimos pie, y fuimos a caer al suelo. Aunque conseguí que la cabeza de mi Genista no golpease el suelo, no pude evitar que se hundiera en un charco enfangado.

Sorprenderá la veracidad de esto, pero ese lavado en agua fría y sanguinolenta fue lo que necesitó Genista para recuperar un poco el ánimo de espíritu. Algo en su cabeza se encendió y adquirió la consciencia que ya creíamos perdida. La mujer se sentó al borde del camino, y miró hacia la cima, donde las nubes comenzaban a arremolinarse de nuevo.

—¿Por qué debió morir, Ricardo? —preguntó, sin mirar a mi oficial—. ¿Por qué después de todo este tiempo? Precisamente ahora que nos habíamos reencontrado. ¿No es injusto? Dímelo, *acho*. ¿No es muy injusto?

Ricardo acarició su rostro, y le limpió la sangre y el barro de las mejillas.

—Nunca ha sido justo, Genista. Su vida nunca fue justa, y así murió. —Genista giró su rostro hacia el de mi oficial, lo que liberó el último reducto de ira que enquistaba su corazón—. Pero murió libre. Más libre que en toda su vida. ¿Y sabe qué creo? Que ella quiso morir así. A su lado.

Genista rompió en llanto cuando abrazó a don Ricardo. Sus lágrimas se extendieron entre los presentes, los que quedábamos de la Enseña. Aquellas tristes seis almas que tanto habíamos perdido en aquella maldita guerra. En ese momento, con lágrimas en los ojos, me di cuenta de que no había visto a Genista llorar nunca. Únicamente Ricardo la había visto llorar una vez. Solo una otra vez.

Doña Genista se levantó con ayuda de don Ricardo, y trataron de caminar unos pocos pasos. Cada paso que daba, su herida sangraba más y más, pero debíamos llegar a Irún cuanto antes. Sin embargo, algo se me ocurrió con urgencia.

—Genista, creo que esto le pertenece —dije, desatando de mi fusil el trapo arrugado que fue emblema de la Enseña—. Como comandante nuestra en Valencia, creo que merece conservarlo.

Genista tocó el sucio trapo con cariño, como si acariciase a un hijo. Pasó el dedo por los diferentes orificios carbonizados y besó la pintura de la Virgen, ya desportillada e irreconocible. Luego fue cojeando hasta un recodo del camino, y allí ató el paño en una rama baja. Inclinó la cabeza, y todos imitamos el gesto. Susurró algo como *«Desquiña, chindai»*. Allí descansarían por siempre nuestros muertos. En aquella cima guipuzcoana, fronteriza con la Francia del emperador, bajo el amparo de un santo francés.

15

Historia de una frustrada redención

El momento de la victoria fue empañado por la desgracia que habíamos soportado. De todas partes acudían hombres y mujeres, bien a pesar de su ceguera, su cojera o sus prendas ensangrentadas. Las pocas tropas francesas, por el contrario, siguieron con una serie de escaramuzas a orillas del Bidasoa hasta que fueron por fin despachadas.

El campamento español estaba sumido en un profundo pesar. Los recuentos decían que más de millar y medio de españoles habían caído ese día, pero nosotros sabíamos que no fueron hombres los que murieron. No fueron españoles ni franceses. Tampoco ingleses ni portugueses. Fueron hermanos, *pares,* hijos y amigos. No murieron capitanes ni oficiales. Murieron inocentes, valientes y también cobardes. Murieron jóvenes. Murieron ideas. Porque la palabra termina cuando suena un disparo de fusil. Es algo que aprendí una neblinosa mañana de junio en Valencia, y que esperaba olvidar aquella tormentosa tarde de agosto.

Sin embargo, el destino a veces juega sus propias cartas. Y no hay nada más aciago que el destino, que nos produce esa comezón en el pecho. Que pugna por salir y devorar nuestra felicidad una y otra vez. ¡Ay, el destino! A mí el destino me llegó en forma de valor, nótese la ironía en ello. Acudieron a mí la valentía y los arrestos cuando la batalla había terminado.

Hacía un par de horas que doña Genista descansaba en la tienda que se había montado como hospital de campaña. Era aquel un espacio reducido donde se apiñaban más de quince hombres, heridos de menor importancia, pero que podían enquistarse en situaciones complicadas para su vida. La mujer, recuperado un poco el ánimo, estaba echada, acompañada por Alejandra, don Ricardo y doña Carmen, mientras que don Manuel y yo tratábamos de buscar un arroyo en donde lavarnos la sangre y la tierra de la batalla.

Don Ricardo sonreía encogidamente a causa de la tristeza que lo compungía, aún con la cara mancillada por cien sangres y las ropas hechas jirones a base de cortes y quemados. Por fin había quedado escrito el desenlace de aquella guerra y determinado el culmen de aquel agobio. Los restos de la Enseña ondeaban en la cima del monte San Marcial, sin manos que sostuvieran su pendón, para servir de sudario de la boria que descendía por el vado del Bidasoa.

El anciano barbero y yo regresamos al campamento con el ánimo un poco más fresco, pero con las ropas tan sudadas y sucias como lo habían estado antes. Don Manuel silbaba una graciosa tonadilla, contento de haber sobrevivido a todo aquello, pero pronto calló, al recordar súbitamente todo lo que habíamos perdido.

—¡La veo de mejor color, doña Genista! —dijo al entrar en la tienda. La mujer se había incorporado y charlaba animadamente con don Ricardo. Le habían vendado el pecho a la altura de su herida, y aunque la sangre oscura traspasaba el tejido, mucho más haría falta para terminar con aquella mujer. Para su comodidad habían recogido su cabello oscuro en un rodete apretado, y habían puesto bajo su cabeza varios cojines de lana. La mujer, aunque tristona por la muerte de su *mare,* volvía a estar con nosotros. Y ello me hacía feliz.

Dejo por un momento mi historia para relatar lo que estaba ocurriendo a cosa de más de media

legua de allí, en las orillas de la desembocadura del Bidasoa. El río, tras pasar bajo el último puente, venía a descomponerse en media docena de caudalosos arroyos, que dejaban atrás otras tantas islas e islotes donde lavanderas y garcetas rebuscaban en el fango de la marea baja. Dichos arroyos no tardaban en recuperar su caudal al reunirse un cuarto de legua al norte, solo para arrojar una cinta de playas arenosas en ambas orillas, que reptaban ensanchándose hasta llegar al mar.

Separaba este río dos villas por más de seiscientas varas de aguas tranquilas: Hendaya a levante, Hondarribia a poniente. La villa de Hendaya estaba habitada por trescientas almas apiñadas alrededor del campanario de San Vicente. Al oeste, las murallas de Hondarribia se levantaban frente a la misma playa, cortina fortificada que encerraba un conjunto de fuertes y torreones, y que presidía un antiguo castillo, llevado a ruina por los franceses dos décadas atrás.

Tras la batalla de San Marcial, las naciones quedaron separadas por el Bidasoa, que no atravesaría el ejército aliado hasta un mes después, con la llegada de las lluvias. Las rápidas maniobras que planeaban los españoles requerían dejar atrás pertrechos y bagajes, y nada incomodaba más que los grupos de prisioneros franceses que día a día venían a engrosar nuestras filas. Y es que, aunque no fuese este un grupo numeroso ni levantisco, contaba con suficientes activos como para poner en riesgo la integridad de los que aún estábamos a su cargo. Pronto se les unirían los efectivos de los sitios de San Sebastián, lo cual engrandecería todavía más el peligro. Fue por ello que el capitán Freire solicitó nuestra presencia en su despacho.

Genista replicó enérgica en contra de aquella decisión. Nos increpaba continuamente para que nos negásemos a aquella misión y exigiéramos a Freire que asignara un grupo de soldados y no a la asociación de voluntarios que éramos nosotros. Ricardo se excusó, pues Freire nos había ordenado a nosotros directamente, y no podíamos negarnos.

—Déjelo, Genista. —Trataba don Ricardo de infundir ánimos en su compañera—. Ya bastante hemos librado en esta guerra como para no ser capaces de lidiar con dos veintenas de hombres engrillados. Todo saldrá bien, no se preocupe.

Mi señora apartó la mirada, profundamente decepcionada, y se recostó en el almohadón. Tras días de descanso se encontraba mejor, de manera que había vuelto a ella su temple habitual. No nos miró ni una sola vez mientras salimos de la estancia, y solo doña Carmen permaneció con ella, pues su edad no era la justa para salir a custodiar soldadesca de ningún tipo.

Freire nos recibió en su despacho, donde corrió a abrazarnos y se despojó en elogios de agradecimiento. Ninguno estábamos con ánimos para aquello, y quisimos que se nos diesen las órdenes cuanto antes. Abatidos y cansados, queríamos que aquello acabase pronto. Así pues, se nos ordenó escoltar a cierto grupo de prisioneros franceses hasta el antiguo castillo de Hondarribia, fortaleza que les serviría de presidio hasta que se decidiera qué hacer con ellos. Aquella sería una tarea sencilla, exenta de peligro, pues después de lo vivido poco riesgo corríamos con hombres desarmados de fusiles y razones.

El orden que inspiraban los grupos de prisioneros resultó realmente alentador, especialmente por verse conducidos por unos soldados españoles que quizás andaban más ebrios de lo que se esperaba a su condición. Sin embargo, ningún altercado aconteció en los embarrados caminos que conducían hasta la desembocadura del río. Allí, siete chalupas pesqueras hundían sus quillas en el barro, aguardando a recibir al grupo para atravesar el río.

La primera barca que zarpó fue custodiada por el barbero don Manuel y Alejandra, mientras que la mía salió con don Ricardo y conmigo a bordo. Dispusimos como pudimos a los franceses en la bañera de la embarcación, y dimos la orden de liberar amarras. El tiempo resultaba muy apacible, pese a los nubarrones que oscurecían el cielo, de forma que nos mecíamos suavemente con el vaivén

de las olas.

Estuve perturbado todo el camino en barca. No era yo muy dado a navegar, pero había en mí algo que pinzaba mi espíritu. Algo antiguo. Algo que me ahogaba el pecho y aprisionaba mi voz. Me creí valiente. No lo era. No lo era en absoluto. Sé que debía reformular mi existencia, pues no podía darle más tiempo a aquel tormento. Fue Ricardo quien notó mi disgusto y me tomó del hombro.

—¿Qué le aflige, buen Isidro? —me preguntó, inocente como él mismo—. ¿Qué, en este día de gloria y fortuna? ¿Acaso le preocupa la salud de nuestra querida Genista? Sabe de sobra que es un hueso duro de roer para cuatro heridas de tan poca importancia.

Don Ricardo se asustó cuando, lejos de divagar, penetré sus ojos con mi mirada.

—Es menester que le transmita un asunto del que tuve conocimiento no hace tanto.

—¡Por Dios, amigo mío! —se sorprendió—. No me venga usted a asustar ahora, y dígame qué sucede, que me tiene en un sinvivir.

Una fuerza extraña me empujaba a echar la mirada al suelo de la barca, pero resistí al impulso y seguí observado los ojos de mi compañero.

—Lamento haber esperado tanto tiempo para hacérselo saber, y ruego que me perdone. Ruego a Dios que me perdone también. Los años no me han infundido valor, y toda esta situación, todo lo que hemos vivido, me ha amenazado con no encontrarlo jamás.

Ricardo abrió mucho los ojos con aires de asombro. Se apartó de mí un poco, mientras trataba de evaluar mi dirección. No estaba acostumbrado a conversaciones tan profundas, y menos con alguien como yo. Una cosa era la cháchara vacua que manteníamos sobre el tiempo, los amores o los pesares de la guerra. Otra cosa era hablar sobre las espinas del alma.

—¡Pardiez, no me deje en ascuas, amigo! No parece traer buenas nuevas ese ministerio. ¿Es acaso un asunto de dinero? Sabe que no debe amargarse por nada.

—No es tal —dije yo, sin soltar su mirada—. Es, en cambio, un asunto que ocupa al alma misma. No sé si me entiende.

—Aún más me intriga, don Isidro. Pues dígame: ¿qué pobre alma desventurada está presa en todo este asunto? ¿Acaso la mía?

—Más bien la mía propia, señor. La mía, que arderá en el infierno pronto.

—¿Pero cómo dice eso? —me cortó mi buen Ricardo—. ¿Acaso no se ha ganado usted el cielo todos estos años? ¿No ha hecho por nosotros, por mí mismo, suficiente como para ser perdonado del fuego eterno? ¡Ah, viejo pícaro! No entenderé nunca a la gente religiosa, buen amigo. Tanta doctrina para el prójimo y tan poca para uno mismo.

No pude contener más aquella agonía, y Dios sabe que aquel arrebato de valor fue causado por la cobardía, valga la paradoja. El miedo acudió a mis ojos en forma de lágrimas, que me inflamaron en una locura de la que todavía a día de hoy sigo preso.

—¡No lo entiende, Ricardo! —Salté sobre él, que se apartó sorprendido—. Aunque me perdone Dios, nada tengo si no me perdona usted.

—Eso es lo que no entiendo, amigo mío. ¿Qué es lo que debo perdonar?

—¡Yo maté a su *pare*! ¡Lo maté, y lo volvería a hacer de nuevo! —Caí al suelo, a los pies de don Ricardo, ahogado por el llanto.

El hombre permaneció mudo, inmóvil. Miró mi rostro, y allí vio la cicatriz que nacía en mi ojo derecho y moría en mi mejilla. La misma que me había acompañado toda la vida adulta. La herida que rasgó un día la anciana abuela de un joven zagal. La conocida marca que ahora hablaba de traición.

A Ricardo se le descompuso el rostro en una mueca aterradora. Si seguía siendo él, no lo parecía.

Se quedó desencajado durante varios minutos, con la boca abierta y los ojos rojos como el fuego. Súbitamente saltó sobre mí, y aprisionó mi cabeza con sus manos, clavándome las uñas con rabia.

—¡Fue usted! ¡Así que fue usted! —gritó, con los ojos fuera de sus órbitas.

Reconozco que tuve miedo. Más miedo que en toda mi vida. Más que cuando aguardábamos en aquel molino de Cuarte. Más que presos en la Ciudadela de Valencia. Más incluso que viendo el final en San Marcial.

—Usted es el tercero de los asesinos. ¡El que mató a mi tío! ¡El que acabó con mi abuela! ¿Por qué, maldito viejo? ¿Por qué hizo algo así?

Me esperaba el golpe, pero no lo impedí. Su puño se encastró en mi mejilla con un golpazo seco. El puñetazo me hizo perder el equilibrio y caí por la borda. El sabor de la sangre se mezcló con el agua salada, y mis narinas se cerraron con el primer trago de agua lodosa. Traté de bracear para evitar ahogarme, pero no fue hasta que Ricardo saltó al agua que no comprendí que hacíamos pie. La orilla estaba a quince varas, de manera que escasamente nos llegaba al pecho.

Logré ponerme de pie, solo para recibir otro golpe de Ricardo que me magulló las heridas que ya me incomodaban. Pero no hice nada. Me hundí en el cieno que se sedimentaba a orillas del Bidasoa. No moví ni un músculo tampoco cuando don Ricardo me clavó su bota en el estómago, dejándome sin respiración, hasta hacerme boquear como un gran pez. Ni cuando me partió el labio y la sangre me llenó la boca de un sabor metálico.

—Responda, asesino. ¿Por qué lo hizo? —Sus ojos brillaban enrojecidos, llenos de ira, de rabia. Lloraba. Lo recuerdo bien—. ¡Dígamelo, maldito! ¿Por qué mató a toda mi familia? ¿Por qué quiso matarme a mí?

Apenas pude hablar con un hilo de voz, mientras Ricardo desenvainaba su sable. Las demás barcas regresaron hasta donde nos encontrábamos, y comenzaron a gritar cosas que no oí, pues mis oídos estaban congestionados. Pude distinguir la voz brillante de Alejandra, como un eco lejano. Parecía furiosa. Y luego, un chapoteo.

—Porque tuve que hacerlo —dije por fin, cuando conseguí por un instante sacar la cabeza del agua. A mi alrededor solo veía sombras borrosas de gente que acudía desde las demás barcas.

Mi oficial se detuvo, tratando de reunir las fuerzas suficientes para asestarme el golpe de gracia. Aquel que terminaría con mi congoja. El que se llevaría mi culpa y lavaría mi sangre con las bondadosas aguas de aquel río, en su viaje final hasta el mar. No me resultó mala forma de morir, después de la vida que había tenido.

Pero el sable cayó sin gana, dio contra mi destrozada cartuchera de cuero y resbaló para rebanar la carne de mi antebrazo. El agua penetró rápidamente en la nafra, y un dolor vidriado cristalizó cuando entró en contacto con la sal del río. Aullé de dolor, mientras Ricardo volvía a levantar el sable. No tardaría mucho.

A veces Dios aparece en el momento menos adecuado. Cuando esperaba mi final, Alejandra se abalanzó sobre nuestro oficial, y lo echó al agua. Forcejearon revolviéndose, hasta que la edad de Alejandra se impuso sobre la de Ricardo. La mujer le quitó el sable de la mano, y lo cogió del cuello, mientras señalaba nuestra barca.

—¡Miren lo que han logrado, insensatos! ¡Bregando cual chiquillos y se les escapan los prisioneros! ¡Malditos rufianes!

Miré en la dirección que señalaba. Efectivamente, los ocupantes de nuestra barca habían saltado al agua, y corrían chapoteando con la esperanza de alcanzar pronto la playa y poder huir. Apenas llegaban a la decena, pero el destino que les aguardaba si eran atrapados fue suficiente para darles presteza.

La joven Alejandra escupió al agua y regresó a su propia chalupa. Ordenó a sus prisioneros que bogaran hasta la orilla, y ella misma empuñó uno de los remos. La barca no tardó en encallar en la arena, cuando acudieron a ellos los soldados que custodiaban las murallas de Hondarribia. Estos, sin perder el tiempo, se separaron para ir a buscar los que arribaban a la costa. Consiguieron capturar a cinco, y los otros fueron apresados cuando apareció Alejandra con don Manuel.

Don Ricardo, todavía rojo de ira, había corrido hacia la orilla para prestar su apoyo en la búsqueda de los prisioneros que habían escapado. Cuando llegó, sin embargo, ya habían sido apresados todos. Todos excepto uno.

Todo sucedió muy rápido. Estaba yo acercándome a don Ricardo cuando un niño apareció entre los brezales que rodeaban las murallas. Debía de tener ocho o nueve años, y si digo la verdad, en ese momento lo creí una aparición. Al punto vimos un grupo de soldados que rodearon inmediatamente al zagal, que no tardó en llorar espantado.

—¡No disparen! Por favor, retírense. ¡Solo es un niño! —decía don Ricardo, mientras apartaba a los soldados, que ya tenían el dedo en el gatillo. Ricardo seguía con los ojos llorosos, cuajados de sal —. ¡Déjennos solos!

El niño berreaba de miedo. Vestía una casaca francesa en miniatura, cruzada por dos tirantes de cuero con dos enganches que debieron de albergar sendas baquetas. Usaban a aquellos jóvenes zagalicos para tamborilear la marcha de las tropas, y desgraciadamente eran los primeros en caer, causando el desorden de las filas. Me sorprendió que aquel *acho* aún siguiese con vida al final de la batalla. En sus manos llevaba una pistola de chispa, y apuntaba con ella a los amenazantes soldados españoles, que apuntaban sus fusiles contra el pequeño. Ricardo levantó las manos, y se aproximó al chiquillo.

—Todo ha terminado ya, chacho —dijo el oficial, mientras los soldados se acercaban por detrás del niño—. Esta batalla está tomada. Me aseguraré de que nada malo te pase, ¿de acuerdo? Estarás seguro a mi lado.

El niño lloraba desgarrado, sin entender una palabra. Vio a los soldados, y se puso todavía más nervioso, tratando de apuntar alternativamente a estos y a mi oficial. En cualquier instante se derrumbaría y apretaría el gatillo.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —decía Ricardo, con calma—. *Comment tu t'appelles?*

—Ad… Adrien, *monsieur* —respondió el niño con un susurro áspero, entrecerrando los ojos para leer los labios de mi oficial.

—Déjalo ya, compañero —insistió Ricardo tranquilamente. Hizo un gesto a los soldados para que se apartasen cuidadosamente. Ricardo mantuvo la calma, aun cuando el zagalico redoblaba su nervio cual tambor. Tras una eternidad, el niño comenzó a bajar el arma, dispuesto a entregársela a don Ricardo. Este extendió su mano para recoger la pistola.

—No hagan fuego —ordenó don Ricardo—. Este niño no nos oye. Apártense.

Fijé mis ojos en los oídos del joven, que rezumaban un hilillo de sangre que manchaba de rojo su casaca. El niño ya iba a entregar la pistola a Ricardo cuando un soldado consideró que aquello debía terminarse rápidamente, y agarró al zagal por los tirantes, sin darse cuenta de que este todavía no había soltado el arma.

El nervio del niño se soltó al mismo tiempo que el gatillo. Hubo un estallido de luz, y la esfera de plomo fue a dar contra el pecho de don Ricardo, quien cortó su sonrisa en un gesto de contenida amargura. A aquella distancia, la sangre salpicó el rostro del chacho. Abrió mucho los ojos, aterrado por lo que había hecho.

A este estruendo siguió una salva de chillidos de rabia. El niño cayó muerto antes de sentir un solo

disparo. Su cuerpo, encharcado en sangre, se quedó mirando inocentemente el mar, con sus muertos ojos tristes aún húmedos por las lágrimas.

Los soldados corrieron a asistir a don Ricardo, quien los ahuyentó con un grito ronco. Estaba desgarrado por lo sucedido, y ordenó por última vez a los hombres que se marchasen. Como extrañados, uno a uno fueron yéndose, mientras mi oficial se sentaba plácidamente sobre una roca. La herida de su pecho salivaba sangre intermitentemente con cada exhalación, que empapaba su camisa y no auguraba nada bueno.

Escupí la sangre que nacía de mi labio partido, y anadeé hasta donde estaba mi compañero. Me arrodillé a su lado, y el hombre me miró. No con ira ya, sino con abatimiento.

—Mi vida es suya, don Ricardo —dije al cabo de un rato—, y con gusto luciría esas flores de sangre si con ellas ahogara su agonía.

Su rostro parecía imperturbable, aunque en lo más hondo de sus oscuros ojos percibí por un segundo el atisbo de una tormenta que nunca había visto en él. Deseé que terminara ya con mi vida, pues prefería la muerte a aquella desazón.

—¿Por qué tuvo que hacerlo? —dijo en un susurro.

—No, Ricardo. Debemos ver a un médico para que aconseje qué hacer en su estado.

—De consejos ya ando sobradamente servido, Isidro —dijo débilmente—. No, deseo que me acompañe a la playa. Comienzo a sentir el frío del plomo en el pecho.

Anduvimos apoyados el uno en el otro hasta la playa de Hondarribia, donde la arena nos besó los pies entumecidos. El cuerpo de mi oficial pesaba muchísimo, pero lo hubiese cargado hasta el fin del mundo. Una y otra vez se acercaron los soldados para ofrecernos su ayuda, y una y otra vez fueron despachados por su autoridad.

Ricardo escrutó el mar con la abisal profundidad de sus ojos negros, que limpiaron mi espíritu de temor e impregnaron mi alma de valor.

—Yo amé a su *mare,* Ricardo —dije en uno de aquellos arrebatos—. La amé antes de que conociera a su *pare,* y aun me atreví a amarla cuando casó con él. ¡Maldita sea! Aún es dichoso mi corazón con su recuerdo, y siento estallar mi alma en mil pedazos cuando la evoco.

Don Ricardo soltó mi apoyo y se retiró dos pasos de mí, trastabillando hasta el punto de caer. Pudo, al fin, apoyarse en una roca que nacía al borde de la playa.

—¿Fue usted amado también, don Isidro? —dijo, por fin.

Sin ánimo para responder, asentí. Ricardo vino hacia mí, y se volvió a apoyar en mi hombro.

—Me muero, y poco tiempo me resta ya. Hágame el favor de liberarse del peso de su alma para terminar con esto. Todavía no me ha respondido.

Miré aquellos ojos, luchando por permanecer abiertos ante el embate del dolor y la muerte, que se aproximaban a él por la playa como los nublos que se aproximaban a la costa por el norte. Sentí que mi alma lloraba.

—Hacía ocho años que doña Elena había muerto. Ocho años desde que usted nació. Su *pare* encontró cierta misiva olvidada en un cajón. Una carta que había escrito yo mucho tiempo atrás. Don Julián vino a mí dispuesto a matarme, con el odio entre los dientes y el fierro entre los dedos. Fue un asunto de honor, y se saldó con su muerte. ¡Maldita la hora en que crucé fierros con su *pare,* pues uno de los dos hubo de perecer!

Ricardo mudó de rostro y se apartó de nuevo de mí, como herido por una segunda bala en el pecho, esta vez encajada en su corazón. Medio moribundo por su herida terrenal y muerto ya en el alma por la sensible, cayó de rodillas, con la cabeza gacha y los puños prietos. Permaneció así largos minutos, hasta que reuní el valor para acercarme. Me empujó hasta tirarme al suelo y, con gran

sacrificio, se levantó cuan alto era. Echó mano a la empuñadura de la espada. Desenvainó la hoja y la deslizó por el pliegue de mi cuello, sin herir más que en mi honor. Luego, dijo muy despacio:

—Usted fue quien mató a mi familia.

—¡No! —repliqué—. No, no fue eso lo que ocurrió. ¡Yo amaba a su *mare,* don Ricardo! Y cierto es que no respeté a su *pare*.

—Le ruego que no hable de él en vano, don Isidro. Aflige a mi determinación. Usted es el último que me restaba por matar.

—Habría hecho de doña Elena mi esposa, Ricardo. Lo habría hecho y la habría amado siempre. Habría dado mi vida por ella si su familia lo hubiese permitido. Pero nuestra sangre, aunque mezclada en tantos asuntos, resulta ser demasiado diferente para unirla en matrimonio. Entonces apareció su *pare*. Julián encarnaba todo lo que yo no tenía, y su sangre parecía ser la adecuada. Casaron a los dos años de conocerse, y poco después lo tuvieron a usted. Nunca dejé de amarla, y el día que nació usted la perdí para siempre.

—Debió morir usted. Usted era el traidor y el amante, no él —dijo Ricardo amargamente, sin soltar la espada.

—Sin duda, Ricardo. Pero apreciaba mi vida tanto como a su *mare,* y enjugué las lágrimas de su muerte en la sangre del que me la había arrebatado. Los vecinos percibieron la algarabía y fueron a alertar a su tío, quien hizo buscar a doña Carmen, su abuela. Su tío vino derecho a mi casa, con intención pareja a la de Julián, de forma que lo pasé por la misma navaja que a su *pare*. Era muy joven entonces, y, aunque no me arrepiento de lo que hice, sentí la mordedura del remordimiento. Sabía que usted estaba solo en el mundo, y que era solo un chiquillo. Fui a buscarlo a El Portús, en el nombre de su *mare*. ¡Era lo que ella hubiese querido!

—Pero mató a mi abuela. Ella era inocente de todo, y no merecía acabar muerta en la montaña. Su cobardía se saldó con su asesinato.

—Le pedí que terminara aquello allí. Que me dijese dónde estaba usted. No me dio tiempo para explicarme, y me hizo esta cicatriz. —Señalé el tajo rosado que me recorría la cara desde hacía cuarenta años—. No pude apartar a mis compañeros a tiempo, ni tampoco evitar que hicieran fuego contra aquella mujer. Quería a doña Carmen, Ricardo. Era una buena mujer. Pero no pude detenerlos. Fueron malas compañías. ¡Muy malas! En lugar de ir a buscarlo, como les ordené, se ocuparon en matar a dos chiquillos.

—¡Dos icues! —escupió Ricardo, todavía más inflamado—. Y también trataron de violar a Genista. ¿Acaso sabe ella algo de todo esto? ¿Sabe toda la gente a la que ha causado daño?

Estallé en un lloro ahogado, mientras Ricardo me tiraba el sable a los pies. Su respiración era cada vez más pesada, conforme se encharcaban sus pulmones. Aquello no era justo para nadie. Hubiese dado mi tiempo por huir de allí.

—Su muerte no será injusta —sentenció por fin el oficial, levantando a su vez su espada—. No está desarmado, y bien que sabe usar el fierro.

Miré el sable con desprecio, hundido en la arena. Demasiada sangre se había derramado ya, y las resecas manchas ennegrecidas sobre el acero eran buena prueba de ello.

—No voy a luchar contra usted, Ricardo. Si quiere matarme, hágalo ya.

Ricardo lanzó una estocada directa hacia mi pecho, y fue por instinto que aparté la hoja con la mano, desviando así la muerte. El oficial, no contento, intentó responder con otro tajo horizontal, que también tuve fuerzas para esquivar. Ricardo estaba muy malherido, de forma que su espada se movía de forma dubitativa. No quería matarme, y tampoco yo quería infligir más daño en aquella pobre alma.

—¿Por qué no lucha, bellaco? ¿Acaso tiene miedo de hacer más sangre? La muerte no es nada en comparación con la deshonra que pesa sobre usted.

—No —respondí, impasible.

—No… ¿qué? —dijo Ricardo, con lágrimas en los ojos. Su pecho se tiñó de grana con el esfuerzo, a la par que sus fuerzas comenzaron a flaquear.

—Digo que no puedo luchar contra usted.

—¿Por qué? ¿No soy digno de su honor? —rio el hombre, moribundo.

—No puedo luchar contra un hijo, Ricardo.

Ricardo abrió mucho los ojos. A mi vez, caí de rodillas al suelo, inmóvil. Mis ojos se empañaron con el recuerdo. Vi a Elena, a mi Elena, alejarse como en el día que caí del molino, allá en Fuente Álamo. Sus ojos estaban cerrados, tranquilos por fin. Satisfechos. Su cabello volaba con el viento que se estaba levantando en aquella playa, salado, lleno de vida.

—Tú… —vaciló don Ricardo, en un hilo de voz que se perdía en el viento. Apenas podía sostenerse en pie, sangrando como estaba. Se le escapaba la vida con cada exhalación.

—Tú eres mi hijo, Ricardo —terminé—. Elena y yo nos amábamos, ya te lo he dicho. Y nos amamos hasta el día en que murió. El día que naciste tú.

—¿Lo… lo supiste siempre? —preguntó, llevándose una mano a la boca.

—Desde el día en que tu *mare* me escribió. La respuesta que yo le di fue la carta que halló don Julián. La que desató tu destino. ¡Entiéndeme, hijo! Fui a buscarte, pero no te encontré hasta el día en que llegaste a casa de doña Genista. No te conocí entonces. Marché contigo sobre Valencia, sin saber que mi sangre estaba perdiéndose en tus heridas. Y solo cuando te trasladaste a El Portús, a la casa de tu familia, fue cuando comprendí que el Ricardito de mi alma se había convertido en el oficial que tenía delante. Lloré largamente cuando me enteré, y no pude sino confiar en la única persona en que he confiado todos estos años: en mi señora Genista. Fue ella la que me hizo ver que tenía que confesarte quién era yo, y en qué lugar quedaba todo este asunto. Sin embargo, todo se estrelló cuando marchaste a Sagunto y nos dejaste al amparo de nuestro propio sino. Todo este tiempo he buscado una oportunidad, una forma de comunicarme contigo. Pero soy humano, hijo. Soy un miserable mortal que merece cada disparo del francés, cada gota de sangre que se vierta. No tengo el honor que has ganado todos estos años de servicio, ni lo tendré jamás. Tenía una única cosa que me dignificaba, y era el amor de doña Elena. La única a la que amaré siempre, aunque mi cuerpo se pudra enterrado en esta arena. Y contigo conociendo mi secreto, por fin moriré en paz, hijo mío. ¡Así que adelante, no pierdas valor!

Don Ricardo escuchó aquella perorata con los ojos desorbitados, inyectados en sangre. Las lágrimas resbalaban espesas por su rostro ensangrentado, empapado en sudor. Y aun cuando terminé de hablar, siguió mirando mi cansado cuerpo, mis heridas y mis cicatrices. Sintió lástima, lo sé. Lo vi en sus ojos negros. Si algo tenía la gente de su sangre, la sangre de Elena, era que no ocultaba nada tras la mirada.

Recogió con esfuerzo su espada del suelo y se acercó a mí, arrodillado como estaba. De nuevo, tuve miedo. Se me erizó cada cabello en el cuerpo, mientras aguardaba mi final. Por fin me reencontraría con Elena. Agaché la cabeza y mostré el cuello, mientras tocaba con mi frente la arena blanda. Sentía los pasos de mi hijo. Crujido tras crujido. Con terror, abrí la boca para morder la arena. Sabía terrenal. Demasiado terrenal.

Solo un paso más y Ricardo estaría sobre mí. Sentiría el frío de su acero cuando rebanara mi carne. Lo había visto varias veces en esos últimos años. Si el verdugo era diestro, encajaría el tajo de forma que mi vida se apagara rápidamente. Si no lo era, aquello se convertiría en un asunto doloroso,

donde las punzadas moverían mi cuerpo hasta que escapara mi último hálito. Pero no, mi hijo siempre fue piadoso.

Cuando esperaba que descendiese la hoja, esta cayó muerta a mi lado y se enterró un palmo en la arena. Recuerdo que me oriné encima, calándome el calzón en aquel apestoso licor caliente. Escupí la arena que había entrado en mi boca, y comencé a temblar descontroladamente, conforme vi a don Ricardo marchar hacia la orilla del mar.

—¡Hijo mío! —grité al cielo, tratando de detenerlo. Mis piernas, en cambio, no respondían, y por cada paso que daba yo, Ricardo se aproximaba tres hacia el agua.

—¡Por favor, Ricardo, vuelve! ¡Vuelve, hijo!

Tropecé y caí de bruces al suelo. Intenté gritar otra vez, pero nada salía más que áspera arena gris y unas gotas de saliva espesa. No logré levantarme, y mis músculos quedaron agarrotados, como si alguien me presionara contra el suelo. Con el rabillo del ojo vi a mi hijo chapoteando paso a paso hacia el mar revuelto. De pronto se giró, y con una última sonrisa dijo claramente:

—Gracias, don Isidro. Gracias, padre.

Y allí volví a verla. Doña Elena estaba metida hasta la cintura en el mar, con su cabello negro al viento, encrespado como solía estarlo. Me sonreía con tristeza. No, con tristeza no. Con consuelo. Quise decirle que todo iría bien, pero no pude mover un músculo, y solo un crujido salió de mi garganta. La bata clara que llevaba se empapó con el agua salada, que se adhería sobre sus muslos. Le rodeaba la cintura, haciéndola tambalear en la distancia. Quise correr hacia ella. Irme con ella a donde fuera que iba.

Parpadeé y Elena ya no estaba. En su lugar, mi amado don Ricardo estaba con el agua a la cintura. Cayó de rodillas con toda la dignidad de la que era propia su sangre, hasta que no resistió más su ímpetu, y hundió su rostro en un burbujeo salado. El agua de mar lavó la sangre de su cabello, y la espuma de una ola le sirvió de mortaja.

Su vida se deslizó sobre las aguas, navegando plácida y quietamente, hasta que solo fue un punto de luz en el horizonte, un alfiler rojo que marcaba el fin de otro día. Murió siendo lo que había sido siempre: un icue de Cartagena.

EPÍLOGO

Al atardecer de un hermoso día de septiembre, un carro atravesó traqueteando el barrio de Santa Lucía, a tiro de piedra de Cartagena. No había sido esta una barriada poco bella, a la sombra del cerro y rodeada por los espigones pedregosos que se sumergían en las aguas del puerto. Al sur, la playa de El Batel marcaba el único punto arenoso practicable, donde otrora se alineaban decenas de embarcaciones de pesca, y donde los niños jugaban y se bañaban en el mar.

Ya ni eso nos había dejado la guerra, pues apenas dos años después del levantamiento el ministerio de la ciudad decidió echar abajo la práctica totalidad del enclave, junto con la alameda de San Antón y la barriada de Quintapellejos, ante la amenaza del gallo de Sebastiani. Fue lo que propuso un día, hacía muchos años, mi queridísimo hijo don Ricardo cuando don Francisco de Borja lo tenía preso en el Arsenal. Y se equivocó, como tantos otros.

Llegado el otoño de 1813, desde el cabezo solo descendía un erial abrupto, aunque aquí y allá aparecían las ruinas de alguna que otra casica o taberna, ocultas bajo una maraña de maderos y escombros calcinados. Las pocas familias que quedaban sobrevivían entre la ruina dispersa de aquello que había sido su hogar. Muchas familias habían sido asediadas por la fiebre y la guerra, y sus miembros se desperdigaban por donde podían.

También el jardín botánico había sido quemado hasta los tocones, y una tierra negra, cenicienta, cubría el campo que llegaba hasta las mismas puertas de San José. Los molinos se descomponían en podredumbre, hundidos sus techos y caídas sus velas, que alguien había retirado para un mejor aprovechamiento. Tanta tragedia resultó vana con el francés a las puertas de Cartagena.

Lo que no pudo Sebastiani lo continuó el mariscal Soult. Aprovechó el estado enfermizo de Murcia, Jumilla y Lorca; y tras acosar a la capital murciana anotó un nuevo propósito en su plan: Cartagena. Aquello había ocurrido el frío enero de 1812, mientras nosotros corríamos por nuestras vidas en Valencia, tratando de evitar el bombardeo.

El mariscal, que era de sobra conocedor de las defensas de la ciudad, quiso probar artimañas innobles para una guerra como aquella. Juntó sus tropas en los barrios de la periferia y marchó hacia Albacete, solo para dar la vuelta y acercarse sigilosamente hacia el Campo de Cartagena. La noche del veintitrés la ocupó instalando sus baterías móviles en plena oscuridad. Tanto movimiento de tropas y artillería resultó difícil de ocultar, y su táctica fue descubierta por las tropas cartageneras.

Sabiéndose perdido, el mariscal Soult intentó movilizar las baterías rápidamente, pero menos tardó la plaza en ser avisada, y la primera línea de artillería francesa fue desbaratada por el súbito cañoneo desde la Atalaya. Tristemente, allí no terminó la afrenta, y el mariscal fue al día siguiente a presentarse en Murcia. Abandonada a su suerte, la ciudad fue víctima de la pernicie de la soldada, que se ocupó durante dos días y dos noches en saquear, asesinar o violar cuanto hallaron a su paso, en uno de los más tristes episodios de la guerra en la región.

De eso hacía ya un año, pero las humildes gentes no habían encontrado ánimo ni sustento para reconstruir lo que les había arrancado la guerra. No eran pocas las familias que habían perdido su hogar y que trataban de subsistir apiñados en maltrechos barracones. Se alimentaban de las pocas verduras que podían rapiñar en los huertos vecinos, en su mayoría podridas carlotas y alcaciles tan florecidos que hinchaban las encías al morderlos. Ricardo a menudo decía que ninguna nación había ganado una guerra. Jamás. En aquel momento entendí a qué se refería.

La puerta de San José estaba poco custodiada por un cuerpo de guardia tan hambriento como enfermizo, que detuvo al carromato en cuanto atravesó las puertas.

—Mi nombre es Alejandra Real Marín, y me acompañan don Isidro Ginés, doña Carmen Aljorra, doña Genista García, don Manuel Serrano y este cochero. Venimos de Irún, como los últimos miembros de la Enseña del Paño Grana, asociación de voluntarios para la liberación e independencia de nuestra tierra.

—¿Tienen algún herido en el carromato? —dijo el guardia, sin demasiada preocupación. Trataba de ojear el interior del carro, que se sumía en la más completa oscuridad. Hedía a una mezcla de col y sudor.

—Todos estamos heridos, de una forma u otra. Pero solo doña Genista sufre de heridas de importancia, aunque se recupera favorablemente. Y ninguno de nosotros sufre de enfermedad alguna, puedo asegurarlo.

Al otro lado de la muralla, el cabezo de la Cruz había extendido un barrizal pedregoso en la calle, por lo que los caballos tuvieron que atravesar el lugar con incomodidad. Llegados a la plaza de la Merced, bajé con cuidado del carromato para llenar un pellejo en la fuente. La ciudad estaba sumida en un silencio casi religioso, por lo que me espantó el repentino campaneo que tocó a misa vespertina.

De las calles cercanas comenzaron a venir en procesión gentes de toda extracción. Caminaban en silencio, tocados con manto ligero y cubiertos sus rostros. No se miraban, ni siquiera hablaban entre ellos, y sentí por un instante la vergüenza que debía de invadir a aquellas gentes. Aquel silencio hablaba de los desmanes de la guerra, de las continuas vejaciones que sufrió e infundió el pueblo y de las injusticias que acabaron por abrir heridas que no se curarían jamás.

Los vecinos recorrían las calles con rostros famélicos manchados de púrpura y ojos color marfil, los estragos de las epidemias que habían agitado la región. Seguían diligentes el camino que había trazado la fuerza de la costumbre, y se apartaban de los que tosían o se detenían un momento en alguna esquina, afectados por sofocos y mareos.

Bebí hasta hincharme y luego llené la bota para mi señora doña Genista, que descansaba impedida en el carromato. Sus heridas iban curándose poco a poco, pero su espíritu estaba débil, y sus ojos no acertaban a recuperar la seguridad con que miraban en otra época. A menudo se teñían de encarnado, y vertían un lloro denso y silencioso que la mujer bien sabía ocultar bajo los pliegues de su pañuelo.

—Beba usted, amiga —dije, mientras acercaba el pitorro del pellejo a la boca seca de mi compañera—. El agua es de las pocas cosas que no se ha enranciado en esta ciudad. Sigue fresca como siempre.

—Entonces… —dijo la mujer, que se atragantó al beber con tanta prisa—. Entonces la cosa no anda del todo mal. ¿No crees, Isidro?

Me quedé mirando sus ojos tristes, que tanto dolor habían visto. Ella, en cambio, terminó aquella bota, y me dio las gracias. Juro que sonrió por un segundo.

—Están tocando el Ángelus —propuse, tímidamente—. ¿Quiere…?

—No —dijo prontamente—. No, me parece que estas cosas son para la gente de sotana. ¿Acaso tú lo necesitas?

Miré hacia la fachada de la iglesia del convento, cuyo campanario había dejado de sonar. Aunque la plaza no había sufrido los estragos de extramuros, sus árboles empezaban a sentir la llegada del incipiente otoño, y el suelo estaba cubierto con hojarasca crujiente, que salpicaba la tierra de pardo anaranjado.

—No —respondí por fin—. Ya no.

La francesada terminó ese mismo año en las frías tierras vascas, y en un baño de sangre y olor a pólvora quemada, tal y como había comenzado. Terminó la francesada, pero no la guerra. El ejército imperial abandonó San Sebastián una semana después de lo ocurrido en San Marcial, y la capital navarra, el mes siguiente. Sin embargo, los soldados del emperador siguieron defendiendo la tierra al otro lado del Bidasoa.

El sur de Francia fue invadido plaza por plaza, mientras que las hordas de aliados alimentados solo a base de pescado podrido y arroz predaron casas y campos de forma tan injusta como lo habían hecho los imperiales en España. Se demostró así que la guerra no entiende de naciones, sino de los intereses de unos pocos. Los ríos corrieron pintados de sangre, y los cielos se llenaron de humo negro y gritos en distintas lenguas.

Las tropas de británicos, portugueses e ingleses atosigaron a los corsos hasta casi la plaza de Bayona, protegida por los cursos del Nive y el Adur. Las lluvias y la línea de defensa francesa obligaron a detener el combate durante todo lo que duró el otoño. Se habló entonces de pactos y negociaciones, pero de nada sirvieron cuando las lluvias cesaron.

Los siguientes episodios de la guerra comprendieron traiciones y cambios de partido, que, junto con el acoso de una oposición cada vez más engrosada, obligaron a Francia a moverse con más cautela. Poco a poco se fue desbancando Cataluña del poder francés, último reducto imperial en la Península. Ese mismo mes los españoles lograron atravesar el Adur a través de un improvisado puente de barcas, y pusieron en jaque a la ciudad de Bayona. También Toulouse sufrió la acometida aliada, y cayó en una cruenta batalla, casi por la misma época en la que abdicó Napoleón.

Con Bayona sitiada, Soult escribió por fin a Wellington el dieciséis de abril, con el fin de hacerle partícipe de su conocimiento sobre el estado de la guerra. Había terminado allí aquel funesto episodio, y quedó constancia de ello cuando desde la ciudad se disparó una salva de trescientos cañonazos, que anunciaron el final de la guerra y saludaron al nuevo orden realista.

Me gustaría relatar aquí, si han llegado al final de estos pliegos, que la guerra sirvió de algo. Que aprendimos lo suficiente como para no infligirnos más daño entre hermanos, al herirnos de muerte por cuestiones de sangre, terreno o poder. Pero la verdad ya la conocen ustedes. Nada ganamos tras aquella guerra, y, si lo hicimos, son cosas que no interesan al vasallo.

España volvió a su mismo estado de rigidez cuando Fernando VII regresó a su trono, y aquel absolutismo monárquico fue poco o nada permeable a los intensos avances liberales que acontecían en Europa. Sin embargo, poco a poco se fueron estableciendo en la Península los nuevos segmentos burgueses, comisionados de la nueva economía y movilizadores del estado abierto.

En cuanto a lo que aconteció a las humildes gentes que éramos nosotros, mucho perdimos en aquella guerra. Unos, el honor. Otros, la dignidad. Y los que más suerte tuvieron, la vida. Tras lo sucedido en aquella playa de Hondarribia, perdí el conocimiento medio enterrado en la arena como estaba. No tuve sueños, ni buenos ni malos, pero sentí cómo me costaba respirar, conforme un dolor apretaba mi pecho y me ahogaba. Un dolor que, por cierto, no me ha abandonado todavía.

Abrí los ojos y allí estaba doña Alejandra, ocupada en mantener un candil encendido en medio de la oscuridad. Su rostro estaba salpicado de una luz que tallaba las arrugas nacientes en su piel morena. Debía de tener aún sus treinta años, pero su cabello, corto y ondulado, ya estaba tejido con hebras de plata. Una juventud que habíamos arrancado entre todos de su cuerpo para venir a aquellos lares a hacer de ella un matarife. Pero así era ella: de la joven se formó la mujer, y encajó como buenamente pudo su edad entre un grupo de viejos heridos para nunca más volver a ser la estudiante que era. El tiempo es el que es, y si se invierte en él, a menudo salimos a perder.

—Veo que por fin ha despertado, Isidro —dijo, al darse cuenta de que la estaba observando—. Espero que esté mejor, porque mañana mismo marchamos a casa. Ha terminado todo para nosotros.

Traté de levantarme del camastro, pero un profundo malestar me agarró del antebrazo y me obligó a caer de nuevo sobre las sábanas. Me toqué las vendas que recorrían toda la longitud de mi brazo. No recordaba cómo me había herido.

—¿Cuánto tiempo…? —empecé a preguntar.

—Dos días —respondió la zagala—. Debió de perder demasiada sangre con la herida del brazo. Estaba violeta y llena de arena y suciedad cuando don Manuel y yo lo recogimos de la playa.

—¿Y don Ricardo? —pregunté con tristeza.

La *acha* se encogió de hombros, y vino a sentarse a mi lado sobre la cama. Parecía triste y se sentía culpable.

—No hemos encontrado a su hijo —respondió ante mi asombrada mirada—. No se sorprenda —continuó—. Genista nos lo relató todo. Su relación con el oficial y su *mare*. Por qué vino con él desde Cartagena, y que él no sabía nada. Hasta ese día.

Las lágrimas inundaron mi rostro y congestionaron mi respiración. Eché mi cara entre las manos de Alejandra, y allí lloré largo rato, con el amargo llanto de un niño.

—Ricardo murió por mi culpa, Alejandra.

—No, Isidro —respondió la joven, mientras enjugaba mis lágrimas con su falda—. Ricardo murió por el disparo de un niño aterrorizado. Nada pudo hacer para evitarlo, como nada pude hacer yo, que allí estaba.

—¡Si lo hubiese sabido antes! ¡Si solo hubiese podido hallar el valor para confesar este secreto a mi propio hijo!

—Probablemente te habría matado —dijo doña Genista, que entró por la puerta, apoyada en una muleta—. No digas necedades, viejo. Sabes tan bien como yo que Ricardo te apreciaba, pero que tenía una venganza pendiente.

—Que nunca cumplirá —terminé yo.

Genista me miró, indiferente.

—Nadie dijo que la venganza fuera una resolución de justicia. Además, conforme yo lo veo, Ricardo murió conociendo la verdad. Y con ello tu honor está saldado. No hay más deudas que pagar, amigo mío.

—Mi honor se perdió el día que crucé fierros con don Julián Sancho —dije, abatido.

—Tal vez, Isidro. Pero quizás no sea el honor lo que mueve el mundo. Quizás ni exista esa idea más que en las mentes de cuatro mentecatos sin otra justificación para su propia muerte. Ricardo murió por nosotros, por su tierra. Y lo hizo tranquilo, sabedor de la verdad que empujaba su vida. Ahora estará en paz.

Genista había llorado en esos dos días todo lo que podía haber llorado, pero todavía venía a sus ojos un empañamiento vidrioso que malamente lograba ocultar. No entendí nunca aquello. Por qué murió mi hijo y tuve que vivir yo. Aquello no era justo, lo sabía, pero nada podía cambiar. No obtuve mi redención, y tuve que aprender a vivir con la culpa. Seguí viviendo y respirando hasta el día de hoy, y todavía me nubla el alma lo acontecido en aquella playa, a la orilla del mar, donde un día conocí a mi hijo. En la que el mismo día lo perdí.

Mi buena doña Carmen murió un mes después de nuestro regreso a Cartagena. Había recibido demasiadas heridas como para continuar su vida como si nada hubiese ocurrido. Se acostó una tarde

quejándose de un profundo dolor en el pecho y nunca volvió a despertar. Don Manuel pudo contarlo un par de años más, en los que no paró de trabajar en su barbería. A todo aquel que fuera a cortarse el cabello o arreglarse las barbas le relataba que él había liberado España de los imperiales a navajazo limpio. Tan satisfecho estaba que no reparó cuando lo atacó el garrotillo. Aguantó un par de semanas y luego nos dejó.

Alejandra estuvo trabajando una temporada en el ventorrillo de doña Genista. Juntas recuperaron la vitalidad del local, que renombraron como «La Taberna de la Enseña», afamada en toda Cartagena por el trapo rojo que cubría el cartel de la entrada, y que llevó en alguna ocasión a desafortunadas confusiones. Lejos de atropellos, doña Genista y la joven Alejandra lograron ocupar permanentemente todas las habitaciones del piso superior, y llenar cada mañana y noche las mesas de pino que se repartían por la sala de comidas.

En cuanto a mí, estuve viviendo en una de las cámaras del ventorrillo hasta que cierta tarde doña Genista quiso darme algo que prometió a don Ricardo en su día. La mujer y yo hablábamos poco, como siempre, y aquello me sorprendió de verdad. Genista estaba muy seria, y no me dio buena espina. En todos estos años, había aprendido a no gustar de sorpresas.

—Hay algo que tu hijo me pidió antes de la batalla de San Marcial, Isidro —comenzó a decir la mujer, embargada por el recuerdo—. Quiso dejarte algo, pues sabía que te serviría a ti más que a mí, y también en pago de una ínfima parte de lo que perdiste en la guerra.

Extrañado, no pude responder. La mujer, en cambio, rebuscó en el cofrecico donde almacenaba el dinero recaudado en la taberna. Tomó mi mano y depositó en ella un pedazo de metal envuelto en un papel. Desenvolví el pliego para descubrir una llave pequeña de latón.

—¿Qué es esto, Genista? —pregunté, extrañado.

—Haz el favor de leer el papel, Isidro —me conminó la mujer, nerviosa.

Desenrollé el fragmento, y en él reconocí la letra sinuosa y prolongada de mi hijo Ricardo.

«Mi más estimado don Isidro. Si llega a sus manos este escueto texto, desafortunadamente habré caído en la batalla, y mi cuerpo estará irremediablemente perdido junto con el de nuestros compañeros y amigos. Confío, sin embargo, en que nadie más caiga en esta ofensa, que espero que sea la última, para que puedan regresar a casa sanos y con la felicidad de haber salvado nuestra tierra de la invasión. Ojalá el mundo cambie algún día, y que el amanecer de nuestra nación sea más resplandeciente de lo que nunca fue. Sabe usted que cuanto diga yo en estas rápidas líneas poco servirá a su corazón, pues es mucha la pena y el dolor que han acompañado a cada uno de los integrantes de esta Enseña. Pero quisiera aliviarle a usted especialmente de ese peso, pidiéndole que acepte esta llave, que es la que abre la casa de mi familia en la rambla de El Portús.

»Esta ha sido la vivienda de mi familia hasta que me fue arrebatada, como usted bien sabe. Y quiero que sepa que ha sido usted como un padre para mí. Perdí al mío cuando era todavía muy joven, y volví a perderlo cuando asesinaron a mi tío Pedro. Sin embargo, usted siempre ha estado ahí, y me ha acompañado durante estos años en toda la campaña, junto con mi estimada Genista y el resto de gente honrada. Por todo ello, quiero que se haga cargo de la casa y de los terrenos. Cultive en ellos la verdura que más le plazca. Riegue la vieja higuera de mi abuela, y llene la cochera de gorrinicos y pollos. Nada me hará más feliz que usted termine sus días en aquel lugar donde fui dichoso. Y acompañe siempre a doña Genista. Ella no es tan fuerte como cree, y ahora que se ha reencontrado con su mare *necesitará de un buen amigo. Ella ha sido y siempre será la verdadera heroína de todo esto. Nunca la abandone.*

»Y, dicho esto, me despido de usted, llevándole en el corazón en el mismo lugar donde llevo a mi padre. Que Dios guarde a usted muchos años, amigo mío».

Puse la carta encima de la mesa y me senté en un taburete, con el rostro hundido en las manos. Genista, quien ya había leído la misiva, me abrazó hasta que pude dejar de llorar, y enjugó mis ojos como si fuese un zagalico, y no el viejo que era.

—Es lo que él hubiese querido, Isidro. Lo sabes —respondió Genista, con una media sonrisa—. Nadie te quiso nunca más que tu hijo. Nadie, tras la muerte de Elena.

Y heme aquí, escribiendo nuestra historia a la luz de una vela temblorosa, con la sierra de la Muela y el Roldán enmarcando la bahía, que se oscurece lentamente con el atardecer. El viejo Trubian duerme en las caballerizas, tranquilo, libre. Me escasea la tinta y apenas tengo un par de folios más. Además, estoy cansado. Tan cansado que no sé si mi vida aquí alcanzará para otro invierno más. Pero no me importa.

Nadie halló nunca el cuerpo de don Ricardo. No quedó registro de su existencia, y solo este escueto testimonio hace flaco honor a su vida. No obstante, quien camine en la bajamar a la sombra del cabo Higuer, en la playica que se forma entre la desembocadura del Bidasoa y la bahía de Hondarribia, encontrará una roca escondida entre brozas y junquillos de techador, grabada con letras hoy muy desgastadas por las mareas:

«Ricardo Ginés y Cruz. Icue».

De todos los icues, Genista era la única que sabía escribir.

GLOSARIO DE CARTAGENERISMOS

Acho, acha: Aféresis de «muchacho, muchacha».

Agüil: Escarabajo.

Aladroque: Boquerón. En Murcia, «cartagenero, cartagenera».

Albercoque: Albaricoque.

Alcacil: Alcachofa.

Bajoca: Judía verde.

Bardomera: Broza que, de los montes y de otros parajes, traen en las avenidas los ríos y arroyos.

Barrigaverde: En Cartagena, «murciano, murciana».

Boria: Niebla, especialmente aquella procedente de un río o del mar.

Cabo tripa: Hijo más joven de la familia.

Canseras: Recalcitrante, obstinante, cargante.

Caparra: Garrapata.

Carabinera: Sardina.

Chacho, chacha: Aféresis de «muchacho, muchacha».

Chirrete: Pescado pequeño que se come entero, cabeza y cola incluidas, en fritura.

Cieca: Acequia.

Clanco: Cangrejo.

Crespillo: Torta de masa de pan, redonda, muy fina, muy crujiente y bastante salada.

Encanarse: Llorar un niño desconsoladamente.

Engorlitado: Dicho de alguien, con el pelo sin arreglar.

Enrobinado: Cubierto de robín, enmohecido.

Icues: Niños y niñas cartageneros que deambulaban por el puerto.

Jaquetón, jaquetona: Persona de carácter y constitución fuerte.

Lebeche: En el litoral del Mediterráneo, viento sudoeste.

Mangarrán: Persona despreciable, holgazán.

Melva: Pene.

Michirones: Guiso típico de la gastronomía murciana, a base de habas secas y embutido.

Olisca: Mal olor, hedor.

Palaya: Pescado del Mar Menor parecido al lenguado.

Pésol: Guisante.

Pijo: Pescado en salazón.

Reluzángano: Luciérnaga.

Serrana: Caracol endémico del levante peninsular, apreciado en gastronomía.

Tabarrote: Niño de gran tamaño y fuerza.

GLOSARIO CALÓ

Aljeñique: Manantial, fuente.

Ansos: Aunque.

Bato: Padre.

Bedoró: Joven, muchacho.

Bengorro: Demonio.

Buchinonge: Borrico.

Burracó: Bastardo.

Busnó: Extraño, aplicado especialmente a personas que no pertenecen a la etnia gitana.

Cachí: Mujer.

Calé: Persona de etnia gitana.

Callí: Mujer de etnia gitana.

Caló: Variedad del romaní que hablan los gitanos de España, Francia y Portugal.

Caltrabó: Presidio.

Cangallá: Carro.

Canichaló: Gallego.

Casinoben: Infierno.

Chabó, chabí: Niño, niña.

Chaboró, chaborí: Hijo, hija.

Chejaró: Carcelero, alcaide.

Chindai: Madre.

Chindar: Dar a luz.

Chipé: Interjección, «así es» o «verdad».

Chiró: Época, etapa, tiempos.

Debla Quirindía: María Santísima.

Desquiñar: Descansar.

Diñarla: Morir.

Dugida: Hija.

Duideque: Doce.

Erañó, erañí: Señor, señora.

Estaripel: Prisión.

Gabardé: Francés.

Gabia: Francia.

Gachó: Hombre joven.

Garapatías: Gracias.

Grel: Borrico.

Jabañón: Ratón.

Jaracañal: Guardia, especialmente en instituciones penitenciarias.

Jelí: Amor, cariño.

Jenjen, jeñí: Español, española.

Jingalé: Cabrón.

Junduné: Soldado, guardia.

Libanar: Escribir.

Lirenar: Leer.

Maquelar: Callar.

Monró: Amigo.

Na: No.

Najar: Huir, escapar.

Naquelar: Pasar, atravesar.

Nasaló: Enfermo.

Oropatialá: Ojalá.

Ostebé: Dios.

Parnó: Blanco.

Pindorra: Muchacha.

Pirandón: Putero.

Piribicho: Lagarto.

Puró, purí: Anciano, anciana.

Ratí: Etnia, sangre.

Romandiñar: Contraer matrimonio.

Soniche: Silencio.

Sorimbo, sorimba: Grave, trascendental.

Sueste: Multitud, grupo de gente.

Suetí: Gente, pueblo.

Tamború: Perro.

Tasabar: Matar, asesinar.

Trinas tatías: Fiebres tercianas.

Zincaló: Persona de etnia gitana.

Los hijos de la sal

Sinopsis



Cartagena, 1782.

El destino del pequeño Ricardo Sancho se ve sellado la madrugada en la que pierde a toda su familia en una extraña reyerta cerca de la ensenada de El Portús. Huérfano y sin hogar, se convierte en otro más de los golfillos que pueblan el puerto de Cartagena, de esos a los que todavía hoy llaman «icues».

Tras varios años de hambre y penurias, encuentra la oportunidad de ingresar en la Academia de Guardias Marinas, donde con alguna que otra artimaña logrará ocultar sus humildes orígenes, para licenciarse como el mejor de su promoción.

Veinticuatro años después, tras la derrota de Trafalgar, Ricardo regresa a la Cartagena que lo vio marchar. Descubre entonces que todo en lo que creía puede desmoronarse como un castillo de naipes. Su patria se ve amenazada por un conflicto interno que la desgaja hasta la médula, además de por la inminencia de la guerra contra el francés.

Sin embargo, la guerra nunca termina cuando callan las armas.

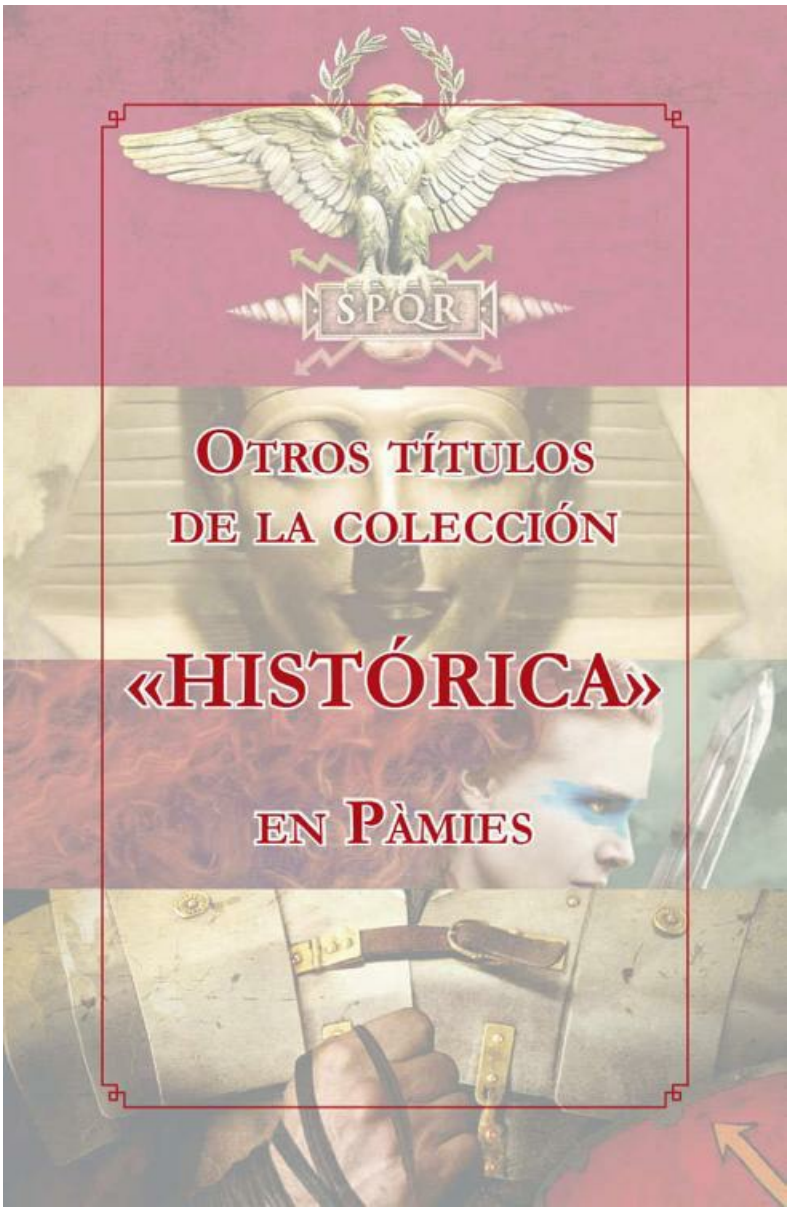
Luis Bertomeu

Biografía



Luis Bertomeu nació en Valencia en 1988. Estudió Magisterio y Bellas Artes, para especializarse finalmente en la conservación y restauración de bienes culturales. Si bien muchos han sido los derroteros que ha tomado profesionalmente, colaborando con distintas instituciones culturales y museos, siempre le ha perseguido la ocupación de contador de historias.

Dedicado por completo al arte y el patrimonio, es un apasionado también de la naturaleza y la narrativa costumbrista e histórica, cuando no pasa el tiempo entre brochas y pintura. Tras ganar algunos concursos de cuentos, poesía y narrativa breve, *Los hijos de la sal* es su primera novela, finalista en el XIII Premio de Novela Histórica «Ciudad de Úbeda».


SPQR
OTROS TÍTULOS
DE LA COLECCIÓN
«HISTÓRICA»
EN PÀMIES

Los últimos guanches

Ana Salamanca



En una época en la que el mundo todavía no es redondo, el joven David Levi sueña con dejar el barrio judío de Salamanca para explorar los rincones más remotos del planeta. Cree conseguirlo cuando Colón llega a la ciudad, pero la Junta de expertos rechaza la expedición a las Indias y los sueños de David naufragan, por lo que acabará embarcándose rumbo a Canarias.

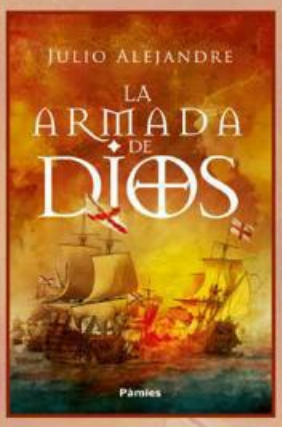
A esas islas del fin del mundo, todavía salvajes, ha sido desterrada la bella Beatriz de Bobadilla por los celos de la reina Isabel. Cuando su violento esposo la deja viuda, la ambiciosa Beatriz se convierte en la cruel señora de la Gomera. Su voluptuosidad hechiza incluso al almirante Colón, que elige su isla para partir hacia las Indias. Sin embargo, no logrará subyugar a David, quien, nada más llegar a Canarias, queda cautivado por los ojos verdes de Gazmira, una indómita aborigen.

Aunque en Gazmira laten el espíritu y el coraje del pueblo guanche, finalmente se ofrece como intérprete para que la conquista de La Palma y Tenerife, que todavía no están bajo el dominio de Castilla, sea menos sangrienta.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Los últimos guanches

La armada de Dios

Julio Alejandre



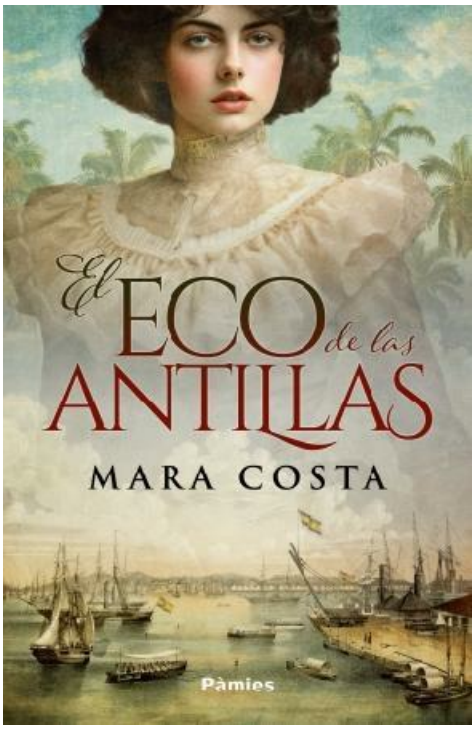
En el año 1585 Inglaterra y España entran en guerra abierta.

Los ataques de los corsarios ingleses en el Caribe y el apoyo de su reina a los rebeldes holandeses colman la paciencia de Felipe II, que decide destronar a su enemiga y restaurar allí el catolicismo levantando la flota más formidable que jamás haya navegado el Atlántico: la Armada Invencible, protagonista de una de las batallas más fascinantes y deformadas de la Historia.

Pero la guerra cambia y entrelaza los destinos de los protagonistas. Gabriel del Puerto, un mercader de oscuro pasado, busca por los puertos de media Europa el rastro de su hermana, perdida en un ataque pirata; un sargento de Flandes recibe la extraña orden de enrolarse en la Invencible y filtrar información reservada; una exiliada portuguesa en Londres se ve atrapada en una red de espionaje que pone a prueba sus lealtades; y un oficial inglés participa en la fundación de la primera colonia inglesa en el Nuevo Mundo.

La armada de Dios nos sumerge en un mundo donde la política, la guerra y la religión tejen una trepidante historia de aventuras, intrigas, amores y ambiciones desmedidos con personajes tan carismáticos como el audaz corsario Francis Drake, el victorioso general Alejandro de Farnesio o Álvaro de Bazán, el curtido almirante a quien Felipe II encomienda dirigir su Grande y Felicísima Armada.

Captura en el código
los primeros capítulos de
La armada de Dios


El ECO de las ANTILLAS
MARA COSTA
Pàmies

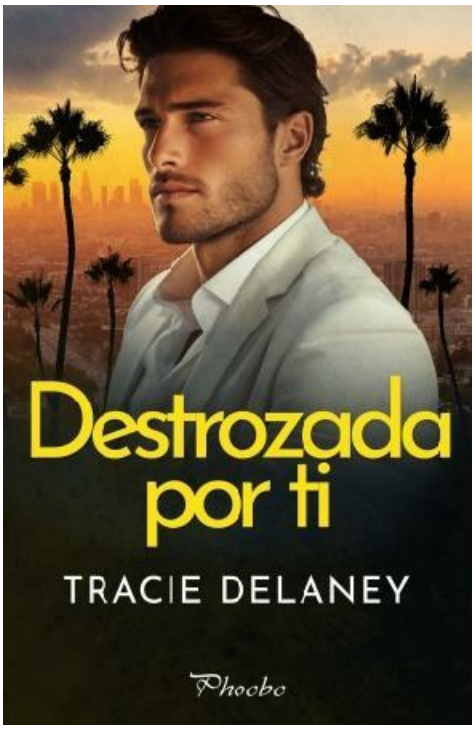
El eco de las Antillas

Costa, Mara
9788410070271
420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

1893. La vida de Macarena da un giro inesperado cuando la casan por poderes con un terrateniente cubano y tiene que partir de su Sevilla natal hacia La Habana. Tras la repentina muerte de su marido, se asocia con James Vanderbilt, un estadounidense sin escrúpulos que busca apropiarse de la plantación azucarera que ha heredado, al tiempo que Guillermo, el sobrino del difunto, regresa de París e intenta defender el legado familiar. A medida que los ecos de sedición crecen en Cuba, Macarena descubre el amor, la traición y el olvido en los salones y fiestas de la capital antillana. Guillermo, por su parte, decide unirse a la insurgencia y abandonar el país en busca de apoyos para acabar de encender la mecha de la revolución. Según se va desarrollando la trama, se entrelazan las vidas de personajes emblemáticos como Cánovas, Sagasta y la reina regente, quienes luchan desesperadamente por mantener el control de un imperio que se descompone, además de Theodore Roosevelt y un joven Winston Churchill, ansioso por enfrentarse a su bautismo de fuego. Poco a poco se van tejiendo las batallas que libra Macarena, en un momento crucial para el destino de España y América.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Destrozada por ti
TRACIE DELANEY
Phoebe

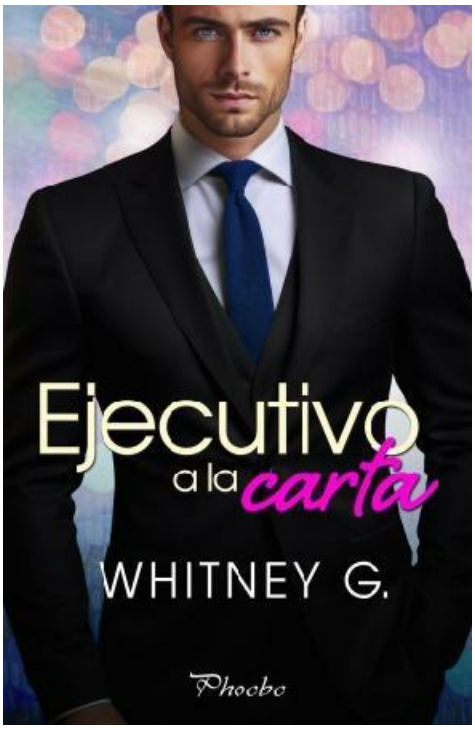
Destrozada por ti

Delaney, Tracie
9788410070769
315

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Me destrozará mi insufrible jefe multimillonario… o me salvará? Hace seis meses escapé de un monstruo en plena noche con mi hija de cinco años dormida entre mis brazos. Desesperada y casi sin dinero, mi suerte cambió al fin cuando conseguí un trabajo de camarera en una discoteca de moda de Los Ángeles. El propietario es difícil, tiene mal carácter y está obsesionado con que todo sea perfecto, pero el trabajo duro no es lo que me asusta, sino el deseo arrollador que me consume cada vez que nuestras miradas se cruzan a través de la abarrotada pista de baile. Sin embargo, si yo estoy rota, él está destrozado. Lo cierto es que no podemos huir de nuestros pasados. Los demonios que nos acechan a lo largo del camino siempre terminan por alcanzarnos. Cuando mi pasado llame a la puerta y la verdad salga a la luz, ¿acudirá él a rescatarme? ¿O sus demonios no le dejarán ayudarme?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Ejecutivo
a la carta
WHITNEY G.
Phoebe

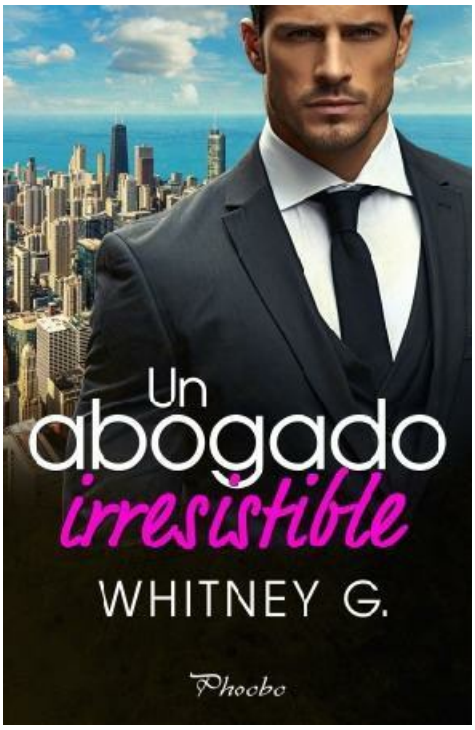
Ejecutivo a la carta

G., Whitney
9788410070127
140

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Estas deben de ser las peores Navidades de mi vida… Mi exnovio acaba de reservar la mejor suite en el resort donde trabajo (con su nueva novia, no conmigo), la mitad del personal se ha dado de baja por gripe (mentira: quieren asistir a un concierto que se celebra en el pueblo) y mi hermana me está volviendo loca con sus inacabables planes de boda. En cualquier otro momento todo esto no supondría ningún problema, pero la Navidad lo cambia todo, y además mi familia está a punto de descubrir la mentirijilla que les he contado sobre mi inexistente prometido. Para evitarlo, decido descargarme Ejecutivo a la carta, una aplicación que permite contratar a un «falso y atractivo hombre de negocios» para impresionar a familiares y amigos. Por lo menos es lo que yo esperaba… Pero cuando el chico que he elegido me deja plantada en el último momento, la aplicación promete enviarme «un sustituto aún más sexy». Deben de haber querido decir «el demonio», porque este tipo no es un actor y, definitivamente, no es un «falso» ejecutivo. Es mi antiguo jefe. El idiota que me despidió el año pasado. Vale, ahora sí que, oficialmente, son las peores Navidades de mi vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Un
abogado
irresistible
WHITNEY G.
Phoebe

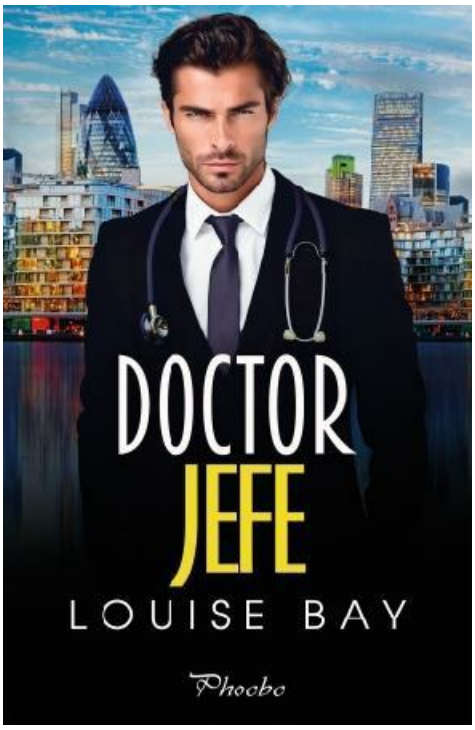
Un abogado irresistible

G., Whitney
9788410070233
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DOCTOR
JEFE
LOUISE BAY
Phoebe

Doctor Jefe

Bay, Louise
9788410070103
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mi vida era muy tranquila hasta que llegó Vincent Cove, un millonario americano insultantemente sexy. Pensé que lo nuestro solo iba a ser una aventura de una noche y que jamás volvería a verlo, pero ha regresado para convertir la mansión inglesa en la que vivo y trabajo en un glamuroso hotel. Por encima de mi cadáver. Ya sé que solo soy una camarera de una ciudad pequeña, y poco puedo hacer ante la inmensa fortuna de Vincent, pero no me rendiré sin pelear. Voy a vencer a esa apisonadora millonaria. Si hubiera sabido lo que planeaba, no me habría acostado con él, y ahora estoy absolutamente decidida a ignorar la química que hay entre nosotros; pero su encanto me despista, su insistencia me irrita y sus antebrazos, su mandíbula firme y su sonrisa diabólica me exasperan. Al menos, no tengo que preocuparme de que vaya a quedarse: él mismo dice que es un trotamundos incapaz de asentarse en ningún sitio, así que no hay ninguna posibilidad de que me dé tiempo a enamorarme de él…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)